Diario de la alarma

Lorenzo Silva

Desde que se declaró el estado de alarma con motivo de la crisis sanitaria mundial de la COVID-19, Lorenzo Silva fue escribiendo día tras día, hasta llegar a cincuenta, un diario en el que reflejaba la situación de nuestro país y sus gentes durante el confinamiento. Con su mirada lúcida, incisiva y literaria, este es un testimonio único, un diario de observación, de los primeros días de una pandemia que ya nos ha cambiado para siempre como sociedad e individuos.

En un texto reflexivo y profundo, que no elude el apunte ligero, la ironía o la evasión, Lorenzo Silva se sirve de sus lecturas y de las experiencias de un ciudadano cualquiera sometido al encierro, pero también de los relatos de crudeza y sacrificio que le llegan de quienes están en primera línea del combate contra la enfermedad, para recordar cómo somos y para esbozar un inventario de todo lo que el virus nos ha desvelado y nunca deberíamos olvidar.

Lorenzo Silva

Diario de la alarma

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2023

Título original: *Diario de la alarma*
Lorenzo Silva, 2020
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
1513

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

El bienestar humano nunca es permanente.

HERÓDOTO, *Historia*, Libro I

Para Noemi, Judith y Núria, la compañía de mi encierro
Para Laura y Pablo, siempre en mi mente
Para mis padres, mi hermano y su familia
Los pocos que somos, y seguimos siendo

Por los que ya no son

Nota del autor

Nunca he creído en la escritura de diarios. Rectifico: nunca he creído en la escritura de *mi* diario. Lo he intentado varias veces, siempre en mi juventud. De hecho, empecé muy joven a fracasar en el género diarístico, gracias a un cuaderno forrado en verde y con cerradura que me regalaron por mi primera comunión. Sobre su cubierta ponía MI DIARIO en letras doradas. Ese dorado, y la llave, me hicieron concederle importancia y sentirme obligado a responder a su exigencia. Con muy poco éxito: alguna anotación autobiográfica llegué a escribir, pero al final la mayor parte de sus páginas acabaron emborronadas con los esbozos de mis primeras ficciones. Se imponía la evidencia: mi vida carecía de interés, o por lo menos presentaba para mí un interés muy inferior al que sentía por las historias inventadas, que casi siempre tenían algún vínculo con mi experiencia vital, pero se negaban a ponerse al servicio de mis reales y particulares miserias.

Calculo que volví a intentarlo tres o cuatro veces más, la última estando ya en la universidad. En alguna ocasión aguanté un par de semanas, quizá tres; por ahí debía de estar mi récord. Siempre acababa llegando el momento en el que releía las anotaciones y me asaltaba la certeza de que algo que no alcanzaba a incumbirme ni a mí mismo era difícil que le incumbiera a alguien más. He disfrutado como lector de algunos diarios ajenos: recuerdo los de Kafka o Musil, llenos de frases hondas y luminosas. También contienen algunas banalidades, pero se ven compensadas por lo otro, y en todo caso son banalidades extrañas, lejanas. En mis tentativas de diario solo veía banalidades propias y ya sabidas, que carecían ignominiosamente de una compensación suficiente. Por eso me di a la ficción, que desde hace tres décadas ha sido mi forma preferente y casi exclusiva de atestiguarme.

Sin embargo, en marzo de este año sucedió algo extraordinario, que les dio a mis días, a pesar de su banalidad esencial, una significación inesperada. De pronto no era libre, ni lo eran mis semejantes. Ahí fuera circulaba un virus potencialmente letal, y para evitar una mortandad insoportable el Gobierno decidió decretar el estado de alarma y confinarnos a casi todos en nuestras casas. El mundo quedó reducido a las cuatro paredes del domicilio de cada uno y a lo que se veía por las ventanas —físicas y virtuales— y a la hora de ir a tirar la basura o hacer la compra. Me pareció de repente que mi existencia sin interés adquiría por causas exteriores y ajenas a su protagonista un cariz especial que podía dar pie a un relato. No tanto de lo que me sucediera —que verosímilmente iba a ser poco y nada trepidante— como de lo que esa situación insólita me llevaría a ver, sentir y pensar.

También se recomendaba a los confinados tener algo que hacer, para que los días no se volvieran insufribles, y una de las actividades que se indicaban a tal efecto, por expertos en aislamiento como los marinos, era llevar un diario.

Me encerré en mi casa de Illescas el 10 de marzo, cuatro días antes de que se decretara la alarma, y en vista de una situación que hacía prever algo semejante desde la semana anterior. Ya había hablado con los organizadores de los actos que tenía programados la semana del 9 para suspenderlos, entre otras razones por la cantidad de gente de cierta edad que suele acudir a los eventos culturales y las informaciones que se tenían de que el virus, del que ya se notificaban contagios locales, afectaba con más severidad a las personas mayores. El mismo día 9 comprendí que íbamos a pasar un tiempo sin poder salir de casa y escogí retirarme con mi familia al lugar donde trabajo y donde vivimos siempre que lo permiten las obligaciones escolares, porque tenemos más espacio para todos. Hice una compra grande y comencé a crearme una rutina de confinamiento: los primeros días los dediqué a hacer limpieza, ordenar libros, en fin, a aprovechar la oportunidad de despachar tareas siempre aplazadas y con ellas adaptarme a la nueva situación de arresto domiciliario. Cuando el 14 de marzo se decretó el estado de alarma, ya estaba completamente mentalizado y ese mismo día decidí iniciar el experimento de escribir el diario, sin saber a ciencia cierta hasta dónde me iba a llevar.

Descubrí que tienen razón los marinos: llevar un diario ayuda a soportar el encierro. Lo escribía temprano cada mañana, con la cabeza despejada y teniendo a la vista el arco completo del día anterior, al que la entrada se refería. Luego lo releía, corregía y publicaba en mi blog. Me sirvió para madrugar durante todos y cada uno de los cincuenta y un días que conseguí al final mantenerlo, sin tener que preguntarme qué era lo que podía hacer con la jornada que tenía por delante y dedicando invariablemente sus primeros momentos a ordenar mis ideas sobre lo que estaba sucediendo y sus efectos sobre mi país, mi gente y mi persona.

También me sirvió el diario para ofrecer a los demás algo que algunos lectores generosos valoraron, y así me lo hicieron saber mientras lo escribía. Por primera vez en mi vida, me daba la impresión de que un diario mío podía no ser una pérdida de tiempo integral. Cuando alguien me escribía para decirme que lo esperaba cada mañana, y que le traía entretenimiento, paz o cualquier otra sensación gratificante, me invitaba a creer que tenía algún sentido perseverar en su escritura.

No aspiro ahora, al publicarlo como libro gracias a la confianza de mis editores de Ediciones Destino, a que sea nada más que eso: para las personas que entonces lo leyeron y quieran recuperarlo en papel, o para alguna otra que en sus páginas se reconozca o encuentre alivio o inspiración. No lo propongo como un testimonio o una reflexión sobre el COVID-19 y sus efectos que permita esclarecer o atisbar el sentido profundo, actual o futuro de este enorme contratiempo que se ha abatido sobre la humanidad. No es más que una modesta aportación a la memoria de lo que nos pasó a los que apenas nos pasó nada, a los que desde la seguridad de nuestras casas vimos cómo otros se arriesgaban, y morían y se sentían solos y abandonados cuando habríamos debido poder socorrerlos. Esa es la historia que tiene valor, ese es el relato que no debemos dejar de hacer, a través de la literatura, de ficción o sin ella, para que no se olvide lo que importa que no olvidemos.

Lo que sigue son las intuiciones apuntadas a vuelapluma y sobre la marcha de un ciudadano perplejo por el impacto formidable de un microorganismo sobre una sociedad que había subestimado su amenaza, y por algunas de las reacciones que el hecho desencadenó y a la hora de escribir estas líneas sigue desencadenando. No voy a

detenerme aquí en ellas, y menos aún a analizar el espinoso reparto de culpas y responsabilidades al que la pandemia ha dado lugar. Me remito a los bocetos de ideas, en ningún caso concluyentes, que se encontrará el lector en las páginas que siguen. Todo hace pensar que tardaremos en establecer conclusiones, y que más de uno las sacará equivocadas y porfiará en imponerlas al prójimo.

Si algo creo haber aprendido de todo esto, a partir de las observaciones aquí recogidas, y con la ayuda de las lecturas y los pensamientos que se entretejen en las páginas de este diario, es que la condición humana no va a cambiar de manera sensible, como no lo hizo según el testimonio de los antiguos después de otros episodios similares. Sirva como referencia el de Procopio de Cesarea, tras la peste de Bizancio del año 542: los propósitos de enmienda duraron lo que duró el espanto, y cuando los bizantinos se sintieron libres de la enfermedad regresaron con soltura a todos los vicios de antes; en especial, a aquellos que los dividían.

Sin embargo, habría que estar muy ciego para no ver que esta crisis ha puesto en evidencia muchas de las costuras de nuestro mundo, y ha hecho salir a la luz algunas de las fuerzas hasta ahora ocultas que tienen todas las bazas para hacerse aún más decisivas en la dinámica de nuestra cotidianidad. El ser humano seguirá siendo más o menos lo que era, pero en un mundo distinto. Sustancialmente distinto en muchos aspectos. Mejor o peor, de nosotros en parte depende.

Lo que, a la vista de lo que cuenta Procopio, no es una buena noticia. Aunque siempre cabe la posibilidad de poner algún empeño para no repetir la historia.

Illescas, 14 de junio de 2020

14 de marzo
Me gustaría poder hacerme médica ahora

Hoy se ha decretado, finalmente, el estado de alarma. El virus nos ha obligado a reconocernos como lo que desde hace demasiado tiempo nos negamos a ser: una comunidad humana que navega en el mismo barco, y en la que las ventajas individuales o grupales tan solo son un espejismo, que depende del esfuerzo de todos para mantener la nave a flote. Mi hija Núria, la más pequeña, lo ha visto con solo siete años: desde siempre quiere ser paleontóloga, pero hoy ha dicho, con un realismo y una cordura que echo de menos en personas con más años y presunto uso de razón, que si no puede encontrar ningún dinosaurio nuevo, que ya sabe que es muy difícil, le gustaría ser médico para ayudar a los enfermos por la epidemia. Y a continuación ha declarado, con toda gravedad: «Me gustaría poder hacerme médica ahora, pero claro, sé que soy todavía muy pequeña para eso».

Sabe también, porque se lo hemos dicho, que ser muy pequeña la mantiene a salvo del virus; lo que le preocupa es no poder ayudar a quien no lo está. Ojalá se preocuparan igual todos los que se han tomado este sábado como un día de fiesta. Todos los adolescentes, postadolescentes y post-postadolescentes que creen que como el virus no va con ellos la cuarentena es ocasión para el jolgorio. Por suerte, un médico les ha grabado un videomensaje que hasta los más lentos y obtusos podrán entender sin ninguna dificultad. Me he ocupado de difundirlo por mi red social zombi, la única que tengo desde que decidí que andar tuiteando es una actividad potencialmente incompatible con el sosiego, la reflexión y el análisis crítico —y autocrítico—, de los que no necesariamente nace

la sabiduría, pero sí la única esperanza de no acabar convertido en un completo desnortado.

Hay que celebrar el mensaje del Gobierno, este estado de alarma con el que advierte al fin de la gravedad inaudita de la situación y de la responsabilidad individual y colectiva que nos exige, después de tantos errores (en otro momento, no ahora, habrá que examinarlos y extraer las lecciones correspondientes). Nos moviliza a todos, pasando por encima de particularismos secundarios y fútiles discrepancias ideológicas. Y para asegurar nuestra lealtad activa todas las palancas del Estado, incluso aquellas para las que parece normalmente existir cierto complejo en accionar, como las Fuerzas Armadas. Ahí están por algo, y disponer de ellas y de sus capacidades es lo que distingue a los países de verdad de los simulacros.

He discrepado a menudo del presidente de mi Gobierno, de la presidenta de mi comunidad autónoma, y ni siquiera he podido votar al alcalde de Illescas, la ciudad donde normalmente trabajo, paso todos los fines de semana y me he confinado con mi familia. Pero mientras dure esto, y afronten como están haciendo el desafío en interés del conjunto de la ciudadanía, estoy lealmente a sus órdenes.

Esto, chicos y chicas, no es un videojuego.

15 de marzo
Lo mejor y lo peor

Se empieza a cumplir el guion de las grandes ocasiones, que son, aunque a veces creamos tontamente otra cosa, aquellas que nos arriman al límite. Comienza, en suma, a asomar lo mejor y lo peor. Ambos fenómenos son útiles, para conocer y conocernos, aunque uno resulte más esperanzador —y grato— que el otro.

En el lado de lo peor, una pobre mujer fugada de la justicia ha decidido hacer una broma por Twitter —ay, Twitter— con los doscientos muertos que hoy roza ya Madrid. «De Madrid al cielo», ha escrito, parafraseando un antiguo dicho de la Villa y Corte. Es como si alguien hubiera decidido reírse del 11
M
. Quizá alguien lo hizo, en algún agujero oscuro al que solo puede llegar nuestra piedad. Que es todo lo que puede llegarle a esta pobre mujer, que ejerce como profesora en una universidad en Escocia, a los alumnos a los que su mala fortuna les depare que les imparta clases y al otro fugado de la justicia que retuiteó el mensaje infame desde Bélgica. No lo saben, pero la Historia ya los ha barrido como la rebaba de este tiempo que son.

En el lado de lo mejor, la gente que por fin ha entendido lo que tenemos encima, y se pliega a las dificultades y al confinamiento, y trata de ser disciplinada y protegerse y proteger a los demás, e incluso saca tiempo para compartir lo que tiene de la forma más generosa. Artistas que regalan su arte, jóvenes voluntarios que les hacen la compra a los mayores de su escalera, profesionales de la medicina, la psicología o cualquier otra rama que se ofrecen en las redes sociales para asesorar gratuitamente a quienes se sientan angustiados por algo. Y el sentido del humor, que tanto ayuda y

alivia ante la adversidad, y que encuentra caminos para el ingenio, más allá de los consabidos memes. Como esa comunidad sevillana en la que se juega al bingo a través del patio interior: qué ejemplo de sabiduría y gracia frente a este revés.

También en el lado de lo mejor están, hoy, las autoridades y los servidores públicos y los trabajadores del sector privado cuyo rigor, trabajo y serenidad son necesarios para que el entramado que nos sostiene y ampara no se venga abajo. Desde los sanitarios que se fajan en primera línea hasta la reponedora del supermercado; desde los presidentes, del Gobierno y autonómicos, que aparcan sus diferencias y se reúnen, aunque sea por videoconferencia, y sacan un comunicado conjunto para dar un mensaje de cohesión a la ciudadanía, hasta los policías, guardias civiles, ertzainas, mossos d'Esquadra,
policías locales y ya los primeros militares que patrullan las calles para advertir a despistados e inconscientes. Es verdad que hay una excepción, entre los presidentes autonómicos, pero de nuevo se trata de un pobre hombre desorientado al que la Historia ha dejado atrás, al que los hechos pondrán en su sitio y al que no hay que prestar mayor atención.

Y en fin, también en el lado de lo mejor, la música que suena para dar ánimos a quienes lo necesitan. Lo sabe el hombre desde la Antigüedad: ya cuenta Tucídides cómo los hoplitas espartanos cantaban antes de enfrentarse al combate, para subirse la moral. Al anochecer puse en el equipo de música de casa el *Resistiré* del Dúo Dinámico, convertido por aclamación popular en himno de la pandemia. Y la verdad es que funciona. Ya que tenía el teléfono móvil conectado al amplificador puse alguna otra canción, entre ellas una que suena en la banda sonora de la novela de Bevilacqua, que terminé días atrás y cuyas pruebas de imprenta ahora repaso. El libro se titula *El mal de Corcira* —por inspiración de un pasaje de Tucídides, justamente— y narra entre otras cosas los años de Bevilacqua en el País Vasco, desde el 89 al 92. Estaba previsto que saliera el 19 de mayo, ya veremos qué acaba pasando. En todo caso el libro existe, la historia que cuenta me sirve para explorar las consecuencias de una guerra felizmente concluida, y en esa tentativa no se deja de escuchar la voz del bando contrario al de Bevilacqua. Es ahí donde entra la canción a la que me refería, que

se titula *Hemen gaude*, la firma el grupo Ken Zazpi y habla de los que acabaron presos por defender con la violencia sus ideas nacionalistas y revolucionarias. Es una hermosa canción, y si uno la abstrae de ese contexto, ayuda a expresar las emociones que a todos nos produce este confinamiento. En español el título significa *Aquí estamos*, y encuentro en la red una traducción de la letra completa que no es óptima, pero se le acerca. Estamos presos, por culpa de un virus y quizá también de nuestros errores, pero si nuestro amor no está preso, como dice la canción, tenemos esperanza.

Poco después cayó una tormenta de granizo sobre Illescas. Las mujeres de mi casa se encogieron un poco. A Noemí le impresionan las tormentas, Judith me dijo que no podía conciliar el sueño, Núria, la pequeña, observaba el fenómeno con su acostumbrada curiosidad científica. Pienso mucho en estos días en los dos mayores, Laura y Pablo, que han quedado confinados con su madre. En mis padres, recluidos en su casa también. Estamos separados en el espacio, pero unidos en el empeño. O somos una familia, una comunidad, un ejército de soldados leales, o no seremos nada.

16 de marzo
Malos tiempos para ser tótem

El mundo empieza a verle las orejas al lobo. A italianos y españoles nos cabe el honor de mostrárselo con nuestros hospitales saturados y nuestros sanitarios exhaustos. Esto no es una simple gripe, principalmente por el sigilo con el que personas a las que el virus apenas afecta contagian a las que pueden verse seriamente comprometidas en su supervivencia por su acción. Es de esperar que a estas alturas los más jóvenes y fuertes hayan comprendido que no tienen que aislarse de una enfermedad porque pueda dañarlos, sino que tienen que aislarse para evitar ser ellos el arma que dañe al prójimo vulnerable. *Alterum non laedere*, que decían los romanos: no dañes a otro, si buenamente lo puedes evitar.

Los que hasta anteayer mismo minimizaban el asunto, como el inefable Donald Trump, empiezan a ponerse serios y a comparecer rodeados de pasmarotes uniformados y muy apiñados: ya se entiende que es la escenografía habitual frente a las crisis en ese país, pero podrían distanciarse un poco en esta ocasión. Hay todavía algún que otro insensato, como los presidentes mexicano y brasileño, dándose baños de masas para hacer frente a la crisis. Ya aprenderán.

Europa cierra las fronteras, también España. El pobre Quim Torra seguramente sigue sin entender que el Gobierno de España no le conceda la independencia *de facto* blindando Cataluña a la entrada de españoles, especialmente de la UME. No digamos ya si alguien le da el disgusto de enviar paracaidistas o legionarios (y si hacen falta, habrá que dárselo, sin complejos: la vida y la salud de los catalanes valen mucho más que sus aspavientos xenófobos). Que alguien le explique, por favor, que los españoles estamos confinados

todos, salvo para lo imprescindible, y que esto, ya que todos hemos fallado en las primeras semanas, también él, no se corta ahora separando entre españoles, sino remando todos a una en el único barco que tenemos, que es España, con el apoyo remoto y dudoso de Europa y el más remoto pero quizá menos dudoso de China, con las mascarillas y médicos inmunizados que parece que podría enviarnos para paliar nuestras escaseces.

Entre tanto, emergen ciertas dudas respecto de la solvencia de nuestras autoridades sanitarias. El ministro Illa y el doctor Simón, que tan lúcidos nos parecían a todos cuando esto era poca cosa —*mea culpa* también—, no parecen tan sólidos frente al tsunami, que es lo que ahora tenemos encima. Al ministro se le ve dubitativo, a fin de cuentas su experiencia previa en Sanidad es cero; a Simón a ratos como ido, a ratos apagado, a ratos extrañamente indiferente. No puede uno no pensar que para que el
PSC
tuviera su cuota en el Gobierno se desplazó a una muy capacitada y prudente ministra de Sanidad, que además era médico y tenía experiencia en gestión sanitaria. Y en cuanto al doctor Simón, hay quien dice ya, desde la propia profesión médica, que cuando un cirujano falla en el quirófano se busca a otro. En todo caso, son quienes están ahora mismo al timón, y pueden haber errado, pero no son dos clamorosos incompetentes. Mientras no se los reemplace, hay que seguir sus indicaciones, y confiar en que acierten.

Y mientras estos dos tótems recientes se resquebrajan, uno de antiguo culto se viene abajo de la manera más estrepitosa: el rey actual no solo renuncia a la herencia del anterior y le despoja de la asignación que percibía con cargo al erario, sino que poco menos que lo arroja al purgatorio. Lee uno en estos días a inveterados turiferarios de Juan Carlos I cortando amarras a toda prisa y con serrucho. Se va a quedar más solo que Woody Allen o Plácido Domingo. Está bien no haber sido nunca su turiferario, ni de nadie. Cuesta demostrar que la misma persona justificaba antes los mayores ditirambos y hoy los peores epítetos. Cuesta explicar que uno estaba tan ciego como para que le engañaran tanto. En todo caso, corren malos tiempos para los tótems: mejor no haber sido ni ser nunca uno.

Y mientras esto pasa fuera, en el mundo, al otro lado de la

ventana llueve. Seguimos con nuestras rutinas, hoy Noemí ha ido al Mercadona, dice que prefiere ir ella, que parece que a las mujeres les afecta menos el virus, y se ha encontrado a la policía en la puerta. Hemos podido reponer víveres, y aunque en los primeros días no hicimos un acaparamiento demente, tampoco tenemos la despensa vacía y hay papel higiénico en los tres baños. También dos hermosísimos bidés, por cierto.

Núria acomete con buen ánimo sus tareas escolares, ayer nos calzamos juntos cuatro fichas de mates, aunque al final ya le costaba hacer los números y lo dejamos. A los adolescentes, la que está en casa y los dos que están en la de su madre, les empieza a resultar algo aburrido el encierro. Pero los tres entienden que han de mantenerlo, aunque el virus no los amenace como a los mayores. Son las torres más altas las que caen, pero bien está que las que miran la vida desde menor altura se conciencien, sirva para eso este trance, de que todos somos uno.

17 de marzo
Trabajos manuales

Finalmente el Gobierno ha aprobado un plan de choque para amortiguar el cataclismo económico derivado de la epidemia. No deja de ser un esfuerzo intelectual interesante: preparar un vendaje para una herida de tamaño aún desconocido. Han decidido hacerlo de 200 000 millones de euros. Ya se verá cuál es finalmente el caudal de la hemorragia. Por lo pronto, el colectivo al que pertenezco, los trabajadores autónomos, es el que queda —igual que vive— más desamparado. Alguien esperaba que por lo menos les aliviaran las cuotas un par de meses —se han aliviado cuotas empresariales—, pero al final no hay tal. Si ya hay quien sin epidemia las paga con muchas dificultades, imagínese ahora. No es mi caso, sigo haciendo algunos trabajos a distancia que podré facturar —ya veremos si los cobro—, pero eso no me lleva a olvidarme de mis hermanos autónomos menos afortunados. Normalmente, ya se sabe, los autónomos no nos ponemos malos nunca, somos inmunes a la gripe y podemos trabajar con dolencias que para otros son incapacitantes; pero nuestra inmunidad al coronavirus no está aún acreditada y que la sociedad no lo sea ha dejado a muchos sin poder siquiera trabajar.

Iremos viendo. No somos pocos. El clamor se hará oír.

Hoy he leído que el primer ministro holandés, siguiendo el ejemplo de ese remedo chiripitifláutico de Churchill que camina por los pasillos del 10 de Downing Street, apuesta por contagiar el virus a toda la peña cuanto antes y por dejar que sobrevivan los fuertes. Económicamente es una solución más eficiente que la española: no hay que parar la actividad y al final de la epidemia el Estado se ahorra una pasta en las pensiones futuras de los débiles que

sucumban. La única pega es que es una estrategia un poco fascista, o directamente nazi, como apunta en una interesante entrevista el virólogo español Luis Enjuanes, máximo experto nacional en coronavirus, que espera que el calor recio que azota buena parte de España en verano le haga mucho daño al bichito. Por lo visto, por encima de 37 grados se va al garete sin remedio, y la radiación ultravioleta le chafa seguro el
ARN
, que es su código para la reproducción. En La Sagra, en junio o julio podemos alcanzar los 43 grados y el sol al menos a mí me deja ciego. Si este hombre tiene razón, el virus lo tiene claro.

En cuanto a los nazis, menos mal que todo esto está quedando registrado. A lo mejor cuando pase esta guerra hay que montar un tribunal internacional para criminales de ídem, y como el virus es inimputable, tendrán que desfilar ante él los que hayan sido sus más acreditados cómplices en la mortandad.

Entre tanto, hay que ir pasando las horas. Nuestra peque, Nuria, va encontrando alguna dificultad para soportar el encierro. Hay que inventar estrategias nuevas cada día. Hoy hemos empezado a grabar un audiolibro. Se trata de *Nuna y la Luna*, el libro infantil que escribí para ella, con las primorosas ilustraciones de mi ilustradora preferida, Violeta Monreal. Ha tardado, pero ahora Núria lee como una ametralladora, y con una seguridad que me pasma. Tenía mis reticencias frente al método de lectoescritura que seguía el colegio —yo leía ya con cuatro años, merced al terror y el castigo físico que imperaban en el colegio de monjas al que me llevaron mis padres con esa edad—, pero me envaino todas las objeciones. Cuando se ha lanzado a hacerlo, lee con una rapidez que ya querría más de un adulto. Está visto que uno no debe opinar mucho de lo que no sabe, y dejar que hagan su trabajo quienes se han preparado para hacerlo y se dedican a ello.

Los adolescentes siguen aburriéndose, pero con más mansedumbre. Alguno tiene una clase online, otros se dedican a sus tareas y lecturas. También hacemos alguna que otra videoconferencia con quien no está aquí. A la pequeña le gusta verlos, y viceversa. En estos días de ausencia forzada se cumple por WhatsApp aquella vieja sentencia de la *Edda Poética*: el hombre encuentra regocijo en el hombre.

Por mi parte, en estos días me he volcado en las tareas domésticas pendientes: he limpiado el jardín, el garaje, la casa de arriba abajo, incluso he ordenado la biblioteca, la parte de ella que vino de Barcelona hace cinco años y que encajé a bulto en las estanterías durante los días de la mudanza. No tiene todavía una ordenación exquisita, pero por lo menos los libros ya no están revueltos, sino clasificados de manera que la mayor parte puede localizarse en pocos minutos.

Haciendo todas estas tareas, y en especial la más antipática, limpiar los excrementos de mirlos y palomas que hay en el enlosado del jardín, con el apoyo entusiasta y meticuloso de Núria —yo los arranco con un cepillo fuerte humedecido en agua caliente con lejía, ella repasa con la fregona—, me he acordado de aquello que le dijo Franz Kafka a Gustav Janouch:

> *Es gibt nichts Schöneres als ein Handwerk. Intelektuelle Arbeit reißt den Menschen aus der menschlichen Gesellschaft. Das Handwerk dagegen führt ihn zu den Menschen. Schade daß ich nicht mehr in der Werkstatt oder im Garten arbeiten kann.*

O lo que es lo mismo (la traducción es mía, sobre la marcha):

> No hay nada tan hermoso como el trabajo manual. El trabajo intelectual aparta al hombre de la sociedad humana. El trabajo manual, por el contrario, lo lleva hacia los otros hombres. Lástima que yo ya no pueda trabajar en el taller o en el jardín.

Agradezco pues a los mirlos y las palomas que me hagan limpiar sus excrementos. Y pensemos en estos días, quienes vivimos del trabajo intelectual y podemos seguir haciéndolo confinados, en quienes tienen trabajos manuales, que los conducen hacia otros seres humanos, donde está el riesgo. En la belleza inmensa de su labor.

18 de marzo
Militares

La imagen que ilustra esta entrada, lo indica la lambda del escudo, es de un hoplita lacedemonio. O espartano, como se prefiera. Para los espartanos, ser ciudadano era a la vez ser soldado. Pero no solo para ellos: también para los atenienses. El ciudadano estaba además obligado a costearse el equipo, que era caro: el casco y la coraza de bronce no estaban al alcance de cualquiera. Antes de filosofar, Sócrates y Platón se jugaron la vida por su polis como soldados de infantería. Aquí tuvimos servicio militar, pero desapareció hace un tiempo. Es verdad, lo dice alguien que lo hizo, que no estaba bien diseñado, que era ineficiente e ineficaz en

numerosos aspectos, incluida la defensa del país. Es verdad, también, que mucha gente tiene una legítima objeción de conciencia a tomar las armas. Sin embargo, no sé si fue del todo bueno abolir por completo el mensaje de que un ciudadano debe servir a su comunidad a cambio de nada y por un tiempo, entrenándose para defenderla en combate si es necesario o aprendiendo otra forma más pacífica de preservarla.

He escuchado a un dirigente independentista catalán —omitamos piadosamente su nombre— decir que en los hospitales no hacen falta militares. Lo que en realidad quería decir es que no quiere ver militares españoles en hospitales catalanes. En ningún rincón de Cataluña, para ser aún más claro. La expresión es en todo caso desafortunada: en los hospitales puede acabar haciendo falta la ayuda de cualquiera que pueda darla, y entre los colectivos que forman nuestra sociedad, por su disciplina, su entrega y su acreditada capacidad de sacrificio por sus conciudadanos, pocos como los militares están preparados para acudir y ser de utilidad allí donde se presente una situación comprometida. En la Comunidad de Madrid, donde a la gestión de esta emergencia sanitaria y humanitaria no le estorban esos repeluznos identitarios —cada vez más patéticos y de peor gusto—, un consejero ha reclamado ya el apoyo del ejército en el frente más horrendo de la epidemia: esas residencias donde los mayores quedan aparcados en tiempos corrientes —a veces por razones poderosas y comprensibles, a veces por simple comodidad— y que en los días de esta pandemia se han convertido en focos especialmente letales del coronavirus. Algún caso particular investiga ya la Fiscalía, pero no cabe duda de que el hecho, los muchos ancianos muertos en grupo en esos centros, nos interpela con carácter general de cara al futuro acerca del trato que damos a quienes nos dieron el ser y la posibilidad de estar aquí.

Volviendo al asunto, no deja de resultar llamativo, incluso irritante, este desdén contumaz hacia los militares por parte de algunos, incluso después de que les demuestren una y otra vez que están a su servicio y que acudirán a socorrerlos donde sea necesario, sin reparar en la ideología que sustente quien precise de su ayuda. Es cierto que en la historia de España ha habido no pocos uniformados de infausta memoria: espadones arrogantes y

ambiciosos en el XIX, salvapatrias crueles en el XX. Sin embargo, las Fuerzas Armadas de la democracia —superada la patochada del 23-F, que obró como vacuna— han tenido un comportamiento irreprochable, leal al Gobierno constitucional y comprometido con la ciudadanía. ¿Nadie ha pensado en lo injusto que es hacerles pagar a estos hombres y mujeres, abnegados y serviciales, que siempre están en su sitio —salvo alguna excepción cada vez más exótica— los desmanes de otros a los que en su día no se les exigió responsabilidad y a quienes se les permitió vivir y morir impunes? Claro que quizá no se trata de eso. Quizá se trata, simplemente, de erosionar una de esas instituciones que demuestran que los españoles somos una comunidad sólida, resiliente y con capacidad de enfrentar la adversidad; una capacidad superior a la que tienen los pueblos que carecen de milicia, o lo que es lo mismo, de un grupo de ciudadanos dispuestos a darlo todo por los suyos, donde sea, como sea y sin pestañear.

Sé que no soy neutral: he vivido toda mi infancia y parte de mi juventud entre militares. Pero por eso mismo los conozco, y puedo atestiguar que, descartando la cuota de necios y de ofuscados que hay en cualquier rebaño humano, entre ellos he visto una capacidad de darse a los demás y una nobleza que he echado luego en falta en otros rebaños humanos por los que ha pasado mi vida. También un sentido del honor y la disciplina —o si se quiere ponerlo en términos civiles, de la decencia y el rigor—, que son los que necesitamos de forma casi desesperada para salir de este atolladero. Desdeñar su concurso es dislate descomunal, y más entre quienes dieron en llamar «soldados» a personas cuyo sentido del honor consistía en asesinar a la gente a traición o volar edificios con niños dentro. O entre quienes aún hoy los comprenden, disculpan o expresan simpatías hacia su actuación.

El día ha concluido con un desmayado mensaje real, mientras en muchas ventanas sonaban las cacerolas pidiendo la república. No vamos a simplificar: la sociedad española sigue dividida entre el apoyo y la repulsa a la monarquía, mal que pueda pesarnos a quienes creemos que la república es el régimen más racional para

designar a quien ocupa la jefatura del Estado. Sin embargo, las recientes revelaciones sobre la ya algo más que presunta desvergüenza del monarca anterior han dejado gravemente tocada la Corona. Felipe VI ha recibido un legado en el que la carcoma asoma por doquier, y la percepción ciudadana de que en circunstancias como estas la jefatura del Estado que tiene de poco le sirve, se ha venido a ver agravada, y no mitigada, por una alocución inane que además ha eludido al elefante —nunca mejor dicho— que no cesaba de trompetear en la habitación.

Cruda labor tiene el rey por delante para conseguir que la princesa pueda ser reina, y en cierto modo es una lástima, porque, republicano y todo, he de reconocer que parece un hombre prudente y con sinceras ganas de hacerlo bien. El problema es el valor y la utilidad que tiene la institución que representa, en general y ante un país que no por casualidad ha puesto a dos de sus antepasados en la frontera.

La cuarentena empieza a hacerse larga, pero seguimos aguantando. Los mirlos han vuelto a cagar en el jardín. Núria y yo tenemos tarea para el Día del Padre.

19 de marzo
Conmociones

Entramos en la parte fea de la curva. En Madrid los hospitales están empezando a colapsarse, y el frente más terrible, las residencias de ancianos, aflora como el gran agujero negro de esta epidemia. Mi buen amigo José me llama para decirme que ha acudido a una residencia donde tenían un fallecido y mientras estaban haciendo el papeleo se les ha muerto otro y había varios más agonizando. Más allá de las diligencias penales que en algún caso habrá que instruir, esto nos obliga a darnos cuenta de que hemos dejado que la vida se convierta en una feria de distracciones banales, mientras descuidamos lo esencial. Los humanos empezaron a serlo cuando acertaron a ofrecer posibilidades de supervivencia a los débiles, a los vulnerables. Dejarlos caer así convierte nuestro progreso en sórdida regresión.

Hay más gente empeñada en aumentar la fealdad. El expresidente Aznar pasea el perro por Marbella con su mujer y dos guardaespaldas. Estoy esperando que la Delegación del Gobierno le instruya el expediente sancionador correspondiente, para que en adelante el perro lo pasee solo o, si tiene miedo de algo, deje que uno de los guardaespaldas se encargue. También creo que hay que empezar a abrir un debate sobre la conveniencia de mantener estos dispositivos tan costosos de seguridad personal a cargo del contribuyente para ciudadanos acaudalados que pueden pagarse seguridad privada. Aznar no es el único, vienen a la memoria algunos otros nombres. Y no hay animadversión hacia la persona: no olvido que cuando gané el Nadal allá por el 2000, con *El alquimista impaciente*, me felicitó, declaró que era su lectura de verano y ha respondido después con exquisita corrección a algún

envío de libros que le hice en señal de agradecimiento. Tiene toda mi consideración como lector, también mi respeto como expresidente, pero no puedo celebrarlo como el ciudadano insolidario que ha demostrado ser.

Los que también se empeñan en dar la nota son los que presiden las autonomías irredentas. El ya grotesco Torra, un peligro público que en cualquier otro país europeo estaría procesado por alta traición, se ha puesto a mentir en pésimo inglés a la BBC, declarando que el pérfido Gobierno español no confina a los ciudadanos en sus casas. Siempre cabe la esperanza de que tal y como maltrata la lengua de Shakespeare no hayan entendido sus viles embustes. Y el *lehendakari* se resiste con uñas y dientes a que militares españoles ayuden en Euskadi. Quizá debería haberse preocupado más de que los bilbaínos con segunda residencia no salieran hoy en estampida para disfrutar el puente en sus segundas viviendas de Cantabria, ignorando el estado de alarma. Para su bien —de los ciudadanos incumplidores, de Euskadi y del propio *lehendakari*—, en la frontera cántabra estaban desplegados unos militares españoles, los guardias civiles, que pararon, multaron y devolvieron a casa a los muchos fugitivos que se le colaron a la Ertzaintza.

En estos días releo un libro interesante. Se titula *Upheaval* y lo firma el pensador y geógrafo estadounidense Jared Diamond. Analiza cómo algunas sociedades superaron cataclismos de envergadura, y hace para ello un paralelismo con cómo las personas pueden superar las grandes adversidades que les sobrevienen. Se ha traducido al español con el título de *Crisis*, que me parece inadecuado. Quizá habría sido más propio traducirlo como *Conmoción*, No se trata de salir de una simple dificultad, sino de una que lo pone todo patas arriba, e incluso hace pensar que la pervivencia del individuo o de la comunidad en cuestión está en peligro.

Como es de esperar, ofrece enseñanzas para el momento presente, una conmoción que sacude simultáneamente a decenas de países y cientos o miles de comunidades humanas. Resumiendo mucho —el libro tiene quinientas páginas—, Diamond identifica una serie de comportamientos que pueden conducir a la superación,

los que han observado comunidades que salieron de sus respectivas conmociones: reconocer que la comunidad está en crisis; aceptar la responsabilidad de cambiar, en lugar de culpar a otros y atrincherarse en el victimismo; levantar un perímetro que permita acotar qué aspectos deben cambiarse, para no quedar apabullados por la sensación de que nada en la comunidad funciona adecuadamente; identificar otras comunidades que puedan proporcionarnos ayuda; buscar modelos en otras comunidades que han logrado resolver problemas similares a los que ahora nos angustian; ser pacientes, y reconocer que la primera solución que se intenta puede no funcionar y que pueden ser necesarios intentos sucesivos; reflexionar sobre los valores esenciales de la comunidad que resultan apropiados y los que pueden haber dejado de serlo; y practicar un honesto autoexamen.

Que alguien les regale el libro a todos los Torra de este mundo y esta hora, y si no lo entienden por sí solos, haga el favor de explicárselo. Con dibujos, si hace falta.

Por lo demás, hoy era el Día del Padre. Núria me había comprado un regalo que ha llegado a nuestra casa de Getafe, así que lo ha sustituido por un dibujo. Luego hemos limpiado los excrementos de nuestros amigos los mirlos, y hemos grabado un vídeo para un proyecto de su clase en el colegio. Era un mensaje con letreros que ella iba mostrando a cámara para resaltar el valor del trabajo de los sanitarios y también el de los docentes, que le ha permitido entender y saber ya tantas cosas. Cuando todo esto pase, a ver si nos acordamos de valorar más a quienes nos hacen mejores, y quizá algo menos a quienes solo se sirven de nuestra atención aborregada para engrosar sus cuentas corrientes. Como banda sonora, le hemos puesto el *Always On My Mind* en versión de los Pet Shop Boys. Ha sido todo un éxito en el grupo de WhatsApp de padres, tanto que Núria estaba abrumada. «Qué difícil es esto de tener éxito», ha dicho, mientras no daba abasto para leerlo todo.

Al final del día, ha estado leyendo con Noemí la Biblia, en la deliciosa versión para niños de mi buena amiga Paloma Orozco. La misma que hace años le leía yo a su hermana mayor, Laura, espero que lo recuerde. Hoy estaban con las plagas de Egipto, y cuando la madre le ha dicho que ya era hora de irse a dormir, Núria ha protestado: «No puedes dejarme así, yo quiero saber cómo acaba».

Así que Noemí le ha tenido que leer el pasaje hasta el final. Y la niña ha sacado sus conclusiones: «Me doy cuenta de que Dios siempre protege a los pequeños». Quiere decir a los niños como ella, los únicos que parecen inmunes a esta plaga que ahora tenemos encima.

Así es, aunque no siempre. Por eso tenemos que seguir pensando nosotros en los grandes. Mis padres continúan bien. Es curioso esto del encierro. Piensas más en los que no están en tu confinamiento: mis padres, mis hijos mayores. Cuando esto pase, cuando los abrazos vuelvan a ser posibles, no van a ser como antes.

Fe de errores: He comprobado en Maldito Bulo que la fotografía del expresidente Aznar paseando su perro con los guardaespaldas era de varios días antes del estado de alarma. Reconozco mi error: aunque la noticia la vi en un medio en apariencia fiable debí contrastarlo, en estos días convulsos y confusos. También le pido las disculpas correspondientes. Sigo dudando, eso sí, sobre la necesidad de que quienes lo protegen estén confinados en Marbella con él, y no con sus familias o prestando servicio en otra parte donde sean más útiles y necesarios.

20 de marzo
Confinados y dependientes

En este sexto día de confinamiento empiezan a oírse quejas sobre lo pesado que se hace no salir de casa. Tanto que no pocos burlan el estado de alarma con los trucos más estrafalarios. A un hombre lo han multado por pasear con una bolsa de basura a cinco kilómetros de donde vive. Es verdad que son comportamientos insolidarios, pero también tenemos que pensar, aunque no sea disculpa, que no todo el mundo tiene el mismo desahogo en su domicilio. Sobre todo, los que podemos estar en una vivienda más o menos espaciosa, como es mi caso y el de mi familia. Agradecemos haber aprovechado la ocasión de comprar esta casa en Illescas, donde yo trabajo a diario y vivimos todos los días que no hay cole. Cuando el espacio vital se reduce y hay que compartirlo con otros, la cosa se complica. A una pareja la han sorprendido teniendo sexo en un coche, y los amantes le han alegado al policía que en su casa hay demasiada gente y que no tienen intimidad. Le han dado tanta pena al agente que ha optado por no sancionarlos.

El humor de la gente también se refiere a la dureza del confinamiento. Vi en Twitter un mensaje muy gráfico al respecto: una fotografía de una vieja fortificación romana en mitad del desierto de Jordania, en la frontera oriental del Imperio. Al pie se invitaba a pensar en los legionarios romanos que estaban ahí encerrados, y sin wifi. Me recordó otro lugar en el límite de la nada, el fuerte de San Lorenzo, en Panamá, donde con la selva a la espalda y el océano enfrente, bajo una humedad y un calor asfixiantes, un puñado de españoles esperaba a que llegara el enemigo inglés, que por cierto acabó llegando, y ante el que resistieron como leones. Cuando estuve allí, además de hacer la foto

que cierra esta entrada, no pude dejar de imaginar de qué pasta estaba hecha aquella gente, cómo lo hacían para vivir enclaustrados ahí y no volverse locos. Eran nuestros antepasados, y si algo queda en nosotros de sus genes, resistiremos.

Trato de contarles estas historias a mis hijos adolescentes, que dentro de todo, aunque se aburran y me digan que se sienten en el día de la marmota, lo comprenden y lo están llevando más o menos bien. En ningún momento, como me cuentan otros padres de sus hijos, se han planteado romper el encierro.

El virus y el confinamiento nos han devuelto, no todo va a ser malo, una idea hermosa que tendemos a olvidar: todos dependemos de todos. Lo expresa de manera maravillosa el poeta José Carlos Rosales en el poema *Declaración de dependencia*, que he podido leer gracias a un tuit de mi buen amigo Lorenzo Rodríguez. Es un poema de hace dos años que parece escrito hoy y para hoy:

> Yo lo sé bien, no se me olvida, sé que dependo
> de todos y de todo, dependo del azar
> o de la suerte, no respiro otro aire,
> respiro lo mismo que respira cualquiera,
> no sé, me gustaría seguir como hasta ahora,
> vivir con todo el mundo, no renegar de nadie.

Ojalá lo tuviéramos claro, ojalá quienes aún no lo han entendido lo entiendan, para hoy y para siempre.

Mi amigo médico Rafael me pide que difunda un tuit donde sale con su EPI (equipo de protección individual) y le pide a todo el mundo que se quede en casa. De tal modo dependemos todos de todos que solo aceptando con disciplina el encierro y todo lo que tengamos que aceptar podemos ayudarle, a él y a todos los que están en las trincheras, a no caer bajo la oleada de casos que se les viene encima. Mi amigo José me dice que su mujer, Yolanda, médico del Samur en Madrid, se ha pasado todo el día trasladando a los hospitales a enfermos del coronavirus. Estamos ante el tsunami, y ha llegado el momento de apretar los dientes.

También llega la hora, en el lado de la esperanza, de ver cómo en medio de la adversidad algunos superan reticencias a las que vivíamos penosamente acostumbrados. Mi amigo Alberto, desde Amorebieta, me envía las imágenes de los ertzainas que se acercan

a rendir homenaje a sus compañeros guardias civiles y darles sus condolencias por los dos agentes que ya ha perdido la Benemérita en esta epidemia. Es emocionante: somos mucho mejores cuando borramos las diferencias. En la UCI está otro guardia civil al que conozco. Soy agnóstico, o eso creo, pero en estos días he recuperado la costumbre de rezar. Por él y por el resto.

Pienso mucho en mi hermano Manuel y mi cuñada, Joana. Él es realizador de televisión y ella trabaja en la radio, en Palma. Prestan un servicio público y tienen que salir a diario. Al menos, ahora tienen mascarillas, al principio no contaban con ellas. Para que muchas cosas funcionen y sigamos teniéndolas, los que estamos confinados dependemos de quienes no pueden, como quizá querrían, quedarse en casa. Podemos pensar que ellos tienen más suerte, y en cierto modo así es, porque ven el aire y la luz y no están entre cuatro paredes masticando su impotencia; pero también corren un riesgo por todos los demás. No los olvidemos, y aprendamos a llevar con más mansedumbre y mejor conciencia nuestra obligación de no salir.

21 de marzo
El ocaso de los ídolos

Núria necesita más estímulos. Leemos la Biblia, un libro gordo de chistes y la enciclopedia aún más gorda de animales que sacamos de la biblioteca del barrio, esa a la que mis vecinos me hicieron el honor de ponerle mi nombre. Hace con regularidad sus tareas: de mates, lengua, naturales, inglés. Lleva un coronadiario y un coronacuaderno de dibujos. Me ayuda cuando ordeno, cuando pongo el lavavajillas, cuando barro o friego o quito los excrementos de mirlo del jardín. Pero los días se hacen largos y se ha buscado otra forma de evadirse del encierro: crearse un personaje en un videojuego que se llama *Animal Crossing* y que le ha puesto en la tableta su hermana, Judith. Le funciona de maravilla, como ya quisiéramos los mayores que nos funcionara algo. Tiene una autocaravana que ha decorado a su gusto y con la que va moviéndose por el mundo virtual. Lo que no le gusta es que el juego la obliga a tener un gato. A Núria no le van los gatos, ella es mucho más de perros. El juego le enseña —todo enseña— que nada es perfecto.

Nada ni nadie. Otra cosa que nos está enseñando esta pandemia es a poner en su sitio a nuestros ídolos, y a recuperar del olvido y la postergación a quienes por nuestra inconsciencia no lo eran. Algunas lecciones van estando claras. Cuando esto pase, hay que apostar a muerte por el sistema sanitario, incluida la previsión de emergencias sistémicas. Hay que apostar a muerte por la ciencia, que es ahora mismo nuestra única esperanza de no repetir la historia de 1918 —para quien no la sepa: la oleada del otoño de aquella gripe fue mucho más devastadora que la de la primavera—. Hay que apostar a muerte por el cuidado a los mayores y

dependientes, para no volver a pasar la vergüenza de verlos caer en racimos en sus residencias. Y hay que apostar a muerte por mantenerles la dignidad a quienes, aparte de los sanitarios, de veras sujetan el tinglado cuando vienen mal dadas: policías, militares, transportistas, agricultores, empleados de servicios públicos esenciales, de supermercados, de mantenimiento, de limpieza, etcétera. Ellos son los que nos sostienen, a quienes ahora nos volvemos y quienes han de jugársela mientras los demás, los que somos superfluos, nos quejamos de lo aburrido que es el encierro o hacemos el imbécil burlándolo y obligándolos a perseguirnos. Menos mal que de vez en cuando el idiota de turno le hace justicia poética a su idiotez, como muestra un vídeo con el que hoy me tropecé por las redes, en el que un ciclista trata de eludir a la policía y acaba deteniéndose a sí mismo.

¿Qué se hizo en estos días de todos los que no hace nada llenaban todas las portadas, consumían minutos y minutos de los telediarios y nos mantenían pendientes de sus insignificancias, magnificadas a la enésima potencia por los cristales de aumento de las ventanas digitales? Todos encerrados, inactivos, y sin que importe gran cosa, salvo a los muy fanáticos, que hayan interrumpido su actividad. Algunos hacen historias por Instagram y los vemos sentados jugando con una videoconsola, actividad en estos momentos comprensible y disculpable en una niña pequeña como Núria, pero que resulta cómico, o algo peor, ver que constituye el devenir vital de quienes ayer eran nuestros superhéroes. No es cuestión de dar nombres, pero hay más de una empresa por ahí que tiene a sus astros en casa, dándole a la Play, y se pregunta por qué sigue pagándoles miles de euros al día. He leído que alguna se ha empezado a plantear dejar de hacerlo.

Les está bien empleado. Nos está bien empleado. Entretener y entretenerse puede ser importante, no digo que no, pero no es lo fundamental. En este momento celebro que los escritores, que somos igualmente inútiles, no seamos ídolos de nadie. Eso no nos salva de nuestra inutilidad, pero sí, por lo menos, del bochorno.

El presidente del Gobierno ha comparecido al final del día y ha estado hablando setenta minutos. Demasiados. Como sabe cualquiera que trabaje con palabras, es muy difícil llenar ese tiempo con un discurso que mantenga en todo momento la enjundia.

Demasiada autojustificación, poco brío, poco de lo que realmente hace falta en estos días duros que ya no se avecinan: son los que estamos viviendo. En una coyuntura así, uno agarra el toro por los cuernos, le mira a los ojos y dice sin más lo que ve, aunque se arriesgue a perder las siguientes elecciones. En una guerra, lo que cuenta para el que la dirige es ganarla, no ganar el día después. Que le pregunten, dondequiera que esté, al inefable Winston Churchill.

Habría sido mejor reconocer sin ambages los errores, proponerse enmendarlos y pedir entrega para salir adelante, sin más. He vuelto a ver por ahí una foto de la manifestación del 8
M
, con la ministra del ramo en el centro. Trece días después, su gesto desencajado produce espanto. Había indicios de que era mejor no hacerlo, muchos lo veíamos, incluso los que sabemos bien que no somos especialmente clarividentes, y que cancelamos actos menos concurridos programados para esos días. Ahí estaban los primeros avisos de organismos internacionales, lo de China, lo de Italia que empezaba a acelerarse, y el ejemplo de Philadelphia o Zamora en la pandemia de 1918: en una no se suspendieron unas marchas, en otra se hicieron ceremonias religiosas masivas. Ambas pagaron un duro peaje.

Es evidente, dos semanas después, que no debió celebrarse esa gran movilización en Madrid. Es evidente que se celebró porque ante la duda prevaleció el sesgo ideológico: era mejor que no hubiera razones para cancelarla, convenía más para el acto de autoafirmación y autopromoción —además de la legítima y necesaria reivindicación de igualdad— que alguna persona tenía ya previsto y organizado.

Quizá, solo quizá, esa persona debería dimitir, no solo callar y estar desaparecida. No porque errara dolosamente, eso nadie lo piensa ni lo puede pensar. Sino porque tomó una decisión costosa y equivocada. También ahí tenemos, tal vez, una lección para nuestra gestión pública futura. Rara vez acaba bien lo que mal empieza.

Hoy es el Día Mundial de la Poesía. Todo el mundo leía hoy poemas en todos sitios. Soy malo para las movilizaciones gregarias, con carácter general, así que de poesía hablaré mañana.

22 de marzo
La risa de nuestros hijos

Hoy ha vuelto a hablar el presidente del Gobierno, después de su conferencia con los presidentes de las comunidades autónomas. No me cuento entre sus palmeros incondicionales, este diario sin ir más lejos lo atestigua, pero tampoco entre quienes quieren aprovechar cualquier ocasión, incluida una pandemia que ya nos ha quitado a más de mil conciudadanos, para echarlo por tierra. Si anoche estuvo largo y poco persuasivo, hoy lo he visto mucho más ceñido —para empezar— y ha lanzado algunos de los mensajes que importan. Ha anunciado que el estado de alarma se prolongará quince días más. No debe sorprender a nadie. Cuando tomé la decisión de confinarme en Illescas con la familia, el día 9 de marzo, me preparé mentalmente —y traté de preparar a los míos— para no salir por lo menos hasta mayo. Acepté que el mes de abril, como dice la canción, nos lo habían robado, al menos para ir tranquilamente por la calle. Y dudo que eso cambie.

Con ese anuncio, quizá pasaron inadvertidos otros mensajes que dio y que, para mí, son los más trascendentes. Por ejemplo, que el ejército va a ayudar con todas sus capacidades, a todas las tareas y en todas partes. Si el coronavirus sirve para que los españoles se sacudan los complejos sobre el recurso a unos servidores públicos que existen en todas las naciones solventes y que están ahí para ponerse en primera línea de todos los sacrificios, algo bueno nos habrá traído. Aunque uno espere algún otro aspaviento de los de siempre, que será cada vez más inaudible.

Más importante aún me parece la reflexión que hizo el presidente sobre la oportunidad que esta crisis representa para demostrar que el Estado que nos dimos los españoles, y que

responde con una generosa descentralización a nuestras peculiaridades y complejidades históricas y presentes, es funcional incluso sometido al estrés máximo que una crisis como esta representa. Se oye demasiado a menudo, desde el lado separatista y desde el negacionista de esas diversidades, que el estado autonómico es un fracaso: unos le achacan peso excesivo al Gobierno central, otros que funcionamos como el ejército de Pancho Villa. Un poco de lealtad, un poco de rigor y un poco de respeto recíproco, por parte de todos, pueden acallar con esta ocasión y para siempre esas críticas.

Y quizá lo más importante de todo fue la alusión a la importancia que tiene responder a esta crisis desde el sacrificio y la disciplina, voluntariamente aceptados, de los ciudadanos libres que somos los españoles. Lo dice también Yuval Noah Harari en un texto publicado en el *Financial Times*: tenemos una oportunidad única de demostrar que desde la libertad y la responsabilidad individual, desde el respeto a los derechos de las personas, y mediante el compromiso libre de estas, se puede responder a un desafío de primera magnitud con la misma eficacia que con el recurso a modelos autoritarios de gobierno o a las férreas herramientas de control social que la tecnología ofrece y que esos sistemas de poder, ejercidos por Gobiernos o por corporaciones —o por Gobiernos aliados con corporaciones—, utilizan sin escrúpulos ni consideración a los individuos.

Quizá no está mal, para apreciarlo, leer el texto del escritor chino Yan Lianke que publica hoy *El País* sobre la respuesta al virus en su país. En especial la referencia que hace a la escritora Fang Fang, que vive en Wuhan y ha contado en un blog, que no paran de censurarle y que ha cambiado varias veces de sitio, lo que es vivir una situación como esta sin las libertades de las que disfrutamos los españoles. Esas que, por ejemplo, me permiten a mí escribir este blog sin tener que moverlo.

Por eso cada vez que un insensato se salta las normas de confinamiento no está ejerciendo su libertad, sino erosionando la de todos. Por eso cuando llega la Policía y lo sanciona o lo detiene no está violentando su libertad, como observaría con su miopía habitual el antisistema de guardia, sino garantizando la de todos los que estamos renunciando a los derechos que tenemos para ayudar a

la comunidad a salir de este trance extremo y poder recobrarlos incólumes.

Por lo demás, el día en casa fue poco interesante. Yo lo dediqué casi entero a corregir las galeradas de *El mal de Corcira*, la novela de Bevilacqua que no sé cuándo saldrá, pero que me empeño en preparar igual, porque hay que trabajar para el día de mañana y no dejar de pensar en él. La maqueta está muy limpia, han surtido efecto mis esfuerzos maniáticos de revisión continua mientras escribo y también el pulcro y exquisito trabajo de Eva y María, las dos personas que han realizado para la editorial el proceso de edición. Esa gente en la que algunos no piensan nunca, cuando dicen que los editores no son necesarios ni aportan nada. En todo caso, son 544 páginas, y leerlas todas con atención en busca de lo que queda por pulir —alguna rima indeseada, alguna palabra mal partida, alguna repetición— lleva un buen rato.

Al final del día, para compensar que hoy ha estado casi toda la jornada al cuidado de su madre, he parado para bailar con Núria el *Resistiré* del Dúo Dinámico. La única forma de hacerlo es cogerla en brazos, o mejor dicho en un solo brazo mientras con el otro le tomo la mano, y ya pesa lo bastante como para que cueste algún esfuerzo sostenerla. Pero merece la pena, solo por ver y escuchar cómo se ríe mientras la zarandeo. Es eso lo que estamos defendiendo en este combate: la risa de nuestros hijos, poder disfrutar de ella, y que puedan disfrutarla sus abuelos. No se me ocurre causa mejor por la que dar todo lo que la lucha nos exija.

También he sacado un rato para hablar con mi amigo José. He publicado en *El Mundo* un texto que se basa en una experiencia que él ha tenido en estos días en una residencia de ancianos como agente de policía judicial. Me lo ha agradecido con tanta calidez y emoción que me ha abrumado. También me ha contado que Yolanda, su mujer, médico del Samur, salió deshecha de su guardia de veinticuatro horas, que se alargó hasta las veintiséis, sin parar de trasladar enfermos y mirando la muerte cara a cara. Está acostumbrada a ello —ya ha vivido unas pocas, desde el 11
M
al Madrid Arena— pero no en esta proporción. No sabemos todo lo que les debemos. Espero que, cuando lo sepamos, no lo olvidemos como de costumbre.

Se me ha alargado la entrada y no he hablado de poesía, como prometí ayer. O quizá sí, aunque no haya puesto ningún verso. Quiero en todo caso traer aquí unos que he descubierto estos días. Lo haré mañana, dándoles el espacio que merecen.

23 de marzo
Días en blanco

No soy poeta. Y me pesa, porque intenté serlo. Fue en mi juventud, más o menos hasta los veinte años. Sucede, sin embargo, que uno no puede ser todo lo que quiere o intenta ser, y conviene aceptarlo cuanto antes. Me di cuenta de que carecía del impulso que un poeta requiere: de la fe en el propio verso. Desde pequeño, solo he tenido fe verdadera en mi aptitud para un empeño mucho más modesto y seguramente más intrascendente: contar historias. Por eso dejé la poesía y me apliqué a la prosa, sin aspirar a más poesía que la que pueda colarse por las rendijas de un relato, los poros de un personaje, el espacio de una acción.

Más o menos a la edad a la que yo dejé de hacer versos, empezó José Luis Sampedro a escribir, en secreto y para sí, los poemas que recoge *Días en blanco*, un libro recién publicado —con la mala fortuna que está siendo para los libros llegar en estos días a las librerías— y compilado por el profesor José Manuel Lucía Megías a partir de los cuadernos que en una caja rotulada con la palabra «Poesía» encontró la viuda del autor, Olga Lucas, entre los papeles del maestro.

Lo he leído en estos días, y releído hoy. Es una verdadera delicia, y por momentos sobrecogedor encontrarse con la intimidad de un hombre al que conocí, que me honró con su amistad y que es, en mi experiencia y mi sentir, de largo la persona más importante con la que he tenido trato, y posiblemente la más importante con la que vaya a tener trato jamás. Murió hace siete años, y sin embargo nunca se ha ido de mi lado. Recuerdo todas y cada una de las palabras que le oí decir, recuerdo su mirada transparente y profunda, su ejemplo rotundo y memorable de cómo la verdadera

sabiduría es bondad, y viceversa. A su manera, y qué manera, intentó cumplir el mandato de Píndaro: «Hazte el que eres». Y a su manera, también, llevó a cabo la máxima de Wittgenstein que postula que los actos deshonestos son irracionales. Nunca le vi cometer una deshonestidad, nunca le vi abdicar de la razón, ni siquiera cuando le decían que chocheaba por expresarla; sin ir más lejos cuando predijo el cataclismo al que la globalización —esta globalización— empujaba a la economía y a las personas, como demostró, después, la crisis de 2008 y ahora parece que va a redemostrar el coronavirus. Los que se reían de él antes de 2008 callaron entonces estruendosamente. Ahora volverán a callar. Sampedro enseñaba estructura económica cuando ninguno de ellos había nacido.

Pero hoy, que ya no es el Día Mundial de la Poesía y puedo hacerlo sin seguir ninguna consigna, quiero hablar de sus poemas. De amor, existencialistas, también satíricos. Estos últimos los escribía en los congresos, las reuniones de organismos internacionales o durante los tribunales de oposiciones a los que tenía que asistir. Hay cera para todos: desde Franco a Fraga, desde los tecnócratas del Opus a los falangistas del búnker, como entonces se le llamaba al sector más reaccionario del régimen. Acierta a reírse, en *Veinticinco años después*, del propio envejecimiento:

> —Yo, de joven,
> desconocía mi cuerpo.
> No sabía dónde estaban
> ni el hígado, ni el cerebro,
> ni el pulmón… Solo una cosa
> notaba a cada momento
> dando señales de vida
> y poniéndome tan negro
> que me obligaba a salir
> a ver si cambiaba aquello,
> descargándome el espíritu
> de tanto desasosiego
> con ayuda de alguna alma
> que hiciese de cireneo…
> Ahora, en cambio, yo me noto
> el hígado, el esqueleto,
> el corazón, los riñones

y otras tantas latas dentro.
Pero ¡ay!, aquella otra cosa,
tan atrevida en sus tiempos,
por mucho que me la busco…
¡ni con lupa me la encuentro!

Me interesa especialmente la reflexión que hace sobre su propia condición de poeta secreto, que escribe sus versos para sí y no los muestra a nadie. Se encuentra en el poema titulado *Guardián*:

Escribo ¿para quién? Para ninguno.
Para mí ni siquiera. Lo reniego.
No es el basalto-acero que retumba
en la roja caverna de mis entrañas.
No es el cuchillo, ni el violín siquiera,
el violín afilado por la vida.
Es otro quien escribe, no mi mano.
Alguien que no soy yo y está escondido.

Pero hay mucho más, tantísimo más. No puedo ni debo citarlo todo, invito a leerlo, y a quien no pueda encontrar el libro en papel le animo a que lo busque en formato electrónico. Me ha conmovido su retrato de Castilla, en el poema del mismo nombre: un encendido canto de amor a esa tierra dura y austera escrito por un barcelonés criado en Melilla y Cantabria. Un mensaje tan humano y tan distinto de las peticiones de confinamiento y de los desprecios que en estos días otros formulan contra Castilla y su corazón de hoy, Madrid; acaso hipertrófico, pero no por su culpa —ni por su culpa infectado—, y que responde como siempre con toda la nobleza y toda la generosidad que puede a lo que tiene encima.

Estos días, por cierto, un inciso político brevísimo, ha aumentado la talla de un alcalde y una presidenta que llegaron a sus sillones por accidente y contra pronóstico. Hicieron y dijeron no pocas tonterías antes de llegar al cargo y en sus primeros días de mandato —como ese empeño en devolverle al automóvil el espacio que necesariamente había perdido en la ciudad—. Pero ante la crisis han respondido con una tensión y un valor que es de ley reconocerles: la presidenta fue por delante del Gobierno central en cerrar colegios y enviar a los niños a sus casas, y ahora está al pie del cañón aun confinada por la enfermedad; y el alcalde ha sido

pionero en impulsar la creación de infraestructuras necesarias, como el megahospital de campaña de Ifema, tirando de todos los recursos propios y ajenos disponibles y poniéndolo en pie más rápido que los chinos el suyo de Wuhan. Hay una alcaldesa en Barcelona que debería estar haciendo ya lo mismo en la Fira, pero a ella le dan alergia acreditada los uniformes y quizá por eso limita su recurso a la UME a organizar un albergue para los sintecho. Ya se le demandará.

Volviendo a la poesía, los que de veras estremecen son los poemas que Sampedro escribió al término de la guerra civil, una contienda que inició en Santander en el bando republicano y que después, tras la caída de la ciudad, le tocó hacer reclutado por los nacionales. Hay sobre todo dos, *Los que volvieron* y *Poema de la victoria (tentativa)*, que ponen la piel de gallina al leerlos en estas circunstancias.

Comienza el primero:

> Los que volvieron
> traían solamente unas manos vacías
> —curvadas todavía, asiendo el viento—
> y unas alegres caras cansadas
> y ojos cuya mirada nadie explicará nunca.
> Nadie, ni los poetas,
> porque en ella vivían las últimas palabras
> de los que no volvieron.

Y termina:

> Y sentía en sus hombros y en sus manos
> el vigor de otras manos y otros hombros.
> Pues parecía, sí, le parecía
> como si hubiesen vuelto,
> y estuviesen con él en la nueva tarea
> los que no volvieron.

Y dice el segundo:

> Yo te ofrecí mi vida.
> Yo me ofrecí a la muerte, Señor, porque algún día
> llegara este momento para quien Tú quisieras.
> Y de entre todos los que se ofrecieron

me has contado en el número de los que lo verían.
Quizá yo no era digno
de morir en Tus brazos;
de que aceptaras Tú mi sacrificio.
O Tu sabiduría me tiene destinado
a comprender con prolongado esfuerzo
de difíciles años
aquello que se aprende con claridad sin sombras
en un solo momento: el de la Hermosa Muerte.
Si hubiera sido digno
de morir, Te hubiera dado gracias
en el último instante.
Porque me has reservado
para vivir un cotidiano ímpetu,
Te doy gracias, Señor, de igual manera.

Creo que lo copio aquí para que lo lean mis hijos, cuando todo esto pase, si es que les da por leer lo que escribía su padre, que ni tienen por qué, ni es seguro. Hoy Noemí ha perdido un pendiente al salir de la ducha y Núria y yo lo hemos encontrado. Ha hecho un dibujo inmortalizando la hazaña. Estaba tan orgullosa como nos hace sentir en estos días, justamente, cualquier mínimo logro.

24 de marzo
Cifras

La cifra de la muerte llega a 3000. Empieza a estar claro que esto no es una gripe más, como felices e insensatos —o simplemente, ignorantes— nos las prometíamos hace apenas un mes. He leído hoy que en la mayoría de los casos la muerte se produce por sepsis, una reacción desproporcionada del organismo a una infección que lo apabulla. El bichito tiene algo que otros no tienen, quizá simplemente que nuestro cuerpo no guarda memoria de él, como sí la guarda de muchos otros. Y cuando esa reacción desmemoriada se produce en un organismo que por lo que sea —edad, defensas, patologías concurrentes, o cualquier otra grieta— está más expuesto que el resto, su sistema defensivo se atolondra y en poco tiempo colapsa. Y pensar que un virus no es más que un poco de información genética, dentro de un envoltorio de grasa y proteínas, y que esa cosa tan simple y tan pequeña puede echar por tierra una vida, una mente privilegiada, los recuerdos y los sentimientos atesorados en el más largo camino.

Una de las cosas que más me gustaba estudiar cuando estaba en el instituto era Biología. La cursé hasta COU, y hasta me planteé hacer la carrera. Cuando descubrí que mis pensamientos eran intercambios de iones entre células —o más bien, lo resultante de muchos intercambios de iones simultáneos— me pareció fascinante. Me aprendí entre otras cosas el ciclo de Krebs porque me obligó a ello un catedrático algo maníaco que me impartía la asignatura, pero luego celebré sabérmelo, comprender con ese grado de detalle que lo que somos se basa en la bioquímica, porque me enseñó a admirar todavía más la capacidad humana de abstraerse de la realidad y transformarla. En el virus, en este virus, apenas una

secuencia de
ARN
, nos reencontramos con nuestra más rotunda elementalidad, porque se mete en nuestras células, que en lugar de sostenernos empiezan a trabajar para él, para que se replique y prospere hasta el infinito. La mayor esperanza que tenemos, biológicamente hablando, es que los virus tienden a hacerse soportables para sus anfitriones, porque si no mueren ellos también.

Volviendo sin embargo a las cifras: corremos el riesgo de que no nos dejen ver el bosque, de que perdamos de vista las dimensiones de la tragedia. Cada uno de esos 3000 es un mundo que se apaga, y hay personas que empiezan a no poder soportar el espectáculo de tantos mundos apagándose a la vez. A propósito de las residencias de ancianos, hoy salían en la televisión las empleadas de una residencia de Getafe, algunas de ellas enfermas, contando la impotencia en la que viven y trabajan, mientras sus viejitos, como los llamaban, se les mueren y luego pasan horas hasta que las saturadas funerarias pueden ir a recoger sus cadáveres. Mi amigo José me cuenta en un mensaje cómo la directora de una residencia donde ya han muerto catorce, y veinte más están enfermos, poco menos que se le derrumbaba. Los conocía a los catorce, a algunos de años, y los ha visto desfilar uno por uno y a toda velocidad sin poder impedirlo. Alguna negligencia —incluso criminal— habrá habido, entre tantas residencias como hay en España, no todas bien montadas ni atendidas. Pero parte el alma ver a estas personas entregadas de corazón al cuidado de los más débiles, desasistidas y soportando encima el estigma de no estar atendiéndolos en condiciones. José ha visto de todo: desde la masacre del *camping* de Biescas hasta el accidente de Spanair, donde tuvo que reseñar más de ciento cincuenta cadáveres. Pero me dice que esto lo supera.

Deberíamos todos, y me señalo el primero, juzgar menos a la ligera siempre, pero sobre todo en estos días, tan excepcionales, tan confusos, tan trágicos.

Y sin embargo, no es así. Ahora viene la guerra sobre de quién son culpa los recortes en Sanidad. De todo el mundo, no nos engañemos, y cada uno tendrá que vivir cargando en la conciencia con los que le tocan. Como caerá sobre la conciencia de algunos seguir sin pedir la ayuda que necesitan, solo porque la traen

personas con un uniforme que lleva en el hombro la bandera de España. Hoy varios alcaldes del área metropolitana de Barcelona han pedido la ayuda urgente de la UME que no solicita su Gobierno. Un vecino de Santa Coloma me escribe por Twitter, con copia a su alcaldesa, para pedirle que se sume a la iniciativa. No quiero hablar mal de nadie, pero nunca entenderé los fundamentalismos: ni religiosos, ni políticos, ni identitarios. Cuántos muertos cargan ya sobre sus espaldas.

Hoy me he pasado el día trabajando para terminar con las galeradas y quitármelas de encima. No me ha dado tiempo a bailar el *Resistiré* con Núria, por lo que he tenido que comprometerme a que mañana lo bailaremos dos veces. Estas cosas son las que nos mantienen agarrados a la vida. Como mi hazaña de esta mañana temprano en el Mercadona: he encontrado papel higiénico, que yo no uso, pero sí las tres mujeres de distintas edades que comparten mi encierro. He vuelto a casa con los rollos como si trajera un león cazado en la sabana africana.

Sigo hablando por la mañana y por la tarde con mis padres, que mantienen el confinamiento y están bien. Ha sido una suerte que en los últimos tiempos, por culpa de la lesión de mi madre, apenas pudieran salir. Se sentían muy desafortunados por ello, ahora ven que quizá sea al revés. Mi madre hace sus ejercicios de rehabilitación y va cada día un poco mejor. Saber que están bien por la mañana y por la tarde son dos momentos de felicidad del día. Cómo hemos redescubierto la dicha, por lo común invisible, de que no haya ninguna desgracia.

Para terminar el día, Noemí y yo nos ponemos *The Crown*. Nos costó entrar, ni a ella ni a mí nos motivan mucho los avatares de la realeza, y a ella le parece obsceno e insoportable el despliegue de lujo y lacayos. A mí me parece igualmente obsceno, pero lo soporto con humor: no deja de ser cómico que haya gente en el mundo que depende de ese derroche de adulación y otra gente dispuesta a dársela. Al final parece que vamos a verla porque hay que reconocer que está muy bien hecha, que los actores son soberbios —como todos los ingleses— y es una delicia saborear ese inglés pomposo y oblicuo de la clase alta británica, del que alguna vez disfruté en una vida anterior, tratando con abogados de esa nacionalidad. Esa lengua exclusiva y diferenciada de la del

populacho, que les permite decir, por ejemplo, que un asunto es *intricate*, palabra que los subtítulos traducen pobremente por *complicado*. La serie cuenta hechos tan banales, con seres tan banales, que en estas circunstancias viene a cumplir una insospechada función terapéutica.

Por cierto, leo que la protagonista de la serie, Elizabeth Windsor, está recluida con solo diez sirvientes —lo estará pasando mal— en el castillo del mismo nombre. También está recluido —en Escocia— su hijo, el príncipe septuagenario. Han dejado al frente al nieto, Guillermo. Cuando llegue ahí, la serie no dejará de tener su interés.

Queda mucho encierro por delante. Caerán, me temo, todas las temporadas que por ahora llevan grabadas.

25 de marzo
La canasta de Pablo

Como cada día, a través de mis amigos y ya prácticamente camaradas de verde, me llegan noticias del frente. El teniente coronel del GAR, Jesús Gayoso, que fue uno de nuestros anfitriones en la visita que hice con periodistas a su unidad, sigue luchando por su vida en una UCI de La Rioja. Es un hombre fuerte, de solo cuarenta y ocho años, pero el bicho le ha dado con ganas y la fiebre va y viene pero no cesa. Muy cerca de casa, en el kilómetro 30 de la A-42,
en el término de Casarrubuelos, cuatro imbéciles que se saltaban el confinamiento en un coche sin
ITV
ni seguro han arrollado al guardia civil de Tráfico que les dio el alto en un control. Los han detenido poco después, pero al guardia han tenido que llevarlo en helicóptero al hospital después de sacarlo de una parada cardiorrespiratoria. Unos años de cárcel serán poca respuesta a la estupidez y la ruindad de la conducta delictiva. En residencias y pisos de la Comunidad de Madrid mis amigos guardias no dejan de encontrarse ancianos muertos, esperando a las funerarias colapsadas. No hay protocolos, a veces el cadáver sigue en la habitación junto a otro anciano vivo porque nadie les ha dicho a quienes gestionan la residencia que una vez certificada por el médico la muerte natural por coronavirus pueden retirarlos y guardarlos donde sea más humano, para los difuntos y para el resto de los residentes.

Por cierto: también me informan de la escasez de mascarillas y equipos de protección con que hacen su trabajo. Ninguna novedad, cuando carecen de ellos hasta los sanitarios que atienden a los

pacientes infecciosos. Alguien tendrá que asumir alguna responsabilidad por esta carencia clamorosa, o como poco tenerla para que la próxima pandemia no los pille desnudos y sin poder vestirlos.

También me llegan noticias de que el hospital de emergencia de Ifema, ese con el que sacan pecho Comunidad y Ayuntamiento, es por el momento un desbarajuste y un recurso más aparente que real. Confío en que esto último sea solo una apreciación desmoralizada de profesionales comprensiblemente desbordados por lo que están viendo. El ser humano, incluso el ser humano entrenado para ello, tiene una capacidad limitada de absorción de muerte y desastre. Y si quienes me lo cuentan tienen razón, confío en que en los próximos días, con el rodaje adecuado, ese hospital improvisado funcione como debe para ayudar a encajar lo que ahora tenemos encima, que es el tramo de veras oscuro del túnel. Estamos recaudando los efectos de todos los actos masivos y de todos los trenes y metros que circularon atestados cuando el virus ya corría como la pólvora. Ahora el debate político vira hacia la previsibilidad de este resultado y hacia la exigencia de responsabilidades al Gobierno por no haber suspendido esa clase de actividades cuando, dice la oposición, ya había información que apuntaba a la conveniencia —que sería la necesidad— de hacerlo. Una juez de Madrid le ha abierto diligencias al delegado del Gobierno en la Comunidad por autorizar la manifestación del 8 M. Me he leído el auto: pide documentos, informes que tuviera el Gobierno, dictamen del médico forense sobre si esa manifestación pudo incrementar los contagios. Una pregunta a estas alturas retórica, con varias de las ministras participantes infectadas.

No es seguramente el momento, lo que importa ahora es atajar el mal, como vino a decir el presidente del Gobierno al final del día en el Congreso, pero el debate *a posteriori* no nos lo va a quitar nadie. Sobre esas decisiones cuestionables, pero también sobre los no menos cuestionables recortes en servicios públicos sanitarios que mientras bajaban impuestos a los más pudientes protagonizaron quienes formulan el reproche anterior. Y lo malo es que, pasada la solidaridad forzada por la epidemia, lo previsible es que hagamos como siempre, bandería del dolor y la muerte de nuestros

conciudadanos, en lugar de encontrar la manera de unirnos y remar juntos para que la próxima vez no vuelvan a salir tan malparados.

Hablando de bajadas de impuestos a los pudientes, quizá haya que recordar que a los verdaderamente pudientes no se les baja impuestos, por la sencilla razón de que no los pagan, o los pagan en proporción irrisoria a su renta y fortuna. Por eso irrita un poco leer que algunos, entre los que pagan menos de lo que pueden y los que apenas pagan nada, publicitan con gran alarde que van a hacer donación de una fracción diminuta de su caudal a la lucha contra el coronavirus. Sin querer, están poniendo el dedo en la llaga de esta crisis: quienes se han hecho de oro con la globalización, exonerándose vía paraísos fiscales de contribuir en condiciones normales a sus respectivas comunidades, solo pagan los platos rotos de esta pandemia, cuyos efectos propicia y agrava esa misma globalización —por ejemplo, al deslocalizar la fabricación de materiales que ahora se precisan con urgencia y no llegan—, por la vía de la limosna. Si ahí fuera hubiera algún Gobierno digno de ese nombre no les permitiría semejante desfachatez. Por lo menos en adelante condicionaría su presencia en una sociedad, y la posibilidad de beneficiarse de ella y de su potencial humano y económico, al esfuerzo real y justo para sostenerla.

A pesar de todos estos pensamientos sombríos, hoy ha asomado el sol. Hemos aprovechado para salir un poco al jardín, para que Núria se diera unas carreras y pescara un poco de vitamina
D
. No es un jardín inmenso, pero somos conscientes del privilegio que representa en estos días. Por mi parte, he estado lanzando unas canastas, mientras me acordaba todo el rato de mi hijo Pablo. Por sugerencia suya compré y puse la canasta del jardín, que él es quien más utiliza. En estos días, cuando hablo con él, me dice que es una de las cosas que más echa de menos en el encierro en casa de su madre. Como tantos otros españoles, soy padre divorciado, y desde hace ya catorce años no convivo a diario con mis dos hijos mayores. Fui, y no por mi gusto, uno de esos progenitores obligados a asumir de forma prematura el síndrome del nido vacío. Como se puede imaginar, lo superé hace tiempo, pero en estos días los echo mucho de menos a los dos, a él y a su hermana Laura. De común acuerdo, los dos son ya mayores de edad, decidimos que mientras dure la

cuarentena se queden donde están, porque en estos días mejor es mantener el contacto físico con un solo núcleo familiar y no andar yendo y viniendo. Es un sacrificio pequeño, al lado del sacrificio ya antiguo y mayor. Lanzar esas canastas es una manera de sentir a mi hijo conmigo. Incluso esta mañana me he tomado el café en su taza del Real Madrid. Quien me conozca, sabe el valor que tiene ese gesto: mi afición al fútbol es nula, y al Real Madrid, todavía menor. Pero es su equipo, y desde que lo es lo siento y lo veo de otra manera. Hasta en alguna ocasión me he sorprendido alegrándome, por él, de que ganara un partido.

El bicho nos está quitando muchas cosas, para empezar a tres mil y muchos conciudadanos hasta el día de hoy, pero nos está enseñando, de qué manera, el valor de otras. La jornada ha terminado con el baile ritual, a las ocho en punto, del *Resistiré* con Núria y su madre. La peque lo disfruta y se ríe con todas sus ganas. Pienso en todas las tardes en las que la vida corriente y sus afanes, a veces fútiles, nos impiden estar juntos a esa hora. En medirlos más en adelante: la vida, los afanes.

26 de marzo
El desfile

Como este no es un diario íntimo, sino que lo voy haciendo público a medida que lo escribo, no había querido hasta aquí poner demasiado el acento en las muertes que se van sucediendo a mi alrededor. No es cuestión de ofrecerle al lector más motivos para el desconsuelo de los que ya de por sí pueda tener. Pero eso no quiere decir que no las hubiera, y que no causaran su impacto a personas con las que tengo relación más o menos cercana y de rebote a quien esto escribe. Van pasando los días y empiezan a ser tantas que no puedo dejar de levantar acta, así sea discreta y austera, del desfile que forman. El hermano de Manuela, la madre de Noemí, la madre de Amparo, la madre de Fernando, el padre de Carlos. No todos se han ido por el coronavirus, alguno ya estaba enfermo o muy enfermo de antes, pero irse en estos días, cuando la muerte pasa a ser una cifra, no hay velatorios ni ocasión de hacer el duelo, produce un desasosiego suplementario. Intento estar cerca de todos ellos, de su pérdida, más o menos asumida de antes, más o menos amarga para mí —a la mayoría los conocía poco o nada—, más o menos inesperada y demoledora para ellos. Dudas si el teléfono sirve de algo, si esta anomalía que nos apabulla le permite al dolor humano encontrar su tiempo y su proporción.

Termino el día con un mensaje de mi antiguo jefe y sin embargo amigo, Alejandro. Se nos ha muerto también Jaime Spottorno, un buen amigo, un maestro en no pocas cosas, alguien que sabía ponerle a cada mañana en la oficina, en el primer café compartido, la sonrisa inteligente, la anécdota jugosa, la reflexión humana y profesional siempre instructiva. En suma, una de esas pocas personas que logran ser siempre memorables. Tenía vida y recorrido

para ello. Había estado en más de cien países, hablaba inglés y francés como un nativo exquisitamente educado y hasta había despachado una vez con Franco, entonces un ancianito consumido y de voz casi extinta que le había escuchado y desarmado con una sola pregunta, tan simple como malévola: «Y esto, Spottorno, ¿en qué es bueno para España?».

Y sobre todo, tenía gracia y talento. Todos los que le conocimos le debemos unas cuantas lecciones, de las que hemos tirado una y otra vez. Recuerdo, entre otras muchas, cómo desarmaba a los más arrogantes; por ejemplo, aquella vez que un estirado abogado francés le preguntó en inglés, la lengua en que se habían saludado, si hablaba su idioma, y él le respondió que hablaba español, inglés, portugués y alemán, de modo que, ¿para qué necesitaba el francés? O su famosísima y no menos útil teoría del hombre seguro. Todavía puedo escucharlo, con su voz grave: «Lorenzo, no lo olvides, no hay nadie que acierte siempre, pero sí hay quien siempre se equivoca. Ese es el hombre seguro. Cuando veas uno, síguelo, y haz siempre lo contrario de lo que él haga». Leyó mi primera novela, *Noviembre sin violetas*, e hizo todo lo posible por que llegara a ver la luz. Me auguró que dejaría la abogacía, también que algún día me darían el Premio Nobel, y solía repetirme que solo le gustaría vivir para verlo. No lo vamos a ver, ni él ni yo, pero qué importa eso. Su amistad, y su fe en mi escritura, valen mucho más que una medalla entregada por el descendiente de una dinastía de ociosos, y que, dicho sea de paso, no le dieron a Kafka, Proust, Musil, Onetti o Chandler.

Este era Jaime, mi amigo, uno de los que en estos días se suman al desfile. No es una cifra. Es una luz preciosa que se apaga, y aun así sigue iluminando.

Y así, ya más de cuatro mil.

Me gustaría que lo recordaran quienes a lo largo del día de hoy se han arrojado ya a la reyerta más sórdida. Quienes ponen todo el acento en esa manifestación que debió o no debió suspenderse. Quienes salen a defenderla por videoconferencia desde casa como si lo más importante en mitad de la que está cayendo fuera dejar lo más alto posible su propio pabellón ministerial, o con artículos firmados extrañamente bajo seudónimo para salvarle la cara al Gobierno. Ni salvarle la cara al Gobierno ni partírsela importa una

mierda en este momento, a ver si se enteran todos de una vez. Están muriendo los nuestros: nuestros amigos, nuestros padres, nuestras madres, nuestros hermanos. Lo único que importa es contener la hemorragia, empezar a hacer bien las cosas, después de que todos, sin excepción, lo hiciéramos mal, o no tan bien como habríamos debido hacerlo. Tanto sobran en esta hora los que sacan pecho y alzan la cresta, como los que andan con el garrote tratando de agachársela a otro. Hacen falta brazos, mentes frías, consuelo.

Si han timado a nuestro Gobierno, como sale en las noticias, vendiéndole a través de un intermediario desaprensivo o desavisado miles de test chinos defectuosos, lo que hay que hacer no es convertirlo en la noticia del día para tratar de derribarlo, sino poner todo el empeño en devolver los test inservibles y buscar otros buenos. En la guerra, cuando la trinchera de al lado flojea, no se pone uno a reírse del teniente torpe que la manda: se va a la brecha a tratar de impedir que pase el enemigo. Porque si pasa el enemigo acribilla a todos, los tontos y los listos.

Cuando esto pase, habrá unas elecciones, antes o después, y cada uno acudirá a ellas con sus aciertos y sus pifias, y quien tiene que decidir decidirá. Ahora estamos bajo el fuego, y bajo el fuego se aprieta los dientes, se ayuda al que flaquea, al que tiene peor puntería, al que no sabe, y no se piensa, nunca, en las medallas.

El confinamiento sigue sin novedad. Tenemos provisiones. La vecina del yorkshire terrier sigue paseándolo a todas horas y aprovechando para fumar. Los vecinos chinos de la manzana siguen poniendo por la tarde música de su país, que le da un toque surrealista al encierro. Yo sigo lanzando canastas con Núria, y bailando por la noche con ella *Resistiré*. Su madre escribe poemas que se guarda. Quizá sea lo mejor, guardar una parte de lo que estamos pensando estos días. Para cuando podamos terminar de entender, de verdad y sin apremios, lo que está pasando.

27 de marzo
Madrid, Madrid, Madrid

Desayuno con la noticia de que en Castilla-La Mancha achacan el auge de contagios a la migración de madrileños tras el anuncio del confinamiento. No puedo no darme por aludido, así sea de refilón: madrileño soy y escribo esto en territorio de Castilla-La Mancha, aunque la raya de Madrid, el término municipal de Casarrubuelos, esté a apenas cien metros de la valla de mi casa. Llevo aquí ininterrumpidamente desde el día 10, es decir, casi una semana antes de que se nos confinara, y si miro aún más atrás, aquí he pasado el noventa por ciento del tiempo desde noviembre, cuando me encerré, como suelo, a escribir una novela. Aquí también vive mi familia siempre que no hay actividad lectiva. Sin embargo, empadronado estoy en Getafe, y esa es la dirección que aparece en mi
DNI
.

La noticia o acusación me da que pensar en términos más generales. Por ejemplo, en cómo aflora el censor o inquisidor que todos llevamos dentro cuando se establece una limitación, sea del tipo que sea. A veces, hasta la irracionalidad o el puro disparate: cuentan los periódicos que desde los balcones se increpa a sanitarios que se dirigen a su trabajo para atender enfermos o a padres que pasean con sus hijos autistas para que no enloquezcan en los pisos. También me mueve a reflexión sobre la rapidez con que se despacha un estigma, en esta ocasión el que nos ha correspondido a los madrileños por vivir en la comunidad autónoma más conectada con el exterior, sede de importantes ferias internacionales y también del Gobierno, lo que nos trae, nos guste o no, todas las grandes

movilizaciones que tan bien le vienen al coronavirus para prosperar. Nos han señalado como leprosos que deben ser aislados desde el inefable y predecible Torra hasta algún representante del nacionalismo gallego —ese movimiento que debería dedicar más tiempo, quizá, a preguntarse por qué Feijóo empalma mayoría absoluta tras mayoría absoluta—. El fenómeno revela las contradicciones del razonamiento humano: en lugares donde normalmente se desea a los madrileños, como contribuyentes ideales que pagan los impuestos locales asociados a sus viviendas pero usan menos días que el resto los servicios públicos, ahora se los rechaza como si fueran una plaga.

Es evidente que desde que el confinamiento se dictó moverse es contravenirlo y lleva aparejada legal y justa sanción. Nos guste o no, a todos nos toca quedarnos donde estábamos el 15 de marzo. Es evidente, también, que una vez que se ha declarado la alarma a todos se nos impone la responsabilidad de evitar todo contacto humano salvo el indispensable por nuestro trabajo, quienes tengan uno en primera línea o que así lo exija, o por causa de fuerza mayor o urgente necesidad. Lo que no es tan evidente es que el mal se haya diseminado en Castilla-La Mancha, o en el conjunto del país, por culpa de la movilidad de los madrileños que tienen una residencia fuera de la Comunidad y han dado en confinarse en ella.

Tomo como ejemplo la urbanización en la que aquí vivo. A 32 kilómetros de la Puerta del Sol, la inmensa mayoría de sus habitantes trabaja en Madrid. Es posible que sea yo uno de los vecinos que menos ha estado en la capital en los últimos cuatro meses. Tal vez la incidencia del coronavirus en Castilla-La Mancha se deba más a la contigüidad con Madrid, a los miles de castellanomanchegos de Toledo y Guadalajara que trabajan en la capital, y toman los trenes de cercanías y el metro, que a los madrileños, tampoco tantos, que hayan podido mudarse. Y una vez declarado el confinamiento, quizá importe más, a efectos de parar la epidemia, que cada cual esté en el lugar donde menos contacto tenga con otros seres humanos. En mi caso, por mí y por mi familia, y por lo que yo y mi familia pudiéramos transmitir a terceros, lo vi claro: mejor en una casa donde estamos solos y no tenemos más contacto que las personas con las que un par de días por semana coincidimos mi mujer o yo en el Mercadona —a no menos de metro

y medio—, que en una comunidad de ocho portales con entrada, jardín y ascensores comunitarios.

Sin embargo, parece que a los madrileños nos va a tocar cargar con este estigma. No solo somos unos centralistas repugnantes y aprovechados que vivimos a costa de los demás, sino que ahora somos los malvados contagiadores. El victimismo aldeano de la escuela de Waterloo se expande con facilidad, en lugar de pensar que este virus nos ha sacudido sin distinción a todo el país, porque todos dependemos de todos: no solo para recaudar impuestos de bienes inmuebles de segundas residencias, sino porque el anciano que muere en su piso de Vallecas deja de comprar la bandeja de tomates recogidos en Almería, el yogur hecho con leche asturiana, la lata de berberechos gallegos, y me parece que no hace falta seguir.

Ahora todos estamos recluidos, cada uno donde le pilló el decreto de alarma, y lo que cuenta es mantener con disciplina el confinamiento obligatorio. Todo lo demás son maniobras de flautistas de Hamelin buscando pescar en río revuelto.

No estaría de más ver que los madrileños, más que leprosos, son víctimas primeras de esta epidemia que merecen como cualquiera la solidaridad de sus hermanos, porque en Madrid se juntan hermanos de los españoles de cualquier rincón. Converso durante un rato con mis amigos que están en primera línea en la ciudad, y que a duras penas mantienen el vigor y la entereza. Lo que se están encontrando en los pisos, en las residencias, en los hospitales fijos o de campaña es desolador. Se juntan en esta hora tantas imprevisiones, tanto amateurismo, tanto exceso de confianza en tiempos pasados. Y lo que preside la conversación pública son las especulaciones de ociosos, como al final, no me engaño, lo es este propio diario.

La conversación relevante y donde por la incapacidad de otros nos jugamos todo nadie la está escuchando. Es esa conversación febril y permanente que los profesionales sanitarios, me cuenta una de mis fuentes, médico, mantienen en sus grupos de WhatsApp, en tiempo real, para intercambiar sus experiencias terapéuticas frente a un virus desconocido que reacciona de mil maneras, desde la fiebre a la diarrea, desde la nada imperceptible a la sobrerreacción inmunitaria. Es la que mantienen los profesionales de la seguridad, policías, guardias, militares, para establecer protocolos que

permitan gestionar con eficacia, humanidad y respeto a la legalidad los cientos de cadáveres que está dejando la epidemia. Mientras atendemos al blablablá insustancial de políticos, tertulianos y politólogos confinados, ellos hablan de lo que importa, de lo que nos sacará de aquí.

Algún día, la experiencia de los sanitarios madrileños, en la zona cero de esta catástrofe en España, será un activo que valga fuera de Madrid, y seguro que entonces nadie hará ascos a pedirlo ni a recibirlo. Así es como somos los humanos.

El día acaba con la peor noticia. Ha muerto, a los cuarenta y ocho años, el teniente coronel Jesús Gayoso, jefe del GAR de la Guardia Civil. Coincidí con él en Logroño, donde trabajaba, y un fin de semana en Teruel, con sus compañeros de promoción. Había estado en multitud de escenarios de conflicto, desde Mali hasta Afganistán, siempre cerca del riesgo. Su compromiso con la seguridad de las gentes de esos lugares adonde lo enviaban, y con la del conjunto de los españoles, era absoluto. Tenía una mente hiperactiva, que no dejaba de procesar e ingeniar, y esa hiperactividad se comunicaba a su conversación. Su futuro profesional era brillante, pero el coronavirus lo sorprendió en La Rioja, la otra comunidad más ferozmente azotada por el virus —por fortuna, su tamaño parece haberla librado del estigma que nos ha caído a los madrileños—. Aunque luchó durante días, el virus encontró la forma de imponerse. Era un hombre joven, fuerte, deportista. Una advertencia para ese darwinismo idiota que ha hecho optimistas y temerarios a tantos. Las condolencias a sus compañeros de promoción, alguno buen amigo mío, como Daniel, han vuelto a ser, qué remedio, telemáticas.

Empieza a ser odiosa esta virtualización de la vida y de la muerte. Apenas nos salvan de ella las imágenes de sus hombres rindiéndole homenaje en Logroño, que se difunden por la noche: las vemos en el teléfono móvil, esa herramienta que un día creímos poseer, y que está claro que, con la complicidad del virus y de la suma de nuestros errores, se las ha arreglado ya para poseernos.

28 de marzo
Los ojos de Laura

Cuando se cumplen dos semanas de estado de alarma, mis labores de ordenación doméstica llegan a la última caja que quedaba por abrir de la mudanza de 2015. Parecía que nunca las abriría todas, pero el virus ha alterado también en ese aspecto nuestra idea anterior de la existencia. En ella he encontrado varias cosas que me han supuesto un alivio, porque ya temía haberlas perdido en el traslado: el reloj Dogma de mi abuelo Lorenzo y un par de recuerdos de su paso por Cataluña, sus iniciales
LS
forjadas en metal y una placa también metálica con la imagen de la Inmaculada y el escudo del Regimiento de Montaña
n.º
64 de Berga, en el que sirvió tras la guerra civil. Bajo la imagen de la Virgen se lee una fecha: 8 de diciembre de 1942. Son objetos modestos, sin valor económico, pero en ellos hay algo del hombre cuyo nombre y apellido llevo, y del que también, a través de la sangre y la memoria, algo me ha llegado en lo que toca al carácter y la forma de ver el mundo. Me ha alegrado mucho encontrarlos. No pensé que iba a tener algo que agradecerle a la epidemia.

En la misma caja, en un papel cuidadosamente plegado, he encontrado otro recuerdo entrañable: un diente de leche de mi hija mayor, Laura. El papel es la carta que le escribe al Ratoncito Pérez con motivo de su caída, en la que le dice dónde se encuentra y le da noticia de sus buenas notas. Reparo entonces en que se le cayó estando conmigo, y me acuerdo de que, después de ponerle el billete correspondiente, retiré el diente y la carta para que pensara que se los había llevado el ratón y los escondí en la cajita donde

ahora han aparecido con otros recuerdos, entre ellos mi medalla infantil. El hallazgo me devuelve a aquella niña que era Laura, y que hace tiempo dejó ya atrás.

El recuerdo adquiere un cariz especial en este momento en el que llevo ya semanas sin verla, y me hace pensar de manera casi automática en los ojos de mi hija, que es una forma de decir en los ojos de todos aquellos a los que en esta situación de confinamiento no podemos vérselos desde hace muchos días. Allá por 2002 me inspiraron un cuento infantil, *Laura y el corazón de las cosas*, que ilustró con su muy peculiar estilo Jordi Sàbat. En él hay una ilustración en la que los ojos de la niña protagonista, con los que ve el corazón invisible de sus juguetes y de los demás objetos, tienen una marcada presencia. Recupero el libro de la parte de la biblioteca de la buhardilla donde guardo mi propia obra, ocho estantes ya, que a veces me hacen sentir un poco culpable por haber sido demasiado copioso.

Busco la página y la contemplo detenidamente. Los ojos no son exactamente del azul que entonces tenían los de Laura, y que el tiempo ha hecho algo más verdoso, pero sí acertó el ilustrador a capturar la sensación que producía su mirada, entre el deslumbramiento y una ilimitada curiosidad. La circunstancia del encierro, y alguna otra que no es del caso detallar, le llevan a uno a examinar con una intensidad mayor de lo habitual los propios hechos y los propios vínculos. No puedo dejar de pensar, como hiciera Delibes en su bello discurso de aceptación del Premio Cervantes, en todas las horas que me he pasado conviviendo con seres inexistentes, los personajes de mis ficciones, y deshaciendo en cierto modo en ellos mi existencia. Son horas que siempre, de una u otra manera, les hurtas a los tuyos, y por eso me consuela y me conforta, en este momento de ausencia forzada, mirar esta página donde coincidió la escritura y la vida, el impulso de contar y el de expresar el afecto y la alegría de tener contigo a quienes están más cerca.

Es ese otro regalo que nos trae el virus: enseñarnos a apreciar, en lo que valen, la presencia de quienes ahora tenemos confinados lejos y la de quienes están confinados con nosotros. Recobrar con más conciencia el vínculo con los primeros, cuando podamos volver a verlos; aprovechar la oportunidad inesperada de convivir con los

segundos.

En cuanto a la epidemia, ya estamos en la temida rampa de las casi mil muertes diarias. Los expertos hacen todo tipo de curvas para predecir las tendencias. Es cierto que el aumento diario baja en porcentaje, aunque se batan récords de fallecimientos en una sola jornada; pero a nadie se le oculta que el ritmo sigue siendo insoportable y que los hospitales, ya al límite, van a ver redoblada la presión en los próximos días. Quizá por eso, el presidente del Gobierno anuncia al final del día el confinamiento total, salvo actividades esenciales, a partir del lunes.

Al anuncio sigue el previsible coro de quienes proponían el cerrojazo desde hace quince días, y que proclaman que la decisión de hoy les da la razón. Hay muchos aspectos en los que no comparto las estrategias, las decisiones ni los tiempos gubernamentales, y aquí mismo he dejado constancia de ello, pero empieza a fatigarme un poco tanta sabiduría retrospectiva. Lo cierto es que los días próximos dirán si el confinamiento decretado hace dos semanas ha sido eficaz o no: y si se comprueba que lo ha sido, quizá no resulte tan erróneo haber reservado el último cartucho para este momento, en lugar de gastarlo de entrada e infligirle de forma prematura al sistema productivo, al empleo y de posible rebote a la paz social —en el sur de Italia ya empiezan a asaltar los supermercados aquellos que no tienen nómina ni ahorros— el quebranto que va a suponer cerrarlo todo.

En otro orden de cosas, el *conseller* de Interior de la Generalitat ha dicho que no se le van a caer los anillos por llamar a la UME. En fin, ha buscado una expresión comedida: podría haber dicho que no le da asco recurrir a esa gente. El caso es que parece que el apremio humano empieza a doblegar el afán simbólico, y eso quizá sea otra buena cosa que nos trae el virus. El empacho de símbolos de los últimos tiempos ha sido importante. Y cuánto y cómo nos ha distraído de lo esencial.

Lo esencial es tejer redes que nos ayuden a estar juntos, en las adversidades y cuando estas pasen y vuelva a ser posible pasear alegre y despreocupadamente por la calle. Que ningún relato, como se dice ahora, o ningún cuento, como decía mi abuela, lo escriba quien lo escriba, nos lo vuelva a ocultar.

29 de marzo
El ángel sombrío

Leo en estos días una novela de Mika Waltari, el autor de *Sinuhé, el egipcio*, ambientada en el sitio de Constantinopla, un episodio histórico que no deja de llamar mi atención desde que estuve hace unos meses en Estambul, en el que fue mi último viaje fuera de España quién sabe por cuánto tiempo. Sobre el final de Bizancio hay otro excelente libro, *La caída de Constantinopla*, de *Sir* Steven Runciman, e incluso un nada desdeñable documental turco en Netflix, dirigido por Emre Sahin y escrito por Kelly McPherson. La novela de Waltari no es una obra maestra, no alcanza desde luego la altura de la que le hizo mundialmente famoso, pero no deja de estar escrita con instinto narrativo y sabiduría existencial. Su protagonista, Giovanni Angelos, un misterioso individuo de madre latina y padre griego que tras vivir en Aviñón e Italia y al servicio del sultán Mehmet acude a Constantinopla para morir defendiéndola, es una buena metáfora de quienes ante la adversidad suprema renuncian a intentar sobrevivir a toda costa y acatan el deber superior de mantener la dignidad, al precio que esta les demande.

A diferencia de otros, incluida buena parte de la aristocracia bizantina, Angelos, que conoce al sultán, no espera ninguna compasión ni la menor condescendencia por parte del enemigo, y menos con quienes conspiran y especulan con la posibilidad de salvarse sometiéndose a él.

Desde su actitud ética superior, y su conciencia también mayor que la del resto de los confinados que esperan en Constantinopla a que llegue el zarpazo del turco, Angelos no puede dejar de observar con algo parecido a la compasión los empeños de otros por reclamar

la preeminencia en la dirección de la defensa de la ciudad. Tal es el caso del megaduque Notaras, enfrentado al mercenario italiano Giustiniani, que por haber aportado el contingente más valioso para resistir el asedio, setecientos guerreros bien entrenados, ha recibido del emperador Constantino IX, el último de los de Bizancio, el nombramiento como *protostator* o responsable militar supremo. Asiste Angelos a la rivalidad entre los dos hombres, en un momento desesperado para su causa, y observa con filosófico despego: «¿Es que ha de prevalecer, también aquí, ese duelo infantil que solo acarrea trastornos al inducir a dos hombres a medir sus respectivos poderes con una vara?».

Qué triste semejanza con alguna cosa que estamos viendo estos días.

Angelos da en enamorarse de una joven y enigmática dama, que resulta ser Ana Notaras, la hija del megaduque, criada para desposar al emperador, pero a la que este no ha querido como consorte por su linaje inferior al imperial. Es una pasión extraña y turbulenta, descrita con los excesos de un romanticismo acaso anacrónico —para el siglo XV, cuando transcurre la acción, y para el siglo XX, cuando se escribió la novela—, pero que no deja de tener su encanto. Sobre todo por cómo Angelos intenta justificar ante la mujer, exaltada y con tendencia al conflicto, que en medio de un mundo que se acaba el amor debe imponerse a cualquier otra consideración. Se lo dice así: «El valor de todo es tan ínfimo. La vida, el conocimiento, la sabiduría, incluso la fe, arden durante un tiempo y luego mueren. Seamos personas maduras que a través de un milagro se han reconocido y pueden hablar con toda franqueza. No he venido para reñir con vos».

En el asedio que ahora soportamos tenemos más esperanzas que los defensores de Constantinopla frente a los cañones y los jenízaros de Mehmet. Es de esperar que nuestras murallas resistan, como no lo hicieron las de la milenaria Bizancio, que el enemigo no traspase la puerta de San Romano y que el emperador no tenga que arrojarse a la muerte en mitad de la derrota como hizo Constantino IX. Pero no deja de ser la de estos días una experiencia extrema, posiblemente la más extrema que como sociedad nos ha puesto por delante la vida en muchos años. En medio de algo así, lo menos inteligente, lo menos coherente, es dedicar nuestras energías a reñir

con los hermanos con quienes compartimos el dolor y la esperanza. A buscar maneras de eludir las amargas verdades que en esta hora nos tocan a todos. Y sin embargo, a eso consagran sus energías muchos de nosotros. Demasiados.

En algún caso, de forma verdaderamente grotesca. He visto por ahí que a una *influencer* la han multado repetidas veces por salir a hacer ejercicio al aire libre. La criatura, con ese averiado entendimiento que la naturaleza o la sobreexposición digital le han deparado, se quejaba de tener que pagar multas para conservar el físico estilizado que es su prioridad en la vida. Que hayamos consentido que seres así constituyan no solo una medida de la normalidad, sino un ejemplo que miles de nuestros jóvenes desean imitar, es un fracaso social de proporciones babélicas. Tal vez necesitara un acontecimiento apocalíptico como el presente para revertirse. Tal vez una parte de lo que tenemos encima nos lo hemos ganado bien a pulso. A la *influencer* en cuestión, notoriamente un caso perdido, habrá que acabar aplicándole el recurso pedagógico de emergencia, cuando fallan todos los demás: una temporada de privación de libertad. Algún juez tendrá que espabilarla.

Al final del día arrecian las críticas al Gobierno por tardar en publicar la lista de las actividades esenciales, es decir, las que podrán seguir funcionando a partir del lunes, junto al teletrabajo, tras la suspensión del resto de las actividades económicas. Hay quien dice que este Gobierno de aficionados es una calamidad que está agravando el desastre, incluso quien pide un Gobierno de unidad nacional que desplace a los insolventes ahora al mando. También hay quien a diario pide la cabeza del doctor Simón, el responsable de gestionar la epidemia desde Sanidad, tildándole de incapaz e inconsciente. Estos días han visto una explosión de pandemiólogos en las redes sociales, todos armados con su jerga y sus curvas.

Lo cierto es que salvo Corea del Sur, que preveía este escenario, por un gran revés anterior, y había desarrollado protocolos y hasta realizado simulacros, todos lo hemos hecho mal. Y Simón no ha sido siempre un buen comunicador, y tiene cierta tendencia a esquivar preguntas incómodas y a la autojustificación, pero me da que sabe un poquito más del asunto que el 99,999999 por ciento de

quienes lo critican. Y al menos a mí eso siempre me impone alguna prudencia. Lo cierto es que los datos de hoy ya indican aplanamiento de la curva en Madrid, donde empezó entre nosotros el desastre. La progresión geométrica se ha detenido. Que podría haberse logrado antes, tomando medidas más serias ya a finales de febrero, es evidente. Que eso habría ahorrado a las UCI parte del tsunami, también. Que todos los que siempre se ponen en lo peor tengan más ciencia y criterio que quien sabe, porque este pecara de demasiado contenido en sus cálculos y en sus acciones, es ya más discutible.

Veremos cómo están otros dentro de dos semanas, y quizá aquilatemos las verdaderas proporciones de nuestra imprevisión y nuestra negligencia.

Lo que ahora importa es preparar a toda velocidad protocolos surcoreanos para enfrentar en mejores condiciones la segunda oleada de otoño. Y tener capacidad de ampliación de camas de UCI y de respuesta a la emergencia —a poder ser, sin el cacareo continuo de caciques locales o nacionales sacando pecho para darse importancia—, así como de fabricación local de todo lo necesario: mascarillas, equipos de protección, respiradores, test rápidos y lentos, etcétera.

Hoy ha hecho un hermoso día de sol, el último, según el pronóstico del tiempo, antes de una nueva racha invernal. Hemos aprovechado para salir al jardín y Núria ha estado dándose carreras por él. Luego hemos hecho un montón de fichas de matemáticas. Por momentos me sorprende lo bien que está llevando el encierro. Comento con su madre que parece estar haciéndose mayor por momentos. A ver si hay suerte y pasan por el mismo proceso algunos de nuestros presuntos adultos.

30 de marzo
El docto Simón

Hoy, por primera vez en muchos días, el responsable de alertas sanitarias del Ministerio de Sanidad, el doctor Simón, no ha comparecido en rueda de prensa. Se ha confirmado que ha caído víctima del coronavirus. No es descartable que haya por ahí alguien que secreta o abiertamente lo celebre: en una sociedad intoxicada por el virus de la confrontación, para el que no se vislumbra vacuna ni cura, que el hombre que dijo que España solo registraría unos pocos casos sea uno más de la lista de contagiados es algo que no deja de alborozar a algunos.

Y sin embargo, quizá sea el momento de valorar y agradecer su labor. Le ha tocado ocupar el puesto más feo en el momento más feo. Ha intentado en todo momento acertar, a partir de un conocimiento científico complejo, que no solo se refiere al comportamiento de un virus nuevo sobre el que apenas había experiencia clínica, sino también a las variables estadísticas y matemáticas que permiten realizar un análisis coste/beneficio para no tomar medidas que resulten más perniciosas que el remedio que se pretende. Y lo ha hecho siendo consciente de que sus decisiones podían tener efectos demoledores sobre una realidad socioeconómica, política y humana más compleja aún. Ha ido decantando su criterio a partir de lo aprendido a lo largo de décadas de formación, situado en el ojo del huracán y sometido a presiones de toda índole. El Gobierno, la oposición, los medios, la opinión pública. Se puede decir ya a estas alturas que ha cometido errores claros, como no haber instado medidas más agresivas a finales de febrero o principios de marzo, y sobre todo, no oponerse a que el segundo fin de semana de ese mes se realizaran actividades

multitudinarias. Hay quien se jacta de haberlo visto clarísimo entonces, pero la certeza absoluta del error solo la ha traído el paso del tiempo.

Se puede especular sobre los motivos que condujeron a un profesional tan experimentado a no ser más firme, y quizá ese sea el reparo mayor que habrá de afrontar en el futuro; aunque nunca sabremos cuál fue su motivación profunda, y presumir que fue permeable a directrices políticas es cuando menos audaz. Por otro lado, solo con sus predicciones no iba a ser capaz de paliar la insuficiencia clamorosa de recursos de nuestro sistema para afrontar una pandemia como la que nos ocupa; tan solo estaba en su mano modular la magnitud del desastre, y según el Imperial College de Londres no lo ha hecho tan rematadamente mal: las medidas tomadas por España, calcula esta prestigiosa institución, han salvado al menos 16 000 vidas, en una horquilla que llega hasta el doble de esa cantidad.

Este hombre, al que todo el mundo alababa hace dos meses, al que todo el mundo ha querido linchar desde hace dos semanas, se ha formado entre otros lugares en Londres, también ha estado a pie de obra luchando contra el sida en África, y salvo algún despiste disculpable por la presión, ha demostrado serenidad y entereza. No ha abandonado su puesto y ha acabado cayendo víctima de la amenaza que trataba de combatir. Su actuación está expuesta, cómo no, al escrutinio y la crítica, pero me cuesta mucho aceptar que puedan desdeñarlo quienes no han estado en la brecha como él y quienes hacen análisis desde casa sin más formación ni experiencia que un cursillo acelerado de virología y epidemiología a base de hilos de Twitter.

Yo, por lo menos, me abstendré de permitirme semejante exceso. Y le deseo que se recupere pronto y la enfermedad le sea leve, y podamos contar de nuevo con su ciencia, que ahora es más y más escarmentada, y por eso mismo, mejor.

Del encierro hoy hay poco que contar. Núria y yo nos hemos dedicado a las Ciencias Naturales y hemos plantado un garbanzo en un vaso entre dos trozos de algodón. Está impaciente por ver los efectos; ya le hemos dicho que tendrá que esperar un poco. El día se ha puesto gris y frío, y aunque parece que la curva de contagios empieza a bajar —estamos en tasas de multiplicación cada tres días

de solo 1,5 en el conjunto del país y de 1,3 en Madrid— escuchar las noticias de las UCI colapsadas, de las personas a las que no se puede atender o del mejorable funcionamiento del hospital de Ifema no ayuda a levantar el ánimo. Pese a todo, se intenta: hoy hemos tenido videoconferencia con los abuelos. Su alegría al ver a su nieta es la mejor medida de la resistencia. Merece la pena luchar por ella.

31 de marzo
Un mundo

Hay hechos que no forman parte de una historia, aunque con ella coincidan, y no deben enhebrarse gratuitamente en ella. Hay días que no forman parte de un diario, aunque estén dentro de su arco temporal, y tampoco tienen por qué infiltrarse en sus páginas. Buena parte de este día ha sido así, y quedará en el tintero [1]. Para rellenar el hueco correspondiente, permítame el lector recurrir a dos remedios infalibles. Una historia ajena. Un par de poemas. También ajenos. O bueno, como la historia y todo lo que el mundo contiene: solo hasta cierto punto.

La historia me la contó hace unos días alguien que en estos días terribles —que diría Silvio Rodríguez— se dedica a la medicina en Madrid. Alguien cuyo día a día es más certificar muertes que tener alguna oportunidad de evitarlas. La historia se refiere a una de esas muertes, de las más de ocho mil que ya han convertido a la/el COVID-19 —la RAE permite ambos géneros, dádiva acaso inmerecida por el siniestro virus beneficiario— en la primera causa de fallecimiento en España. Una de esas que suceden en el domicilio, y que los profesionales sanitarios se encuentran ya consumada y sin solución. Es, como la mayoría de las víctimas, una persona mayor, muy mayor. Pero en esta ocasión no estaba sola. Convivía con su pareja, también mayor, muy mayor. Para decirlo todo, no solo convivía, sino que la cuidaba. Y es que de esas dos personas que vivían juntas una conservaba la cabeza y la aptitud para llevar adelante una casa y una vida más o menos autónoma pero la otra ya no; y he aquí que la enfermedad ha elegido atacar a la capaz y cuidadora y respetar a la incapaz y necesitada de cuidado.

Y ahora imagine el lector la desorientación, el miedo, la soledad infinita de esa persona que se ha quedado sin el sostén, la cobertura, el amparo de la otra. Imagine otro tiempo, en el que esas dos personas fueron jóvenes, y se enamoraron, y se sedujeron recíprocamente. Imagine, en fin, toda una vida juntos que concluye así, con un anciano o una anciana que balbucea ante un médico de urgencias que una vez certificada la muerte no sabe qué hacer, cómo consolar lo inconsolable.

Convendría que por debajo de las cifras, quienes hoy deciden, quienes hoy comentan, quienes hoy utilizan esto en la reyerta partidista, pensaran que con cada uno de esos números se ha apagado, con dolor insoportable, un mundo entero. Quizá así, bajo la apelación elemental de la humanidad, renunciarían a alguna de las maniobras, alguna de las diatribas, alguna de las especulaciones a las que dedican sus energías, y a las que nos invitan una y otra vez a sumarnos.

No importa el futuro político de nadie. Solo importa impedir que se apaguen, con tan inconmensurable tristeza, en tan inabarcable soledad, muchos más mundos.

Y ahora, los poemas. Iba a decir que forman parte de un libro que no puede encontrarse con facilidad en las librerías, y a pedir disculpas por invitar a leerlo. Pero resulta que las librerías están cerradas, y también las imprentas, y también los almacenes que surten a las librerías online, por lo que pronto ningún libro podrá encontrarse, salvo en su versión digital. Es un libro que me toca cerca, por muchas razones, y que lleva por título, justamente, *Un mundo*. Hace días que lo leí y releí —algunos de sus poemas hace ya años— y también hace días que quería dar aquí las gracias a su autora, Noemí Trujillo: por escribirlo, por sentirlo antes, por regalármelo a tiempo para que me acompañe en estos días de confinamiento y bajada a lo hondo de cada uno.

En estos días, muchos han compuesto, con loable voluntad y dispar fortuna, poemas para acompañar a los demás en el trance de la epidemia. Poemas sobre el confinamiento, sobre los que no pueden confinarse y han de salir a la calle y mantenerse en primera línea frente a la amenaza; versos de pesar y lamento, de loa y gratitud, de espera y esperanza. He leído muchos, e invariablemente me inclino una y otra vez hacia los más sencillos. Los más

despojados de pretensiones, adjetivos y metáforas. Los que vuelan más cerca de la zozobra y evitan alardes de Ícaro aspirando a las alturas y a emular el resplandor del sol. También he encontrado en versos de esa sencillez, escritos antes de todo esto, las palabras más precisas para nombrar el hoy.

Permítaseme recomendar, ya que estamos, todos los del último disco de Leonard Cohen, *Thanks For The Dance*, grabado póstumamente sobre el registro de su voz grave, cálida e inolvidable. Vale, sin ir más lejos, la canción que le da título, pero también cualquier otra. Por ejemplo la que se titula *torn It's*, de la que se me han quedado enredados en la mente cuatro versos de los que no logro librarme.

Traducir poesía es imposible, me limitaré a perpetrar esta pobre aproximación:

> Desgarro en la belleza, desgarro en la muerte,
> desgarro en la misericordia pero algo menor,
> desgarro en las alturas, desde el reino a la corona,
> vuelan los mensajes, pero se ha caído la red.

Y aquí van los poemas de *Un mundo*. No tienen título, solo un número. Este es el V:

> «No sé si esto
> es una forma normal
> de escribir poesía»,
> me dices.
> Y yo callo
> porque en poesía
> nada es normal
> ni debe serlo.
> En poesía el poema
> es una fiera hambrienta,
> encarnizada
> sitiada eternamente.
> En poesía solo hay dolor
> y un largo testamento.
> Quiero otro tiempo,
> un tiempo sin guerras
> enamorado,

habitar un lugar
donde nadie
le ponga
bombas
a
Dios.

Y este el XXV:

Iglesias entre rascacielos
cantan por las calles de Wall Street,
iglesias entre rascacielos.
No sé si me queda fe
para buscar a Dios
pero siempre que tropiezo
con una iglesia
yo entro y rezo
y pido perdón.

La fe es siempre un camino personal, y probablemente no es una opción para el que la tiene ni para el que carece de ella. Pero en estos días tiene más sentido rezar y pedir perdón que buscar qué es lo que unos a otros podemos acertar a echarnos en cara. Incluso para quien sea ateo.

Gracias a las y los poetas que nos lo recuerdan.

1 de abril
Las pestes de Atenas y Bizancio

Releo en estos días a Tucídides y a Procopio de Cesarea, dos de mis griegos favoritos, entre otras razones por cómo supieron reflejar los entresijos de la naturaleza humana a través de sus conflictos. El primero pasa por ser el maestro y el modelo del segundo, no en vano escribió casi mil años antes, y el autor de Cesarea —de Palestina, cerca de la moderna Haifa— estudió a su predecesor. Sin embargo, los dos son igualmente brillantes, igualmente intemporales, y si a Tucídides hay que reconocerle la originalidad y el instinto primigenio, Procopio cuenta con la ventaja de haber sumado a su bagaje el resto de la tradición clásica, no solo griega, sino también latina, y la de servir en la corte bizantina de Justiniano, un lugar de veras privilegiado para asomarse a los abismos del alma humana.

Los dos se refieren en su obra a sendas pestes. Tucídides habla de la que asoló Atenas en el año 430 a. C., ya en plena guerra con Esparta, y que contribuyó a debilitar a la que hasta entonces era la potencia imperial hegemónica en el mundo griego, dejándola maltrecha y expuesta a la derrota que acabaría sufriendo al final. Es muy esclarecedor recuperar en estos días algunas de las consideraciones que hace Tucídides a propósito de la epidemia. Entró, cómo no, por el Pireo, el puerto ateniense: en aquella época era lo que en la nuestra los aeropuertos por los que se ha colado el coronavirus a lomos de la globalización. Llegó de pronto, dice Tucídides, que padeció la enfermedad y describe cómo se manifestaba:

> En plena salud y de repente se iniciaba con una intensa

> sensación de calor en la cabeza y con un enrojecimiento e inflamación en los ojos; por dentro la faringe y la lengua quedaban en seguida inyectadas y la respiración se volvía irregular. […] Después de estos síntomas, sobrevenían estornudos y ronquera, y en poco tiempo el mal bajaba al pecho, acompañado de una tos violenta y cuando se fijaba en el estómago lo removía y venían vómitos […] con un malestar terrible.

Subraya Tucídides su carácter indiscriminado:

> Unos morían por falta de cuidados y otros a pesar de estar perfectamente atendidos. […] Ninguna constitución, fuera fuerte o débil, se mostró por sí misma con bastante fuerza frente al mal; este se llevaba a todos, incluso a quienes eran tratados con todo tipo de dietas.

Y relata así la respuesta en el seno del pueblo de Atenas:

> Si por miedo no querían visitarse los unos a los otros, morían abandonados, y muchas casas quedaban vacías por falta de alguien dispuesto a prestar sus cuidados; pero si se visitaban, perecían, sobre todo quienes hacían gala de su generosidad, pues, movidos por su sentido del honor, no tenían ningún cuidado de sí mismos.

Soledad y abandono en el morir, generosidad y riesgo en el cuidar. De qué nos suena. También consigna el cronista el amargo cambio en los hábitos funerarios:

> Todas las costumbres que antes observaban en los entierros fueron trastornadas y cada uno enterraba como podía. Muchos recurrieron a sepelios indecorosos debido a la falta de medios, por haber tenido ya muchas muertes en la familia.

De especial interés es la parte donde describe el impacto moral de la enfermedad:

> La epidemia acarreó a la ciudad una mayor inmoralidad. La gente se atrevía más fácilmente a acciones con las que antes se complacía ocultamente, puesto que veían el rápido giro de los cambios de fortuna de quienes eran ricos y morían súbitamente. […] Ningún temor de los dioses ni ley humana

> los detenía; de una parte juzgaban que daba lo mismo honrar o no honrar a los dioses, dado que veían que todo el mundo moría igualmente, y en cuanto a sus culpas, nadie esperaba vivir hasta el momento de celebrarse el juicio y recibir su merecido.

De algo nos suena también este inescrupuloso *carpe diem*, aunque no sean sus manifestaciones tan extremas ni la epidemia tan mortífera.

En mitad de la peste pronunció Pericles un famoso discurso, que Tucídides no puede dejar de recoger, y del que tampoco puedo evitar incluir aquí este trozo:

> Porque un hombre cuyos asuntos particulares van bien, si su patria es destruida, él igualmente se va a la ruina con ella, mientras que aquel que es desafortunado en una ciudad afortunada se salva más fácilmente.

Si a alguno le ayudara todo esto que ahora tenemos encima para asimilar esta antigua enseñanza, de algo nos serviría el azote de la enfermedad.

En cuanto a Procopio, en su *Historia* se narra con detalle la peste que golpeó Bizancio en el año 542 de nuestra era. Un acontecimiento que tuvo sus diferencias con la peste ateniense, y que el autor bizantino cuenta con matices también respecto de Tucídides. Hubo algunas semejanzas: entró por la costa, como la otra, y también subraya Procopio su carácter pavorosamente «democrático».

> No afectó a una parte concreta de la tierra ni a cierto tipo de hombres, ni se redujo a una determinada estación del año […], sino que se extendió por la tierra entera, se cebó con cualquier vida humana, por muy distintos que fueran unos hombres de otros, sin perdonar naturalezas ni edades. Y es que la diversidad de […] maneras de vivir, o de condiciones naturales o de actividades que ejercían o de cualquier otra cosa en la que se diferencia un ser humano de otro, no sirvió de nada. […] Ni isla ni cueva ni montaña que estuvieran habitadas se libraron del mal. Y si se dio el caso de que por algún sitio pasó de largo, sin atacar a los que allí vivían […] volvió, no obstante, a manifestarse de nuevo en ese lugar,

> pero sin afectar entonces en absoluto a los que habitaban en las cercanías, a los que precisamente había atacado con mayor virulencia, y no desapareció del sitio en cuestión hasta cobrarse la cantidad exacta y justa de víctimas.

He aquí una descripción de la famosa «inmunidad de grupo», y de la resignación a ella, solo que formulada hace quince siglos, cuando ni se sabía lo que era un virus.

Describe a continuación Procopio, en términos parecidos a los de Tucídides, aunque con mucho más detalle, la gran variedad de síntomas y el desconcierto de los médicos respecto de la manera de curar el mal:

> Puedo, de verdad, declarar esto: los médicos más reputados predijeron que morirían muchos que, inesperadamente, sanaron poco después y aseguraron que se salvarían muchos que, sin embargo, iban a perecer muy pronto. De tal modo que no había ninguna causa de esta enfermedad que pudiera ser comprendida por el razonamiento humano, pues en todos los casos la recuperación se producía la mayor parte de las veces de una forma impensada. […] Muchos que no recibían cuidados morían, pero muchos también se salvaban contra toda lógica. Y además, los tratamientos surtían efectos distintos en aquellos a quienes se les administraban.

Lo mismo que encontramos en estos días, en la imprevisión y los errores de pronóstico de los expertos sanitarios y en el testimonio de los médicos que luchan contra el mal causado por el coronavirus: la acción terapéutica que es positiva en ciertos cuadros, puede resultar en cambio nociva en otros. Y viceversa.

Hay también en Procopio espacio para describir la alteración en los ritos fúnebres:

> Los difuntos no eran llevados a enterrar con su cortejo, como de costumbre, ni con la música fúnebre que era habitual, sino que bastaba con que uno portara en hombros al muerto hasta llegar a la zona costera de la ciudad donde lo arrojaba, para que después de amontonarlos en barcas, se los llevaran a cualquier sitio.

El horror de Procopio coincide con el de Tucídides y alude a esa dimensión moral que tiene para el ser humano el honrar a sus

muertos. Singularmente jugosa, dentro de este orden moral, es la manera en que el cronista bizantino expone la repercusión de la epidemia en el comportamiento de los habitantes de su ciudad:

> Los que antes habían sido partidarios de las facciones dejaron a un lado su mutuo rencor y se ocuparon, en común, de los piadosos deberes para con los muertos. […] Es más, incluso aquellos que con anterioridad disfrutaban entregándose a acciones viles y perversas, esos desterraron de su vida diaria todo delito para practicar escrupulosamente la piedad, y no por haber aprendido de súbito lo que era la decencia […] sino porque en aquel entonces todos, por así decirlo, estaban espantados de lo que sucedía […]. Lo cierto fue que en cuanto se vieron libres de la enfermedad y sospecharon que ya estaban salvados y seguros, porque el mal se había trasladado a otros pueblos, se produjo de nuevo en ellos una inmediata mudanza de voluntad hacia lo peor.

Si consideramos que entre nosotros no se ha producido de forma generalizada ese abandono de partidismos y esa conversión a la virtud, el oscuro augurio que contiene para nuestro trastorno presente el final de este pasaje —la naturaleza humana sigue siendo la que es— adquiere tintes todavía más desoladores.

Habrá que fijarse en lo positivo. Nos hemos acostumbrado al confinamiento, los supermercados siguen teniendo género y empiezan a llegar menos enfermos en mal estado a las urgencias. Parece que, al menos en los lugares donde atacó primero, hemos empezado la senda de la superación del mal. El del virus.

Nos queda, siempre, el que llevamos dentro. Contra el mal de los virus luchan y nos han de defender los científicos; contra el mal moral deberían luchar y defendernos los filósofos. De Bizancio, según cuenta Mika Waltari en su novela *El ángel oscuro*, citada en una entrada anterior de este diario, el sultán Mehmet se encargó de erradicarlos por completo después de conquistarla. Eso dice en qué estima tenía su aportación a la comunidad el emperador de los turcos. Triste sería que, al cabo de seis siglos, su brutal enmienda a la filosofía se revelara acertada.

Postdata: Las citas de Tucídides y Procopio están tomadas de su traducción del griego al castellano a cargo de Juan José Torres

Esbarranch y Francisco Antonio García Romero, respectivamente. Con mi gratitud a ambos.

2 de abril
Cosas que no entiendo

La noticia del día es que hemos superado la cifra fatídica y apabullante de las 10 000 muertes. La otra noticia del día, la frívola, o no, es que los españoles han dejado de comprar compulsivamente papel higiénico —después de dos semanas y a la vista lo despacio que merma la montaña de rollos acumulada al principio—. Lo que ahora triunfa en la cesta de la compra, y no deja de ser bastante lógico y razonable —por lo menos más que lo del papel higiénico—, es el vino.

Razones no nos faltan, desde luego, para darnos a la bebida. Siguen sucediendo cosas que resultan difícilmente comprensibles. Uno puede aceptar, hasta cierto punto, que frente a la amenaza difusa de un virus desconocido las autoridades reaccionaran en un principio con torpeza y/o lentitud. Le ha sucedido al Gobierno español, les ha sucedido en mayor o menor medida a todos los Gobiernos autonómicos y a la inmensa mayoría de los Gobiernos del mundo, comenzando por el que inauguró la carrera, el de la todopoderosa y pujante China, y terminando con el de la decadente pero aún gran superpotencia estadounidense. Lo que cuesta mucho más es transigir con desatinos notorios bajo el fuego de un mal que ya ha probado que no es ninguna broma: nos consta que puede llenar y llena funerarias y cementerios, encierra a la gente en sus casas despojándola de su derecho a deambular y de algunos otros y congela la economía con riesgo de necrosarla.

Por empezar por algún lado: es evidente que la cifra de enfermos severos ha comprometido de manera gravísima la atención sanitaria de casos críticos y la supervivencia de ancianos domiciliados en residencias, especialmente en Madrid y Cataluña, aunque también

en alguna otra comunidad, como Castilla-La Mancha.

En esas condiciones, ¿cómo podemos entender que se permita al *president* Torra seguir obstruyendo la actuación de la UME para tareas como el montaje de hospitales de campaña y la desinfección de residencias de ancianos, acciones solicitadas de manera casi desesperada por alcaldes catalanes de todo color, incluido algún regidor independentista? ¿Cómo puede ser que sea noticia que ante la abrumadora cifra de ancianos muertos el *president* dé «su brazo a torcer», permita a los militares desinfectar al fin residencias y eso parezca una concesión por su parte? ¿Es funcional un sistema que no le tuerce el brazo de manera fulminante a quien así obstruye el socorro a su propia población? ¿Lo es una ley que no proporciona los mecanismos para que alguien que de esa forma atenta contra el derecho a la vida de sus conciudadanos, ante los que asume la representación del Estado, no sea apartado a la mayor brevedad posible de su posición institucional y recluido donde no pueda hacer más daño?

Si tuviera a mis ancianos padres en Sabadell, o en una de esas residencias sin desinfectar aún porque a alguien le dan alergia los uniformes españoles, no encontraría la manera de entenderlo. Que me perdonen quienes sí lo hagan.

Pero hay más. Resulta que en España, según una noticia también de hoy, no hay cientos, sino miles de camas de UCI sin ocupar. Tanto en la sanidad privada como en los sistemas públicos aún no colapsados. En Galicia, en Baleares y en otros sitios. Está sucediendo, no es una hipótesis, que ancianos que llegan a las urgencias de Madrid y Barcelona no pueden recibir atención intensiva porque en ellos las UCI están llenas. Está sucediendo, no es un futurible, que a algunos ya ni se los traslada desde la residencia o el domicilio: ante la falta de respiradores se les invita a morir con una simple mascarilla aspirando oxígeno para aliviarles el trance en presencia de los suyos, antes que agonizar en soledad en un hospital esperando un recurso que no va a llegarles. Hemos visto en las noticias helicópteros militares franceses llevando enfermos a hospitales alemanes con camas de UCI libres. La pregunta que ingenuamente puede hacerse uno, que quizá no podemos no hacernos, es: ¿acaso el ejército español no tiene helicópteros como esos para llevar a los críticos no a otro país, sino

simplemente a las camas libres de otras regiones españolas?

Pues la respuesta es que sí, que los tiene, y bien gordos, del modelo
CH-47
Chinook. Y no solo los tiene, sino que desde hace semanas sus tripulaciones han estudiado la capacidad de transporte de camillas de esos aparatos para ponerlos al servicio de la emergencia. Y sabiendo esto, ¿cómo es que no están haciendo ya vuelos desde Cataluña y Madrid para dar alguna esperanza a españoles a quienes en estos momentos se está desahuciando, y de paso a sus familias? ¿Qué lo impide? ¿Qué coordinación hace el Ministerio de Sanidad del Gobierno de España, es decir, de los españoles en peligro, con ese «mando único» que le da el decreto de alarma? ¿Hay que seguir esperando a que un reyezuelo autonómico lo pida o lo autorice? ¿Qué se hizo del estado de necesidad, ese concepto jurídico que a algunos nos enseñaron en la Facultad de Derecho? ¿Qué pasa si se manda al Chinook a aterrizar en la plaza de Cataluña de Barcelona y hacerse cargo de los enfermos que el sistema catalán de salud ya no absorbe, aunque al *molt honorable* se le abra una úlcera?

Releo lo escrito y pienso que quizá la inocencia me dicta estas preguntas. Que me perdone el lector, pero ante estas cuestiones y en estas circunstancias prefiero ser un inocente. Acabo de tener una conversación por Facebook Live con lectores, organizada por mi editorial. No me gusta Facebook, y menos retransmitirme, pero ha sido gratificante reencontrarme, así sea por el canal virtual, con esa buena gente, esas personas razonables y atentas que son los lectores. Esa buena gente que es el grueso de mis conciudadanos, y que no se merece a los descerebrados y desaprensivos que ocupan algunos despachos oficiales. Y ahora agarro la mano de mi hija pequeña y de mi mujer y me voy a bailar *Resistiré*. Si solo por mí fuera, la canción empieza a estar ya demasiado oída, y todo en grandes dosis cansa. Pero veo la sonrisa inocente de mi hija y le encuentro sentido. Resistiremos. Al virus. A tanta incapacidad. A tanta insensatez. A tanta gratuita, necia inhumanidad.

3 de abril
Tommy

Termino el día viendo *The Crown*. Ya vamos por el final de la segunda temporada. El episodio de hoy, sobre los tiempos de internado de Felipe de Edimburgo y la elección de colegio para el príncipe Carlos, me parece un pestiño y me duermo sin remedio. Sobre todo, echo de menos a mi personaje favorito de la serie. El que la levanta infaliblemente y la hace volar sin motor hasta la estratosfera tan pronto como aparece. Él o cualquiera de sus perros, que a veces lo anuncian: Tommy.

En realidad, se trata de un apodo. Su nombre verdadero era Alan Lascelles y alcanzó el grado de capitán del ejército, con el que combatió en la primera guerra mundial. Después pasó al servicio de la casa real británica, donde fue secretario personal de tres reyes y de la actual reina, aunque de esta última poco tiempo, porque eligió retirarse, de aquella manera: siempre que hay una crisis que pone en riesgo la Corona, el secretario que lo ha sucedido, su antiguo subalterno, lo llama para pedirle su orientación. A veces, directamente, para que apague el fuego. Y Tommy siempre está ahí. No consigue atajar todos los males, pero sí contener la mayoría. Si Tommy no puede arreglarlo, es que la cosa no tiene remedio.

¿Qué hace a Tommy tan brillante, tan resolutivo, tan cautivador? Para empezar, jamás se pone nervioso. Más que flema británica, está dotado de imperturbabilidad absoluta. Para continuar, Tommy siempre sabe lo que hay que saber. Dispone de la información pertinente, iluminadora, devastadora si hace falta, y la aplica solo ahí donde es necesaria y hasta donde es necesaria, con bisturí de cirujano. Y si hay algo que no sabe y necesita conocer, lo averigua. Para ello, tiene sus recursos, que siempre moviliza en

maniobras de *discreet reconnaissance*, según su propia expresión, seguramente un eco de sus tiempos militares. Otro rasgo que hace de Tommy un pedazo de personaje es su manejo de la lengua inglesa: siempre oblicuo, nunca rutinario, tan malévolo como inasequible a la réplica. Por encima de todo, es un maestro del lenguaje, sabe que decir no es solo pensar, sino inducir el pensamiento ajeno, y maneja al interlocutor con puño de hierro en guante de seda.

Lo que uno ve en la serie algo debe de tener del personaje real, qué duda cabe. El resto, y lo que directamente fascina al espectador, está hecho a partes iguales del excelente trabajo como guionista y dialoguista del escritor que *The Crown* tiene detrás, Peter Morgan, y de la soberbia interpretación del actor que lo encarna, Pip Torrens, graduado en Lengua Inglesa en Cambridge y formado como actor en el Drama Studio London. Con intérpretes así, solo hace falta que el guionista y el realizador no sean unos ineptos. Les puedes dar cualquier escena y la levantan y la sostienen por sí solos. La mirada, la dicción, la contención del cuerpo. La manera en la que Tommy coloca su mano tras la espalda tan pronto como entra en el recinto de palacio, asumiendo gestualmente su posición de lacayo real —pero no cualquier lacayo, sino ese del que se depende cuando todo pende de un hilo—, es un rasgo de genialidad por su concepción y su ejecución. Con ese simple gesto, Pip Torrens consigue más, en un segundo, que muchos actores en toda su carrera.

Esta noche, sin embargo, el guionista me lo ha hurtado, y mientras apuraba una trama mil veces vista de internados británicos, sin que la condición principesca de los afectados pudiera impedirme el bostezo —más bien al revés—, he echado de menos a Tommy en la ficción de la misma manera que lo echo de menos en el momento presente de crisis y debacle por el que atraviesan mi país y el mundo.

Está claro que no disponemos de ningún Tommy, de ningún solucionador sereno, preciso y consciente del peligro exacto que corremos, que sepa qué hacer y qué decir y se ponga a ello con solvencia y sin vacilación. En su defecto, nos tenemos que conformar con lo que hay, en los distintos niveles de decisión. Es demasiado desalentador hacer siquiera una lista de nombres, se la

voy a ahorrar al lector y me la voy a ahorrar a mí mismo. Vivimos la paradoja de que la solvencia y la confianza aumentan a medida que se desciende en la escala del supuesto liderazgo. Entre nosotros y allende las fronteras, está mejor el promedio de los alcaldes que casi todos los presidentes y mejor el guardia de a pie que gestiona un control en la carretera que aquellos que deberían ser los cerebros de las operaciones. El virus nos ha pillado con unos liderazgos de pacotilla, sin visión, sin temple y, lo que es peor, casi sin discurso. Porque un discurso, y sobre todo en tiempos de tribulación, Tommy lo sabe, no se va improvisando y rectificando sobre la marcha: cuando uno abre la boca debe tener un concepto seguro en el cerebro, y no ir más allá de ahí, mientras completa el *discreet reconnaissance* que le permita ampliarlo.

Uno pone la televisión y una y otra vez ve a gente que habla de más, y que luego tiene que comerse sus palabras y hacer un viraje de 180º. A Tommy nunca le pasaría. Verbigracia: ahora resulta que las mascarillas, que eran inútiles, y por eso no era tan grave que no las hubiera para el conjunto de la población, alguna barrera oponen a la recepción y la transmisión del virus. La física elemental así lo sugería, pero quienes nos pastorean consideraron necesario predicar la idea opuesta. Ahora rectifican y pasan sin despeinarse a decir que a enmascararnos todos.

Detalles que a uno le alientan: Núria ha descubierto que le gusta limpiar sartenes. Cuanto más grandes y más grasientas, más le gusta, dice. Cuando recojo la cocina, las dejo para el final y para ella. Se sube a una silla, se remanga, agarra el estropajo y las deja impecables. Como Tommy, sabe que las cosas no se hacen a medias. Me encanta ver la determinación de vencer, esto es, de erradicar hasta la última pizca de suciedad, con la que afronta la tarea. Ante los problemas, ante la mugre de la vida, se necesita esa actitud, que espero que la ayudará y no poco en el futuro.

Por otra parte, ya es oficial: el virus nos ha destrozado las cifras de empleo. La pregunta es si pasada la coyuntura se reactivará todo lo que ahora está detenido y los despedidos volverán a ser necesarios, y por tanto empleados, o si en el viaje de la epidemia y la cuarentena perecerán quienes los empleaban y quedarán en el limbo. El problema es de campeonato, y ya sabemos lo que hay para hacerle frente, en la mayoría que sostiene de aquella manera al

Gobierno y en la oposición.

Tommy, dondequiera que estés, te necesitamos.

4 de abril
Albanta

Encuentro a Noemí con Núria en el jardín, celebrando una asamblea. Son reuniones que organiza con sus muñecos y en las que puede estar hablándoles durante una hora o más. Desde que era muy pequeña, y a medida que pasan los años, se impone aceptar que hemos tenido una oradora. Para bien o para mal. Las interrumpo con cuidado: traigo una noticia, y no es buena. Trato de buscar las mejores palabras, pero al final opto por las más simples: «Noemí, se ha muerto Aute».

Es un momento de duelo verdadero para los dos. Sucede siempre que se muere alguien a quien admiraste, pero a Aute es que además lo quisimos. Incluso nos quisimos a través de él, en momentos en los que no estábamos ni podíamos estar juntos. Media hora después, mientras trabajo en la buhardilla, Noemí me manda un wasap: «Me da pena no haber podido conocerlo». Entonces caigo en la cuenta de mi privilegio: no solo lo conocí, sino que lo vi nada menos que tres veces. Una vez en Zahara de los Atunes, en casa de nuestro común amigo Manu Morrillo, hará casi veinte años. Otra vez compartimos caseta en la Feria del Libro de Madrid. Y la tercera, y última, una cena en Cáceres, también con motivo de su Feria del Libro.

Por la experiencia que de él tuve, puedo decir que era un hombre cordial, próximo, y verdaderamente modesto. Su compañía era grata y suave, no hacía ostentación de nada, pudiendo, ni trataba de impartir ninguna lección, pudiendo también. Compartía lo que le inquietaba, lo que le seducía, lo que no terminaba de entender, como hace cualquier ser humano cabal que no se ha perdido por el camino.

Por la noche, después de cenar, ponemos tres de sus canciones.

La primera la escoge Noemí, *A por el mar*. Nos trae muchos recuerdos. Por el mar y el significado que esa letra le atribuye, y que también tuvo y tiene para nosotros. Por esos cuatro versos que hablan de amantes que vuelven y de un tiempo robado y que siguen representando tan bien, tan intensa y exactamente, algo que nos fue dado sentir: «Vayamos, pues, a abrazarlo / como un amante que vuelve / de un tiempo que nos robaron, / ese que nos pertenece». La segunda la escojo yo, *Slowly*. También nos devuelve a un tiempo y una circunstancia cuya memoria nos enseña a apreciar el valor de lo que tenemos, y que a veces, si uno se descuida, puede olvidar. Y la tercera la ponemos de común acuerdo: *La belleza*. Ese himno a lo único que puede salvarnos, frente a la asechanza de los tasadores y calculadores que merodean para despojarnos a bajo precio de lo único que de veras tenemos e importa: «Reivindico el espejismo / de intentar ser uno mismo, / ese viaje hacia la nada / que consiste en la certeza / de encontrar en tu mirada / la belleza».

Esta misma noche emiten en
TVE
un reportaje de veinte minutos sobre su vida y su obra. Desde sus primeras canciones, ya tan buenas, y que él llegó a considerar malas, hasta las últimas. También salen sus cuadros, su cine, su vida. Ponen unas fotos del malecón de Manila, donde nació y vivió su primera infancia. Reavivan mis propios recuerdos personales de esa ciudad, de la excursión que hice a su casco viejo, la centenaria y española Intramuros, donde vivió mi bisabuelo, y quién sabe qué hizo y qué dejó: lo que sé es que fue allí como mano derecha de un político a quien le dieron un cargo gubernativo, que estaba allí cuando fusilaron a José Rizal, el mártir de la independencia del archipiélago —aunque él solo pedía autonomía— y que cuando volvió, poco antes del desastre y la pérdida, engendró a mi abuelo, a quien desde entonces se le conocería en el pueblo como el *Punto Filipino*.

Dice en el reportaje Aute muchas cosas bellas, y una cargada de sentido, que cito más o menos de memoria: «A veces me pasa con mis canciones que las dejo de entender, y entonces es cuando más me gustan». Lo sabe cualquiera que crea algo y lo pone a disposición de los demás. Solo sientes que tiene valor cuando percibes que deja de ser tuyo, que los otros a quienes lo entregaste

lo han convertido en algo que te excede, y que en cierto modo no comprendes, ni debes comprender.

Mientras escribo estas líneas escucho otra canción de Aute: *Albanta*. Da título a uno de sus discos, en el que está, por cierto, la celebérrima *Al alba*. Ese disco se lo compró Noemí con sus ahorros de adolescente, y me lo envió después por correo desde Barcelona a Madrid como regalo. Es posiblemente el más hermoso regalo que me han hecho jamás. Quizá el más inmerecido, y esos son los mejores.

No puedo escuchar los versos de esa canción, *Albanta*, sin emocionarme. Voy a decir algo más, y aprovecho para ponerlo por escrito: no me da la gana dejar de emocionarme con ellos.

> Yo sé que allí,
> allí donde tú dices,
> las nubes callan palabras
> y el cielo no dice nada
> y el sol es un sol
> transparente como tu corazón
> en Albanta.
> Yo sé que allí,
> allí donde tú dices,
> las ciencias no son exactas
> porque es eterna la infancia
> y el fin no es el fin
> porque no acaba
> lo que no empezó
> en Albanta.
> Yo sé que allí,
> allí donde tú dices,
> no existen hombres que mandan,
> porque no existen fantasmas
> y amar es la flor
> más perfecta que crece en tu jardín
> en Albanta.

Se ha ido en medio de tanta muerte uno de esos pocos hombres grandes: uno de esos pocos que saben hacer que a los demás nos merezca más la pena estar vivos, compartir y recordar la vida, pensar en la manera de hacer que continúe. En estos días de cadáveres apilados y sepelios urgentes, no podemos dejar de hacerle

un hueco a su elegía, que es la celebración de su existencia, porque el fin no es el fin cuando antes de irte has acertado a dejar tras de ti tanta belleza y tanta humanidad.

En el presente, se abre paso la esperanza: por fin han empezado a bajar las muertes, se reducen los colapsos en las urgencias, la curva inicia la pendiente que todos estábamos esperando. No se pueden echar las campanas al vuelo: la vuelta a la normalidad, lo dicen todos los expertos, será lenta y tendrá que ser cautelosa, además de gradual. Y no solo por las mascarillas que ya sabemos que vamos a tener que llevar pero no sabemos cómo vamos a adquirir: yo sigo atesorando mi mínimo *stock* de mascarillas de papel de los chinos, que son poco más que nada. El presidente del Gobierno se marca otra comparecencia excesiva de una hora y pico para advertirnos de esta y otras cosas, al tiempo que anuncia que va a pedir al Parlamento que prorrogue el estado de alarma. En mi humilde opinión, sobran guiños a

JFK

—que tampoco era para tanto, en términos intelectuales y morales, léase *Un adúltero americano*, de Jed Mercurio— y apelaciones sentimentales; y faltan otras referencias —pruébese con Cervantes o Quevedo, que son nuestros y decían cosas de más sustancia que el presidente del flequillo— y ceñirse más a los mensajes que de veras se necesitan. En medio del flujo torrencial de palabras desvaídas, Sánchez desliza una frase que vale por todo el discurso y bien podría haberlo sustituido sin merma: «Separados somos más débiles».

Lo que me vuelve a arrojar a la perplejidad en la que vivo desde hace unos días. Leo que con todas las UCI saturadas, y sin coordinación por parte de la Consejería de Sanidad de la Comunidad de Madrid, los médicos de los hospitales madrileños se comunican por grupos de WhatsApp para llevar el control de dónde se libera una cama de UCI y trasladar a ella a uno de los muchos enfermos críticos que no pueden recibir cuidados intensivos. No sé si es verdad, la noticia la recoge un diario, pero estos son días confusos e inseguros. Si resulta cierta, es para salir a la calle a gritar. Porque sigue habiendo en nuestro país comunidades autónomas con capacidad sanitaria infrautilizada, incluso de UCI. No es una sospecha, lo dicen sus propios responsables. No me puedo

creer que haya enfermos muriendo solo por ser madrileños, porque sus autoridades sanitarias no solicitan y organizan su traslado inmediato a esas camas vacías de otras comunidades, en los helicópteros que tenemos para efectuarlo. La presidenta Ayuso, que comenzó dando una imagen de relativa diligencia, no parece hacer otra cosa desde hace días que tuitear contra el Gobierno central. Si mientras se da a eso se está dejando de explorar una vía que habría permitido salvar vidas de madrileños, la conclusión es terrible.

Y es que ya lo decía Aute: «Que aquí, tú ya lo ves, / es Albanta al revés». Cuántas cosas va a haber que examinar, y cambiar, y hasta demoler, cuando esto pase.

5 de abril
La batalla de Mantinea

El Gobierno catalán ha pedido al central que se levante el confinamiento decretado por él mismo, antes del estado de alarma, en la comarca de Igualada. Alguien parece haber comprendido al fin que los confinamientos dentro del confinamiento, esos en los que tanto insistían hace varias semanas no solo los gobernantes catalanes, sino también algún otro, no tienen mayor sentido. El virus, entre febrero y principios de marzo, circuló a chorro por toda la geografía española. En unos sitios más y en otros menos, de ahí la dispar incidencia; pero en todos lo suficiente como para que el confinamiento fuera preceptivo, como ha sucedido también en otros muchos países, aunque casi todos hayan tardado en comprenderlo, y así se ven algunos ahora como se ven. Para muestra, Nueva York, que va camino de ser la ciudad más azotada por la plaga, o el Reino Unido, cuyo primer ministro coronaescéptico ha tenido que ser ingresado al final del día en un hospital, con fiebre persistente y mientras tiene a su novia y futura madre de su hijo, embarazada de seis meses, confinada y enferma también.

No es el karma, como suele argumentar la idiotez postmoderna, siempre presta al meme cruel a costa de otro, sino la trágica e indeseable constatación de que el ser humano tiene una alta probabilidad de pagar un precio oneroso por sus errores. No cabe desear otra cosa que la recuperación total de Johnson y de su novia, y que ese niño nazca sin dificultades y tenga una larga vida, en la que pueda equivocarse más de una vez y pagarlo, como su padre y como cualquiera de nosotros.

Y lo del confinamiento dentro del confinamiento, en fin, tampoco había que ser muy largo. No hay más que mirar cuántos

tripulantes de un submarino trabajan vestidos de buzo dentro de este cuando está en inmersión. La única explicación es ese afán de confrontar y confrontarnos, que la epidemia no ha aplacado, sino en el mejor de los casos aplazado, enconándolo en otros.

Y no es este un buen momento para enconos, aunque hoy haya bajado el número de muertos. Entre otras medidas el Gobierno contempla, así se lo ha planteado su presidente a los de las comunidades autónomas en la conferencia semanal, el confinamiento preventivo, incluso obligatorio, de infectados asintomáticos. No en la casa de cada cual, como hasta ahora, sino en instalaciones preparadas al efecto. Es una medida compleja, de legalidad discutible, si no se justifica que el domicilio propio no es susceptible de proporcionar un confinamiento eficaz. El Gobierno podrá decretarlo, pero el Parlamento lo tendrá que convalidar, y hablamos de una cámara donde las agendas no pueden ser más divergentes. Varias decenas de diputados no quieren ni siquiera ser españoles. Unas cuantas más acusan al Gobierno de traición y homicidio. Y otras, más aún que las anteriores, están midiendo cada paso para no retratarse más de la cuenta al lado del presidente y poder derribarlo y desplazarlo del poder cómoda y limpiamente cuando esto pase.

Un verdadero panorama, para una coyuntura en la que ya hemos renunciado a unos cuantos de nuestros derechos civiles y se plantea nada menos que la privación de libertad por la condición serológica —infectado, curado o pendiente de infectar— de cada uno. A lo que habrá que sumar el control telemático que con mayor o menor intensidad nos caerá y la necesaria respuesta coactiva frente a los ciudadanos, que cada vez serán más, a los que impaciente el confinamiento.

En ese confinamiento celebramos hoy el cumpleaños de mi padre. Ochenta y un años, que pese a la distancia son, en estos días, motivo de especial felicidad. Se tiene que contentar con llamadas, wasaps y videollamadas de sus nietas y nieto. En estos días, equivalen a la celebración familiar más completa. Por mi parte, le hago el regalo que sé que más va a complacerle: le presento telemáticamente la declaración de la renta. Le gusta hacerlo pronto. Como pensionista sometido a retenciones y sin otras rentas le sale invariablemente a devolver.

Sobre el terremoto económico, que es la segunda parte de esta pesadilla que habitamos, hablo hoy con uno de mis primos. Está en la economía real, en la administración de una empresa con decenas de empleados, chupándose a pie firme la tormenta. Presentando un ERTE tras otro, contando día a día lo que queda en las pólizas de crédito, mientras paga nóminas de los trabajadores que siguen en su puesto y suma impagados. La nave no se hunde, aún, pero no se sabe cuánto va a durar el oleaje ni a cuántos metros pueden acabar ascendiendo las olas. Y así en miles de empresas, muchas todavía peor. ¿Cómo se va a salir de ese atolladero si quienes tienen que fraguar las decisiones de la comunidad no se hablan, se odian y se sabotean, y no hay más que ver cómo se atacan en las redes sociales, por sí mismos o a través de sus enardecidos voceros, cofrades, secuaces y sicarios?

Un ejemplo desolador. Leo en un momento de ociosidad un par de hilos de Twitter: uno es de un partidario del Gobierno que carga todo el desastre al abandono criminal por parte de la derecha de la clase obrera y de los servicios públicos, absolviendo a todos sus ministros de cualquier falta o imprevisión; el otro se aplica a desvelar la condición de privilegiado del primero, formado en el Reino Unido en escuelas y universidades de élite, inquilino gratuito de uno de los pisos de su padre rico, aspirante en suma a vividor a costa del erario y la política, argumenta. No sé si este juicio es certero, tampoco puedo contrastar la información en que se basa. El caso es que me da igual. Me quedo con la división absurda y el cainismo pertinaz de una sociedad que, después de sufrir el impacto de semejante meteorito, debería encontrar el modo de estar en otra cosa.

Leyendo los poemas de Sampedro el otro día me encontré con una mención al griego Jenofonte, al que alude, hablando de economía, como una de las muchas cosas que fue: el padre de la ciencia económica, o el primero que escribió un tratado sobre el tema. He vuelto en estos días a sus páginas. A la estupenda *Anábasis*, de la que habrá ocasión de hablar otro día aquí, y a otra obra mucho menos conocida, las *Helénicas*, escrita al final de su vida, y que narra, hasta donde él pudo conocer, las luchas entre los griegos: el final de la guerra del Peloponeso, a partir del punto en el que se interrumpe el relato de Tucídides y hasta la derrota de

Atenas por Esparta, y las guerras posteriores, con el ascenso de Tebas como nueva potencia de la Hélade. Hay en ella consideraciones sobre la guerra, y en particular sobre las guerras en el seno de un mismo pueblo —como lo era desde el punto de vista cultural el griego, aunque estuviera dividido políticamente en ciudades-Estado—, que leídas desde nuestro presente no tienen desperdicio.

Frente a la belicosidad de los griegos de su época, Jenofonte, que no era un pacifista ni un santurrón —se enroló en la expedición de mercenarios griegos al servicio del persa Ciro, por afán de aventura y contra el consejo de su maestro Sócrates—, nos deja una reflexión que bien vale para la belicosidad que también entre nosotros mantenemos tan viva, incluso en días de tribulación general. La expone el ateniense Calias, que forma parte de una embajada a Esparta: «Si está predestinado por los dioses que haya guerras entre los hombres, por supuesto nosotros debemos iniciarla con mucha cautela y cuando llega, disolverla de la manera más rápida posible». Aquí, ya se sabe y ya lo estamos viendo, somos más bien de desatarla por nada y quedarnos luego empantanados en ella.

Más adelante, otro de los embajadores atenienses, Calístrato, toma la palabra para lanzar un mensaje a los lacedemonios —o espartanos— que merece la pena transcribir aquí y ahora, por si a alguien le invita a alguna reflexión:

> Varones lacedemonios, yo pienso que no se puede afirmar que no se hayan originado errores tanto por culpa nuestra como vuestra, mas a pesar de ello no creo que no haya que tratar ya nunca con los que yerran. Pues veo que ningún hombre pasa su vida sin error. E incluso me parece que los hombres que yerran se vuelven a veces más accesibles, máxime si son castigados por sus errores como nosotros. […] Por supuesto, todos sabemos que siempre surgen guerras en alguna zona y que nosotros, si no lo hacemos ahora, algún día volveremos a desear la paz. En consecuencia, ¿por qué se va a esperar ese momento, hasta que estemos agotados por una multitud de males y no firmar la paz lo más pronto posible antes de que ocurra algo irremediable?

El relato de Jenofonte acaba con la batalla de Mantinea, en la

que atenienses y espartanos, junto a sus aliados, se baten contra los tebanos de Epaminondas y los suyos. El choque, en el que se condensa todo el conflicto, acaba en empate, y el viejo filósofo y soldado Jenofonte hace un balance memorable y esclarecedor:

> Concluida esta batalla ocurrió lo contrario de lo que todos los hombres creían que iba a ocurrir. Pues cuando estaba concentrada y enfrentada casi toda la Hélade, no había nadie que no creyera, si se combatía, que dominando unos mandarían y dominados otros serían súbditos; mas el dios obró de tal modo que ambos erigieron un trofeo como vencedores, y ninguno de los dos obstaculizó a los que lo erigían, ambos devolvieron como vencedores los cadáveres bajo treguas, ambos como derrotados los recogieron bajo treguas, y aunque cada uno afirmó que había vencido, ninguno de los dos se vio con algo más que antes de que ocurriera la batalla ni en territorio ni en ciudades ni en imperio.

Esto lleva escrito casi 2400 años. A ver si dejamos de perder el tiempo de una vez. Que hay mucho por hacer, y no va a ser ni fácil ni rápido hacerlo.

Postdata: las citas de Jenofonte están tomadas de la traducción de Orlando Guntiñas Tuñón, al que, como corresponde en estos casos, expreso mi gratitud.

6 de abril
Fatiga de materiales

Camino de las cuatro semanas de confinamiento, los ánimos empiezan a resentirse. Se puede ver en el Mercadona, mi única excursión al mundo en estos días: las caras al hacer la cola para entrar, al hacer la cola en las cajas, al cargar los coches en el aparcamiento atestado. Más vale elegir bien la plaza, si puedes, porque si no, y si tu coche es del tamaño necesario para transportar a una familia numerosa, puede tocarte sacarlo en veinte maniobras o más. Lo digo por penosa experiencia.

Se puede apreciar el desgaste, también, en el tono general de la conversación, pública y privada. Mis llamadas de control, matinales y nocturnas, me muestran a los míos que no están bajo mi techo resignados, los mayores, o aburridos hasta el punto del fastidio, como corresponde a los más jóvenes. También sucede que están cargados de una energía que las tablas de ejercicios en el suelo desfogan solo de aquella manera.

En cuanto a lo que uno ve en los medios o en las redes sociales —a estas hay que asomarse solo lo justo para no perderse algo que pueda ser significativo—, la sensación apunta una y otra vez a la fatiga del material humano, en sus diversas y siempre desalentadoras manifestaciones. El debate principal hoy es la posibilidad de que nos aíslen obligatoriamente fuera de nuestros domicilios si se descubre que somos infectados asintomáticos. El Gobierno lo planteó con timidez y salvo que el panorama empeore mucho parece que va a tener que envainarse la idea: no por los que ya le están acusando de promover «gulags de apestados» —siempre hay quien encuentra la descripción más ominosa posible—, sino por las trabas legales que no tiene mayoría en el Parlamento para

remover. De todos modos, parece que se nos invitará a hacerlo, y no cabe descartar que se favorezca un estado de opinión contrario al que se resista, al estilo de la llamada «policía de los balcones», esa gente que en estos días regaña con malos modos a quien ve pasar por la calle.

También se ha agriado, en general, el debate político, si era posible agriarlo aún más. Las declaraciones del líder de la oposición, que dice que apoyará al Gobierno para salvar vidas, no para hundir España —es de suponer que tampoco lo hará para fomentar el canibalismo o el apocalipsis zombi—, muestran ya claramente la actitud para el día después. Y en el Gobierno y entre sus partidarios no faltan las voces que acreditan tener tanta mano izquierda como una serpiente de cascabel para encontrar consensos; como las que con mayor o menor disimulo tratan de aprovechar la pandemia para provocar cambios en el modelo de sociedad que les consta —ya sea más o menos fundado su afán— que no tienen el consenso suficiente y necesario para sacar adelante en condiciones normales.

Lo que ha pasado promoverá —o debería promover— una reflexión sobre todos los mecanismos de la comunidad que no funcionan y que hay que rediseñar a fondo; pero es voluntarista, poco realista y a la postre nocivo pensar que los cambios solo irán en la línea que preconiza la ideología propia. Aquí todos nos vamos a tener que bajar del burro, en mayor o menor medida, porque son muchas y muy diversas las ineficiencias reveladas: en la gestión de los servicios públicos, en la toma de decisiones, en la cobertura de gastos públicos y la asignación de costes y beneficios particulares, en la coordinación territorial, en la seguridad y la protección de derechos y libertades; en definitiva, en las múltiples disfunciones de raíz ideológica que han aflorado a la hora de enfrentar una crisis sistémica. No es del mundo real que las soluciones se definan solo desde una perspectiva y a costa de invalidar todas las demás aprovechando el impacto del coronavirus.

Irritante es, por ejemplo, la tentativa de la derecha más atrabiliaria de imponer a los demás su discurso antipluralista, a cuenta de una trágica epidemia frente a la que cometieron tantos errores como cualquiera —incluida la celebración de una asamblea multitudinaria que operó sobre sus propios afiliados y todos sus

contactos como una bomba biológica— y llegando a manipular una fotografía de la Gran Vía, de autoría ajena, para generar una imagen patriotera y macabra al superponerle un montón de ataúdes cubiertos con la bandera nacional.

Pero no menos exasperante es la insistencia de la izquierda más trasnochada y aturdida en descalificaciones que siempre han sido necias e injustas pero que ahora desprenden un hedor inmundo. Para muestra, el vídeo que ha grabado en su balcón una tal Irantzu pidiendo que no se aplauda a policías ni militares, porque a fin de cuentas cobran por su trabajo y son unos abusones y tienen tendencia al maltrato. El silogismo deja patente la calidad y cantidad de su pensamiento. Me cuentan, lo ignoro y tampoco me interesa el detalle ni el chismorreo, que tiene una cierta proximidad con personas que hoy están en el Gobierno de la nación, esto es, tomando decisiones que esos militares y policías cumplen exponiendo su salud y la de sus familiares. Si así fuera, ya están tardando en exigirle que se disculpe, ante los profesionales a los que desprecia de manera tan injustificable y gratuita. Pienso en policías y militares a los que conozco, que han salvado vidas y confortado y asistido una y mil veces a personas en dificultades extremas. Me pregunto cuántos seres humanos hay por ahí que le deben a Irantzu consuelo y ayuda de algún tipo; en cuántas situaciones límite le ha servido de algo a alguien. Mejor no respondas, Irantzu: tu sonsonete al hablar y tu retórica indigente nos lo dicen ya todo.

En la rueda de prensa de cada día a un periodista se le ha escapado, a micrófono abierto, mientras hablaba uno de los uniformados del comité técnico de respuesta a la pandemia, que debía de ser policía por no tener estudios. Un periodista amigo ha comentado en plan jocoso el incidente: «Que alguien le diga al compañero que no está probado que haber hecho Periodismo sea tener estudios». Bromas aparte, la anécdota demuestra hasta qué punto enfrentamos esta crisis con materiales manifiestamente mejorables. El prejuicio, y la ignorancia que presupone, dejan patente el nivel de quienes nos informan. Que un alma caritativa le cuente a ese pobre desorientado que más de un año académico el expediente más brillante de la Universidad Carlos III, una de las más exigentes de nuestro país, resulta ser de un alumno de la academia de la Guardia Civil, adscrita a dicha universidad.

Los que de veras están exhaustos, hablando de fatiga, son nuestros sanitarios. Me escriben algunos de ellos, para matizar algo que escribí en este diario el otro día sobre la coordinación de los intensivistas del sistema madrileño de salud por grupos de WhatsApp. Me dicen, de buena fuente, que la noticia que leí al respecto exagera y manipula de forma maliciosa un procedimiento de trabajo que es habitual entre ellos porque se conocen y resulta en estas circunstancias el más rápido y el más eficiente. Que lo hagan así no supone, como apuntaba la información que leí, una descoordinación por parte de la Consejería: al parecer esta lo conoce, aprueba y supervisa, y organiza los traslados con los equipos del Summa. No me gusta ser injusto, y menos en estos momentos y con algo de semejante gravedad, así que me importa dejar constancia de esta aclaración. Vuelvo a constatar lo insegura que es la información en estos días, y eso me hace pensar también en la cualificación —e integridad— con que la sirven algunos.

Otra cuestión es que en los peores momentos de la epidemia en Madrid —cuando ya nos consta, y las cifras nos lo hacen evidente, que muchos enfermos graves no tuvieron acceso a los medios que necesitaban— no se buscara capacidad adicional de asistencia hospitalaria, en especial a pacientes críticos, fuera de la comunidad y allí donde todavía quedaba alguna. Un fallo que sobre todo atañe a la coordinación centralizada del sistema nacional de salud frente al virus, porque posibilidad de trasladarlos existía, justamente con esos medios militares que a algunos les dan tanta alergia, y no quiere uno pensar que por eso no se los movilizó.

Y otro asunto que cuesta aceptar, como me dicen estos mismos sanitarios, es que a ellos el día 3 de marzo les prohibieran ya tener reuniones clínicas —necesarias a veces para tomar decisiones quirúrgicas importantes— y cinco días después se autorizaran manifestaciones, partidos, asambleas y festejos que suponían la concentración de miles de personas. Que eso contribuyó a aumentar la potencia de la bomba que les ha estallado en las narices parece fuera de duda. Que nadie parece dispuesto a asumir ninguna responsabilidad, también se puede comprobar. Sin duda es mejor cargarse de razón y arremeter contra quien ose planteárselo.

Lo malo es que quienes lo ponen encima de la mesa, con datos que son públicos y notorios, son los mismos que se están dejando la

piel para contener el desastre. No va a ser fácil, a quien corresponda, descalificar su amarga objeción.

7 de abril
Comunidades fallidas

Me vuelven a pedir, en esta ocasión desde *El Cultural*, alguna recomendación de lectura para la cuarentena. Estas peticiones, aunque en este caso me consta que es bienintencionada, las carga el diablo y las descarga uno como buenamente puede. Solo tengo potestad y legitimidad para recomendarme lecturas a mí mismo: es dudoso que lo que a mí me interesa, y las razones por las que me interesa, valgan para quien no sea yo. Sin embargo, uno intenta salir del paso, porque se trata de una solicitud que proviene de la cordialidad y de la deferencia, y que debe tratar de corresponderse de igual forma. Procuro buscar un equilibrio y recomiendo uno de esos libros que acaban de aparecer y a los que les va a costar como nunca hacer un recorrido comercial que resarza a sus autores y editores, un clásico indiscutible y un título menos conocido, pero no menos valioso e inspirador para mí.

Se trata del *Idearium español* de Ángel Ganivet, un curioso ensayo en el que se trata de analizar el carácter de los españoles y las razones de los infortunios y de la decadencia histórica de la comunidad que forman. Es un libro amargo, pero no exento de luz; en algunos aspectos puede parecer un poco desfasado, o anticuado, pero en otros conserva una vigencia que sorprende y hasta sobrecoge. Ganivet tenía una buena cabeza, una buena formación, dotes de observación y más mundo que otros intelectuales españoles, por su condición de diplomático. No se corta a la hora de señalar nuestras deficiencias y nuestros desbarros, pero tampoco duda en señalar las fortalezas y los valores que nos otorgan potencial como sociedad humana.

Leerlo en estos días es un ejercicio de iluminación, no siempre

esperanzadora, pero no por el tono y la intención del autor, sino por lo que uno lee y constata a su alrededor con motivo de la epidemia, sus destrozos y las reacciones que una y otros suscitan en quienes tienen que hacerles frente.

Por un lado, Europa, como dijo alguien, se empeña de nuevo en decepcionarnos: ante una catástrofe que nos sacude a todos —y que no podía dejar de sacudirnos y no es achacable a la torpeza o el dolo de nadie— se divide una vez más entre malos alumnos y empollones, y los señalados como los primeros elevan ante los segundos sus protestas sin recibir la menor compasión. Ante la enésima adversidad, dejamos de ser una comunidad, no se diga ya una unión, para dividirnos en bandos empeñados en la defensa del interés particular propio y en el afeamiento de las incompetencias ajenas para sustraerse a los desperfectos. Hay otra reunión del Eurogrupo: Alemania y Holanda se niegan a dar una solución de veras solidaria a sus presuntos socios del sur. Por si no nos había quedado claro que el euro es el marco del siglo XXI, y que se nos hace la dádiva de tenerlo mientras acatemos sin rechistar las instrucciones y reprimendas del poder hanseático.

Nada muy distinto de lo que observamos dentro de nuestras fronteras, ahora cerradas tanto para salir como para entrar. Desde el Gobierno se empieza a lanzar la idea de unos pactos de la Moncloa que sirvan para reconstruir el país después de la devastación del coronavirus. Y en lo primero en lo que se centra la discusión es en quiénes deben quedar fuera, como réprobos irredimibles, de la negociación y de los pactos que finalmente se alcancen. A su vez, los así señalados, a diestra y a siniestra, se afanan en elevar peticiones que saben inasumibles para que formen parte del acuerdo común. En resumen, otra comunidad fallida, en términos no muy diferentes de los que hace más de ciento veinte años ya describía Ganivet.

Tenía Ganivet buena pluma, y eso puede llegar a ser demoledor cuando se trata de nombrar lo que nos lastra. Se lee por ejemplo en el *Idearium español*, a propósito de la confrontación secular de la que vienen tantos de nuestros males:

> España ha conocido todas las formas de la gloria, y desde hace largo tiempo disfruta a todo pasto de la gloria triste: vivimos en perpetua guerra civil. Nuestro temperamento no

> acierta a transformarse, a buscar un medio, pacífico, ideal de expresión. Así vemos que cuantos se enamoran de una idea (si es que se enamoran), la convierten en medio de combate; no luchan realmente porque la idea triunfe; luchan porque la idea exige una forma exterior en la que hacerse visible, y a falta de formas positivas o creadoras aceptan las negativas o destructoras: el discurso, no como obra de arte, sino como instrumento de demolición. De esta suerte, las ideas, en lugar de servir para crear obras durables, que, fundando algo nuevo, destruyen indirectamente lo viejo e inútil, sirven para destruirlo todo, para asolarlo todo, para aniquilarlo todo, pereciendo ellas también entre las ruinas.

También identifica, en el que acaso sea el pasaje más conocido de su obra, otra de nuestras insuficiencias comunitarias, la tendencia a la fragmentación, cuando no a la atomización a la hora de afrontar los retos existenciales, algo que viene mal frente a una pandemia, pero también en tantos otros órdenes de la vida:

> El fuero se funda en el deseo de diversificar la ley para adaptarla a pequeños núcleos sociales, pero si la diversidad es excesiva, se puede llegar a tan exagerado atomismo legislativo, que cada familia quiera tener una ley para uso particular. En la Edad Media nuestras regiones querían reyes propios, no para estar mejor gobernadas, sino para destruir el poder real; las ciudades querían fueros que las eximieran de la autoridad de esos reyes ya achicados, y todas las clases sociales querían fueros y privilegios a montones; entonces estuvo nuestra patria a dos pasos de realizar su ideal jurídico: que todos los españoles llevasen en el bolsillo una carta foral con un solo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: «Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana».

¿Cómo aglutinar, de forma eficaz y verdadera, frente a un desafío que nos alcanza a todos, a una comunidad con tan feroz resistencia a serlo, como advertimos entre nosotros, los españoles, o entre nosotros, los europeos pertenecientes a la Unión? La reflexión de Ganivet sobre este particular es bastante filosófica y está teñida de estoicismo, la escuela de pensamiento que según él, a través de la versión de Séneca, servía para entender en buena medida el carácter de los españoles:

> Si yo fuera aficionado a los dilemas, establecía uno: o los hombres tienden por naturaleza a construir un solo organismo homogéneo, o tienden a acentuar las diferencias que existen entre sus diversas agrupaciones; si creemos que tienden a la unidad, no nos molestemos y tengamos paciencia y fe en nuestra idea; si creemos que tienden a la separación, no cerremos los ojos a la realidad ni marchemos contra la corriente. No faltará quien crea que el dilema tiene una tercera salida: que los hombres no caminan en ninguna dirección, y que hace falta que venga de vez en cuando un genio que los guíe; y es probable que quien tal crea piense ser él mismo el genio predestinado a guiar a sus semejantes como una manada de ovejas. A tan insigne mentecato habría que decirle que los hombres que creen haber guiado a otros hombres no han guiado más que cuerpos de hombre, pero no almas, que solo se dejan conducir por los espíritus divinos, y que la humanidad ya hace siglos que tiene seca la matriz y no puede engendrar nuevos dioses.

¿Nos toca, entonces, resignarnos a la disensión permanente, en espera de que un acontecimiento demasiado enorme e imprevisto o la poco predecible llegada de un dios nos reúna? En otro pasaje del *Idearium*, Ganivet esboza una fórmula para tratar de arbitrar una solución; no deja de ser genérica y voluntarista, pero cabe convenir que es la única verosímil, la que habrá que transitar, antes o después, salvo que queramos mantenernos en la incoherencia que nos mina:

> Cuando todos los españoles acepten, bien que sea con el sacrificio de sus convicciones teóricas, un estado de derecho fijo, indiscutible y por largo tiempo inmutable, y se pongan unánimes a trabajar en la obra que a todos interesa, entonces podrá decirse que ha empezado un nuevo periodo histórico.

La Transición lo intentó, pero por razones que sería ya demasiado largo exponer aquí y que convendría explorar mejor, no terminó, a la vista está, de conseguirlo. Y si se cambia en el texto anterior españoles por europeos me da que también valdría: la Unión no ha terminado de fraguar un marco que la constituya realmente como tal, al margen de la coincidencia coyuntural de intereses. Incluso, a una escala mucho más pequeña, y

prescindiendo de los términos jurídicos y políticos, vale la reflexión de Ganivet para el mantenimiento de la armonía en esa comunidad que es cada familia, sometida hoy a un confinamiento sin fecha de terminación a la vista. Mientras todo siga expuesto a discordia e impugnación permanente, a la división entre leales y traidores, entre alumnos aplicados y zoquetes, en la bonanza e incluso en la debacle, nuestras opciones son escasas. Para la construcción del porvenir y para la superación del presente, acuciante y exigente en grado sumo.

El virus al que nos enfrentamos está perfectamente unificado por la cadena de
ARN
que lo hace coherente consigo mismo y que se dedica incansable a replicar a costa de nuestras células, aprovechándose de los más fuertes de nosotros, diezmando a los más débiles y arrasando nuestro sistema productivo. Que un trozo tan simple y minúsculo de material biológico nos dé semejante lección invita a pensar.

Y —no perdamos la esperanza— a cambiar algún día de actitud.

8 de abril
Denuncias habrá

Más de 4000 ancianos muertos en las residencias madrileñas en marzo. Calculando a bulto, la cifra significa que se han visto aligeradas del diez por ciento de su población. En un mes. Ya sabemos que el de sus habitantes no es un colectivo que goce de una salud de hierro, pero el número resulta pavoroso. Sobre todo si se piensa en los muchos que han enfermado, se han visto en seguida comprometidos en su supervivencia y nadie ha ido a recogerlos o tratarlos. Incluso se ha tardado en ir a buscar sus cadáveres, para enviarlos a una morgue y de ahí al cementerio —o, según me dice uno de mis informantes sobre el terreno, a un crematorio a trescientos kilómetros de distancia y varios días después—. Habrá quien quiera quitarle importancia con el argumento de que más pronto que tarde habrían emprendido ese camino, o con la duda que puede plantearse sobre si alguno no murió de otra cosa, un comodín que permite limar la cifra hasta donde convenga para que cada cual se alivie.

Sin embargo, el dato es estremecedor. Lo es para quien no tiene a nadie comprendido en la cifra fatídica. Imagínese para quien sí.

Y eso, solo en la Comunidad de Madrid. Antes o después, alguien hará el número total, el que arrojen todas las residencias de España. Un número que continúa subiendo, por cierto: dicen que en los hospitales empieza a haber un respiro, pero también se publica que hay residencias en las que siguen muriendo los ancianos sin que nadie vaya a sacarlos. Son demasiado mayores para llevarlos a las unidades de cuidados intensivos, bien porque tienen menos posibilidades que otros, o bien porque, como razonan los intensivistas, no están en condiciones de sobrevivir al tratamiento

extremadamente agresivo que allí se dispensa.

En todo caso, quedan desasistidos y les cuesta sufrimiento y días o meses o años de vida. Su agonía es la vergüenza mayor que va a quedarnos de esta epidemia. El truco intentado al principio de culpar de todo el mal que padecen al personal que los atiende —en algunos casos recluyéndose con ellos, trabajando para cuidarlos con fiebre y hasta el agotamiento— no va a funcionar. La culpa va mucho más allá.

Otra vergüenza, tan extrema que *Der Spiegel* publica hoy un feroz editorial contra su propio Gobierno, es que los países ricos de Europa no se den por aludidos por la tragedia del sur, de la única manera efectiva y razonable: aceptando de una vez que la epidemia es un mal exógeno que se ha abatido sobre Europa y que justifica que se abandone de una vez el dogma de no emitir deuda pública solidaria para paliar sus devastadores efectos económicos en el continente. Es estúpido querer ponerle al virus las banderitas de otros, porque dejar a Italia o España a su suerte equivale a la postre a hundir el euro y la nave común. Además, recalca *Der Spiegel* oportuna y honestamente, si Italia y España han enfrentado esta pandemia con un sistema de salud debilitado ha sido en parte por todo lo que se les obligó desde Europa a recortar tras la crisis de 2008. En el mismo sentido, pero a otra escala, viene la advertencia de un artículo que publica la revista *Nature*: cuando logren controlar el desaguisado dentro de sus fronteras, los países ricos tienen que volcarse en ayudar a los pobres a superar el virus. La enfermedad ataca, y de qué forma, a los humanos: mientras haya humanos infectándose, infectados e infectando, nadie va a estar a salvo, a la espera de una vacuna que puede tardar dos años aún.

Y más vergüenzas, tan absurdas que cuesta aceptarlas y entenderlas. El alcalde de Sant Andreu de la Barca, médico de profesión, clama contra la Generalitat por no validar ni utilizar el hospital de campaña instalado hace días por la Guardia Civil en el municipio. La misma información recoge, por cierto, que igual hace con el montado por la UME en Sabadell. El alcalde no logra entender que se renuncie a utilizar una instalación ya lista, que permite atender a enfermos —y lo que es más importante, aislarlos para que no contagien—, mientras está cansado de ver, como alcalde y médico, que a la gente de su pueblo se la deja morir en su

casa, donde de paso transmite el mal a sus familiares, algunos vulnerables, por falta de camas hospitalarias. Tampoco yo logro entenderlo. Nos falta, al alcalde y a mí, el discernimiento para captar la lógica profunda que permite a los miembros de su Gobierno autonómico poner trabas burocráticas ante esta realidad acuciante y decir que los medios del Estado se lleven a otro sitio, que Cataluña se basta y se sobra.

Tiene uno deformación jurídica, qué se le va a hacer, después de cinco años en la facultad y más de una década de ejercicio de la profesión. La situación descrita está servida para una denuncia penal, que si llega a la mesa de un juez de instrucción no será fácil de archivar. Denuncias va a haber, eso es seguro, con tanto muerto y tanta aflicción. Es el derecho de los ciudadanos acudir a la justicia: es lo que a veces olvidan esos gobernantes que decretan confinamientos y a los que en estos días se ha oído decir, para conminar a la ciudadanía, que burlarlo puede ser delito, porque lo es contagiar a alguien una enfermedad a sabiendas. Cierto es, pero el tipo penal correspondiente no se limita al administrado al que en estos días alguno quiere degradar a súbdito. También puede incurrir en él la autoridad que no utilice todos los recursos que estén en su mano —o en su mano se pongan— para evitar o reducir el daño. Y el ciudadano perjudicado tiene acción para hacerlo valer.

De esas denuncias que habrá, muchas acabarán en nada. Me vienen a la cabeza las que alguno ya está escribiendo para cargar todo el perjuicio de una situación de fuerza mayor y de difícil gestión y predicción al adversario político. Ya sean las que se presenten a bulto contra el Gobierno central o contra los Gobiernos autonómicos, de todos los colores, que gestionan la sanidad y han tenido que hacer frente a una embestida que nadie habría podido aguantar sin descomponerse.

Cuestión bien distinta serán las que partan de circunstancias particulares, bien acotadas y fundadas, y en las que puedan señalarse motivaciones espurias o negligencias clamorosas y específicas para la inacción o la obstrucción que finalmente se traduce en un daño. Esas darán lugar a diligencias. Deben dar lugar. Y debería advertirse a quienes concierne, igual que se advierte a la ciudadanía. O quizá debería hacerse algo más, mientras aún se está a tiempo de salvar a alguien. Pregunta ingenua, una más: ¿para qué

sirve a estos efectos el mando único?

Entre tanto, la vida sigue, también para mal. Hablo con cierta frecuencia con mis amigos policías, guardias civiles y médicos, que son mis ojos y oídos ahí fuera. En cuanto a los segundos, día tras día me reportan que la presión de nuevos casos baja mucho, pero a las UCI aún les queda, y luego hay que recuperar el sistema de la desatención que el COVID-19 está provocando en todo lo demás. La gente sigue enfermando de otras cosas, y hay enfermedades cuya cura depende mucho de una detección precoz que esto va a impedir. Serán las bajas de segunda instancia de la epidemia, que no conviene perder de vista, y quizá hay que hacer más hincapié, ante la población deseosa de salir cuanto antes del encierro —todos—, en que no podemos permitirnos rebrotes, porque la primera oleada ha dejado el sistema temblando. Sin mencionar el desgaste psicológico de quienes lo atienden.

Tampoco es pequeño el de los que andan en la labor policial, esos que no merecen aplausos, según conspicuas pensadoras de cierta izquierda, o que solo están y siempre han estado con el poder y contra el pueblo, según leo a otra luminaria a quien he de reprimirme para no mandarle la famosa foto de los policías batiéndose en Barcelona en julio de 1936. Hablo a lo largo del día con varios, de cuerpos tanto estatales como autonómicos. Me informan de que sus filas empiezan a estar diezmadas por el virus, entre positivos, sospechosos, aislados por contacto con contagiados y personal con patologías que incrementan su riesgo —que sí, también los hay entre ellos y, para información de quienes menosprecian su sacrificio, no todos están en casa sustrayéndose a la posibilidad del contagio—. Me cuentan que tienen que ir y venir, cuando van de paisano, padeciendo las restricciones que les ponen sus propios compañeros uniformados. Por ejemplo, en esos controles que dejan las autovías en un carril, generando atascos que nunca falta el madrileñófobo de guardia que toma por prueba irrefutable de la abyección de la Villa y Corte, cuyos habitantes perseveran en tratar de eludir el confinamiento.

Lo malo es que a lo mejor te espera un fiscal, o un juez, o una toma de
ADN
a unos menores necesaria para la investigación de un asesinato

—caso tristemente real y de hoy mismo—. Pese a todo, una de estas personas saca un rato para recoger una caja de libros destinados a los enfermos de Ifema. Mala gente que camina contra el pueblo y a favor del poder; no como los gallardos tuiteros del marxismo-leninismo *reloaded* que se dejan la piel contra el cristal del iPhone iluminándonos sin tregua.

En fin, pasará todo esto y habrá denuncias, pero también habrá que ir colocando más de un jarrón inservible en su anaquel correspondiente del trastero, y dando algo más de reconocimiento y de justicia a todos los que se la están jugando, y no solo a los que nos caen bien o consideramos estandarte de nuestra ideología.

Termino el día viendo dos capítulos de *La línea invisible*, la serie que acaba de estrenarse sobre ETA, dirigida por Mariano Barroso. Es un cineasta solvente y se nota, pero prefiero esperar a verla entera antes de opinar. Llevo más de cinco años trabajando sobre el tema de ETA, para un libro de no ficción —*Sangre, sudor y paz*—, otro de ficción —*El mal de Corcira*, la novela de Bevilacqua recién acabada— y una serie de
TV
también de ficción, *Rojo 30*, cuyos guiones remato en estos días con Noemí Trujillo y Daniel Corpas. El asunto es amplio y complejo para despacharlo en un par de líneas. Más adelante, cuando la haya visto entera.

9 de abril
Biblioteca Resistiré

Hoy tengo algo que celebrar. Al cabo de un mes encerrado, he conseguido sentirme un poco útil. Debo agradecérselo a dos amigos médicos del Samur, David y Yolanda, y a dos amigos guardias civiles, José y Marian. Fue David el que me contó la iniciativa y me dio la idea: en el hospital de campaña de Ifema habían montado una biblioteca improvisada para los enfermos, que han llamado Biblioteca Resistiré, y me pidió hacerles llegar unos libros. El problema era sobre todo logístico: para un confinado no esencial, los cuarenta kilómetros que hay entre donde estoy y el objetivo eran un camino vedado por las normas del decreto de alarma. El

escollo lo pude solventar gracias a que Marian tenía una diligencia cerca de mi casa y se acercó a recoger los libros. José y Yolanda se ocuparon de organizar la recepción en ausencia de David, desplazado a la sazón a Soria con un equipo del Samur para apoyar a los servicios sanitarios de esa provincia, que se ha quedado corta de recursos.

Gracias a todos ellos, en fin, puedo poner la foto que ilustra esta entrada, con una hilera de libros ya en su lugar. Les he llenado una caja entera: novelas de Bevilacqua y alguna otra historia. Cuánto mejor están ahí que en el garaje de mi casa. Cuánto alienta poder hacer algo que sirva para aliviar el pesar y el tedio a quien lo necesita. Cuánto debo agradecer a mis amigos que después de estar todo el día —y en algún caso la noche— dando el callo se ocupen de ayudarme a servirles de algo a mis conciudadanos. Nada podía hacerme más feliz que saber que en cuanto llegaron los libros empezaron a llevárselos. En la primera página de cada uno de ellos estampé la firma y una frase. Después de mucho pensar, fui a lo más sencillo: «No estás solo». Con que alguien lo sienta al leerla me basta.

La historia me hace pensar, de paso, en el impacto de la epidemia en el mundo de la cultura y en el papel que esta juega en la sociedad, en esta situación excepcional y en circunstancias normales. La respuesta de los poderes públicos frente a lo primero ha sido bastante tibia, por no decir indolente. El ministro del ramo ha venido a decir que no es una prioridad. En lo que como profesional de la cultura puedo convenir y convengo: más importante es que David, Yolanda, Marian y José tengan equipos de protección adecuados, que no todos los tienen y en algún momento ninguno los ha tenido. Ahora bien, observo cómo el Gobierno, todos los Gobiernos, van tomando medidas para proteger a los sectores que sí consideran importantes, aunque no sean esenciales, y las que vendrán. Ya veremos cómo al automóvil o al fútbol, por poner solo dos ejemplos, no les faltará el bombeo de recursos públicos, masivo si hace falta, que garantice su pujanza. Lo han recibido antes, y siempre con ese celo y entusiasmo que la cultura no suscita.

Hay quien dice que la cultura no debe subvencionarse, y me apresuro a añadir que yo prefiero que no se me subvencione y celebro haber podido vivir hasta aquí del valor de mi trabajo

cultural en el mercado —y de mi trabajo en otras industrias cuando el mercado no me sostenía—, porque eso me da la libertad creadora de la que disfruto. Pero el mundo no se acaba en mí, y muchos trabajadores de la cultura se van a ver en aprietos, si no al borde del precipicio, si no en la indigencia. Y quizá no estaría de más, como ya le ha señalado en una carta la valiente y comprometida consejera de Cultura de la Comunidad de Madrid, Marta Rivera, al sigiloso y casi invisible ministro del ramo. No milito ni militaría en su partido, ni lo he votado jamás; pero es de justicia reconocerle su trabajo ejemplar, antes en el Congreso como presidenta de su comisión de Cultura, y ahora en la Comunidad, para dar algo de dignidad al trabajo y a la existencia de los creadores. Y no lo hace solo porque ella lo sea o por solidaridad gremial: la cultura es en nuestro país un tres por ciento del
PIB
, y en países que la gestionan mejor, bastante más. Una fuente de riqueza que no se deslocaliza ni te disputan los chinos, y menos teniendo como vehículo un idioma que es el segundo del mundo, solo por detrás del suyo, de mucho más difícil expansión fuera de sus fronteras, mientras que el nuestro no para de viajar.

No voy a insistir mucho más en esta guerra que para mí es tan obvia y que sin embargo parece perdida, dada la indiscutible prioridad de los regates de Messi o del discreto encanto de la automoción; me limito a señalar un detalle para quien corresponda. Si hay alguien en el Gobierno que crea de veras que la cultura sirve de algo a la comunidad y al individuo, esta es una ocasión inmejorable para fomentarla. Por lo que toca a la lectura, sin ir más lejos, en lugar de esas sosas campañas publicitarias en las que se van los pocos fondos destinados a tal fin, ayúdese de alguna manera imaginativa y efectiva, con la complicidad de editores, libreros y bibliotecas —echándoles de paso un cable y dándoles un cariño, como al resto—, para que haya más libros a disposición de los millones de españoles confinados. A lo mejor por esa vía alguno descubre que leer es la mejor manera de estar solo y de viajar cuando uno no puede moverse, y ganamos a alguien para la causa. Si quienes nos gobiernan, en su infinita sabiduría, piensan que es nocivo o perjudicial para sus intereses que se lea, entenderé que sigan absteniéndose.

En estos días no paro de pensar en algo que me ha reavivado hoy la lectura de dos artículos. Uno versa sobre el paraíso fiscal nada encubierto que ofrece Holanda dentro de la UE —sí, Holanda, la que luego da lecciones—: un agujero negro que recuerdo bien de mis tiempos de abogado y fiscalista. Ya entonces era el vehículo utilizado por muchas grandes empresas para sortear los tributos de la sociedad en la que nacieron y que las sostiene. Hoy sigue siendo la herramienta para que grandes corporaciones —alguna nuestra también, y cuyos gestores luego hacen alardes de filantropía— abonen cantidades irrisorias a nuestro fisco mientras acumulan beneficios ingentes y fortunas personales de dimensiones inconcebibles. Se calcula que el agujero negro holandés se traga no menos de diez mil millones de euros del impuesto sobre sociedades que dejan de percibir otros países miembros. Lo que en el habla coloquial se llama meterte la mano en la cartera. Viva Holanda.

El otro artículo lo firma Francisco de la Torre, inspector de Hacienda y exdiputado de Ciudadanos —se apartó cuando el anterior líder del partido renunció extrañamente a participar en la gobernación de su país para inmolarse a lo bonzo en pos de la quimera de liderar la derecha española—. Pone el dedo en la misma llaga, pero de otra manera: en lo incomprensible que es que un sistema fiscal como el español descanse sobre los lomos de la clase media y trabajadora, infligiendo a la primera tipos que pueden llevársele más de la mitad de su renta y cargando sobre la segunda, vía impuestos directos e indirectos, una exacción que supera su capacidad contributiva, mientras se permite que gigantescos beneficios empresariales, esos que luego dan lugar a fortunas personales fabulosas, apenas tributen. O lo que es lo mismo: la poca y menguante recaudación del impuesto sobre sociedades.

Hay quien dice que hay que dejar que las grandes empresas apenas paguen impuestos porque atraen capitales, crean empleo y generan una riqueza que el gravamen podría entorpecer. Bien, ya hemos visto el resultado final de esa filosofía: qué pasa cuando aflora un riesgo sistémico que desploma el empleo, destruye la riqueza y espanta a los capitales, y ante el que los Estados, después de dejar tanto dinero y tantos beneficios en manos de los que más tienen, carecen de recursos para responder y tienen que arruinarse y endeudarse a lo bestia. Quizá sería la hora de poner sobre la mesa

el coste, en forma de contingencia, que representan para el sostenimiento de nuestras sociedades en el mundo globalizado los riesgos de esa globalización: desde el cambio climático hasta estas pandemias devastadoras que ya vemos que no son una mera hipótesis. Y de procurar que a cubrir esos costes contribuyan, si no les sabe mal, quienes se benefician de ella.

Es una economía muy deficiente, metodológicamente hablando, la que permite que alguien obtenga y haga suyos unos beneficios irreales cargándole a otro costes que le corresponden a él: los generados por su propia actividad y los necesarios para sostener la sociedad de la que se nutre, y cuyas leyes y servicios le amparan. Una economía deficiente que parte de la manipulación ventajista y de esa idea que ya señalaba el maestro José Luis Sampedro: entender la ciencia económica como el modo de hacer más ricos a los ricos, y no menos pobres a los pobres.

En fin, tampoco en este punto abrigo mayor esperanza. Ya maniobrarán —ya están maniobrando— para que sus marionetas políticas los mantengan a salvo de la quema y carguen la factura sobre los costillares ya esquilmados de los de siempre. Por la parte que me toca, ya me voy preparando a que me suban los impuestos, directos, indirectos y cuota de autónomos, mientras algunos siguen añadiendo tranquilamente metros —y hasta decámetros— a la eslora de sus yates. Tampoco esta lección la aprenderemos, porque es de las que no interesa que aprendamos.

Para ahuyentar la melancolía, me refugio en el recuerdo de la modesta Biblioteca Resistiré y del bibliotecario voluntario que la atiende, Juan, un enfermo que está ahí, con la vía puesta y arrimando el hombro. Vergüenza eterna para quienes se niegan a poner el suyo, cegados por el ansia de acumular sin freno y llevar una vida ficticia que no los priva de su condición de mortales. Vergüenza eterna también para quienes pudiendo y debiendo impedírselo se lo permiten. En homenaje a Juan, a mis amigos guardias civiles y médicos, a mis hermanos que forman parte de la ciudadanía sufrida que pagará también estos platos rotos, ignoro una vez más mis reparos y al caer la tarde vuelvo a bailar con Noemí y Núria *Resistiré*.

10 de abril
Apagón cultural

Voy a tirar la basura. Lo hago cada tres o cuatro días, para minimizar las salidas de casa y las oportunidades de propiciar el contagio, propio o ajeno. No exploto mis desperdicios como mi vecina del yorkshire a su perrito. Como sugiere hoy mi hermano en un tuit, los psicólogos perrunos, si los hubiere —que no me extrañaría—, van a tener tarea cuando pase el confinamiento. Jamás había visto pasear a ese pequeño can y ahora lo veo siempre que preparo algo sobre la encimera que da a la ventana de la cocina orientada a la calle. La vecina va siempre fumando. Mi amigo Carlos, con quien hablo hoy, me sugiere que a lo mejor en estos días tiene compañía en casa con la que no suele convivir y a la que no le gusta que fume. Me anoto el detalle, que sugiere una historia, no exenta de paradoja y susceptible de alguna compasión.

Carlos me cuenta también otra historia, por desgracia no imaginada: la de las diligencias mortuorias de su padre, fallecido a causa de un accidente doméstico en estos días, aunque antes de sufrirlo tenía síntomas compatibles con infección por coronavirus; circunstancia que, con su edad y estado físico, le hace pensar a Carlos que tal vez el accidente fue una manera rápida y piadosa de hacer el camino ya iniciado. Me ahorro los detalles porque no quiero ser indiscreto, pero el relato de mi amigo me hace ver hasta qué punto nuestros ritos funerarios, la burocracia y la liturgia de la muerte, se han vuelto sumarios e inhumanos con la epidemia. Me alivia ver, con todo, que el paso de los días parece haberle ayudado a encajarlo.

Perdón por la digresión, pero Carlos es un buen amigo, el mejor, y los cientos de kilómetros y el mar que nos separan no han sido

nunca bastantes para abolirlo.

Estaba hablando de la basura. Como llevo bastante, voy en el coche, y de paso lo arranco, lo muevo un poco y así prevengo que se le descargue la batería. Eso quiere decir que le doy un par de vueltas a mi sector de la urbanización, por la calle central que le sirve de distribuidor y por el borde exterior, junto al olivar que ya es Casarrubuelos, es decir, Madrid, y los campos que se extienden, sin edificios a la vista, hasta la vía del tren y el arroyo que cruza el barrio. El circuito no tiene mucho más de un kilómetro y no me suelo cruzar con nadie, pero lo hago con una sensación de clandestinidad e infracción. También es extraña la mirada que tras la ventanilla lanzo a ese olivar y ese campo, junto a los que solía ir en bici con mi hija pequeña cuando la vida era normal. Ahora los veo como los vería el presidiario al que le están vedados, y apuro de otra forma, más agónica e intensa, su belleza verde, simple y elemental a la luz menguante del atardecer. Y ese silencio que lo envuelve todo: el silencio que empieza a manar también de nuestro corazón.

Hablando de silencio, hoy estaba convocado un llamado *apagón cultural* para protestar por la indiferencia gubernamental hacia la debacle del sector de la cultura por la pandemia, indiferencia de la que hablaba ayer aquí mismo. En resumen se traducía en que los creadores debían abstenerse de producir y distribuir contenidos a través de las redes. Al oírlo pensé, la malicia nunca descansa, que para más de un usuario de las redes sería todo un alivio no estar expuesto a las canciones caseras, *performances* de terraza, poemas de emergencia o diarios innecesarios, entre otras paridas, que perpetramos y tratamos de infligirles quienes tenemos el vicio de crear y tratar de darle forma artística a lo que creamos. En suma, que era en cierto modo un arma de doble filo y una forma de agasajar a nuestros detractores. En parte por no dar ese gusto a quien preferiría verme callado, pero sobre todo porque no comparto el enfoque punitivo en la relación con quienes se puedan acercar a mi escritura, no he secundado el apagón y he publicado el diario correspondiente a ayer como cualquier otro día.

No entiendo mucho la filosofía de la iniciativa: el consumo de la creación artística es voluntario, quienes no la valoran se pueden eximir de sufrirla simplemente volviendo la cara —o no pinchando

el enlace en las redes—. Lo mismo quienes tienen responsabilidades de gobierno y creen —quizá con razón, quiénes somos para enmendarlos— que la cultura es una fruslería de la que se puede prescindir. Al final un apagón como el planteado es una represalia que solo opera sobre quienes nos apoyan con su atención, personas que además en estos días pasan por una situación de reclusión más o menos desagradable, y en algún caso por una angustia que la cultura puede aliviar. Que de hecho alivia, según me hace notar a lo largo del día una docena de lectores que se me dirigen amablemente para agradecerme la ayuda que les suponen mis libros hoy o les supusieron en alguna otra adversidad.

Nos guste o no, creo que nuestra mejor reivindicación pasa por seguir ofreciendo lo que hacemos, que además casi todos sentimos que debemos hacerlo, en las condiciones que haya y nos dejen, incluso frente al desprecio y la incuria; ese es nuestro capital primero y casi diría que único, el que debemos conservar por encima de todo y para el que un apagón que alguien puede ver como pataleta se me antoja que puede ser una forma de menoscabo. Mi discutible opinión.

Tan discutible, que parece que el apagón ha funcionado. De no hacer ni caso, el Gobierno ha pasado a anunciar una reunión con los representantes del sector en la que no solo estará el titular de Cultura, cuya irrelevancia en cualquier gabinete nadie ha retratado mejor que el austriaco Robert Menasse en *La capital*, cuando dice que en la Comisión si sale el comisario de Cultura al baño la sesión continúa, pero si sale el de Hacienda se interrumpe. En la reunión anunciada va a estar, de hecho, la todopoderosa ministra de Hacienda, o presidenta en la sombra. Que eso vaya a potenciar los resultados ya es cuestión más dudosa. Lo único que garantiza es que las quejas se podrán plantear a quien de veras manda, no a un ministro al que se le deja gentilmente que aparente tener la capacidad de decidir algo.

En todo caso, me inclino más a simpatizar con la toma de posición protagonizada por los intelectuales alemanes y austríacos, entre ellos el propio Menasse, que, encabezados por el gran pope Habermas, han firmado una carta en respaldo de los coronabonos. Los exigen a sus renuentes Gobiernos no solo como mecanismo de solidaridad intraeuropeo, sino como prueba del algodón de que la

UE existe, ante esta crisis que es a la vez una oportunidad de ver cómo reacciona Europa cuando se ve sacudida por algo de lo que no se puede culpar a la torpeza de ningún Estado miembro, es decir, cuando se ve interpelada a lo bestia y como conjunto.

Me da que es más relevante esa asunción de responsabilidad por parte de los intelectuales en una comunidad, esa confrontación con los dogmas y las ideas recibidas del poder —que sigue apostando con arrogancia por parches como el que finalmente aprobó el Eurogrupo—, que la sola queja corporativa que al final suena como un «qué hay de lo mío», en momentos donde millones de conciudadanos no saben qué va a ser de ellos. No digo que sea ilegítimo, no digo que no pueda y deba alzarse la voz contra el maltrato de la cultura —y antes de la educación—; digo que si ese es todo el mensaje, y por la vía que se ha elegido, puede ser un error.

También hay que reconocer que los intelectuales germánicos se benefician desde siempre de una mayor consideración social de su actividad y del sector industrial que produce y distribuye sus creaciones, lo que les otorga más fuerza y autoridad para dar ese aldabonazo en la puerta del poder. Quizá hay que pensar en cómo ganarse esa autoridad, esa consideración. En fin, que volvemos a lo del afecto.

No dejemos de pedir que se nos otorgue el valor que se da a otros, ni más ni menos, porque es nuestro derecho, garantizado por el artículo 14 de la Constitución y respaldado por algún otro, como el 44. Pero busquemos la manera de atraer a la causa a nuestros conciudadanos, sin invitarlos a desertar de ella, y menos en días como estos. Es verdad que entre nosotros la cultura siempre ha tenido enemigos feroces, pero nos toca reconocer que no siempre hemos andado finos a la hora de defendernos de sus maniobras. Ya lo dijo Epicteto: nunca achaques solo a otro el mal propio.

11 de abril
La línea visible

Estoy procurando consumir menos información acerca de la pandemia. Me mantengo actualizado sobre las cifras de contagiados y fallecidos —para estar al tanto de la situación y su evolución—, sobre las normas que van aprobando el Gobierno y el Parlamento —para no infringirlas— y procuro leer las opiniones médicas y científicas que me parecen sólidas y documentadas. También echo un vistazo a las reflexiones de tipo más filosófico —cuanto más comedidas, más me placen, hay demasiadas incógnitas aún para mostrarse campanudo— y, por deformación e interés profesional, a lo que tiene que ver con la percepción de la seguridad y de quienes velan por ella en este contexto de excepción.

Leo en el que pasa por ser el diario más leído en mi país, y en cierto modo representativo de una cierta centralidad: «Que te pare por la calle la policía incomoda. Que lo haga la Guardia Civil incomoda un poco más». Me detengo en las dos frases y las releo. No deja de ser llamativo, en primer lugar, el uso de la segunda y la tercera persona del singular con sentido de unanimidad. Ese «te» y ese «incomoda» viene a entenderse que nos representan a todos, esto es, que el periodista —que firma una crónica sobre la participación de militares en el despliegue para garantizar el confinamiento, no un artículo de opinión— parece considerar objetivo y generalmente aceptado lo que en su texto afirma. Lo escribe igual que podría escribir: «que te arreen una colleja molesta». Y tampoco deja de llamarme la atención la gradación que se establece, en cuya virtud la incomodidad inexorable que a todos genera la identificación a cargo de un guardia civil es superior a la que produce la identificación por un miembro de la policía, ya sea

local, nacional, foral o autonómica.

Mi primera reflexión es que el libro de estilo del periódico en cuestión no debe de contemplar que en estos casos el periodista escriba mejor «que me pare» y «me incomoda», pero quizá debería, para que veamos mejor que la pieza pierde en el acto su carácter de reportaje para migrar a las páginas de opinión. La segunda tiene que ver con cómo el texto denota la percepción preferente que es de buen tono en ciertos ambientes «intelectuales» y mediáticos mantener, incluso a estas alturas del siglo XXI, incluso en medio de una pandemia, respecto de servidores públicos que están exponiendo su salud y la de sus familias y que, si en estos días paran a un ciudadano en la calle, no es en general para fastidiarle gratuitamente, sino para protegerlo y proteger del riesgo que pueda crear al resto de la ciudadanía.

Que me pare un policía, en alguna de las contadísimas ocasiones en las que salgo, a mí puede causarme un retraso o una inconveniencia pero no me incomoda: lo entiendo perfectamente. Que lo haga un guardia civil no añade ningún matiz en absoluto: sé que por lo común se me dirigirá con tanta o más corrección que un policía. Y si tengo la mala suerte de dar con alguno que esté nervioso o no haya asimilado las enseñanzas que recibió en la academia respecto del trato a los ciudadanos, lo mismo puede pasarme con cualquier agente de otro cuerpo.

Me parece que no soy el único que ha leído esa crónica con un respingo. Lo que no me ahorrará seguir tropezándome con esa clase de generalizaciones de una visión particular —y en mi experiencia y conocimiento injustificada— y que se revisten del prestigio de verdades contrastadas e indiscutibles. Y no solo en la prensa.

Termino de ver en estos días *La línea invisible*, la serie dirigida por Mariano Barroso sobre las dos primeras muertes provocadas por ETA y su primera baja en combate, el entonces joven líder de la organización Txabi Etxebarrieta, elevado a la categoría de apóstol y mártir por la izquierda *abertzale*. Los otros dos muertos se llamaban José Antonio Pardines y Melitón Manzanas, y uno era guardia civil y el otro policía, precisamente. La serie hace un cierto esfuerzo por acercarnos a ambos. Mucho más al policía Manzanas que al guardia Pardines, aunque en este caso es el policía el que tiene un perfil más siniestro y repelente, lo que por otra parte no deja de ajustarse aquí

a la verdad. Manzanas era un jefe de la Brigada Político-Social, la unidad de la policía franquista especializada en la persecución de la disidencia del régimen, en la que por una especie de selección natural inversa acababan los funcionarios más violentos y corruptos, que además hacían un uso generoso de la tortura y otras prácticas denigrantes. Pardines era un joven guardia civil de Tráfico al que Etxebarrieta ejecutó a traición mientras el agente trataba de identificar el coche robado en el que viajaba con otro miembro de ETA.

Dicho lo anterior, está claro que el protagonista de la serie es Txabi Etxebarrieta, rodeado por su círculo familiar y «profesional». En el primero están su madre, su hermana pequeña, su novia y su hermano mayor, que le precede en la adhesión a ETA y se ve apartado de la militancia por una enfermedad. En el segundo se integran sus compañeros —y alguna compañera— de la V Asamblea de ETA, la que decidió dar el paso del activismo al homicidio político. Estos son todos jóvenes, muy jóvenes, alguno incluso de físico aniñado, como el propio Txabi, que en las fotos que se tienen de él se da un aire bastante más adulto, como corresponde a un joven de veintiséis años de los sesenta. En cuanto al punto de vista, se acaba apartando de Txabi, al que se retrata como un joven atormentado y enardecido por su abuso de las anfetaminas —otro detalle real—, para pasar a repartirse de forma difusa pero perceptible entre otros dos personajes: de un lado, una joven etarra embarazada —estado que como es bien sabido provoca empatía instantánea—, quien recita con timbre dulce y también aniñado la voz en *off* de apertura y cierre de la serie; de otro, el hermano retirado del activismo, que tiene que aguantar a pie firme, junto a la desolada madre, la tragedia de la pérdida de Txabi.

Una tragedia esta, dicho sea de paso, subrayada por cómo está rodada su muerte, con planos largos y detenidos; por la imagen casi esotérica del viento que, después de que un guardia civil lo abata en el enfrentamiento armado que Txabi inicia, abre las ventanas de su cuarto y agita las cortinas; por la imagen de *Pietà* de la madre identificando el joven cadáver desnudo en la morgue; por el funeral que aborta la policía represora aporreando a los concurrentes, féminas incluidas: nada menos que tres planos en los que se ve con claridad cómo un policía golpea o avasalla a otras tantas mujeres,

compungidas y físicamente mucho más débiles.

En contraste, Pardines muere y solo vemos su cuerpo en plano cenital y cómo le ponen una manta encima, más una llamada de su novia al cuartel cuando oye por la radio que han matado a un guardia, acción que queda en suspenso y sin resolver. Luego también hay un funeral, pero mucho más rígido y envarado. Melitón, el policía corrupto y torturador, perece ejecutado en el rellano de la escalera de su casa por un etarra que lo mira a los ojos mientras lo despacha. Como quien hace justicia.

Antes de la muerte hemos conocido bastante a Manzanas: es un tipo brutal, frío, ambicioso, infiel a su mujer, deshonesto. Quiere a su hija, aunque la atiende poco, y a su amante, aunque de la forma ventajista en que se quiere a una querida. El perfil no se aleja mucho de la realidad, pero esto es todo lo que hay, y el excelente actor Antonio de la Torre lo sirve con su solvencia habitual. En cuanto a Pardines, lo conocemos brevemente en el episodio de su muerte: en resumen, es un pobre chaval de pueblo, sin glamur ni grandeza de ninguna especie, que maniobra con torpeza para conquistar a la camarera de un bar de carretera. Nada que ver con Txabi, un estudiante brillante que renuncia a su novia, escribe poemas y al que se ve en entornos mucho más favorecedores: impartiendo clases ingeniosas en la universidad como profesor ayudante, oteando el infinito desde una barca mientras navega. Cierto es que ambas cosas son coherentes con las biografías reales de ambos. Pero el tratamiento cinematográfico está ahí, y no es en absoluto casual. Ha interesado indagar en la vida de Xabi Etxebarrieta y encontrar aspectos fascinantes y/o seductores que lo singularizan y lo enaltecen como individuo. Pardines, aunque el actor que lo encarna está muy bien y se le parece increíblemente, no da mucho más de sí: es lo que es, lo que ya preveíamos, lo que siempre han sido los que desde la pobreza han abrazado un uniforme. Sin apenas individuación.

Hay más detalles: ya se ha anotado que los etarras son todos jóvenes, majos y se puede añadir que en general están encarnados por actores atractivos. Como una especie de *Al salir de clase* con pistolas. Sale otro etarra que no es tan joven, el Inglés, uno de los fundadores, interpretado por Asier Etxeandia. Viaja en Mercedes, incluso en avión privado, y va siempre vestido como un dandi. Por

contraste, Melitón lleva trajes sosos de los que desborda su barriga, una gabardina y una boina, indumentaria realista, pero que comparada con la del otro no deja de ofrecer ese contraste icónico, drástico y patente. Y los policías y los guardias civiles de uniforme, además del aspecto hosco que ya de por sí otorgaba la uniformidad franquista, son en general gente de fisonomía ruda y desagradable. Pero como se puede ir todavía un poco más allá, la serie no deja de explorarlo.

En todas las ocasiones en las que aparecen miembros de la Policía Armada disolviendo manifestaciones a golpes llevan el casco modelo
Z
42, copia del casco alemán de la segunda guerra mundial y reglamentario en el ejército español durante bastantes décadas. También lo fue de uso común en la Policía Armada, pero solo hasta la década de los sesenta, en la que se sustituyó por el modelo
M
1, de plástico, redondo y de inspiración norteamericana. Restos de
Z
42 quedaban en algunas unidades, pero si uno mira la prensa de la época, por ejemplo fotos de las protestas estudiantiles de 1965 y 1968, recopiladas en algún reportaje de
ABC
, aparecen exclusivamente cascos redondos. En la serie, sin embargo, incluso en la disolución a golpes del funeral de Txabi —junio de 1968—, solo se ven cascos
Z
42, es decir, en el subconsciente de muchos, a un grupo de nazis dando estopa a civiles desarmados, que a todos nos recuerdan… No hace falta decirlo.

Entiéndase bien: no es imposible, cascos de esos quedaban, aunque ya no fueran, por incomodidad y aspecto, los habitualmente utilizados. Pero ante la duda…

Expuesto cuanto antecede, me parece de justicia reconocer el sólido ejercicio de realización que, como no puede ser de otro modo, desarrolla Mariano Barroso. No es menos justo reconocer el trabajo sobresaliente de muchos de los intérpretes, incluidos algunos de los más jóvenes; también Álex Monner, que hace de

Txabi con una intensidad que al principio me estorbaba un poco pero acabé entendiendo y aceptando como una solución inteligente y ajustada para su personaje. Con nota pasa también la serie los apartados de producción, ambientación y fotografía. En suma: se trata de una narración audiovisual de alto nivel y enorme interés. Y que su protagonista sea un partidario de asesinar al prójimo no solo es artísticamente legítimo, sino que se inscribe en una brillante tradición, glosada por De Quincey y con nombres tan señeros como los de Fiódor Dostoievski o Jim Thompson.

Lo que no puedo dejar de anotar es que, sin ignorar los muchos aspectos tétricos y repugnantes del régimen entonces vigente en España, y su capacidad de envilecer las instituciones, incluidas la Policía y la Guardia Civil —en términos que por edad apenas puedo recordar, pero he contrastado a menudo con mis mayores y con los viejos del lugar de esos cuerpos—, el relato de *La línea invisible* se esfuerza más en la empatía con quienes promovieron y aceptaron el homicidio como arma política que con quienes no por ser funcionarios públicos bajo un régimen odioso eran sin excepción esbirros o moralmente despreciables. Con quienes incluso, en esta y otras historias, desempeñaron, como Pardines, el papel de víctimas. Esa es la línea visible que, como he tratado de argumentar, atraviesa la serie.

Y eso me invita a hacerme unas cuantas preguntas, que toman un cariz especial en estos momentos en los que los herederos de Txabi no matan porque ya no pueden, pero tampoco ayudan en nada a salir de la que tenemos encima, y los herederos de Pardines ahí están, jugándose la piel frente al virus después de habérsela jugado y haberla perdido más de doscientas veces, para devolverles a los vascos y a todos los españoles el derecho y la libertad de no ser asesinados por sus ideas.

No me voy a apresurar a responderlas, esas preguntas. Meditaré sobre ellas.

Postdata de 25 de mayo: Ha merecido esta entrada del diario una cita en una amplia reseña sobre *La línea invisible* publicada en *El Cultural* por Enric Albero, cuya lectura recomiendo porque contiene varias reflexiones interesantes —por ejemplo, sobre la extraña voz en *off* que abre y cierra la serie, aunque quizá no se

haga todas las preguntas que cabría hacerse sobre su función y sobre el porqué de su inclusión, tan llamativa—. Al final alude a este diario para deslizar que, en la medida en que se aparta de su criterio, que debe de ser el auténtico, vendría a contener una interpretación descaminada. Como he leído a Montaigne y me pareció convincente, yo me limitaré a decir que él tiene su opinión y yo la mía y que ahí están las dos para lo que puedan servir, a quien de algo sirvan, si es que de algo sirven. También la lectura de Montaigne me previene contra su arriesgada comprensión de los asesinatos selectivos (!) y contra la teoría de que el terrorismo de ETA algo de útil tuvo. Respecto de lo primero, permítaseme recordar este bello pasaje de los *Ensayos*: « *mettre de ses conjectures à bien haut prix, que faire cuire un homme tout vif*
C'est
d'en
». En muy alta estima hay que tener la propia conjetura para justificar en su virtud un sacrificio humano. En cuanto a lo segundo, de qué sirvieron los asesinatos de ETA, prefiero guiarme en este caso por el criterio del
PCE
, que en 1968 ya hacía muchos años que había abandonado la lucha armada contra la dictadura, interpretando —con buen juicio, como luego se habría de ver— que la democracia vendría por otra vía.

12 de abril
Enlentecidos

Termino el día pegándome una buena paliza en la elíptica del sótano, al ritmo de una remezcla extendida del *Always On My Mind* en la versión de los Pet Shop Boys. Siempre me ha parecido una canción emocionante, y la relectura de los
PSB
tiene además una alegría contagiosa. Ha sido no hace mucho cuando he descubierto que es buena para mantener un ritmo razonable y a la vez eficaz en la elíptica. Me he forzado a este ejercicio casi nocturno, después de tres días en los que no había sacado tiempo para hacerlo, porque el transcurso de los días de confinamiento, y alguna tarea de esas prolijas y laboriosas a la que me he dedicado hoy, me habían dejado la sensación de estar un poco amuermado. No soy el único. Estamos cerrando el primer mes de reclusión y son varias las personas que me refieren que se sienten espesas, ineficientes. Que al principio los días parecían cundir mucho, y ahora se les pasan con un fruto mucho menor, dejándoles los propósitos a medias.

Puede ser en parte efecto del cambio de hora primaveral, que en esta anormalidad en la que vivimos no hemos terminado de asimilar. O puede ser, más probable resulta, que después de tanto encierro estemos perdiendo reflejos, chispa, y poco a poco, si nos descuidamos, nos vamos quedando enlentecidos, uno de esos hermosos vocablos del castellano que casi nadie usa y que tanto costaría traducir a otro idioma, con todos los matices y la sensación de tiempo detenido que la propia palabra transmite al pronunciarla o escucharla. Es este un estado quizá comprensible, inevitable, pero contra el que no podemos sino rebelarnos. No es muy diferente de

ese adormecimiento que produce la congelación, y del que más vale que haya a mano alguien que te sacuda, como leo en estos días que hacía Jenofonte con los hoplitas y peltastas de los Diez Mil, el contingente de mercenarios griegos al que dirigió en su accidentado regreso a la patria para escapar a la venganza del rey persa Artajerjes, cuando alguno se quedaba tendido sobre la nieve mientras cruzaban las montañas de Armenia.

Si uno quiere cruzar el terreno hostil, llegar a la vista del mar y poder gritar el *¡Thalassa, Thalassa!* que aquellos soldados exclamaron al contemplarlo, no puede dejarse arrastrar por la indolencia. A Jenofonte lo odiaron más de una vez sus hombres, cuando los arreaba sin contemplaciones, como me odio yo a mí mismo mientras me fuerzo a mantener el ritmo en la máquina, pero al llegar otra vez a los dominios de los griegos se lo disculparon y se le mostraron agradecidos. Cuando termina el esfuerzo, me ducho y me afeito, me siento mucho mejor. Menos obtuso.

Enlentecido parece también el presidente del Gobierno, que en la rueda de prensa de hoy, tras la conferencia de presidentes con los líderes de las Comunidades Autónomas, ha hecho el discurso más breve que se le recuerda en estos días. Lo que no me parece mal: si las homilías se alargan la parroquia bosteza y se evade mentalmente del templo, y el mensaje de hoy era delicado e importante. Mañana lunes reanudan la actividad los trabajadores de sectores productivos no esenciales que no pueden recurrir al teletrabajo: una medida arriesgada que lo será aún más si quienes salgan de su casa y viajen en trenes y autobuses no tienen mucho cuidado y no aplican con rigor las recomendaciones sanitarias. Incluido el uso de esas mascarillas que el Gobierno asegura que va a repartir, y que algún Gobierno autonómico, como me avisa Rafael, uno de mis amigos médicos, suministra y buzonea de un modo que más parece una broma que un servicio. Lo ha hecho el de Cantabria, con un modelo de circunstancias en el que lo que más parece importar es el logo que dice que todo va a salir bien, clara propaganda del gobernante impulsor. Por lo demás es una chapuza que, me dice Rafael, poco o nada protege.

Por cierto que en la reunión varios presidentes se le han echado encima al que tiene el dudoso privilegio de sujetar en sus manos el mando único en tan apurada coyuntura —pienso mucho en estos

días que de haberlo sabido quizá no habría puesto tanto empeño en sobrevivir a los sucesivos intentos de ejecución política que ha sufrido—. Le han reprochado que no valide con ellos previamente las decisiones que desde ese mando único va tomando. El reproche puede tener su fundamento, desde la descentralización que consagra la Constitución vigente o la necesidad de coordinación entre administraciones, y no está de más que quien concentra por las circunstancias tanto poder tenga algún contrapeso. Pero que se le exija a quien tiene que resolver en emergencia continua multitud de cuestiones, asumiendo toda la responsabilidad por ello, que no deje de pasar antes sus iniciativas por el manto de los caudillos regionales, es algo que casa mal con ese propio concepto de mando único. Piénsese en Eisenhower el 6 de junio de 1944, con la zapatiesta ya liada y las barcazas en la playa y bajo el fuego enemigo, y teniendo que comentar cada orden con Patton o con Montgomery antes de darla.

Cuestión aparte es que a alguno le cueste mucho aceptar que forma parte de un Estado del que no es la cabeza, o que luego los errores que cometa el mando único deban ser fiscalizados por el control parlamentario, e incluso judicial.

En todo caso, el tiempo dirá si esto que ha decidido el Gobierno —en sus propias palabras, levantar la hibernación de la economía manteniendo el confinamiento— tiene resultados favorables o contraproducentes. Si amortigua el golpe económico y no aumentan de manera sensible los contagios, será un éxito. Si la diferencia en las cuentas del
PIB
es poca y el impacto sanitario adverso y perceptible, ya se puede preparar el mando único a que se pida su cabeza para clavarla en una pica. En cualquier otro escenario, ya sabemos: cada uno arrimará el ascua a su sardina y mantendremos el espectáculo fatigoso al que vivimos acostumbrados desde hace años, y que la pandemia no parece haber sido seísmo suficiente para interrumpir.

Aunque se atisba alguna señal de que eso podría cambiar. El ofrecimiento de unos nuevos pactos de la Moncloa para la reconstrucción nacional, en la estela y siguiendo el modelo de los cerrados en 1977, no se ha concretado aún por el Gobierno de manera suficiente y halla la resistencia furiosa de los que cabía

prever; pero Ciudadanos se muestra receptivo, lo que deja al primer partido de la oposición en el incómodo dilema de subirse a la grupa de Babieca, a mayor gloria del Cid, o tratar de tener una agenda propia y más moderada. A la izquierda más incendiaria el hecho de ocupar ministerios y la necesidad de no salir muerta de esta crisis que la ha pillado en el poder ya la invitan, cada día, a bajar el pistón.

No es cosa de esperanzarse, que ya sabemos todos dónde vivimos y con quién nos jugamos los cuartos; pero si los cerebros se despejan y desenlentecen —perdón por el neologismo— quizá hasta haya una oportunidad de hacer algo.

Little things I should have said and done, «pequeñas cosas que debí decir o hacer», recuerda con amargura la canción que me sigue marcando el ritmo incluso después de bajarme de la elíptica. Esta vez no podemos dejar de tomarnos el tiempo que necesiten: para salir cada uno cuerdo y entero de la cuarentena; para tener alguna opción de resolver la tarea ingente que tras ella nos aguarda como comunidad.

13 de abril
Jenofonte y el liderazgo

Leo en los periódicos que los griegos, esos europeos a los que hace unos pocos años todos los demás dieron en mirar por encima del hombro, amén de obligarlos a jibarizar sus prestaciones y servicios públicos, han tenido un éxito notable en la contención del coronavirus, entre otras razones porque tienen un sistema sanitario tan endeble y debilitado —los recortes para contentar a los «hombres de negro» lo redujeron a un tercio de su capacidad anterior— que no podían permitirse la avalancha de enfermos que otros hemos sufrido. Para ello, se adelantaron a tomar medidas y las adoptaron con absoluta determinación.

Es, qué duda cabe, un ejemplo de liderazgo, en una circunstancia en la que, lo queramos o no, todos nos preguntamos si los líderes a cuyas decisiones se encomienda nuestra salud y en última instancia nuestra supervivencia, física y económica, están a la altura. Como madrileño, español y europeo, me fijo en los que a mí me tocan —Ayuso, Sánchez y nadie—, y mentiría si dijera que en todo momento estoy tranquilo y confiado en tener mi futuro en buenas manos.

En estos días termino de releer la *Anábasis* de Jenofonte, que saboreo en esta ocasión en la traducción relativamente reciente (2006) de Óscar Martínez García. Qué historia tan inspiradora, y qué bien contada está. Como señala con inteligencia su traductor, Jenofonte, compensando sus carencias como historiador y filósofo, que lo colocan en desventaja frente a Tucídides o su condiscípulo Platón, tenía esa rara virtud que denomina el «pequeño gran estilo», conforme a la expresión que utiliza Claudio Magris respecto de la escritura de Emilio Salgari. Sin pretensiones de elevación, Jenofonte

logra pasajes de profundidad verdadera y perdurable. A lo que hay que añadir su condición de testigo en primera fila y protagonista de la aventura que está contando, y que no es, por otra parte, una aventura cualquiera.

La historia es bien sabida por los conocedores de la Antigüedad clásica. Allá por finales del siglo V
a. C.
un contingente de algo más de diez mil mercenarios griegos acompaña al príncipe persa Ciro en su expedición contra su hermano, el rey Artajerjes, al que pretende destronar. Los dos ejércitos traban batalla en Cunaxa, a unos setenta kilómetros de Babilonia, en lo que hoy es Irak. Los griegos, cuya infantería pesada, los hoplitas, era la más formidable del mundo, ponen en fuga a los persas que se les enfrentan en su sector, pero Ciro sucumbe con los suyos en la parte del frente que asume personalmente, lo que significa su derrota y el fin de su vida y de sus pretensiones. Los griegos se quedan aislados en un reino hostil, a más de 3000 kilómetros de su hogar. Intentan pactar con Artajerjes para que los deje marchar y en principio el persa accede, temeroso del poderío del contingente, inferior en número pero muy superior en capacidad bélica a sus tropas. Sin embargo, poco después de iniciar la retirada, uno de los tributarios de Artajerjes, Tisafernes, les tiende a los estrategos o generales griegos una trampa que le sirve para desembarazarse de ellos. Descabezados, los griegos eligen a nuevos jefes, entre ellos a Jenofonte, para continuar la retirada y abrirse camino por la fuerza, cosa que finalmente logran, llegando hasta las orillas del mar Negro y de ahí a Grecia.

Hay un pasaje de la *Anábasis* en el que Jenofonte nos ofrece, quizá sin querer, pero no de manera completamente inadvertida, un breve tratado sobre los distintos tipos de liderazgo. Se trata del perfil que hace de los tres principales estrategos que caen en la trampa de Tisafernes, después de narrar su infortunio.

El primero de los tres era Clearco de Esparta, al que retrata así:

> Es fama que decía que un soldado debía temer más a su jefe que al enemigo, si se quería que respetase el turno de guardia, que no acarrease daño a los pueblos amigos o que marchase contra el enemigo sin buscarse pretextos. Así es, en los momentos críticos los soldados estaban dispuestos a

> obedecerle incondicionalmente y le preferían a cualquier otro. En tales situaciones, decían, su semblante sombrío irradiaba serenidad, y su severidad parecía tornar en determinación frente al enemigo, de modo que lo que antes era brusquedad se transformaba en seguridad. Pero cuando se encontraban fuera de peligro y podían pasarse a las órdenes de otro, lo abandonaban: lo cierto es que no era un tipo amable, sino duro y despiadado.

El segundo, y además el jefe a cuyas órdenes se había incorporado Jenofonte a la expedición, se llamaba Próxeno de Beocia, cuyo carácter describe de este modo:

> Sabía manejarse con las personas de bien, pero no era capaz de infundir en sus soldados ni respeto ni miedo, sino que, por el contrario, se sentía más cohibido ante sus soldados que sus subordinados ante él. Además era evidente que tenía más miedo de atraerse la enemistad de sus hombres que el que tenían ellos de desobedecerle. Creía que para ser y parecer un verdadero jefe bastaba con elogiar al que actuaba bien y no alabar al que hacía mal; razón por la que las personas honestas de su entorno le eran adictos, mientras que la gente sin principios actuaba a sus espaldas al creer que era fácil de manejar.

El tercero, Menón de Tesalia, es sin duda el que sale peor parado:

> Pensaba que el camino más corto para lograr lo que deseaba era el perjurio, la mentira y el engaño, y que la sencillez y la verdad eran sinónimos de estupidez. Era evidente que no sentía afecto por nadie, y si se declaraba amigo de alguien estaba claro que tramaba su ruina. Jamás se burlaba de un enemigo, pero en sus conversaciones siempre ridiculizaba a cuantos le rodeaban. Nunca ponía sus miras sobre las posesiones de sus rivales, pues pensaba que era difícil apoderarse de los bienes de quien está en guardia; por el contrario, creía que era el único que sabía lo fácil que era hacerse con los de los amigos por el hecho de que no estaban vigilados. Para ganarse a los soldados se las ingeniaba participando en sus fechorías.

De su propio estilo de liderazgo Jenofonte deja múltiples

indicios a lo largo del relato. No le tiembla el pulso a la hora de forzar a los remisos, pero tampoco a la de dar él mismo ejemplo: cuando un infante le afea en una cuesta arriba que él va a caballo, se baja de él y toma el pesado escudo del otro para subir el primero aun yendo cargado. Sin embargo no tiene un comportamiento individualista, opaco o autoritario: las decisiones graves las somete con transparencia a la asamblea de la tropa, para que entre todos decidan lo que más beneficia al conjunto. Expone con convicción y capacidad de persuadir sus propias razones, como buen discípulo de Sócrates, pero deja que los afectados sopesen y decidan por sí lo que les conviene. Y cuando al final de la marcha se plantea otorgarle el mando único, demuestra su falta de ambición y lo rechaza alegando que es ateniense, no espartano, y siente que no puede encabezar un contingente donde los espartanos son muchos y tienen un prestigio militar superior. En su fuero interno hay sin embargo una razón aún de más peso, y que no deja de confiarle al lector de su relato: «Cada vez que daba en pensar que el futuro de todo hombre es incierto y que, por tanto, existía el riesgo de perder el prestigio, le embargaba la duda».

Es de imaginar que más de un líder en ejercicio de su cargo, en estos días, agradecería haber tenido la prudencia y la capacidad de anticipación de Jenofonte para prever esos reveses de la fortuna que pueden dar al traste con el más sólido de los prestigios y no haber aspirado a liderar nada. También es de imaginar, respecto de todos los líderes, los que tenemos más cerca y aquellos a los que miramos desde más lejos, que quienes los enjuician verán en ellos más a un Clearco, un Próxeno, un Menón o un Jenofonte en función de sus simpatías y antipatías, sus afinidades y enemistades. Y quizá no sea posible hallar un líder en el que no se mezclen los rasgos de algunos o de todos los mencionados.

En todo caso, se me ocurre que lo que importa es que el líder en cuestión acierte a tener claro lo que tuvieron todos ellos —salvo Menón, que intrigó con el persa—. Es difícil expresarlo mejor que Jenofonte, a quien vuelvo a ceder la palabra:

> Mientras seáis muchos y estéis unidos, como ahora, estoy convencido de que os guardarán respeto y tendréis lo necesario. Pero si os dispersáis, si dejáis que vuestra fuerza se segmente en distintos pedazos, no tendréis alimento que

llevaros a la boca ni posibilidad de salir indemnes.

Conviene destacar que el contingente griego era cualquier cosa menos homogéneo: había espartanos, arcadios, aqueos, beocios, cretenses… Fue la determinación de sus sucesivos jefes de mantenerlos unidos, pese a los intentos de fragmentación que no dejó de haber a lo largo de la marcha, lo que permitió que se salvaran.

También tuvieron claro, en especial Jenofonte, la actitud que debían preocuparse de mantener en el seno de la tropa que estaba a sus órdenes:

> Si alguien les hace cambiar de actitud de modo que dejen de pensar únicamente en lo que les puede pasar y piensen también en lo que pueden hacer, se encontrarán mucho más animosos, porque sabéis perfectamente que no es el número ni la fuerza lo que consigue las victorias en la guerra: solo a aquellos que con la ayuda de los dioses se lanzan con ánimo resuelto contra los enemigos, la mayoría de las veces, su oponente no logra contenerlos. Quienes en la guerra ansían a toda costa salvar el pellejo, por regla general acaban muriendo de la peor manera y cobardemente, mientras que quienes han entendido que la muerte es común a todos e ineluctable, de uno u otro modo, mientras viven, llevan una existencia feliz.

En estos días ha sido muy criticado el recurso del presidente Sánchez a la metáfora bélica. Incluso se ha mostrado contrario a su empleo el presidente alemán, Steinmeier, que dice, y no le falta razón, que la pandemia es más bien un test de humanidad. A los varios líderes que entre nosotros preferirían no tener la nacionalidad española también les irrita especialmente ver a militares españoles en las ruedas de prensa, y no dejan de señalarlos como una presencia infamante. Para unos y otros, tómese aquí la guerra como alusión, en general, a cualquier clase de desafío a la supervivencia del que es necesario salir victorioso, y en el que, como no puede ser de otro modo, se pone a prueba nuestra humanidad.

Hoy cumplimos treinta días, el primer mes del estado de alarma y reclusión. El pronóstico del tiempo daba lluvia intensa para toda la jornada. Ha fallado y a mediodía hemos tenido bastante sol. He

salido al jardín con Núria y hemos estado un rato jugando a la pelota. Le ha servido a ella para correr y ejercitarse, algo que con siete años necesita más de lo que las circunstancias permiten. A mí, para tomar el sol y pescar algo de esa vitamina D de la que andamos tan faltos todos. Ha sido nuestra pequeña victoria de hoy contra el confinamiento. Lo que hemos podido hacer, olvidándonos por un momento de lo que nos puede pasar.

Por cierto, *Anábasis* significa en griego subida o ascensión. El relato de Jenofonte podría tomarse, pues, como una aproximación al arte de ir cuesta arriba. Una lectura más que recomendable, para todo el mundo, en estos tiempos.

14 de abril
Historias de amor

Leo en varios medios que a los sanitarios y cajeros de supermercado les piden en las comunidades de vecinos en las que viven que se muden o se vayan a un hotel, por miedo al contagio. Lo hacen con letreros en el ascensor que les apelan directamente, y que suelen advertir de que en la comunidad viven personas mayores. No es un caso aislado, las historias se repiten por doquier. El ser humano parece tener una querencia natural por el establecimiento de lazaretos. Llega al extremo de desearlos y promoverlos, incluso, para quienes se arriesgan a fin de que sigamos teniendo algo que comer o alguna atención si el virus hace presa en nosotros, nos encuentra las vueltas y nos pone bocabajo. Fastuoso.

Voy al Mercadona bajo una tempestad, a hacer la compra semanal, y no puedo evitar mirar con un afecto especial a los muchos y diligentes empleados que lo atienden estos días y se afanan reponiendo, cobrando, velando por que la gente guarde la distancia. Imagino que a alguno lo miran mal sus vecinos. No puedo evitar el impulso de abrazarlos, aunque sepa que el abrazo sí lo debo evitar.

Qué ha sido de aquello del amor fraterno. Del querer al prójimo como a uno mismo, ese mandamiento nuevo del cristianismo que veinte siglos después parece haber quedado en desuso en beneficio del *like*, que en cualquiera de sus formas —desde el corazón o el emoticono al aplauso de balcón— cuesta mucho menos y no te expone al contagio. Y sin embargo, el verdadero amor, el único que significa algo —y estando como estamos, deberíamos tener alguna querencia por lo que significa algo y mandar a hacer gárgaras las poses vacías—, es el que acepta arriesgarse.

Nada lo ilustra mejor que una historia de amor con la que me reencontré estos días y que reconozco, con vergüenza, que había olvidado. Para que no vuelva a pasar, la apunto aquí, con ánimo de guardar para siempre, y nunca dejar que se me zafe de la memoria, el nombre del protagonista. Es una de las muchas historias que recoge Jenofonte, del que hablábamos ayer, en su *Anábasis*. En concreto, sucede casi al final, cuando los supervivientes de los Diez Mil griegos han cubierto casi todo su periplo y como penúltima etapa, después de pasar por Bizancio, aceptan combatir en calidad de mercenarios al servicio del cruel caudillo tracio Seutes. En esas andan, arrasando aldeas y sometiéndolas a su cliente, que ordena a los suyos matar despiadadamente a todos los varones a golpe de jabalina, cuando pasa algo. Permítaseme otra vez disfrutar, e invitar a disfrutar, de la prosa de Jenofonte (trasladada al castellano por Óscar Martínez García):

> Había un cierto Epístenes de Olinto al que le gustaban los muchachos, el cual, al ver a un guapo jovencito, apenas un adolescente, que estaba a punto de morir abrazado a su escudo, corrió hacia Jenofonte y le suplicó que acudiera en auxilio de aquel hermoso niño. Jenofonte, entonces, se dirigió hacia Seutes y le rogó que perdonara la vida al muchacho, explicándole los gustos de Epístenes, quien, en una ocasión, había formado una compañía atendiendo exclusivamente a la belleza de sus soldados; por lo demás, con ellos a su lado había demostrado ser un hombre valiente. Seutes lanzó una pregunta: «Epístenes, ¿estarías dispuesto a morir en su lugar?», y este, ofreciendo su cuello, respondió: «¡Golpea! Basta con que el muchacho lo ordene y me guarde gratitud». Así pues, Seutes se volvió hacia el niño y le preguntó si había de matar a este en vez de a él, a lo que el joven dijo que no, suplicándole que perdonara a los dos. En ese momento, Epístenes rodeó al niño con sus brazos y gritó lo siguiente: «¡Ahora, Seutes, tendrás que enfrentarte conmigo por este muchacho, porque no lo voy a soltar!». Seutes rompió a reír, dando por zanjado el asunto.

En un principio, Epístenes de Olinto puede parecer sin más alguien que se deja llevar por un capricho, en este caso el de esclavizar para su disfrute a un joven al que puede tomar como botín de guerra. Pero en el momento en el que acepta el sacrificio

su atracción se convierte en amor; un amor que encuentra recompensa en la súbita correspondencia de quien es objeto de él. La risotada de Seutes, un hombre posiblemente incapaz de amar, nace de la incomprensión de ese acto de sacrificio que Epístenes de Olinto hace irreversible abrazándose al chico.

Es curioso, lo había olvidado, pero quizá no del todo. Me viene a la memoria la historia que se cuenta en una novela titulada *Y te irás de aquí*, que firma una tal Patricia Kal. También en ella hay una atracción súbita, cuestionable como impulso amoroso, hasta que alguien acepta un sacrificio. Y no debo decir más.

Hoy es 14 de abril, y en el medio en el que todo el mundo se retrata en nuestro tiempo, las redes sociales, abundan las proclamaciones de amor por la República. Soy republicano convencido, y estoy alineado con los motivos por los que vino la II República un 14 de abril, hecho del que cuento con el relato vivo y emocionado de un testigo, mi abuelo Manuel, que ese día prestaba servicio como miembro del Cuerpo de Seguridad en la Puerta del Sol. Ello no quiere decir, y esta aclaración ya resulta algo fatigosa, que bendiga todos los desmanes cometidos bajo la tricolor, y menos que simpatice con los muchos que a su amparo maniobraron tan eficazmente como los militares sublevados para destruir la República.

Sin embargo, en esta ocasión, en mi red social zombi, en la que solo difundo enlaces o citas, me he limitado a reproducir unas palabras de *El advenimiento de la República*, el delicioso relato de aquel 14 de abril de Josep Pla. Es un pasaje recogido en las páginas de *Recordarán tu nombre*, semblanza novelada de un protagonista —involuntario como mi abuelo— de esa jornada. En particular el momento en el que Miguel Maura, el conservador de derechas que asumió la cartera de Gobernación en el Gobierno Provisional de la República —sí, también los había—, va llamando a todos los gobernadores civiles y los pone expeditivamente a sus órdenes.

Era, sin menoscabo de mi convicción republicana, todo lo que me parecía oportuno decir al respecto en esta circunstancia que nos abruma. Sin embargo, veo que el vicepresidente del Gobierno, que ha prometido ante el rey guardar y hacer guardar una constitución monárquica, se descuelga con un hilo en el que reivindica la República lamentándose además de tener que soportar a un

monarca que viste de militar, lo que parece suponer un desdoro estético en un jefe de Estado. No deja de ser pintoresco, primero, que uno se oponga en Twitter a lo que ostenta a diario, desde un coche y un despacho oficial y con escoltas y subordinados sometidos a esa constitución; y segundo, que se señale como anómala una circunstancia que se observa en multitud de jefes de Estado, coronados o no, y con una especial frecuencia en regímenes a los que el vicepresidente se ha declarado afín.

A mí tampoco me gusta especialmente que al monarca se le haga hueco por ser quien es en unas academias militares para las que se pide una nota muy alta y de las que se queda fuera mucha gente que sueña con entrar en ellas. Y ya he dicho que me siento y me sentiré siempre republicano, porque creo que es la forma de gobierno más racional para las comunidades políticamente adultas, y me resisto a aceptar que la mía no lo es. Pero si hubiera transigido en ser vicepresidente del Gobierno de un régimen monárquico, lo que me obligaría antes a hacerme algunas preguntas incómodas sobre si estoy siendo coherente con mis principios, luego procuraría conducirme con más contención. Y más mientras mis conciudadanos sufren los efectos de una pandemia que el gabinete del que formo parte, con excusa o sin ella, siguiendo o no el criterio científico, no supo anticipar suficientemente.

Se lo dijo a uno de sus subordinados un general alemán, Henning von Tresckow, antes de poner en marcha la frustrada conspiración contra Hitler de 1944, que acabaría costando la vida a todos los implicados: «El valor moral de un hombre se mide por la capacidad de sacrificarse por sus convicciones». No de medrar gracias a ellas, no de negociarlas a conveniencia, no de condensarlas en un hilo de tuits con cualquier ocasión, que es lo que ahora parece estar de moda, y se vienen a la memoria unos cuantos nombres de personas a las que no solo no les ha costado nada pensar lo que piensan y tuitearlo, sino que les ha servido para aumentar y no poco su fortuna personal. Las convicciones, como el amor, son riesgo y sacrificio. Todo lo demás, trampa para incautos, ruido que se lleva el viento.

Que le pregunten a Epístenes de Olinto, hoplita curtido en cien combates frente a los enemigos más feroces. Y al muchacho tracio que no quiso que lo mataran por él.

15 de abril
Orión en Pompeya

Encaro el segundo mes de confinamiento con la sensación de que el encierro apenas me da respiro. Entre los trabajos pendientes, los que me caen o me echo encima, las tareas domésticas, los deberes de Núria, la atención que hay que darle para amenizarle la reclusión o las llamadas a quienes no están conmigo, siento que las jornadas se me pasan a toda velocidad y sin tiempo para el asueto. Hoy le araño al día un rato para trastear por la red y me encuentro con alguna que otra noticia que me da que pensar. En un periódico, por ejemplo, hay una entrevista con una joven estrella de la canción, una de esas que salen por docenas cada año de alguna factoría televisiva, para exponerse a la cruda selección natural del mercado que a largo plazo permitirá sobrevivir, como mucho, a una o dos. Dice que se sabe «como poco intensa» y que por eso no se pone muchas tareas para la cuarentena y muchos días no hace nada. No leo la entrevista entera, apenas paso de las primeras preguntas, y no por desinterés —nada humano deja de interesarme en alguna medida—, sino porque me quedo en esa idea inicial, que tanto contrasta con mis días, y en esa nueva acepción que al adjetivo intenso/a le han dado los jóvenes.

Quizá me equivoco, pero viene a ser uno de esos casos en los que un vocablo que parece denotar alguna clase de reparo o autocensura, en realidad es un autoelogio encubierto al que se invita, sin excesiva picardía, a sumarse a quien lo escucha. Es curioso el lenguaje, los pliegues y torsiones que le acabamos dando.

Lo que sí capta por entero mi atención, e incluso me fascina, es el vídeo que encuentro poco después: está grabado con un dron y recorre las dos últimas casas desenterradas en Pompeya, mientras el

director del yacimiento arqueológico explica los hallazgos que han deparado. No son demasiado grandes; una tiene un jardín y frescos de estilo tardío; la otra, paredes en estuco de estilo temprano y, sobre todo, un gran mosaico en el suelo de una de las estancias, perfectamente conservado y de veras espectacular. Representa el mito de Orión, el cazador, y según el director de las excavaciones tiene probable influencia egipcia. Llama la atención el color azul oscuro de la parte superior, una tonalidad poco frecuente en los mosaicos romanos y que aquí domina la imagen. Con ese color se representa el cielo nocturno, la bóveda celeste a la que Orión se incorpora, convertido en constelación, después de que un escorpión gigante acabe con su vida. Me gusta tanto que no puedo evitar tomar una fotografía del vídeo, aunque la calidad de la imagen no le haga justicia al trabajo de ese artista de hace dos milenios.

Me quedo pensando en el mito, en Pompeya, y en la oportunidad que el recuerdo de uno y otra tienen en estos momentos. Según la versión más extendida del mito, Orión era un gigante, hijo de Poseidón y nieto del rey Minos —el del laberinto y el Minotauro—, que durante una cacería en Creta se jactó de poder matar a todos los animales de la tierra. Alarmada, Gea le mandó un escorpión gigante que acabó con su vida, y después Zeus lo convirtió en la constelación del mismo nombre. La del Escorpión también se llama así en recuerdo de su muerte. En cuanto a Pompeya, su historia es bien conocida. Era una ciudad próspera y de vida alegre en la región de Campania, hasta que una erupción del Vesubio la borró del mapa, junto a Herculano, de un día para otro. Sus habitantes perecieron sepultados por lo que el volcán escupió. Solo en las dos casas recién desenterradas se ha encontrado una veintena larga de cuerpos.

En cierto modo, tanto Orión como Pompeya recibieron el más severo castigo por la arrogancia con la que ignoraron el peligro que corrían: el peligro que siempre representa la naturaleza, enorme y poderosa, frente a los seres insignificantes que somos los hombres, incluso un gigante como Orión. Por eso debemos cuidarnos mucho de desafiarla o de estar desprevenidos frente a su cólera. Algo de todo esto hay en el revolcón que nos ha dado esta epidemia, aunque en esta ocasión Gea, la Madre Tierra, para recordarnos nuestra fragilidad, haya decidido con terrible sutileza enviarnos un

organismo microscópico en lugar del gran escorpión que le mandó a Orión o el alud de lava y cenizas que arrojó sobre Pompeya y Herculano. Así nos ha demostrado no solo que es más fuerte, sino que también es más sabia y maneja resortes que nuestros científicos aún se están afanando por entender.

He estado tres veces en Pompeya y si alguna vez me desconfinan y vuelven a abrirse las fronteras viajaré tan pronto como tenga ocasión para ver el mosaico de Orión, que se me antoja un símbolo rotundo y conmovedor de esta humanidad escarmentada y afligida por su imprevisión y sus excesos. Quien hizo ese mosaico acertó a representar, en la expresión aterrada del cazador y la postura desarbolada de sus brazos, la perplejidad de quien se creía invulnerable y casi omnipotente y se ve reducido de pronto a la condición de presa de un artrópodo. Una buena imagen de todos los que hasta hace un mes nos creíamos en posesión inalienable del derecho a hacer tantas cosas, necesarias o superfluas, y ahora nos vemos presos entre las cuatro paredes de nuestras casas, sin saber hasta cuándo.

A todo esto, serán los días sin ver la calle como nos gustaría, el clima se va enrareciendo de manera alarmante. El líder de la oposición, despechado por haberse enterado de la convocatoria por

la prensa, se niega a sentarse con el presidente para negociar un gran pacto de reconstrucción nacional. En el Parlamento, una diputada embozada con una mascarilla caqui con la bandera de España —mal servicio presta así a la bandera y a quienes visten uniforme de ese color— arroja toda clase de venablos contra el vicepresidente, en unos términos de confrontación civil más propios del siglo pasado, si no decimonónicos. El así interpelado no está libre del pecado de utilizar esa retórica, desde la trinchera opuesta, pero el espectáculo es en todo caso anacrónico y desolador.

Y entre tanto arrecian las acusaciones, de las que la diputada en cuestión se hace portavoz, de que el Gobierno está pretendiendo monopolizar la información que recibe la ciudadanía, comprando diarios y medios audiovisuales con subvenciones, a la vez que se propone censurar a los medios díscolos para que nadie contrarreste su relato de la crisis y queden ocultos sus errores. Por la noche veo en una cadena de televisión de las así señaladas que uno de los presentadores deja de hacer el programa que suele para lanzar un mitin en sentido opuesto. A esas horas de la noche no me gusta que me adoctrinen, igual me da que sea una diputada airada o un simpático comunicador, así que me dispongo a ver con Noemí la película que hemos pactado para esta noche. Se trata de *2001: Una odisea en el espacio*, que tiene que revisar para la universidad. Aprovechamos que Núria, después de la asamblea que hice ayer con ella y la de hoy con su madre, ambas monográficas sobre trucos para dormir mejor, parece haber aplacado la inquietud que en los últimos días le había provocado algunos problemas para conciliar el sueño. Creo que la clave definitiva es el premio que le ha ofrecido Noemí si logra regularlo, más que mis bienintencionados consejos y orientaciones. Qué se le va a hacer.

Del relato visionario de Stanley Kubrick y Arthur C. Clarke me da que pensar como nunca —habré visto la película media docena de veces— la primera parte, situada en África y en lo que un cartel llama «El amanecer del hombre». La historia de los homínidos que se hacen cazadores y guerreros cuando uno de ellos, por influjo del monolito oscuro, es decir, de la inteligencia que se abre paso en su cerebro hasta entonces instintivo y animal, aprende a usar un fémur como garrote. Al convertirse en cazadores, pueden

matar animales y dejar de comer solo hierbajos para consumir las ricas proteínas de su carne; con esa energía suplementaria y su nueva herramienta desalojan a otros homínidos del charco de agua que hasta entonces les disputaban sin éxito. De paso, inauguran la historia del homicidio ventajista, tomando como víctima al desarmado e inconsciente líder del clan rival, que para salvar su prestigio trata de oponerse al desalojo.

De ahí al resultado final de la evolución tecnológica, ese ordenador

HAL-9000

que en la tercera parte de la película gobierna la nave espacial en su largo viaje rumbo a Júpiter, hay unos cuantos pasos que llevan algún tiempo pero no tienen mayor mérito que el esfuerzo necesario para ir transitando de uno a otro. Lo difícil era dar ese primer paso, el de comprender que el hombre tiene el poder de transformar la naturaleza y servirse de ella para, entre otras cosas, y como pulsión principal en no pocos individuos, dominar a otros hombres e imponerse a ellos.

Por cierto que HAL-9000, la sofisticada creación del hombre que acaba adoptando su mismo carácter y disputándole con arrogancia el poder —con el resultado de provocar, como Orión y tantos hombres soberbios, su propia destrucción—, es también una metáfora perturbadora en estos días. Hay quien piensa que como consecuencia de esta pandemia, en lugar de cuestionarnos el lugar y el peso que hemos dado a la tecnología, el dominio de esta —y de paso, el de quienes la programan y gestionan— se verá acrecentado y se volverá aún más férreo, sobre una humanidad encerrada en casa y temerosa de salir a la calle. Hay quien lleva esta idea mucho más allá y la convierte en engranaje de una teoría conspiratoria. Lo que resulta evidente es que en un contexto de destrozo de casi toda la actividad económica, solo unos pocos, entre los que están algunas compañías tecnológicas, han salido beneficiados y han visto crecer su negocio con la epidemia.

El tiempo dirá. Por no ser catastrofista, pensemos en Bowman, el astronauta que logra impedir que la máquina se salga con la suya, y emprende luego un viaje que le devuelve a la elementalidad del existir. Los hombres somos monos listos condenados a ambicionar y pelearnos, pero la inteligencia que nos mueve a ello también nos

permite reflexionar y buscar otras formas de estar en el mundo.

16 de abril
La libertad es una librería

Miles de muertos significan un caudal de ira descomunal. Los que siempre andan pendientes de la recolección de la ira lo han identificado, y se aplican a sacarle el rédito que todo capital, bien invertido, puede dar a quien lo administra. Mal hará quien en estos días, en cualquier lugar del mundo —esto es una pandemia— ocupe una poltrona oficial y no comprenda que su cabeza huele a pólvora. Se exceptúan dictadores y autócratas, provistos de sistemas de represión o desvío de la ira hacia donde más convenga y menos les salpique. Los demás, agárrense: vienen curvas.

Al *president* vicario de la Generalitat ya le ha caído una denuncia por homicidio imprudente, relacionada con los hospitales puestos en marcha por españoles de uniforme que no le pareció oportuno validar, en municipios donde la gente agonizaba en sus casas o en pasillos de ambulatorios. No había que ser muy largo para imaginar que a alguien le molestaría la situación. Solo ha hecho falta que lo ponga en un papel, y una juez de Martorell ha visto en el asunto indicios suficientes para elevarlo al Tribunal Superior de Justicia de Cataluña, ante el que está aforado el denunciado, no se sabe por cuánto tiempo —tiene una condena pendiente que de confirmarse le privaría de ese privilegio procesal—. Torra se ha mostrado escandalizado: no debería. Los ciudadanos hacen uso de sus derechos, él puede hacer uso del suyo y buscarse un abogado que le defienda, y si no hay base para imputarlo, ya se archivará la denuncia tras examinarla con todas las garantías.

Otro tanto sucede con el Gobierno central. Son tantos los muertos en condiciones degradantes e inadmisibles, tanta la ira y la

impotencia de sus familiares, que hay fuerzas políticas, situadas en su oposición, que han visto en esa materia prima emocional el combustible ideal para prenderle fuego a la coalición gobernante e impulsar su propio cohete. Es una práctica que puede suscitar reparos éticos, y más cuando aún estamos en medio de la tribulación, pero la tentación es demasiado fuerte y pocos políticos se resisten a ella. Los muertos de otro son tan incómodos para ese otro como caros a su oponente. Y no es una cuestión de humanidad: los mismos que se muestran tan afligidos y enlutados por los difuntos del coronavirus arrugaban la nariz y acabaron apartando la mirada ante los del
Yak-42,
y eso que se trataba de militares, a los que tanto dicen querer. Y para no acabar de deprimirnos, no hablaremos del 11
M
y del espectáculo y la fractura que supuso; una fractura de la que dieciséis años después no hemos salido aún.

Cuando uno manda y bajo su mando se producen bajas, no tiene más remedio que afrontarlas, y hacerlo con todo el empeño y toda la inteligencia de que sea capaz, entre otras cosas apurando hasta el extremo la diligencia para minimizarlas. También con toda la sinceridad y toda la autocrítica que resulte posible, sin llegar al extremo de inmolarse junto a los caídos. En caso contrario, le sirve en bandeja a su enemigo la oportunidad de utilizarlos para atizarle. Y esa oportunidad, aunque no diga mucho bueno de la condición humana, rara vez se desaprovecha.

En este caso, para enturbiar aún más el panorama, tenemos el engorroso detalle de la poca claridad y fiabilidad de las cifras. Empezando por China, escenario inaugural de la pandemia, cuyos muertos, vistas las semanas de descontrol que tuvo la enfermedad allí y lo que pasa en lugares donde el virus también ha corrido alegremente —Italia, España, Reino Unido, Estados Unidos—, no se los cree ya ni la presidenta del club de fans de Xi Jinping. Nuestras cifras, que son y parecen más verdaderas, tampoco están completas, gracias a la mortandad en las residencias, con tintes de masacre: se habla ya de más de 10 000 muertos, solo en ese entorno, la misma cifra de una de nuestras grandes catástrofes históricas, el desastre de Annual de julio de 1921, que le costó a un rey su corona. A las

que deben sumarse las acaecidas en domicilios donde enfermos febriles esperaron hasta la muerte a una ambulancia o un médico del 061 que jamás llegaron. Y aun sin eso, rondamos ya los 20 000 muertos, con la mayor tasa por millón de habitantes del mundo.

Es tremendo, incluso demencial. O el Gobierno desarrolla a toda prisa un discurso algo más elaborado y más sólido al respecto, o hace como sea por construir una solidaridad nacional frente a la hecatombe, o esta se lo llevará por delante. Y lo peor es que puede encumbrar a los menos constructivos de sus adversarios, con la pasiva y quizá suicida aquiescencia del supuesto líder de la oposición. Que este no tenga casi voz ni discurso, más allá de arrastrar los pies, puede deberse a que bajo esos 20 000 muertos —como mínimo— está la gestión de su partido en la sanidad de muchas comunidades autónomas, empezando por la de Madrid, que es la más afectada por el virus. Lo que cabe dudar es que esa sea una estrategia acertada. Si hay corresponsabilidad en la debacle, es ingenuo aspirar a conseguir que la cuota de uno se desvíe hacia otro, que cargue con toda la culpa y reciba el castigo que a uno le pueda corresponder. Ese triple mortal puede salirle, tal vez, a quien no está sometido a la rendición de cuentas de un Estado democrático y de derecho. Entre nosotros, conducirá a que todo el beneficio se lo lleve quien pueda ponerse de perfil porque no ha administrado jamás un ministerio ni una consejería.

Más sabio sería, quizá, alcanzar un consenso sobre la fuerza mayor que esto ha supuesto para todos, aceptar que todos los que administraban algo han cometido errores que agravaron el destrozo y asumir como comunidad ese quebranto, porque si no, no vamos a tener dinero en las arcas públicas para indemnizarnos a nosotros mismos, con impuestos que solo nosotros podemos pagar. Y reservar la condena a las imprudencias flagrantes y conscientes y a las acciones dolosas que hayan supuesto daño a los ciudadanos.

Dicho lo anterior, es probable que la ira siga su curso, igual que su explotación, igual que las vanas tentativas de endosar a otro la torpeza propia. Lo que solo puede redundar en erosión masiva del edificio; y algún precedente tenemos, en nuestra propia historia, de dónde nos lleva esa dinámica. En el mejor de los casos, a perder buena parte de nuestras oportunidades como comunidad: aquí, de las que se abrirán en el proceso de reconstrucción mundial tras la

pandemia.

Ojalá me equivoque.

Huyo de estas reflexiones desoladoras —que lo son entre otras razones porque lo primero que entre nosotros sufre y se rebaja cuando se abre la veda de la ira son las libertades, y desde la libertad escribo y he aprendido a apreciarlo— gracias al Instituto Cervantes, que para celebrar la Fiesta del Libro y el recuerdo anual del autor del *Quijote*, que en esta ocasión sucede en confinamiento, me invita a mantener un encuentro en su canal de Instagram con sus seguidores. Se trata de reivindicar el papel de las librerías, no solo en el comercio y la difusión de los libros, sino también en la construcción de la libertad de los lectores, en la estela de una frase del Premio Cervantes 2019, Joan Margarit: «La libertad es una librería».

No tengo Instagram, nunca lo he querido tener, creo que por buenas razones, y menos proclive aún soy a retransmitirme desde mi casa al mundo. Pero esta es una circunstancia tan excepcional que todos estamos haciendo cosas que jamás habríamos hecho, y hay una buena razón para que así sea. De modo que a las siete en punto, hora a la que está convocado, le doy al botón de la pantalla de mi móvil para dar comienzo al primer —y acaso último— directo de Instagram de mi vida. Con un resultado calamitoso: aunque tengo buena cobertura 4
G
, la aplicación se queda enganchada en un proceso de reinicio en bucle por un supuesto problema de conexión. Desarmo a toda prisa el tenderete y bajo al salón, del que desalojo con excusas atropelladas a Noemí y a Núria. Allí, a apenas dos metros del rúter, intento conectarme por la fibra óptica de alta velocidad que tengo en casa. Mismo problema que antes.

Llamo a Laura, del Cervantes, para darle cuenta del problema técnico, que parece insoluble. Estoy solo ante el peligro y la audiencia defraudada. Ella consulta con alguien, también está sola en su casa, como casi todos ahora. Parece que va a haber que abortar. Entonces caigo en la cuenta de que el iPhone es un miniordenador y que hace muchos días que no lo apago. Puede ser un problema de que su memoria esté demasiado cargada para gestionar la conexión. Lo apago y reinicio y, alehop: lo que no

funcionaba arranca sin problemas a las siete y veinte. Mientras pido excusas por el retraso y explico el problema, doy gracias al privilegio que supuso para un chaval de barrio de 1981 que le pusieran en las manos en el instituto un Apple II. Desde entonces, he aprendido, aun sin especializarme como informático, a no perder la calma y no dejar de buscarme mis propias soluciones a los problemas con los ordenadores y sus periféricos, que en una proporción enorme de los casos, debido al atraso deplorable de esta tecnología —nadie aceptaría que un molinillo de café o una aspiradora hubiera que estar enchufándolos y desenchufándolos para que funcionaran—, pasan por el recurso al apagado y encendido.

Deshecho el conectivo entuerto, repaso para quienes amablemente me soportan desde los rincones más remotos del globo —desde Montreal a Nueva Delhi, desde Estocolmo a Kuwait, pasando por América Latina y unos cuantos lugares de España— mi experiencia como visitante y viajero por las librerías, que es lo que me pidieron desde el Instituto Cervantes. No es una experiencia baladí: entre otras cosas, fue en una librería, Laie, en la calle Pau Claris de Barcelona, donde nos conocimos Noemí y yo. También a petición de los organizadores expongo alguno de los libros de mi biblioteca con alusión al lugar, la librería, donde los encontré.

Entre ellos, uno del propio Joan Margarit, el que me autografió en la librería Jaimes de Barcelona cuando me acompañó allí en 2016, en la presentación de la reedición en el 20 aniversario de *La sustancia interior*. Y un par de joyas, de las pocas que tengo, porque no soy bibliófilo en ese sentido que implica la búsqueda compulsiva de primeras ediciones y similares. Una edición de 1932 de *La marcha Radetzky* de Joseph Roth —no es la primera, sino la tercera, pero es el año de publicación de la obra, y el libro, de la berlinesa Gustav Kiepenhauer Verlag, está impecable— y otra no fechada de *El infierno tan temido* de Juan Carlos Onetti, la primera en libro, de la montevideana Ediciones Asir. El primero me costó un euro en una enorme y muy desordenada librería de viejo de Varsovia. El segundo, quinientos pesos en el mercadillo Tristán Narvaja de Montevideo. Son dos ejemplos de cómo un libro y el lugar donde lo encuentras componen un trozo de memoria, de vida y libertad.

A recobrar esa libertad, no solo de movernos por el mundo, sino de ir a las librerías para hallar en los libros formas de hacerlo incluso cuando no nos dejen, invito a los lectores que me escuchan antes de terminar el directo. Luego hablo con Laura, para ver si todo ha ido bien. Me dice que ya me puedo hacer *instagrammer*. Le digo que dudo que esa sea una buena idea, para mí y para el resto de la humanidad. Cuando le cuento luego por teléfono a mi hijo Pablo que acabo de hacer un directo de Instagram se parte de risa. Le digo que lo vea. Que se podrá reír aún más.

Por la noche, comparto con Núria el cuento que nos toca hoy de *Corazón*, de Edmondo De Amicis, que le estoy leyendo en el ejemplar que me regalaron a mí hace casi medio siglo. Es «El pequeño escritor florentino». Noto mientras se lo leo que le gusta, más que el anterior, «El pequeño vigía lombardo», que la verdad es que es un poco demasiado triste. Este acaba bien: el chico que se queda por la noche haciendo a escondidas el trabajo de escribiente de su padre, para ayudarle y ayudar a la manutención familiar, y que ve así bajar su rendimiento en la escuela, ante el enfado y el reproche de ese mismo padre al que está ayudando, acaba siendo descubierto por su progenitor, que le abraza conmovido. Tiene su punto sensiblero, sobre todo en la traducción española, algo acartonada, pero a ella, que no repara en estas pejigueras de adulto maniático, le encanta.

Y me gusta que así sea.

Es mejor, siempre, encajar con generosidad la ira injusta que ser quien se muestra injustamente iracundo con el prójimo, o quien encuentra en la ira de otro, justa o no, la escalera más a propósito para llegar al lugar que ambiciona.

17 de abril
Es la guerra

Los Gobiernos autonómicos de Madrid y Cataluña, uno en manos del primer partido de la oposición a escala nacional, el otro en manos de los independentistas, han disparado dos obuses simultáneos contra el Gobierno de la nación. El explosivo elegido para cebar estos proyectiles artilleros ha sido un recálculo de la cifra de muertos por la pandemia, por la vía de añadir a los de los hospitales los caídos en residencias de ancianos y domicilios. El resultado se traduce en que se doblan las cifras: en números redondos, Cataluña pasa de tres mil y pico a siete mil y Madrid de siete mil a cerca de trece mil. Entre los dos, sumarían ya los fatídicos 20 000.

A los que habría que añadir, convenientemente corregidas y aumentadas por el mismo procedimiento, las cifras del resto de España. Alguien en la Moncloa debe de haber hecho el número y haber sufrido al instante una lipotimia.

No deja de ser curioso que quienes gestionan el sistema sanitario en ambas comunidades se esmeren en aumentar la cifra mortuoria: parecería que son los últimos interesados en que las bajas por una enfermedad suban. Pero tanto uno como otro tienen un plan, para el que el ejercicio resulta útil: el independentista Torra ya está en vender a su cofradía y al mundo la moto de que Cataluña se ha visto golpeada por la epidemia de forma tan trágica por hallarse sometida a un estado disfuncional como es España; la maniobra de distracción le ha funcionado en el pasado, para tapar vergüenzas varias del partido que le sostiene y de su propio movimiento. Por qué no ahora. Y el Gobierno madrileño suministra así a la dirección nacional de su partido munición rompedora contra la coalición

gobernante, mientras desplaza el centro de gravedad de la mortandad de las posibles carencias del sistema de salud madrileño a la negligencia y lentitud del Gobierno en decretar medidas, lo que favoreció la réplica exponencial del virus.

Es la guerra, está claro. Y más vale que en el Gobierno se enteren, porque no va a aflojar. Y si su única defensa consiste en tratar de aumentar la opacidad y negar algunas evidencias clamorosas, no digamos ya tratar de aprovechar alguno el brete para favorecer su propia agenda partidista, demostrarán no conocer al enemigo. Lo que, según la vieja sabiduría expuesta por el general chino
Sun-Tzu
—o Sunzi— hace dos mil quinientos años, los aboca de manera inexorable a la derrota.

Hablando de generales chinos, también parece haberse desatado la guerra a escala planetaria. Las cifras de muertos en China ya no se las cree nadie, y empieza a haber indicios sólidos de que antes de que acabara 2019 el virus ya corría a mansalva por China y se empezaba a exportar a los muchos países que tienen vuelos diarios con ese país. Parece muy improbable la hipótesis de un virus fabricado en el laboratorio de virología que hay curiosamente en Wuhan —los que saben de eso, que son los virólogos, dicen que algo así dejaría huellas que el COVID-19 no presenta—. Es algo más probable, pero no está probado, que algún experimento con coronavirus existentes —de los muchos que se hacen en ese laboratorio, al parecer— saliera mal y algún operario se infectara y lo pasara a sus vecinos. Lo que cada vez plantea menos dudas es que primero la provincia de Hubei y luego China dejaron de ser todo lo transparentes que habría sido deseable sobre la proporción y la mortalidad de la epidemia, y eso no habría mejorado la respuesta del resto de los países ante la enfermedad.

Estados Unidos, Francia y Reino Unido, los tres en plena fase de encajar lo peor del golpe —y de tener por tanto que justificar sus letales dimensiones ante sus respectivas opiniones públicas—, han empezado a levantar el índice acusador. Trump, en su estilo habitual, quita fondos a la
OMS
y la acusa de chinocéntrica, esto es, de avalar a todo trance a Pekín.

Era lo que nos faltaba. En medio de una pandemia que tiene postrada y confinada a la humanidad, una nueva fase del sordo conflicto entre la superpotencia vigente y la superpotencia emergente. Tras la guerra comercial, la sanitaria, con todas las derivas que se atisban en el horizonte. Más de una vez este conflicto me ha hecho pensar, la analogía está servida, en aquella guerra del Peloponeso que nos contó alguien que ya ha salido alguna vez en este diario, el griego Tucídides. Aquel fue un conflicto entre Atenas y Esparta por la hegemonía de Grecia. Este va sobre la hegemonía mundial, y es de entrada —y por fortuna— bastante menos cruento, pero las similitudes son tantas que a veces resultan escalofriantes.

Estados Unidos sería Atenas. Una potencia democrática, pero a la vez imperialista, provista de una formidable flota repartida por todos los mares —Atenas, los que rodean Grecia; Estados Unidos, los del mundo— y que no duda en intervenir militarmente en otras polis ni tampoco en apoyar regímenes antidemocráticos, si conviene a sus intereses. Esparta sería China. Una potencia cuyo régimen político es una oligarquía autoritaria, pero que se dedica a sus asuntos, nunca invade a nadie y no tiene afán de ampliar su control del territorio. A quienes se asocian libremente con ella, la liga del Peloponeso y sus aliados, los apoya y respeta, incluso si son regímenes democráticos como el que Esparta ni tiene ni quiere.

Hace veinticinco siglos Esparta acabó atacando a Atenas, pero con muchas resistencias dentro de sus propias filas y después de múltiples provocaciones y desplantes atenienses. La guerra parecía ganada para Atenas, por su control de los mares y su pujanza económica. Lo cierto es que ganó Esparta, invadió Atenas, donde estableció una oligarquía, y obligó a los atenienses a derribar los muros largos que protegían la comunicación entre Atenas y su puerto, el Pirco.

No es un vaticinio, ni soy quién ni la Historia se repite nunca de manera servil o milimétrica. Solo es un recordatorio de algo que sucedió. Y este siglo ha visto unos cuantos errores gruesos de Estados Unidos: véase el dispendio enorme para adueñarse de dos países hoy arrasados y arruinados, Afganistán e Irak. La situación en el segundo es catastrófica: fracturado y a merced de milicias chiíes proiraníes, enfrentando una pandemia casi sin recursos sanitarios —y en muchos lugares sin electricidad ni agua potable— y con su

primera fuente de ingresos, el petróleo, hundida por la caída del precio del crudo. A los precios actuales, y con la demanda desplomada, Irak no puede pagar ni la mitad de la factura de su sector público. Si los funcionarios no cobran, ¿qué puede pasar en un país donde el sector privado, sobre todo informal, ha sido aniquilado por los efectos del coronavirus? Esa es la situación del tercer productor mundial de crudo. En eso ha parado para ellos la *pax americana*. De la situación en Afganistán, es más piadoso no hablar.

Hoy leía una entrevista a un experto en geopolítica que dice que el desplazamiento del centro de gravedad del mundo en el siglo XXI de América a Asia, de Estados Unidos a China, es imparable. Y que Europa, aturdida aún por su pérdida de ese centro en el siglo XX, tendrá que espabilar si no quiere quedarse fuera de juego por completo. El detonante de la guerra del Peloponeso fueron los conflictos de Corcira y Potidea, según nos cuenta Tucídides, aunque, razona, las causas eran anteriores y más profundas. Me pregunto si algún día recordaremos esta epidemia como el detonante final de la reedición global de la guerra del Peloponeso.

La lección de la Historia debería ayudar a evitarlo. Esparta ganó, pero Grecia se desangró y poco después entró en una fase de turbulencia que llevó la guerra y la destrucción a las mismas puertas de los espartanos. Alguien debería estar buscando una forma de propiciar que cada cual asuma las responsabilidades por sus errores y aporte los esfuerzos que pueda a una solución común, evitando una reyerta destructiva. Vale para el mundo y vale para este pequeño país del sur de Europa al que cabe el dudoso honor de encabezar las cifras de mortalidad por millón de habitantes, atrayendo, por primera vez en mucho tiempo, la atención de medios como *The New Yorker*, que, cosa rara, nos dedica un amplio reportaje.

Tras pensar en estas cuestiones, me ayuda bajar a lo más cercano con la ayuda de Núria, que a esos efectos es infalible. En la asamblea de hoy repasamos las películas que ha visto, sus personajes favoritos de cada una de ellas y los que menos le gustan. Entre los favoritos, parten con ventaja imbatible todos y cada uno de los perros: desde Beethoven, en la película del mismo nombre, hasta Slinky, el perro de muelles de *Toy Story*. Entre los

repudiados, todos los que quieren hacer algún mal a los perros, encabezados por Cruella de Vil. Me llama la atención que dice no tener ningún personaje favorito ni en *Blancanieues* ni en *Los increíbles*. Y le reconozco el olfato: no diré que sean malas, pero fallan a la hora de ofrecer un héroe o heroína con el que la empatía y la sintonía sean completos.

Antes de dormir, leemos un trozo de *Corazón*. Hoy toca como cuento «El pequeño patriota paduano», que nos lo habíamos saltado. La historia de un niño pobre, que en el barco que lo lleva de Barcelona —ciudad natal de Núria, le ha gustado eso— a Génova arroja a unos hombres las monedas que estos acaban de darle tras oírles hablar mal de su patria, me recuerda lo fácil que es enfrentar a unos hombres con otros poniendo por medio una bandera que envuelva los intereses que esas telas siempre cobijan.

Si en esta no somos capaces de reaccionar como especie, como seres humanos que se necesitan unos a otros, nos acabaremos mereciendo cuanto nos pase.

18 de abril
No es esto

Nos anuncian hoy que el estado de alarma se prolongará al menos hasta el 9 de mayo, aunque para compensar el mazazo que esto supone se aclara que a partir del 27 de abril se dejará salir a los niños, que para entonces ya habrán cumplido más de cuarenta días en confinamiento. No falta quien bromea sobre el privilegio que sobre las criaturas humanas tienen las caninas, que durante este mes y pico de encierro han podido salir a gusto a husmear esquinas, regar alguna de orín y plantar en las calles más de un «pino» que el dueño se habrá hecho el loco para no recoger. Hay mensajes aún más mordaces, acerca de la importancia creciente y desproporcionada que cobran para algunas personas los cuadrúpedos peludos, mientras se incrementa su indiferencia por cualquier bípedo implume que no sean ellas mismas. No quiero meterme en esta refriega, he tenido perro y he disfrutado mucho de su compañía e inteligencia —sin olvidar nunca que era un animal—, pero es verdad que esta situación deja al descubierto algunas aristas de nuestra forma de estar y de vivir que como poco suscitan alguna incomodidad.

Lo que se apunta es que nuestros gobernantes, después de casi cinco semanas decretándonos sin parar, parecen haber tomado conciencia de que la gente, tanto la menuda como la no tan menuda, está hasta el gorro y urge darle algún alivio para que el hartazgo no se convierta en insumisión. De ahí el anticipo de la apertura de esa válvula, a nueve días vista, una distancia salvable. A partir del 27 de abril, quien tiene un niño tiene un tesoro, esto es, una posibilidad de oler la calle más allá de las diligencias perentorias que hasta ahora preveía el decreto de alarma, y entre

las que se incluía el aireamiento perruno. Tal vez empiecen a verse anuncios de gente alquilando a sus niños, o a niños preguntando por la calle a su padre o a su madre por qué hay que salir otra vez, mientras el progenitor de turno fuma, hace ejercicio o simplemente saborea el placer de callejear sin prisa por hacer un recado que le justifique frente a una patrulla policial.

Hablando de patrullas policiales: se ha difundido un vídeo en el que dos jóvenes agentes —así lo parece, por la complexión y agilidad de ambas— reducen a porrazo limpio a un individuo que estaba plantado en un paso de cebra desafiando con signos de embriaguez o desequilibrio mental la orden de confinamiento. Se difunde *a posteriori* que el sujeto llevaba un cuchillo de grandes dimensiones que habría exhibido en actitud amenazante. Lo cierto es que en las imágenes que han circulado, grabadas por un vecino del barrio, no se ve ese cuchillo en ningún momento, y que cuando las dos policías se le acercan porra en mano, una por la acera y la otra cerrándole el paso por detrás, el hombre parece deponer con claridad su actitud y someterse a la fuerza pública. Eso no le exime de recibir una somanta de palos, varios ya tendido en el suelo, cuando hay no menos de media docena de agentes ya arremolinados en torno a él para reducirlo.

No me gustan los juicios sumarios, y menos los que se basan solo en una de las pruebas que puedan estar disponibles, pero salvo que se aporten otras, lo que muestran esas imágenes, que como es de suponer se han hecho virales, aparece a los ojos de cualquier ciudadano como un abuso policial intolerable. Con esa superioridad numérica, y ante un detenido que no se encara y en seguida se va al suelo, no parece que exista ninguna necesidad de emplear las defensas con esa contundencia y esa reiteración. Salvo que mientras hacía todo eso estuviera amenazándolas verbalmente, con alguna frase del tipo «venid a cogerme que os voy a rajar», me resulta muy difícil comprenderlo: que se actúe así y que se haga además a plena luz del día, corriendo el riesgo de que la actuación quede registrada y propicie tan penoso espectáculo. Con lo que supone para la percepción de cómo se ejerce la autoridad en un Estado que puede hallarse en alarma, pero no ha dejado en ningún momento de ser social, democrático y de derecho.

No soy de los que se apresuran a ignorar la presión y tensión con

que a menudo se desarrolla el trabajo policial, en contacto directo y continuo con esa parte de la sociedad que los demás preferimos no ver. Una presión que se incrementa en estos días, porque hay ciudadanos de natural indisciplinado, otros que están hartos del encierro y otros que son indisciplinados, están hartos y son además violentos. Tampoco soy de los que compran esos discursos burdos y facilones con los que se desacredita a cualquier colectivo, ya sea el de los policías, los abogados o los corredores de seguros. Y tengo razones para ver con simpatía a quienes salen por ahí con una placa a tratar de hacer cumplir las leyes, y no solo porque los haya convertido en protagonistas de mis novelas. En una vitrina guardo, entre otras, tres insignias: una es la del Cuerpo de Seguridad al que perteneció mi abuelo Manuel; las otras dos corresponden a las órdenes del mérito de la Guardia Civil y de la Policía con las que se me ha hecho el honor de distinguirme.

En suma, que no soy sospechoso de tener alguna fobia hacia los funcionarios/as policiales, pero salvo que alguien dé explicaciones que no me constan, ante unos hechos así solo me sale decir: no es esto. No lo es y además, por difíciles que sean las circunstancias, por insolentes y hasta imbéciles que puedan ponerse algunos, un policía no debe olvidar que su función principal, hacer valer la ley, implica hacer valer también, sin mermarlos gratuitamente, los derechos y libertades de los ciudadanos. Tiene que ser, y parecer, quien vela por ellos; no quien los avasalla. Si los días de estrés y trabajo extra están afectando a la capacidad de entenderlo de algunos funcionarios o funcionarias, o si a alguno no le han formado o instruido adecuadamente para asumirlo, quienes tienen la responsabilidad de dirigir los cuerpos respectivos deberían ponerse las pilas.

A lo mejor, entre otras cosas, hay que preocuparse por las condiciones en que están haciendo su trabajo. No será nunca una excusa para atropellar a nadie, pero es un factor que quien tiene la responsabilidad de dirigirlos tiene también el deber de supervisar y mantener bajo control. Sería una triste gracia que esta situación y los errores de unos cuantos echen por tierra la conciencia social, necesaria y valiosa para quien ejerce la autoridad, de que los policías están al servicio de la ciudadanía y no son un hatajo de perros de presa que se divierten sacudiéndola, como más de uno

está deseando hacer ver y no perderá ocasión de decir.

Sería una triste gracia que esta escena, o cualesquiera otras similares que se hayan producido en estos días, sean el síntoma de algo más preocupante: el desgaste de lo construido entre todos —una sociedad con carencias y defectos, como todas, pero provista de una razonable libertad y algún control del poder arbitrario— como consecuencia de la angustia, la opresión y el trastorno que nos ha traído la epidemia, aumentados por las medidas adoptadas para combatirla.

Leo las declaraciones del norteamericano David Quammen, un divulgador científico que hace tiempo avisó de este concretísimo riesgo que nos ha caído encima: la transmisión a los humanos de virus alojados en los murciélagos y la subsiguiente pandemia. Incluso lo explicó en un libro, cuya traducción española, con el título de *Contagio*, sale en los próximos días y huele a éxito editorial incluso con las librerías cerradas. Dice dos cosas terribles, por lo ciertas que suenan: la primera, que los seres humanos somos demasiado abundantes, más que cualquier otro gran animal, y que eso antes o después la propia dinámica de la naturaleza va a regularlo; la segunda, que la ciencia sabía que esto podía ocurrir, que los políticos también lo sabían porque los científicos se lo habían dicho, no una sino varias veces, pero prefirieron especular con que la pandemia no sucedería en su mandato y dejar que fuera otro el que tuviera que gastar el dinero necesario para prevenir y mitigar sus efectos. Por eso nos ha pillado sin mascarillas, respiradores, equipos de protección ni capacidad suficiente para hacer las pruebas que habrían reducido mucho, con toda seguridad, la mortandad que hemos padecido.

La verdad, tras leer sus palabras no me gustaría estar en el pellejo de ningún gobernante. En realidad no me gustaría estar nunca. Me fascina la facilidad con la que quienes mandan o aspiran a mandar olvidan que, aparte de permitirles pasar revista, la posición que ocupan implica hacerse cargo de cuanto pueda salir mal, que siempre será bastante; a veces, demasiado. Por eso Jenofonte no quiso ser el jefe, y cuando al final del viaje lograron liarlo y se encontró con que sus hombres combatían para alguien que no les pagaba lo acordado, lamentó haber accedido.

Termino la jornada leyéndole a Núria el cuento de hoy. O uno

de ellos, cada noche nos reclama leer más. Parece que este confinamiento que tanto nos va a hacer perder va a permitir al menos que ganemos una lectora empedernida. Hoy ha descubierto con Noemí *La historia interminable*, a través de la película, y al saber que había un libro le ha pedido leerlo. Guardo en mi biblioteca el ejemplar en el que lo leí yo, cuando apareció, hace treinta y muchos años. Dudo si entrará a su edad en un texto así, pero vaya si entra. Le encanta descubrir las diferencias entre la película y el libro, como un secreto solo accesible a su nueva secta, la de los lectores, y del que no participan los meros espectadores. Por ejemplo, que Bastian es gordito.

De *Corazón* nos toca hoy «El tamborcillo sardo». Recuerdo mientras se lo leo cuánto me impresionó a mí esa historia en su día. A ella también le produce una intensa impresión. El valor del tamborcillo, corriendo bajo el fuego enemigo. La naturalidad con la que asume haber perdido la pierna, por no haber dejado de correr tras recibir un balazo, para llevar el mensaje de su capitán y salvar a su compañía. La emoción del capitán al descubrirse ante el chaval en el hospital de campaña, y cómo le explica por qué lo hace, antes de besarle a la altura del corazón: «Yo solo soy un simple capitán, tú eres un héroe». Me vienen a la memoria los perfiles de médicos muertos por el coronavirus que llevo leídos en la prensa a lo largo de estos días: son unos cuantos ya. Y pienso que esta situación que vivimos reproduce una y otra vez ese esquema: héroes dirigidos por simples capitanes.

19 de abril
Acompañar al doliente

Sucede a menudo en la vida. Crees que estás haciendo un esfuerzo por o para otro, y mientras estás en ello descubres que el más beneficiado y enriquecido por el esfuerzo en cuestión eres tú mismo. Pasa mucho en la crianza de los hijos: tienes con frecuencia la sensación de que supone un sacrificio que a lo peor nunca te van a agradecer, ni ellos ni nadie; y de pronto descubres que no hace falta, que el que agradece haberlo hecho eres tú mismo, por todo lo que te ha enseñado, sobre ti, sobre tu hijo o tu hija, sobre la vida que de ti fluye a ellos y en ellos continúa.

Me ha vuelto a pasar hoy, mientras le leía a mi hija Núria el cuento que nos tocaba de los incluidos en *Corazón*, de Edmondo De Amicis. Me ha pasado mucho en este mes y pico en el que convivo con ella todos los días, de la mañana a la noche: algo que por exigencias de mi trabajo y de la vida nómada y algo destartalada que me he impuesto en las últimas dos décadas no ha sido ni mucho menos la tónica, ni con ella ni con el resto de mis hijos. He hecho con ellos todo lo que he podido y siempre que he podido, desde viajes a juegos, lecturas y escrituras; pero no recuerdo haber tenido antes treinta y cinco días seguidos de convivencia con ninguno. Y me doy cuenta de la bendición inmensa que es, para quien la tiene y puede ejercerla, estar de ese modo al pie de esa responsabilidad, incluso cuando te exige levantarte a las cinco de la mañana porque tu hija se despierta y le asusta la oscuridad y ahí se acaba ya tu propio sueño.

Es lo que ha pasado esta mañana, y por eso por la noche estaba un poco cansado cuando me he puesto a leerle el cuento, después de que apurara junto a Noemí su capítulo entero de *La historia*

interminable —no le perdona ni una página: hoy se ha enfadado mucho con Wolfgang Petersen por no sacar en la película los unicornios que sí están en el libro; con lo que a ella le gustan los unicornios—. Reconozco, sí, que me ha dado un poco de pereza al ver que el cuento de hoy, «El enfermero del Taita», tenía diez páginas bien grandes y llenas de letras. Pero en cuanto he entrado, y ella conmigo, en la historia que narra, la pereza se ha esfumado y se ha convertido en gratitud. Gratitud por tenerla, a Núria, por lo que le gusta que le lean cuentos, y por tener ese cuento para leerle esta noche.

La experiencia me ha hecho ver la potencia inmensa de ese humilde artefacto que aparenta ser un libro. El que le leo, creo que ya lo comenté aquí, me lo regalaron a mí hace cuarenta y tantos años, tal vez con motivo de mi primera comunión —este detalle no lo tengo seguro, pero por ahí andaría—. Ha estado parte de ese tiempo en casa de mis padres, luego pasó a mi primera casa en Getafe, a continuación al piso también getafense al que me mudé en 2006 y finalmente a la casa de Illescas. Ha estado cinco años durmiendo en la habitación de mis hijas mayores, que por edad y gustos no se han interesado ya mucho por él. La semana pasada, cuando Núria acabó con su madre la Biblia para niños, me acordé de él y lo subí. Recordaba que de pequeño me había impresionado mucho, y también alguna de sus historias. Es un volumen grande, de Ediciones Paulinas. Para muchos, supongo, una obra anticuada y sentimental. Tal vez, pero sigue siendo excelente, y despertar sus páginas calladas durante años no solo ha sido una conmoción para la niña de siete años que hoy las escucha; también para el hombre de cincuenta y tres que se las lee.

El otro día mi amiga María me escribió para comentar la primera mención del libro en este diario. Me decía algo muy hermoso. Que su padre les contaba a menudo a ella y a sus hermanos los cuentos de *Corazón*; se los contaba, de memoria, no se los leía. Que el de «El pequeño vigía paduano», por triste que fuera, había sido siempre uno de sus favoritos. Que cree que eso hizo, de ella y de sus hermanos, personas más empáticas que la media. Que agradecía mucho ese regalo de su padre, que ya no está vivo, y que leer la referencia en mi diario la había emocionado.

Hay mucho de verdad en lo que dice María: mejores o peores,

desde el punto de vista estilístico o literario, las historias de *Corazón* alimentan la empatía con el prójimo, enseñan a hacerse cargo de su dolor, a respetarlo, a consolarlo o, si el consuelo no es posible, a acompañar de corazón al doliente. Y «El enfermero del Taita» no solo es un buen ejemplo, sino que quizá sea el cuento más indicado para leerle a un niño, y para que lo leamos todos los que ya no lo somos, en medio de la tragedia que nos ha golpeado y nos mantiene a unos confinados y a otros luchando a brazo partido contra un enemigo tan invisible como implacable.

Cuenta la historia de Cecilio, un niño de la región de Nápoles que va al hospital de la ciudad a buscar a su padre, ingresado allí tras regresar de Francia. Le llevan junto a la cama de un enfermo, en quien le cuesta identificar a su progenitor: tan inflamada y desfigurada tiene la cara. Delira, se ahoga, no lo reconoce. Pese a todo, el niño se queda a su lado, durante varios días y noches. Le arregla las sábanas, le da agua, le acaricia la mano, le dice que lo quiere, que es su *Taita*, que significa papá en el dialecto de la región. Al cabo de varios días así, sin que el enfermo mejore ni le diga nada, no pasa de apretarle alguna vez la mano, Cecilio oye una voz conocida a su espalda. Es su padre, que estaba en otra sala y que ya se ha recuperado. Al chico le pusieron con un enfermo que no era: ha estado cuidando como su padre a un desconocido. En vez de irse con su padre, Cecilio se queda junto al enfermo hasta el final. Lo sigue llamando *Taita*, y el pobre hombre, que finalmente muere, y que tal vez tenga una familia, pero que no está a su lado porque ni siquiera puede hablar ni dar razón de dónde vive, tiene una mano que estrechar para no irse de este mundo en absoluta soledad, gracias a ese niño que en los días y noches anteriores ha aprendido el valor de consolar a otro.

Al cerrar el libro, no puedo evitar pensar en todas las personas que han muerto en estos días sin la mano ni la presencia de los suyos. En todos los jóvenes enfermeros y enfermeras, médicos y médicas, o no tan jóvenes, que les han dado esa mano última, esa compañía para el doliente, y así han encontrado para sí mismos, quizá, una recompensa y una enseñanza mayor que aplicando las pocas e inútiles armas terapéuticas de las que disponían para tratar de curar a esos enfermos. Porque creemos que nuestro valor viene dado por los problemas que resolvemos, y tal vez esté más en cómo

asistimos y servimos en los que no tienen solución.

Dondequiera que estés, Edmondo De Amicis, te agradezco en mi nombre y en el de mi hija la lección de empatía, como mi amiga María a través de su sabio padre.

Y a propósito de acompañar al doliente, la noticia del día, a falta de cambios espectaculares en la evolución o la cura de la enfermedad —la cifra de muertos diarios sigue bajando lentamente, cuatrocientos y pico hoy—, la protagoniza un general de la Guardia Civil que en la rueda de prensa diaria dice, textualmente, que los especialistas del Cuerpo trabajan «para minimizar ese clima contrario a la gestión de crisis por parte del Gobierno». Interpretado el aserto en su literalidad, vendría a ser ni más ni menos que la conversión de la Guardia Civil en una policía política; justamente eso que el duque de Ahumada, organizador y en cierto modo fundador moral del cuerpo en 1844, quiso evitar a todo trance, escaldado por el pésimo precedente del cuerpo policial fundado por Fernando VII un par de décadas antes y disuelto por los liberales a la muerte de ese monarca, por la odiosidad que se había granjeado con su labor en persecución de cualquier forma de disidencia.

La tormenta no se ha hecho esperar. Se han aplicado a alimentarla todos los que quieren hacer caer al Gobierno, que no son pocos y no se sitúan solo en la derecha ideológica; también se han sumado al linchamiento quienes no ven con desagrado una oportunidad para desacreditar a una institución que ha logrado resistir, con su nombre y carácter, los últimos 176 años de la historia de España. Es decir: un número de revoluciones, guerras civiles y desastres de todo tipo sin parangón en Europa y que debería servir para inscribirla en el Libro Guinness de los récords. También en esta tentativa convergen personas de toda orientación ideológica, porque es sabido que el éxito en España es lo único que pone de acuerdo a quienes sustentan visiones contrapuestas: en contra de quien lo alcanza y lo mantiene.

No tengo información para confirmar o desmentir que la Guardia Civil esté trabajando en esa línea que dijo el general. Si lo estuviera haciendo, sería un error mayúsculo, por parte del político que se lo requiriese y de quienes en la institución no se plantaran ante una orden ilegal e indigna. No es fácil, en todo caso, que la realidad se ajuste a las alarmantes manifestaciones del general: ni el

cuerpo tiene los medios para hacer esa labor de contrainformación, ni en el pasado han sido sus profesionales sensibles a los cantos de sirena de los gobernantes para «minimizar» las torpezas de los políticos o favorecer su agenda. Estamos hablando del cuerpo que no dejó de marcar policialmente a ETA cuando Gobiernos de derecha y de izquierda pactaban treguas y negociaban con la dirección de la organización armada; del mismo que procedía impasible contra los ERE de Andalucía —corrupción del
P
SOE—, la red de la Púnica —corrupción del
P
SOE y sobre todo del
PP
, con los populares en el Gobierno— o el caso Palma Arena —corrupción del yerno y luego cuñado del rey—. Con carácter general, los guardias civiles han entendido que su lugar está antes con la ley y los jueces que con las consignas políticas del ministro de turno, y así lo han saboreado amargamente unos cuantos.

¿Ha cambiado esto el coronavirus? Me permito dudarlo, pero no lo sé. Si alguien ha cedido a una instrucción así, desmerece del cuerpo y su tradición. No hay más.

Me inclino más a pensar, pero solo es una conjetura, en un acto de comunicación desafortunada por parte de un mando que no parece especialmente avezado en esas labores. Como me dice por la noche un buen amigo guardia: mejor sería que esas labores las hiciera alguno de los guardias civiles, de graduación mucho menor, que sí están preparados y tienen experiencia en lides comunicativas. Diría que el general no quiso decir lo que dijo, que no puede ser y además es imposible, aunque nos haya puesto difícil descartar que aquí haya algo indebido.

En todo caso, también se ha visto hoy en la rueda de prensa de los ministros, el cansancio empieza a hacer mella en unas personas que trabajan y dan la cara, aunque sea por videoconferencia, todos los días sin descanso ni interrupción. Los cuatro ministros han estado espesos, inconvincentes, repetitivos; pero antes de despellejarlos, en especial los que en estos días, por no hallarnos en primera línea, disponemos de un espacio privilegiado para la reflexión, el análisis y el reencuentro con lo nuestro y los nuestros,

quizá deberíamos ser compasivos. O lo que es lo mismo, empáticos, y apiadarnos un poco de ellos como los dolientes que son, aunque no estemos de acuerdo o los critiquemos, y hacerlo incluso con aquellos de cuya visión diferimos de forma radical —y pienso en alguno al que yo mismo he aludido—, aunque nos sigamos oponiendo legítimamente a ella.

Pienso en ese general, y la que le espera la semana que entra. Ojalá tenga cerca una mano como la de Cecilio, el pequeño enfermero de Nápoles, para aliviarle la soledad.

20 de abril
Incluyendo a quien quiero (cuando quiero)

Hoy he bloqueado por primera vez a alguien en Twitter desde hace mucho tiempo. Hace cerca de dos años que decidí «zombificar» mi cuenta en esa red social, o lo que es lo mismo, dejar de tuitear, para convertir mi perfil en un mero tablón de anuncios en el que cuelgo enlaces a publicaciones, extractos de alguna de ellas o retuiteo mensajes o enlaces de interés, así como las menciones cordiales que recibo, como forma de agradecimiento. Nada más. El procedimiento aplicado ha logrado su objetivo: ahorrarme el mucho tiempo que antes me hacía perder la red del pajarito azul y los venablos de toda índole que me dirigían personas que no estaban de acuerdo con mis pronunciamientos, mi forma de ver la literatura o la vida o a las que simplemente no les gustaba mi cara. Desde que saben que no contesto, porque no tuiteo, esas personas han dejado de bombardearme, lo que prueba que quien en la red falta a otro suele paradójicamente pedir su atención.

De vez en cuando alguien reacciona de forma airada a un artículo que comparto, con una salida de tono, una coz o un improperio. Cuando lo veo, si lo veo, me limito a silenciar la cuenta en cuestión, más que nada para evitar el riesgo de volver a leer algo escrito por quien no sabe discrepar sin intentar ofender. Hoy, sin embargo, he optado por el bloqueo, no solo porque no deseo volver a leer lo que esa persona tenga a bien escribir o escribirme, sino también para evitarle la oportunidad de juzgar lo que a mí se me antoje oportuno expresar en los artículos que comparto.

El detonante del comentario, zafio y prepotente como es divisa de cierto paisanaje tuitero, fue un pasaje de la entrada de este

diario de ayer, que extracté en un tuit que difundía el enlace. En particular, el que se refería al personal médico y de enfermería que en estos días acompaña a las personas que mueren solas, al hilo de la historia que cuenta Edmondo De Amicis en «El enfermero del Taita». El tema de ese cuento es la empatía con los dolientes, incluso desconocidos, y el mensaje iba en esa misma línea. Por eso me pareció oportuno aludir a los sanitarios haciendo mención diferenciada a los médicos y médicas, enfermeros y enfermeras. Porque quien toma la mano de un moribundo no es un genérico, sino un niño en el cuento de Amicis y un hombre o una mujer en la pavorosa realidad de nuestro presente, y me interesaba marcar que en el colectivo de enfermería, que suele feminizarse, hay muchos hombres, entre ellos algún amigo mío, y entre los médicos, una presencia femenina cada vez más abrumadora. Quería representar ante el lector la gama completa y precisa de imágenes de esa *Pietà* contemporánea.

En qué hora cometí tamaña infracción. El zafio encontró la ocasión para ridiculizar el tic del lenguaje inclusivo y de paso denigrar a quien caía en él. Otros, con menos zafiedad, también se permitieron expresar su decepción por mi desliz.

Lo que al margen del bloqueo del zafio —que tiene que ver con la zafiedad y no con el asunto del desdoblamiento— me da una oportunidad para poner por escrito, aquí porque es tan buen o mal sitio como cualquier otro, un par de ideas que me acompañan desde hace tiempo sobre los términos en que ha degenerado el debate sobre el lenguaje inclusivo. Quizá convenga recordar que no es un invento reciente, asociado a una ideología concreta, como suele pensarse: ha existido siempre, y me permito subrayar el detalle, cuando en cierto contexto le interesa al hablante expresar deferencia. De ahí la fórmula «damas y caballeros», que no es de ayer precisamente, y donde la deferencia es doble: se eleva el rango social de todos los que escuchan y se toma uno cuidado de hacer llegar esta distinción tanto a las mujeres como a los hombres. Podría decirse sin más «señores», o «amigos», incluyendo a todos y con respeto y cordialidad: se va más allá justamente porque se quiere hacer sentir la deferencia a todos y cada uno.

Pues bien, ese mecanismo natural del lenguaje es el que ayer utilicé yo aquí, con personas a las que me importaba que llegara mi

solidaridad: a todas y cada una. El que utilizaré siempre que me dé la gana y cuando me dé la gana. E igual que no acepto que unos fundamentalistas me impongan utilizarlo siempre, más allá de mis personales intenciones, no estoy dispuesto a aceptar que unos fundamentalistas de signo opuesto me veden recurrir a él cuando lo considere oportuno, por razones que me toca a mí decidir y no a ellos, y aduciendo una incorrección lingüística que solo está en sus mentes y en su ideología y que es fruto de su ignorancia de los resortes más naturales del idioma: una herramienta que sirve para nombrar las cosas y expresar los sentimientos como cada individuo quiere y necesita hacerlo, en cada contexto y circunstancia, y siempre que otro individuo lo entienda.

Niego sobre mi pensamiento y mi verbo la jurisdicción a cualquier inquisidor, cualquiera que sea su signo. Y reivindico, en especial en esta hora, la primacía de la empatía con el prójimo, como cada cual tenga a bien expresarla, sobre el escrutinio del decir ajeno para desahogar la alta o baja pasión propia. Quiero creer que cuando hablamos del dolor humano importa el dolor, y no el irrisorio prurito.

Parece mentira que en medio de una catástrofe sigamos aferrados a zarandajas. Y parece mentira que la ideología nuble las mentes hasta el extremo de no distinguir lo esencial de lo accesorio; es como cuando alguien tilda de buenista o desacredita como corrección política la simple compasión por el débil avasallado. Prefiero que me acusen de buenismo, o que me pongan esa etiqueta ya vacía de sentido que solo quiere decir algo para los conmilitones del hablante, a ser un desalmado.

Es más, ya que estamos, en este punto y hora reivindico el acto de incluir, y en especial a todos aquellos que quedan excluidos. Me da la sensación de que alguna gente no se da cuenta de lo que ha pasado, ni de lo que puede pasar. Quienes están en primera línea lo cuentan con crudeza: antes se luchaba por salvar la vida a octogenarios y nonagenarios, con todos los medios; y se conseguía. En los días malos de esta epidemia, con setenta o incluso sesenta y cinco años te desahuciaban, y así se han apagado, asfixiándose, miles de personas. Excluidas por su edad, por la funesta imprevisión de un sistema —esto es, de todos sus gestores, de todos los colores, por más que ahora estén en esa carrera desesperada ridícula de

pasarle la patata al de enfrente— que no proveyó los medios necesarios para salvarlos, y obligó a los sanitarios a priorizar para salvar las vidas que tenían más probabilidades.

Y en lo que viene se atisban, como amenaza, nuevas exclusiones, todas ellas debidas a la precariedad con la que esa imprevisión nos obliga a enfrentar el virus: se podrá volver a salir a la calle, pero los mayores podrán salir menos; se podrá volver a trabajar, pero quienes no prueben ser inmunes a lo mejor trabajan —y cobran— menos. Mira por dónde, a lo mejor hay que utilizar entre otras herramientas el lenguaje para impedir que se segregue a los seres humanos entre individuos plenos y leprosos o postergados. Vigilando los eufemismos con los que se los velará e invisibilizará; buscando maneras de hacerlos presentes.

En la ración diaria de noticias estupefacientes, el petróleo en Estados Unidos ha alcanzado precio negativo: es decir, te pagan por llevarte un barril. Menudo cambio de paradigma, aunque sea temporal. Hay gente tratando de anticipar qué cambios duraderos va a traer este desastre que hemos sufrido: me piden los amigos del Instituto Cervantes de Roma que les grabe un vídeo, una «píldora», lo llaman ellos, tratando de avizorar el futuro tras la pandemia. Me muestro prudente y vaticino poco. Leí el otro día, sin embargo, un artículo bastante lúcido en el que se afrontaba este arriesgado ejercicio en diez puntos. Lo firmaba el exministro Miguel Sebastián, y rebosaba sensatez y perspicacia. Creo que algunas de sus apuestas son incontestables: la emergencia de China como nuevo líder mundial, el golpe mortal al liberalismo desenfrenado, el auge del nacionalismo, la necesidad de apostar por la ciencia y la industria, el desplazamiento paulatino de la actividad al teletrabajo o el revés para la economía sumergida. Digamos que había muchos aspectos de nuestras sociedades prendidos con alfileres: y ha venido un huracán que nos ha demostrado que los alfileres no son buena forma de sujetar la ropa.

Más estupefaciente es la gansada de hoy de la portavoz del Gobierno catalán: según ella, si Cataluña fuera independiente habría sufrido menos el impacto de la pandemia. Ya sabíamos que con la independencia el Barça ganaría siempre la Champions, todos los aviones de Nueva York a Europa aterrizarían en Barcelona y los grifos de Reus manarían leche y miel, pero esto se sale de la escala.

Alguien le ha recordado una reunión con su jefe en la que le pidieron anticipar medidas, y entre otras cosas impedir congregaciones multitudinarias, y declinó hacerlo.

Y aún hay más: al Ministerio de Sanidad —o a alguien que trabaja para él— le han pillado fabricando *bots* para darles «me gusta» a sus publicaciones en Facebook. Lo leo y me pregunto quién sigue usando esa red social tan invasiva y farragosa —un amigo periodista me dice que mucha gente, que no vea cómo manda en el tráfico hacia su publicación— y después quién ha tenido la idea de montar esa granja de *bots*, todos chicas guapas —por la foto del perfil— y con nombre extranjero. O a quién demonios le contrataron el servicio. Gol en propia puerta de los buenos.

Al final del día hablo con mis padres, setenta y siete y ochenta y un años, o lo que es lo mismo, candidatos a excluibles de casi todo. Lo llevan bien, pero están cansados y aburridos: su confinamiento se suma al que ya llevan desde hace un año por culpa de una lesión en la columna de mi madre. Justo cuando ya empezaba a salir, vino el coronavirus. Busco algo esperanzador que contarle, y recurro a las bajas cifras de Australia. Un país con mucha relación con China: lo pude apreciar cuando estuve allí, en varias de sus universidades, y me contaron que tenían miles de chinos que además les ayudan a financiar su sistema público de enseñanza superior. Eso quiere decir que les ha pasado como a nosotros y a los italianos: han recibido, seguro, a muchas personas infectadas, desde finales del año pasado y antes de poder tomar medidas. Y tienen seis mil casos confirmados y setenta muertos, en un país de veinticinco millones de habitantes. ¿Qué los diferencia de nosotros y de Italia? Allí es verano.

Eso me hace concebir esperanzas de que la llegada del calor, y sobre todo de los rayos de sol verticales, sirvan para hacerle mucho daño al bicho. En el sistema confío lo justo; en la capacidad del sol de la meseta para calcinar cualquier cosa animada o inanimada en julio tengo bastante más confianza. Se lo digo a mi madre y parece que la anima. A ver si no me equivoco. No solo quiero volver a verla y abrazarla: también quiero que dejen de excluirla de la vida, con motivo o sin él.

21 de abril

Italian driving

La escena es el momento más memorable de la película *The Gumball Rally*, título traducido entre nosotros como *Locos al volante*, una comedia dirigida por Charles Ball en 1976. Uno de los participantes en una carrera ilegal, Franco, un piloto italiano interpretado por Raúl Juliá, se pone al volante de un descapotable rojo y le explica a su copiloto norteamericano la que según él es *the first rule of Italian driving* —o lo que es lo mismo, la primera regla de la conducción italiana—: *behind me not important*
What's
it's
. «Lo que está detrás de mí no es importante». Y para hacerlo patente, le arranca al descapotable el retrovisor adosado al parabrisas y lo arroja con desdén a su espalda por encima de su hombro. Entonces arranca.

La imagen siempre me ha parecido una buena metáfora de una actitud que comparto, cada vez más a medida que cumplo años: lo que ha quedado atrás no debe atenderse ni invocarse en demasía, salvo para aquello en lo que pueda ser constructivo de cara al presente y al futuro hacerlo. Me sublevo, por tanto, contra quienes se empeñan en regodearse en pasadas amarguras y descalabros del ayer, y más aún contra quienes lo hacen con el ánimo de arrastrarte al pozo de tristeza, resentimiento o desesperanza en el que parece complacerles vivir.

Quizá paradójicamente, recupero esta película y esta idea un 21 de abril, después de acordarme, porque así me lo avisa a primera hora de la mañana un estimado lector y corresponsal, Joaquín, de que hoy es el 71.º aniversario del fusilamiento en el Camp de la

Bota de Barcelona del general de la Guardia Civil José Aranguren Roldán, cuya vida —y muerte— reconstruí en un libro que se titula *Recordarán tu nombre*. Cuando salió el libro algunos me acusaron de querer remover antiguas heridas, en concreto las de la guerra civil, en cuyo inicio tuvo Aranguren un papel destacado —contribuyendo de manera decisiva a hacer fracasar el golpe en Barcelona— y a cuyo término fue sometido a consejo de guerra sumarísimo y ejecutado por los vencedores. Con el beneplácito directo y expeditivo de Franco, que lo conocía personalmente y no poco, lo que le dio al hecho un cariz especial.

Ante aquellas críticas dije lo que reitero ahora: no pretendía abrir ninguna causa contra un muerto —he estudiado derecho penal y ya sé que la muerte del imputado extingue la responsabilidad criminal—; al revés, pretendía reivindicar la dignidad y el honor, el valor moral de un hombre que oficialmente, en la España de 2020, sigue siendo un delincuente amnistiado, cuando no infringió ley alguna, se atuvo a su deber y fue condenado en un proceso infame y sin garantías. Poner de relieve las taras de ese proceso y de la justicia de los vencedores era necesario —y a tal efecto me estudié los autos correspondientes— para limpiar la memoria de un hombre que, lejos de ser un criminal, fue un ejemplo de integridad y de humanidad en tiempos de oscuridad y barbarie; era esto, su condición ejemplar y como tal alentadora, lo que por encima de todo me interesaba que no cayera en el olvido.

Quizá cuando recordemos estos días que vivimos, y se depuren en su caso en los tribunales las responsabilidades a las que haya lugar, importe sobre todo guardar para el futuro el ejemplo de quienes fueron dignos, generosos y humanos; en lugar de empozarnos, como solemos, en el reproche y el rencor. No se trata de blanquear o minimizar irresponsabilidades o negligencias, y menos aún los errores dolosos; sino de no poner ese ahínco que a veces nos sale a la hora de condenar, sobre todo y con el menor pretexto, a aquellos que no forman parte de nuestra cofradía. Lo que necesitamos, ante todo, es amortiguar el golpe que hemos recibido y encontrar la manera de no volver a hacerlo todo tan mal como lo hemos hecho esta vez.

Hablando de generales de la Guardia Civil, hoy se ha explicado el que metió la pata el otro día en rueda de prensa. Ha dicho que en

ningún caso el cuerpo al que pertenece controla ni controlaría la crítica política, que solo se ocupaba de estar atento a las informaciones falsas que pudieran buscar desestabilizar. Ha trascendido, en estos tiempos todo trasciende, el correo electrónico que mandó a las comandancias, en el que se habla de estar vigilantes ante quienes promueven «la desafección a las instituciones del Gobierno». Expresión desafortunada, sin duda, porque en una democracia avanzada la desafección al Gobierno no solo es legítima, sino además necesaria, tanto como su expresión libre, para que los gobernantes no evolucionen hacia el autoritarismo y de ahí a cosas aún peores.

La frase pone de manifiesto lo importante que es, incluso cuando uno anda apurado —sobre todo cuando uno anda apurado—, haber adquirido un buen dominio del léxico. La instrucción sería irreprochable si en lugar de *desafección* dijera *resistencia* u *obstrucción*, y en lugar de *Gobierno* dijera *Estado*. Para evitar los actos contrarios al ejercicio por parte de las instituciones del Estado de sus legítimas competencias en beneficio de la salud y la seguridad de los ciudadanos sí está la Guardia Civil. Para contrarrestar la desafección al Gobierno, que se fajen sus portavoces y en su caso los de los grupos parlamentarios que lo apoyan.

Y quizá, disipado el equívoco y aclarado el resbalón léxico, convenga dejar estar aquí el asunto, que lleva a sembrar dudas injustas sobre la actuación de unos servidores públicos que están dando el callo como suelen cuando se les necesita.

En otro orden de cosas, el Gobierno se ha decidido a bajar, al fin, el IVA a los libros electrónicos. No se comprendía muy bien que se penalizara con un tipo superior el consumo del libro digital, para estimular con ello la piratería y menoscabar su comercio legal y por tanto la retribución de autores y editores. Hubo un tiempo en el que había normas europeas de armonización de la imposición indirecta que impedían rebajarlo; hace tiempo que ese escollo desapareció, pero incomprensiblemente se mantenía la penalización, quizá porque recaudar tenía más interés para los sucesivos Gobiernos que promover la circulación regular de estos productos culturales. Que haya hecho falta una pandemia para que esto se rectifique da para enfadarse y para estar, como afectado, un poco resentido. Pero aplicaremos una vez más la primera regla de la conducción italiana

y no le daremos más importancia.

Olvido piadoso es también lo mejor que podemos darle a la ocurrencia de hoy del Gobierno, de permitir la salida de menores de catorce años de sus casas para ir al banco o al supermercado; cuando se lo he dicho a Núria casi se ha puesto a llorar. Que a ella no le gusta ir al Mercadona, dice, y en cuanto al banco, al que nunca ha ido ni nos ha visto ir, simplemente no comprende qué se le ha perdido allí. Uno imagina que la idea tenía que ver con la posibilidad de controlar que la gente no usa a los niños como pretexto para salir de paseo, del modo en que mi vecina usa a su yorkshire para salir a fumar por la calle; pero llevar a los niños a lugares que no solo detestan, sino que pueden ser un foco de contagio, tiene tan poca lógica sanitaria y humanitaria que solo podían rectificar. Se teme que los paseos cortos que van a autorizarse sean el nuevo coladero para irresponsables, que las calles se verán mucho más concurridas, a todas horas, y que eso puede ayudar al rebrote. Tienen quienes nos gobiernan cuatro días para ingeniar el modo de contenerlo.

En fin, seguiremos mirando adelante, aunque lo ponen difícil. Por las muchas cosas que no se han hecho como deberían, por las incertidumbres y las zozobras respecto del futuro, algunas estremecedoras. No sabemos la gente que ya se ha infectado ni la que puede infectar(se); y tardaremos ocho semanas aún en tener ese estudio serológico urgente. Lo que se haga sin tenerlo, me dice uno de mis amigos médicos, ya sea desconfinamiento, desescalada o simples medidas de alivio del encierro, se hará a ciegas. Ay, qué desprevenidos nos ha pillado todo esto.

22 de abril
La vida en vídeo (selfi)

Soy enemigo declarado del selfi, en cualquiera de sus formas. Ver a un *Homo sapiens sapiens* mirando a su teléfono móvil y poniéndole caras me produce un inevitable escalofrío. Imaginar que yo deba ser ese *Homo sapiens sapiens* se me antoja la materialización de una distopía apocalíptica. Siempre he creído que los ojos que llevamos pegados a la cara tienen la maravillosa utilidad principal de mirar el mundo, mientras la vida nos deje, y que volverlos a uno mismo, ya sea a través de un espejo de toda la vida o de una pantalla, es una pérdida de tiempo en la que solo debe incurrirse lo justo para no ofrecer un aspecto demasiado intolerable a las personas con las que convivimos y que han de soportarnos.

Por eso siempre me he negado a fotografiarme o grabarme, salvo en alguna coyuntura muy excepcional: cuando mi mujer o mis hijos me piden que lo hagamos para tener un recuerdo personal e íntimo de un viaje o momento señalado, o una vez en Afganistán, haciendo un reportaje sin fotógrafo durante un convoy en el que los militares que me acompañaban tenían cosas más importantes y perentorias de las que ocuparse que hacerle una foto al reportero. Poco más.

Poco más, hasta ahora… Con motivo del virus y el confinamiento, me han llovido las peticiones para que me grabe vídeos con los motivos más variados, muchas de ellas vinculadas con el Día del Libro. Son peticiones de buenos amigos y mejores cómplices: mis editores, el Instituto Cervantes —tanto la sede central como el incansable gestor cultural del Cervantes de Roma, Gianfranco—, el colegio El Ope de Archena —que tiene un concurso literario para jóvenes al que le puso mi nombre— o la biblioteca pública municipal de Castillo de Bayuela —adonde he ido ya varias

veces, para constatar el milagro de una comunidad humana donde la gran mayoría de los vecinos son lectores, gesta achacable a Isabel, su bibliotecaria—. A peticiones así, y otras similares, no podía negarme. De modo que he hecho de tripas corazón, he encuadrado un rincón de mi despacho, lo he iluminado y he utilizado ese artefacto para mí hasta ahora inútil: la webcam de mi ordenador.

También tengo un recelo metódico hacia el ejercicio consistente en la exhibición de la propia intimidad, de cualquier espacio personal, entre otros la propia casa. Desde que se empezó a poner de moda, antes de la pandemia, entrevistar a gente por Skype, he visto con desasosiego las habitaciones de hotel, apartamento de circunstancias o vivienda habitual desde las que hablaban los entrevistados, con esa imagen cutre de la videoconferencia: la mala luz, el mal encuadre, los movimientos sincopados y las voces entrecortadas. En estas semanas, en las que nos hemos ido metiendo en las casas de casi todo el mundo, comprobando si tienen buen o mal gusto, si están ordenadas o desordenadas, decoradas o desnudas, si hay biblioteca de verdad o estante con libros de adorno, he tenido a menudo la sensación de que nos estaban sometiendo a un atropello adicional al del confinamiento. Como sucede con el confinamiento mismo, quizá por una buena causa; pero eso no lo hace menos indeseable ni invasivo.

En mi caso, no tengo mucho problema. Ponga donde ponga la cámara, lo más probable es que se vean libros, una imagen que no concede mayor crédito a su poseedor, en una civilización eminentemente audiovisual, pero tampoco supone por el momento una deshonra. Sin embargo, siento cierto pudor ante la posibilidad de que alguien lea las letras de los lomos: mi biblioteca no es una exposición al público, es el resultado de mi camino personal de lectura. Y me tomo buen cuidado, salvo que con las prisas se me olvide, de retirar cualquier foto personal o familiar de las que hay en mis estanterías. Que este desmantelamiento de la intimidad para convertirla en contenido audiovisual encuentre por lo menos algún límite.

El otro día grabé diez vídeos seguidos. Los acumulo porque así me pesa menos y además aprovecho un día que me haya afeitado, cosa que en el confinamiento no hago a diario, aunque tampoco me

permito —ni me permiten las mujeres de la casa— dejarme crecer la barba al estilo de un preso o náufrago. Aun siendo todos como somos náufragos y presos a la vez, no es cosa de hacer más deprimente de lo imprescindible el encierro y el naufragio. Y hoy me ha tocado mantener una larga videoconferencia para la presentación de los trabajos de la asignatura del grado de Literatura y creación literaria de la Universidad de Navarra en el que iba a participar como profesor de forma presencial y que ahora, por culpa de la alarma, queda reducido, como tantas otras cosas, a una pantalla dividida en cuadritos.

La ventaja que el sistema ofrece es que podemos intervenir todos aun estando prisioneros en los más diversos lugares del globo. En la sesión de hoy ha entrado una alumna desde Ecuador y otra desde Canadá. Las desventajas son casi todas las demás. Oyes a ráfagas, ves borrosos a los otros, en cierto momento ha perdido el wifi la alumna que estaba exponiendo, en otro nos ha desaparecido el catedrático y moderador. En fin, con buena voluntad todo se va solventando. Al final, lo esencial del contenido se mantiene, los cuatro profesores presentes hemos podido escuchar y valorar los proyectos literarios de media docena de jóvenes talentosos, todos ellos prometedores e interesantes, pero el esfuerzo que hay que hacer para seguir una sesión así con medios tan precarios viene a ser el triple, y también el cansancio cuando concluye. La próxima pandemia nos pillará más acostumbrados, y quizá tengamos también herramientas menos rudimentarias y falibles.

La perspectiva de que la vida en vídeo sea la normalidad del futuro, que no deja de parecer probable, resulta aterradora. En mi casa nadie es partidario: ni a Núria ni a Judith ni a Noemí les entusiasman sus clases por videoconferencia. Llevo días oyéndolas expresar sus reservas, que en el caso de Núria, que tiene que coordinarse con su profesora y otra media docena de niños de siete años, poco proclives a esperar su turno, la ha llevado alguna vez a desesperarse. Ahora las comprendo mucho mejor. Es lo que hay y no hay otra, pero coincido con ellas.

Una de las tareas del día es seleccionar las cartas de los lectores de*Semanal*
XL
. Una labor que vengo haciendo desde hace casi veinte años, y de la

que he aprendido mucho, porque no hay nada para quien cuenta historias como gestionar un buzón donde las personas más variopintas te cuentan las suyas. En estas semanas de encierro recibo mucha correspondencia: la gente está en casa y escribe más, hay semanas que me llegan trescientos mensajes. La mayoría habla del tema casi único, y en muchos de ellos se percibe algo que me da que pensar. Porque tengo precedentes.

Recuerdo que ya antes del 15
M
, y de los movimientos subsiguientes en el mapa electoral español, en las cartas que recibía semana a semana se advertía un descontento radical y persistente que buscaba un cauce para expresarse: solo era cuestión de ofrecérselo, como entendieron quienes entonces no eran nadie y hoy administran decenas de escaños en el Parlamento. Pues bien: en las cartas que recibo ahora empieza a percibirse un clima de resistencia y objeción frente a la gestión de un confinamiento que ya se prolonga casi seis semanas, que supone una merma drástica de la libertad individual y que viene acompañado por un relato a veces frívolo y superficial de la inmensa tragedia que nos está sucediendo.

Las cifras exactas no las conocemos, solo las oficiales, pero estimaciones prudentes nos sitúan ya en torno a los 30 000 muertos, solo en España. Casi la mitad de ellos, en residencias de ancianos. Como dice una de las cartas que selecciono, escrita por alguien que acaba de enterrar a su madre en uno de esos funerales desangelados que ahora hacemos, lo que nos ha ocurrido es una hecatombe, una masacre sin precedentes, y en los medios de comunicación, redes y demás no paramos de ver a gente que se entretiene y nos entretiene con fruslerías —y este diario podría ser un ejemplo, me pongo en primera línea del reproche—, mientras la cara real y cruda de la tragedia permanece celosamente oculta. Ni un entierro, ni una viuda, ni un huérfano. Podría pensarse que es para que no nos desmoralicemos, pero existe también la posibilidad de que todo este guirigay con el que entretenemos el encierro, este tráfico ingente de selfis animados o inanimados, graciosos o no tan graciosos, opere como una suerte de anestesia interesada, que de perpetuarse podría servir como obstáculo para forjar la conciencia que lo ocurrido nos impone, respecto de lo que hemos hecho antes para que ocurra, y lo

que habremos de hacer después, para que no vuelva a ocurrir o no de forma tan catastrófica.

Hay una excepción hoy, que merece consignarse. El breve y emotivo discurso fúnebre que ha dado la ministra de Defensa en el acto con el que se clausura la gigantesca morgue improvisada del Palacio de Hielo de Madrid. Nos recuerda que dentro de los cientos de ataúdes que han pasado por allí había personas: madres, padres, hermanos, hijos de alguien. Se refiere a ellos, el cargo le imprime carácter, como «nuestros soldados», dándole a esa expresión el sentido más hermoso: ningún ejército que se precie deja atrás a sus soldados, ninguno deja de honrarlos cuando caen. Asegura que mientras han estado allí, se les ha tratado con dignidad y honor. Que quienes los custodiaban han orado por ellos. Tampoco está ya de moda, orar, entre otras cosas porque es un acto íntimo e incompatible con el selfi.

Otra buena razón para que vayamos recobrando la costumbre.

23 de abril
La prisionera

Hoy es el Día del Libro y se cumplen cuarenta de confinamiento. Ahora sí que podemos decir que hemos hecho una cuarentena de verdad, como las medievales. El encierro alcanza así una cota significativa, como significativo es que una fiesta que suele celebrarse con presencia multitudinaria en la calle, sobre todo en algunos lugares, como Cataluña, se celebre este año con las calles vacías y todos los convocados —autores, editores, libreros, lectores, paseantes y curiosos— sin otro horizonte que las paredes de sus casas. Para tratar de abrir ventanas en esas paredes se multiplican las iniciativas virtuales. Aunque en realidad no abren ventanas, sino pantallas, que, como meditábamos ayer, uno no sabe si son aberturas al mundo o espejos que nos devuelven, cada vez más aturdida, nuestra propia imagen.

En todo caso, con eso hemos de contentarnos y nos contentamos. Por mi parte, hablo para tres emisoras de radio —en la charla con una de ellas tengo la ocasión de saludar a dos buenos amigos y colegas, Rosa Montero y Domingo Villar—. La conversación versa sobre libros y también, inevitablemente, sobre las muchas rarezas y perplejidades de estos días. Hay quien dice que lee más y quien no puede concentrarse; sin embargo, creo que con carácter general los que somos lectores apreciamos, y de qué manera, disponer de esa válvula de escape que es la lectura. A diferencia de las pantallas, no cabe ninguna duda de que abre ventanas a la mente. Por ellas se llega a menudo a avistar paisajes que la vida nos niega, y que en las condiciones actuales es más que probable que nos siga negando.

Por la tarde, organizada por La Caixa y la Fundación José Manuel Lara, doy a través de un directo de Facebook la conferencia

que hubo que cancelar el 12 de marzo en el Caixaforum de Madrid —y menos mal que la cancelamos, con lo que el virus corría por la capital esos días—. En realidad no es la conferencia que iba a dar, sino una versión reducida, para dejar paso lo antes posible a la intervención de quienes se conectan y tratar de convertir el encuentro virtual en una conversación. La verdad es que funciona bastante bien, sobre todo la parte del coloquio: los participantes plantean muchas cuestiones, y más de una tiene por sí misma la enjundia suficiente para constituir el objeto de una conferencia. Por ejemplo el tratamiento en la ficción, literaria y audiovisual, del conflicto alimentado durante medio siglo por la actividad terrorista de ETA, al hilo de *Patria* —el libro y pronto la serie— y *La línea invisible*, la exitosa serie de Movistar+ de la que ya hablé aquí.

Las preguntas al respecto tienden a plantear la que quizá para mí sea la cuestión medular, y en consecuencia el reto al que he dedicado mi trabajo, tanto desde la no ficción —con *Sangre, sudor y paz*—, como la ficción literaria —con *El mal de Corcira*, la próxima de Bevilacqua, que saldrá cuando abran las librerías— y la audiovisual —con *Rojo 30*, la serie cuya escritura acabamos de terminar para Tornasol y que ahora buscará una plataforma que quiera producirla, si es que alguna quiere—. Esa cuestión no es otra que ampliar el foco de la narración, desde la empatía y la adopción de un punto de vista más situado con los terroristas —terreno en el que suele situarse la ficción audiovisual hasta ahora, incluida *La línea invisible*— o la exploración del dolor que el terrorismo ha supuesto para la sociedad vasca —coordenadas en las que se mueve *Patria*, con notables resultados—, al conjunto del dolor que el terrorismo etarra causó, dentro y fuera del País Vasco —el municipio que más golpes mortales recibió de ETA fue con diferencia Madrid—, y el papel que los no vascos representaron en la solución del conflicto, singularmente a través de una lucha antiterrorista al principio torpe y desnortada pero que terminó siendo sofisticada y consistente y que es hoy un referente internacional.

Cuando acaba el encuentro, me dicen que han estado conectadas más de mil personas. Todos sabemos que es difícil que un escritor reúna en una conferencia presencial esa audiencia, por no decir imposible. Pese a lo mucho que me cuesta ponerme a hablar para

una webcam y lo que estoy llegando a aborrecer la bidimensionalidad, gracias al confinamiento, esa ventaja debo reconocérsela. Cuando termino, y como ya es el cuarto o quinto directo que hago —empiezo a perder la cuenta—, sin contar los vídeos grabados, Noemí le dice a Núria que su padre se está haciendo *youtuber*. Núria alza las cejas con incredulidad. Por supuesto, y como corresponde a su generación, no solo sabe lo que es un *youtuber*, sino que es consciente de la trascendencia social de la profesión, muy superior a la que tiene la que ya sabía que desempeño. Le digo a Noemí que no la engañe, que no le haga concebir expectativas sobre su padre que la realidad va a defraudar.

Hoy Núria ha tenido una de esas genialidades suyas. Nos ha dicho que no le gustan mucho las películas de princesas, que le gustan más las de animales porque no se sabe cómo van a acabar. *A sensu contrario*, el problema para ella de las películas de princesas es su carácter esencialmente predecible. Siempre van a parar en lo mismo. Cuando le pregunto al respecto, añade: «Son todas iguales, solo les cambian el color del pelo y el del vestido». Por supuesto, ya había reparado yo hace algún tiempo en el carácter repetitivo de los cuentos principescos. Lo que no había pensado nunca es que las historias de animales, en efecto, funcionan a la inversa: puede pasar cualquier cosa, incluso que mueran personajes principales.

El Gobierno está intentando aclarar lo que sucederá con las salidas de los niños menores de catorce años. No termino de tenerlo claro. Por ejemplo creo haber entendido que Núria podrá sacar la bici que le trajeron los Reyes este año, y con la que estaba empezando a soltarse cuando nos confinaron. Lo que no tengo claro es si yo podré montar en bicicleta también para acompañarla o tendré que ir corriendo a su lado, cosa que me va a obligar a emplearme a fondo, porque ya iba cogiendo una velocidad considerable. Esperemos que de aquí al domingo nos den pautas más claras al respecto. Si no, me veo corriendo con la lengua fuera.

Especialmente extraño es el limbo en el que quedan los mayores de catorce y menores de dieciocho. Se nos dice ahora que pueden ir al banco o al supermercado —ellos solos— con autorización de los padres. También que pueden sacar a sus hermanos menores —se sobrentiende que también solos con ellos— con esa misma autorización. Por cierto que no se dice cuál es el formato, o qué

solución nos dan a los que nos hemos quedado confinados con una impresora con el cartucho de tinta agotado —sí, ya sé que puedo pedir el cartucho a Amazon, pero es que hace tiempo que no imprimo nada, era algo a lo que había preferido renunciar—. ¿Se le puede hacer una autorización digital y que la lleve cargada en el teléfono? La verdad, se entenderá que a uno no le apetezca dejar salir a su hijo menor de edad sin un salvoconducto seguro en caso de requerimiento o identificación policial.

La cuestión me preocupa porque en casa tenemos a una adolescente comprendida en el tramo de edad fatídico, Judith, que no cumple los dieciocho hasta octubre. Hasta aquí, con sus altibajos, como todo el mundo, ha llevado el encierro con una admirable resignación. Ayuda con su hermana, busca cómo entretenerse y solo hace unos días nos ha pedido una videoconsola, que se ha comprado de segunda mano, para tener una distracción suplementaria. A ella lo de ir sola al Mercadona —no digamos al banco— no le atrae especialmente, tampoco a su madre o a mí nos hace demasiado felices despacharla a un posible foco de contagio, y ante las dudas que se suscitan tampoco vemos lo de dejarla salir a cargo de su hermana pequeña. Como resultado, a falta de perrito-pasaporte y después de cuarenta días encerrada, sigue sin tener una opción segura y apetecible para salir a oler y pisar la calle.

En broma le digo que es nuestra prisionera, y al hacerlo recuerdo, ya que hoy es el Día del Libro, *La Prisonnière*, la quinta novela del ciclo de la *Recherche* de Marcel Proust. Recupero el ejemplar de mi biblioteca y releo su comienzo. En él, me llama la atención una frase: «*Ce fut du reste surtout de ma chambre que je perçus la vie extérieure pendant cette période*». O lo que es lo mismo: «Por lo demás, fue sobre todo desde mi habitación como percibí la vida exterior durante aquel periodo».

Es una buena descripción no solo de la vida en estos cuarenta días de Judith y tantos adolescentes, sino de todos nosotros. Y me hace pensar en las distorsiones que en la percepción de la realidad produce tenerla solamente desde el encierro. El protagonista de la novela de Proust se guía sobre todo por los sonidos de la calle; nosotros, por lo que nos muestran las pantallas. Tengo la sensación de que su fuente era mucho más fiable que la nuestra.

La prisionera del título es Albertina, la amada del narrador, de la

que este reconoce que en el enclaustramiento acaba cansándose. También ella termina, y uno no puede dejar de comprenderla, harta de él. Al final es Albertina la que se marcha, pero poco antes el narrador se representa el momento de la liberación. Lo transcribo aquí, para alentar la esperanza de Judith y la de todos nosotros:

> *La résignation à rester dans ma chambre, à ne pas voyager, tout cela était possible dans*
> *l'ancien*
> *monde où nous étions la veille encore, dans le monde vide de*
> *l'hiver,*
> *mais non plus dans cet univers nouveau, feuillu, où je me*
> *m'étais*
> *éveillé comme un jeune Adam pour qui se pose pour la première fois le problème de*
> *l'existence,*
> *du bonheur, et sur qui ne pèse pas*
> *l'accumulation*
> *des solutions négatives antérieures.*

O, según la traducción que improviso sobre la marcha:

> La resignación a permanecer en mi habitación, a no viajar, todo eso era posible en el viejo mundo donde aún estábamos la víspera, en el mundo vacío del invierno, pero ya no en este universo nuevo, verdecido, donde acababa de despertarme como un joven Adán que se plantea por vez primera el problema de la existencia, el de la dicha, y sobre quien no pesa la acumulación de las soluciones negativas anteriores.

Esperemos que ese día no tarde mucho en llegar. Entre tanto, a la autoridad competente: a ver si provee para Judith —y la gente de su edad— alguna solución mejor para darse un respiro. Así sea que acompañe al adulto responsable que salga a dar una vuelta con su hermana.

24 de abril
Había una vez un circo

El presidente de la que todavía es la nación más poderosa de la Tierra, con permiso de la que emerge un poco más gracias al coronavirus, ha sugerido hoy en rueda de prensa que una de las soluciones posibles para la epidemia sería inyectar desinfectante en los pulmones de los enfermos o atravesarlos con luz ultravioleta. Después le ha preguntado a una especialista sentada a pocos metros, la doctora Deborah Birx, qué le parecía la idea y si había oído hablar de la posibilidad. La cara de la doctora Birx era un poema, pero tras un segundo de reflexión ha encontrado una respuesta sucinta y pertinente: «*Not as a treatment*». Es decir: «No como un tratamiento». Una manera elegante de decir que la sugerencia del presidente, al parecer extraída de un informe de sus asesores de seguridad, que vaya usted a saber qué era lo que decía, podía servir tal vez como método de ejecución o en dosis menores como herramienta de «interrogatorio reforzado»; no para curar.

A estas alturas no podemos saber si Trump saldrá reelegido —leí por ahí el otro día que es posible que tenga que enfrentarse a un potente dúo demócrata, con Michelle Obama acompañando a Biden—, ni siquiera es seguro que se puedan celebrar elecciones; pero si he de fiarme por lo que me dicen todos mis amigos que viven en Estados Unidos, no es en absoluto descartable. Que la democracia que desde el siglo XVIII sirve de modelo a tantas otras haya acabado poniendo al timón a semejante personaje es un consuelo para todas las demás. Por torpes que sean quienes nos dirigen, por disparatadas que sean sus ocurrencias, jamás podrán llegar a su nivel. Es, él solo, un circo de siete pistas.

Por cierto, y para poner la payasada presidencial en su contexto:

ya han muerto por la epidemia más de 50 000 estadounidenses. Y la cuenta sigue.

Hoy es el primer día en el que el doctor Simón puede dar algo que medio se parece de lejos a una buena noticia: hay más curados que contagiados. Por la noche leo en un par de periódicos que para llegar a ese resultado el Gobierno ha amañado las cifras. Es demasiado tarde para exigirme el esfuerzo de analizar si el ejercicio de desmontarlas parece bien hecho o si se trata de una andanada más de quienes en estos días buscan por todos los medios un argumento para empujar al Gobierno al banquillo, al paredón o al último de los círculos del infierno de Dante. Las cifras, por la información que tenemos, son en todas partes una chapuza. Quizá porque la epidemia ha pillado con el culo al aire a casi todos los Gobiernos, salvo alguna honrosa excepción, y ninguno tiene excesivo interés en que sepamos con demasiada precisión la magnitud del destrozo. Tampoco los que buscan meter en las cifras oficiales cualquier certificado de defunción de marzo o abril del que pueda echarse mano para sumarlo como muerto por el virus. Es una maniobra que algún día se estudiará en las universidades: cómo tratar de diluir la propia responsabilidad en el ejercicio de competencias sobre la gestión de la sanidad incrementando las cifras de la catástrofe hasta su máximo imaginable.

Al final, nos guste o no, nos tenemos que conformar con las cifras que nos dan, y asumir que siempre han sido igual de imprecisas y que sirven a bulto para medir la tendencia, ya que no la exactitud del quebranto. Y por las informaciones que nos llegan de todas partes —cierre de morgues, desalojo de camas de UCI, vaciamiento de hospitales—, parece que con independencia de si el dato de hoy es fidedigno o está trucado la curva de la epidemia se empieza a doblegar.

Lo que, como era de esperar, desencadena dos fenómenos típicamente hispanos: la impaciencia por hacer como si no hubiera pasado nada y la reclamación, desde cada uno de los «territorios» en los que se fragmenta el poder, de manos libres para poder organizar cada uno su desescalada —qué horrenda palabra— como más convenga a una idiosincrasia particular que solo las autoridades del lugar conocen como es debido y necesario. No cabe duda, lo dicen las encuestas, de que la ciudadanía aprecia más la gestión de las

autoridades cuanto más cercanas están y más próximo sienten en la nuca el aliento de la ciudadanía concernida. Se valora mucho mejor la respuesta de los alcaldes que la de los presidentes de comunidad autónoma, un poco mejor la de estos que la del Gobierno, y la peor valorada de todas es, con diferencia y justicia, la de la Unión Europea. Que eso lleve a concluir que la particularidad de Euskadi —o Cantabria o Murcia— determine respuestas distintas para una pandemia que ha golpeado al mundo y que entre nosotros empieza a contenerse, pero puede reavivarse en cualquier momento, cuesta un poco más admitirlo.

A no ser, claro está, que queramos poner controles a la entrada y salida de cada comunidad, y que cada cual apechugue con la prudencia o la temeridad de su Gobierno. Se entiende que eso es lo que sueñan algunos, pero cabe dudar que sea lo que deba propiciar el Gobierno de todos. Parece más sensato que siga coordinando la respuesta común, para ajustar el relajamiento en los distintos territorios a la evolución asimétrica de la epidemia en cada uno de ellos, si se quiere, pero sin dejar de tener en cuenta qué es lo que se hace o se deja de hacer en el resto.

Hablando de la Unión Europea, esta mañana oía en la radio a la ministra de Asuntos Exteriores defender con entusiasmo el medio-principio-de-acuerdo-para-al-gún-día-negociar-si-acaso-algo alcanzado ayer por el Consejo Europeo. Tan bueno es que la Bolsa española —el dinero es escéptico y no se deja arrastrar por los entusiasmos ministeriales— se ha pegado un nuevo batacazo. Es de suponer que la ciudadanía tampoco ha mejorado notablemente su percepción de la UE.

Dentro de nuestras fronteras, el foro parlamentario para alcanzar un pacto de reconstrucción nacional no está progresando lo que se dice adecuadamente. En la formación de la comisión correspondiente vuelven a aflorar los dos bloques: lo que unos exigen los otros lo sabotean, lo que esos otros piden lo niegan los primeros. A veces me pregunto si se dan cuenta de la sensación que con ello transmiten a los ciudadanos. A la gente que, con la excepción de los trabajadores esenciales y los no esenciales que no han dejado de salir de casa cada día —una minoría—, oscila entre el hartazgo por el encierro y la desesperación por la pérdida del empleo y el futuro. Verlos perseverar en sus pueriles actitudes pre-

COVID-19 invita al desánimo o en el mejor de los casos a la resignación. Todas las pestes acaban pasando, se haga lo que se haga, porque el patógeno y los humanos encuentran su punto de equilibrio. Así ha sucedido desde la Antigüedad, y así está escrito. La pena es que en el siglo XXI, con toda la ciencia y la información que manejamos y mejores herramientas para la toma de decisiones, sigamos funcionando a la medieval.

También en mi círculo veo a todos cansados y resignados a una crisis larga y que, ya se ve, no se va a gestionar del mejor modo posible. A mis padres, que no vislumbran cuándo se les concederá la libertad, así sea condicional, les digo que por lo menos aquí nadie ha propuesto implantar un estado de vigilancia sobre los mayores de setenta años, como han intentado —sin éxito— en Buenos Aires. La que mejor lo lleva, con el ánimo indestructible de sus siete años, es Núria, que ha descubierto por encargo escolar la escritura creativa y le ha compuesto un cuento a su peluche favorito. Asombra su convicción en este y otros empeños: a veces siento que va a ser la única preparada para lidiar con el mundo post-COVID-19, y que los demás, incluidos sus hermanos adolescentes, sobreviviremos como podamos, o como dinosaurios procedentes de otra era en un nuevo escenario que nos costará comprender.

Mi hijo Pablo me cuenta que ha empezado a hacer yoga, siguiendo las clases de una *youtuber* taiwanesa que habla español, esto es, el segundo idioma del mundo por hablantes nativos: no está mal vista la jugada por su parte. Las nuevas oportunidades en el mundo del confinamiento global. También la taiwanesa se acopla con rapidez a la nueva era. Ya veremos qué hacemos los demás, con lo que quede y nos dejen.

25 de abril Prohibido pasear

No tengo perro. Eso quiere decir que durante 42 días, ahora me doy cuenta, he tenido prohibido pasear. Solo los propietarios de canes se han visto exceptuados de esa limitación de los derechos fundamentales, mortal para la figura del *flâneur* que tanto y tan brillantemente glosara Walter Benjamin. Quien tiene un perro, por ejemplo, ha podido enviar a
TVE
, para que las pongan en la información meteorológica, fotografías tomadas en espacios abiertos, mientras el chucho meaba en un árbol u olisqueaba unos hierbajos. Los demás solo han podido mandar las que tomaban desde la ventana o el balcón. Tampoco yo, aunque nunca me he planteado enviarlas a
TVE
, he podido hacer otro tipo de fotografías.

A partir de mañana, se me devuelve el derecho a pasear. Gracias a la presencia en mi domicilio de una niña de siete años, puedo ascender seis semanas después a la categoría superior, con arreglo a las reglas del estado asocial y asustado de confinamiento, de los poseedores de perros. Me he leído con cuidado la orden ministerial que regula mi nueva y codiciable prerrogativa. Me asiste porque soy uno de sus adultos responsables y, aunque está supeditado al acompañamiento vigilante del juego y la expansión infantil —lo que me lleva a dudar de que se me autorice ir en bicicleta junto a ella, iré a pie por si acaso—, me va a permitir después de mes y medio caminar por la calle sin poner cara y actitud de estar haciendo un recado perentorio. También me permitiré hacer alguna fotografía. Me doy cuenta de que en los desplazamientos que he hecho hasta

ahora —al Mercadona y a llevar la basura— ni me he fijado siquiera en si sigue ahí la explosión de flores amarillas que había por la zona de La Sagra antes de que nos confinaran. Lo que confirma que el encierro empieza como una privación y acaba siendo una renuncia. Lo llaman el «síndrome de la cabaña».

La lectura de la orden ministerial me saca del malentendido al que me arrojaron el otro día las palabras de alguno de nuestros presuntos responsables, o de algún periodista que a su vez lo malinterpretó: consume uno en estos días tanta información que ya ni recuerdo la fuente. Había creído entender que los mayores de catorce años podían acompañar a sus hermanos menores con autorización paterna, provisión que me parecía entre asombrosa y temeraria, porque equivalía a dejar en manos de alguien legalmente irresponsable el cuidado de un menor en circunstancias cuando menos comprometidas. Leyendo la orden veo que no hay al final ninguna referencia a esa posibilidad. Tampoco me parecía sensato utilizarla, pero esto confirma que la adolescente de diecisiete años de nuestra casa, Judith, va a seguir teniendo prohibido pasear y es una prisionera salvo a efectos de realizar diligencias que tampoco vamos a ponerla en situación de asumir.

Se confirma así en negro sobre blanco y en el BOE que los españoles con hijos menores de catorce y perros pueden pasear, pero se mantiene la prohibición para todos los demás: es decir, los adolescentes de catorce a dieciocho, sus padres sin hijos menores ni canes y quienes no han procreado ni consumado adopción perruna o se les han emancipado los hijos o las mascotas. Quizá porque es consciente de lo que eso significa, el presidente del Gobierno comparece por la tarde para anunciar que si todo va bien el 2 de mayo se permitirá pasear y salir a hacer deporte a toda la población. Alguien en la Moncloa empieza a tomar conciencia de que la reclusión le está agriando el carácter a la gente, y la elección de la fecha del 2 de mayo no puede ser más simbólica. Con la cantidad de madrileños que pasan la cuarentena en pisos demasiado pequeños, con poca luz o sin balcones, se corría el riesgo de celebrar un 212 aniversario de la gesta contra Napoleón con los vecinos acuchillando municipales en lugar de mamelucos. Y sin Goya para pintarlo.

Es una exageración, claro, pero que no deja de tener alguna

conexión con lo que sucede: veo por la tarde en redes el vídeo de una ruidosísima cacerolada contra el Gobierno en Madrid. Bien es verdad que la imagen está grabada en la zona de Arturo Soria, donde los partidos que sostienen el actual gabinete no suelen ganar las elecciones. En mi barrio illarcuriense —gentilicio de Illescas, para quien lo desconozca— o en Getafe, según me dicen mis padres, no se oye absolutamente nada.

Hay momentos en los que me sorprende la relativa mansedumbre con la que el conjunto de la población ha aceptado restricciones tan severas. Tiene su origen, claro está, en el miedo, que hay quien dice que ha sido inoculado hábil y arteramente por las autoridades con su recurso, por ejemplo, a esa retórica bélica que tantas críticas ha suscitado, en sectores diversos e incluso opuestos del espectro ideológico. A mí me parece más bien que el miedo viene del exceso de información que tenemos, y que no controla el Gobierno, me temo, o no tanto como se quiere hacer creer. Más que el fraseo belicista del presidente, diría que inquieta acceder a los testimonios de los médicos intensivistas que refieren cómo personas en apariencia sanas ven declinar su salud hasta ponerse al borde de la muerte en cuestión de días. Es esa angustia, derivada de los hechos y de nuestra incomprensión, y sobre todo del estupor de la propia ciencia, la que nos ha encerrado a todos en casa sin rechistar.

Es ese mismo fenómeno el que ha metido en vereda a un par de *bullies* tan acreditados como Trump o Johnson, dos tipos habituados a comerse el mundo con patatas cada mañana y que después de reírse del virus ahora boquean atónitos, desde el mutismo el británico —no solo es que esté malo, es que es más listo— y desde su logorrea dadaísta el americano. Hay miedo porque esto da miedo.

Sobre esa premisa, cada vez me parece más equivocada la estrategia que está siguiendo la oposición política en España para tratar de derribar al Gobierno con ocasión de la epidemia. Que por parte de este ha habido decisiones —e indecisiones— que han resultado funestas es a estas alturas innegable. Que al frente de la crisis ha estado un ministro voluntarioso, pero sin formación para el puesto, y demasiado sometido a un experto cuyo estilo y cuyas idas y venidas no le han ayudado a ganarse el favor de buena parte de la

población, no cabe ignorarlo. Tampoco admite discusión que nuestras cifras son desastrosas, aun si tomamos las oficiales, y no digamos ya si nos atenemos a las oficiosas y más que verosímiles.

Lo que no está tan claro es que Sánchez vaya a acabar cargando con el madero camino del Gólgota, como parecía estar condenado a hacer, porque puede despejar balones hacia dentro y hacia fuera —las comunidades autónomas que no pusieron el esfuerzo debido en proveer a su sistema sanitario; China, que desinformó al mundo sobre la epidemia— y porque el encarnizamiento con el que la derecha más airada le imputa genocidio y negligencia criminal, ante la aquiescencia inerte del primer partido opositor, está obrando el efecto de cohesionar un Gobierno que estaba prendido con alfileres, y le está haciendo el regalo de permitir que sus miembros más sujetos a sospecha adquieran el perfil de estadistas que no tenían.

Lo advierto escuchando por la noche al vicepresidente Iglesias, del que por cierto no soy nada sospechoso de ser admirador o partidario: en una entrevista televisiva, que atiende con la inteligencia de sus mejores momentos, se anota el tanto de ponderar y ensalzar la actuación de las Fuerzas Armadas —lejos del burdo tic antimilitarista de no pocos de sus afines—, sin perder la oportunidad de llamar la atención sobre la necesidad de remediar el desamparo en el que quedan los militares profesionales de tropa al cumplir cuarenta y cinco años. Reivindicación del Estado y de la patria y de sus servidores, así como de los derechos sociales de estos, en el mismo paquete. Y enuncia la promesa a la que su Gobierno fía la estrategia política post-COVID-19: de esta crisis no se va a salir como de la de 2008, laminando a los débiles en provecho de los fuertes; vamos a salvar a los más golpeados gracias al ingreso mínimo vital, que no cuesta tanto y pondrá dinero en el sistema para ayudar a que salgan adelante los autónomos y empresarios cuyos bienes y servicios comprarán los que reciban el subsidio, en lugar de tener que mendigar.

Todo eso hay que pagarlo, con una deuda pública que ya equivalía al
PIB
antes de la pandemia y con la imperiosa necesidad de un apoyo financiero de la Unión Europea que todavía está en el aire y al albur de la voluntad de los cicateros gestores del paraíso fiscal holandés.

Pero ahí está Merkel, que no solo es una estadista, sino la única con mimbres para ser algún día la primera presidenta europea de verdad —y no esos monigotes que ahora se ponen—, y que ya les ha dejado bien claro a los alemanes en la tribuna del Bundestag que socorrer a los europeos aplastados por la pandemia es preservar la renta y el futuro de su país.

Como la jugada le salga a la izquierda gobernante, cabe augurar largos y amargos años en la oposición a los conservadores españoles. Con el baldón añadido de haber tratado de sacar partido del dolor y las consecuencias de una catástrofe mundial de la que, por cierto, no han salido nada bien parados algunos de sus referentes internacionales —con la excepción de Merkel, si es que lo es, que a menudo cabe dudarlo—. Aunque están a tiempo de rectificar, y alguno de ellos ya parece haberse dado cuenta de por dónde van los tiros. El viraje de Ciudadanos, liderado por una Inés Arrimadas a la que todos veían echándose al monte, y que está en cambio corrigiendo a toda prisa el empeñoso rumbo al iceberg marcado por su predecesor, resulta bien elocuente.

Pero en fin, todo esto no pasa de ser especulaciones. Lo que ahora me toca es hinchar las ruedas de la bici de Núria, que mañana nos dejan pasear. Hoy me ha dicho que ya está harta de estar encerrada, que quiere volver al colegio. La forma en que me lo dice me hace pensar que en la liberación del encierro tiene, aquel que puede darla, la mejor baza para recuperar el favor perdido. Ahora que el daño ya está hecho —treinta mil conciudadanos menos— manda el anhelo de futuro. La criatura humana: esa máquina programada para seguir siempre adelante.

Y siempre impenitente. Ya lo anotó Procopio de Cesarea, tras la peste de Bizancio.

26 de abril
Atisbo de primavera

«Ya no me acordaba de cómo era». Ha sido la primera frase de mi hija Núria al salir pedaleando en su bicicleta al espacio abierto de la rotonda próxima a casa. La segunda ha ido en la misma línea: «Qué raro es estar aquí en la calle». Llevaba 49 días sin pisarla, porque nosotros nos confinamos unos días antes de que lo ordenase el Gobierno. Hemos hecho un recorrido de 45 minutos y no nos hemos alejado mucho más de setecientos metros de casa, pero ha sido suficiente para que ella descargara una parte de las energías acumuladas y para que yo pudiera comprobar que la primavera ha estallado alrededor de nuestras vidas confinadas. Las flores amarillas que tapizaban los descampados han perdido los pétalos y se han visto reemplazadas por una mezcla profusa de margaritas, flores moradas y amarillas de tonalidad más intensa. No he podido resistir la tentación de hacerles una fotografía, para llevármela de vuelta a casa y mostrarla a quienes no han salido. Ese atisbo de primavera es también una invitación a la esperanza.

Como no es una zona muy poblada, apenas nos habremos cruzado con media docena de grupos infantiles acompañados por sus padres. Todos cumpliendo las normas salvo uno, al que acompañaban los dos progenitores. Poco después de cruzárnoslos nos hemos topado con un coche de la Policía Local que iba en su dirección: me pregunto si les habrá caído amonestación o multa, y me pregunto también qué necesita la gente para tomarse en serio lo que se le dice. No por sumisión a la autoridad, sino porque la mayoría de la ciudadanía se fastidia y porque a estas alturas es evidente que el/la COVID-19 no es una broma. Muere gente, y hoy he visto unos informes de pediatras que recogen síntomas poco apetecibles en niños infectados: erupciones, dolores abdominales agudos, neumonías. Son pocos, pero me extraña que haya padres que quieran meter a sus hijos alegremente en el bombo a ver qué es lo que les depara el sorteo.

Las redes se llenan, sin embargo, de imágenes de incumplimientos: muchos casos de familias enteras paseando, niños jugando partidos de fútbol, gente sentada en los bancos como en un día de excursión. No es lo que yo he visto en las calles de mi barrio, y ya se sabe que en las redes puede distorsionarse con facilidad la realidad con unas pocas imágenes, alguna trucada y otra de hace

dos años. En todo caso, parece que más de un caso de incivismo e indisciplina se da, y en seguida se desata una campaña de descrédito y vituperio de los padres con hijos pequeños, a quienes se nos tacha poco menos que de desaprensivos y peligro público. Es una dinámica corriente en nuestra sociedad, que la pandemia parece haber agravado: la división en bandos que se profesan acérrima enemistad por cualquier rasgo —o interés— que los diferencie: los sin perro contra los con perro, los sin gato contra los con gato, los sin hijos contra los que procreamos, enemistades todas ellas reversibles y que por un fenómeno reactivo no tardan en manifestarse en sentido inverso.

Me resultan profundamente desalentadoras, y me cuido de caer en ellas. No me privo de deslizar alguna ironía, alguna me he permitido aquí por ejemplo con el uso y abuso de los perros para pasear, pero no me permitiría por un hecho así despotricar contra los dueños de perros. He tenido uno, medio chucho —por eso esta palabra para mí es sinónimo de animal inteligente y digno de afecto, no le doy el sentido peyorativo que se le suele atribuir—, ahora no lo tengo, pero me niego a que eso me haga beligerante en ninguna guerra. Que cada cual viva y me deje vivir. No me importa que un perro ladre alguna vez, es su naturaleza; me fastidia pisar la mierda que su dueño no ha recogido. Tampoco me molesta que un niño llore o corra, ambas cosas tiene que hacerlas; lo que me parece mal es que invada el espacio ajeno mientras su padre o madre se distraen con el WhatsApp.

De todos modos, si el Gobierno no quiere que dentro de quince días las cifras le den un disgusto, parece que va a tener que lanzar un mensaje algo más claro sobre lo que significa acompañar al niño para que este salga. Y como ese mensaje no llegará a todos, a algún policía le tocará concretárselo vía multa a más de un padre.

Hoy, para aliviarme de la toxicidad que produce seguir las manifestaciones de políticos y opinadores —toxicidad que puede que tengan estas líneas, y por la que pido disculpas—, me he dedicado a leer sobre todo declaraciones de científicos. Hay uno en concreto que me produce alivio y bienestar cada vez que me lo tropiezo: el doctor Enjuanes, virólogo, experto en coronavirus y en estos momentos a cargo de uno de los grupos que buscan una vacuna en el

CSIC
. Como suele pasar con quien de veras sabe, es un hombre humilde y prudente. En su caso, no solo conoce el virus como científico: también se ha visto infectado por él a sus setenta y cinco años, aunque por suerte para todos ha pasado la enfermedad sin síntomas.

En una entrevista que le hace *El País* dice cosas tan sensatas y terapéuticas que son para enmarcarlas. Que los chinos se vieron desbordados y perdidos y que eso ayudó a que los demás fuéramos después despistados en la respuesta. Que es absurdo pensar que el virus se sintetizó en un laboratorio, porque estaría loco quien lo soltara sin contar con una vacuna. Que en España es difícil decir que con la información —mala e incompleta— que se tenía se haya hecho una gestión manifiestamente negligente de la crisis, y que otra cosa es lo de Reino Unido o
EE. UU.
Que sobre la mortandad que el virus ha causado en España e Italia honestamente no sabe cuál es la razón, puede conjeturar que se deba a que el virus haya llegado mejor adaptado para transmitirse o que se deba a que tenemos una población más envejecida. Que es de esperar que en el verano, con el calor y la radiación solar, el virus sea menos infectivo, pero que volverá como la gripe estacional, con la que en esta primera oleada se confundió y por eso costó detectarlo. Y que la vacuna tardará, y la mayoría de los proyectos para alcanzarla, incluido el suyo, tienen pocas posibilidades de llegar a puerto.

Su realismo y su rigor son un soplo de aire fresco y saludable. Es de estas personas serenas y conscientes de lo que tienen entre manos, que no dejan de intentarlo aunque saben que el éxito es difícil, de quienes ahora dependemos. Tendríamos que escucharlos más, y atender menos a los pescadores en río revuelto.

Leo también en *La Razón* un artículo en el que una anestesista cuenta sus experiencias con la epidemia. Entre otras cosas, llama la atención sobre el hecho de que muchas de las UCI improvisadas que ha habido que crear a toda prisa no las están atendiendo intensivistas, sino anestesistas y médicos de otras especialidades que han tenido que reconvertirse sobre la marcha. También sobre el riesgo extremo al que se ha sometido a los profesionales sanitarios,

entre los que ha habido bajas que les han minado la moral mientras tenían que luchar contra el virus en jornadas extenuantes. Una de sus frases es demoledora: «No somos héroes, porque a los héroes se les respeta, se les trata con dignidad y se les protege». Se duele de que después del esfuerzo que han hecho el pago que recibirán muchos de los profesionales que han contenido esto —eventuales, residentes— será el despido y la vuelta a un mercado laboral en el que no les va a ser fácil encontrar dónde colocarse. «Compartimos la sensación de que cuando todo esto acabe la gente se olvidará de nuestra labor y de la necesidad de proteger la sanidad pública». Y lo peor de todo es que probablemente tiene razón.

Por último leo en *The Guardian* una entrevista a Christian Drosten, director del Instituto de Virología del hospital Charité de Berlín, y responsable de la exitosa estrategia alemana contra la pandemia. También destaca por su prudencia a la hora de hacer afirmaciones sobre cuestiones en las que carece de datos suficientes, advierte contra la alta probabilidad de una segunda ola y dice que ni siquiera Alemania, con su gran capacidad para hacer pruebas y sus envidiables cifras, puede relajarse. Asume con deportividad que mucha gente le odia por haber recomendado anticipar las medidas restrictivas cuando había pocos casos y mantenerlas cuando los hospitales siguen sin verse desbordados —recibe incluso amenazas de muerte que pasa a diario a la Policía, dice—, y argumenta que es fácil hablar de sobrerreacción a la amenaza mientras está controlada, pero que quizá sería bueno que miraran cómo están las cosas en Nueva York o España. Y valora la gestión de la crisis de Merkel, que es una científica que entiende que a la gente hay que decirle lo que hay y saber explicárselo. Por indicación de Drosten la canciller advirtió a los alemanes de que el virus infectaría al sesenta por ciento de la población, algo que aquí fue tildado de exagerado y alarmista. Qué diferente se ve ahora.

27 de abril
900 euros

Me paso todo el día trabajando, casi sin tiempo para comer. Me coinciden el cierre anticipado de*Semanal*
XL
—y otra semana vuelvo a tener cientos de cartas para leer—, un artículo quincenal y la sesión principal de mi colaboración con la Universidad de Navarra, que hago por videoconferencia pero hay que preparar igual. Además me toca terminar con Núria sus deberes de matemáticas, que le mandan más mañana, y una serie de tareas menores que tampoco puedo posponer. Me levanto poco después de las siete y no paro de correr hasta las ocho y media de la tarde. El estrés confinado es peor que el otro: se siente uno como el hámster en la rueda; cuando puedes salir a la calle, al menos te distraen los trayectos.

Y sin embargo, cuando acabo la jornada, lo hago con un sentimiento de vergüenza. Calculo la remuneración que va a corresponderme por el trabajo realizado —si las empresas para las que lo hago no quiebran de aquí a la fecha de cobro—: salvo los deberes de Núria —que no tienen más pago que la satisfacción paternal— y este diario —que solo cobro en mensajes generosos de algunos lectores—, todas mis demás tareas tienen alguna retribución dineraria. Y cuando saco el número aproximado, no puedo evitar compararlo, de ahí mi bochorno, con lo que le pagaban a una mujer cuya historia he conocido hoy a través de un breve hilo de Twitter que ha publicado su hijo, quince días después de enterrarla. Hace dos años comprendí que esa red social era poco útil como vehículo de conversación, función para la que ingenuamente había intentado utilizarla. Sin embargo, escogiendo

bien a quién sigues, y desarrollando alguna habilidad para separar el poco grano de la mucha paja, puede ser excelente como mirilla para asomarse a la condición humana y sus recovecos asombrosos.

Esta historia es un buen ejemplo. El hilo es breve, casi lacónico, pero no necesita decir más. El autor comienza poniendo una foto de la nómina de la madre muerta: en números redondos, 900 euros mensuales. Luego dice a qué se dedicaba: auxiliar en una residencia de ancianos. Tenía sesenta y dos años, y hasta el último momento que pudo siguió desempeñando aquel trabajo del que dependía su precaria subsistencia. Fue haciéndolo como la infectó el coronavirus que acabó con su vida, pero ya antes de ese desenlace había pagado un duro peaje: la labor le exigía tal esfuerzo físico y psíquico, por las jornadas, los turnos y la necesidad de mover a personas a veces voluminosas y extremadamente dependientes, que se vio abocada a recurrir a toda clase de fármacos, desde analgésicos hasta ansiolíticos, para poder soportar los dolores y la angustia que padecía. Mientras lo leía imaginé esa vida de tanto sacrificio y con tan poca recompensa, más allá de la sonrisa de afecto y gratitud que pudiera dedicarle alguna vez alguno de los ancianos a los que cuidaba y que conservaran alguna capacidad de comprender lo que sucedía a su alrededor.

Y todo por 900 euros al mes.

Algo hay muy descompensado y averiado en nuestro mundo y la sociedad en la que nos hemos organizado cuando esa labor heroica, que lo fue día a día y lo acabó siendo por el sacrificio de la heroína, recibe un pago que ni siquiera alcanza para proporcionar una existencia digna a quien la afronta. Y esa avería se hace tanto más escandalosa cuando se piensa en la largueza con que se premian esfuerzos irrisorios, irrelevantes, que apenas cubren necesidades, que a veces nada aportan más allá de entorpecer, obstruir o arruinar los esfuerzos de otros. Por un momento he sentido que mi propio trabajo entraba dentro de esa nadería que el mundo podría ahorrarse sin quebranto alguno y no he podido dejar de avergonzarme de mi fatiga y de que vayan a pagarme lo que me pagarán, por tan poca cosa.

Ya sé, me lo contaron en la facultad en la clase de Economía, que mi trabajo se considera cualificado y cuando lo facturo no solo facturo mi esfuerzo de la jornada, sino los años de formación que

me han permitido realizarlo. Ya sé que el trabajo de una auxiliar de residencia no se considera cualificado, aunque quizá debiera, porque no exige poco aprendizaje tratar con humanidad y decencia a personas que en muchos casos han perdido el cariño ajeno y la capacidad de apreciarlo. Pero de pronto esa variable se me antoja insignificante, al lado de lo mucho que en estos días ha hecho falta el trabajo de esa mujer y lo fútil que resulta el mío.

Quizá todo esto sirva de algo si alguien aprende que las personas, incluso cuando ya no se pueden valer y su vida ofrece mínimas perspectivas, son lo más precioso y deben tener la máxima dignidad; que quienes se dejan la salud —y en coyunturas extremas la vida— para cuidar de que así sea no pueden recibir un pago de miseria, para que alguien ensanche su margen de explotación y llene su cuenta corriente con la penuria y el abandono ajenos: como apunta el hilo de su hijo, esta mujer estaba física y mentalmente destrozada por tener que atender a muchos más ancianos dependientes de los que habría sido sensato y decente que atendiera.

Historias como esta me hacen dudar de que ciertos aspectos de la vida puedan encomendarse a una empresa con ánimo de lucro; o por refinar el razonamiento y no dejar como única vía la estatalización, a una empresa con ánimo de lucro que no esté sometida a rigurosos estándares de calidad y a una auditoría constante con penalizaciones severas para garantizar que no deja de cumplirlos. Estándares que incluyan, para empezar, las condiciones laborales de las personas a las que emplea.

Al final, no se trata tanto de privatizar o no privatizar, sino de no privatizar de cualquier manera, cerrando los ojos y, lo que es más grave, como por desgracia nos consta, en más de un caso en connivencia con quien obtiene la contrata con reparto opaco de beneficios con el adjudicador. La fiesta ha durado demasiado y nos ha salido demasiado cara, en términos económicos, humanos y éticos, como para que después de todo esto el Estado no implante de una vez por todas una vigilancia férrea y efectiva sobre los servicios de interés público que se gestionan con participación de la iniciativa empresarial. No se trata de una aspiración metafísicamente imposible: solo hay que querer hacerlo y poner los medios y procedimientos para ello, que están inventados desde hace

mucho. Además, eso estimularía la libre y sana competencia, en lugar de premiar a burdos ventajistas.

A esta heroína caída de nada le sirvieron ni le sirven ya los aplausos. Podrían darle una medalla, la merecería mucho más que alguno que lleva el pecho alfombrado de ellas; pero quizá la mejor manera de condecorarla sería impedir de una vez que sigan explotando a sus hermanas, a las que aún están vivas, en estos días en la zona cero de la pandemia, dando el callo y tomando a diario ibuprofeno y/o diazepam para soportar la vida y hacérsela soportable a aquellos a quienes cuidan.

Entre tanto: vergüenza, vergüenza y vergüenza.

28 de abril
De paradojas y límites

Lo cuenta Heródoto al principio de su *Historia*, que repaso en estos días para seguir comprobando que todo lo que nos pasa ya nos ha pasado, que los aciertos nos cuesta un horror repetirlos pero tenemos una capacidad ilimitada de reproducir los errores y, en fin, que los antiguos griegos lo escribieron y pensaron ya todo, sin que los que vinimos después hayamos sabido aprovecharlo.

Dicen y Heródoto recoge que Solón, el sabio ateniense y legislador de su ciudad, recaló en la corte de Creso, rey de Lidia, cuando este se hallaba en el cénit de su poder. Creso trató de impresionarle con sus riquezas, para que Solón concluyera que no había hombre más dichoso, Pero a la pregunta de quién era el mortal más dichoso del que tenía noticia, Solón dio los nombres de otras personas, mucho más humildes que Creso y alguna muerta en plena juventud, lo que provocó la exasperación del monarca. Solón entonces se lo explicó: no es posible dictaminar sobre la dicha de una existencia humana sin atender a su final, y no se sabía aún cómo iba a acabar la de Creso. El tirano lidio no podía entonces sospecharlo, pero tiempo después se vería en lo alto de una pira a punto de arder en ella, y aunque finalmente pudo eludir ese destino horrendo, lo hizo al precio de someterse como siervo al persa Ciro. Este, tras despojarlo de su reino y sus riquezas, se apiadó de él, según cuenta Heródoto, cuando Creso le refirió lo que le había dicho Solón.

Recoge Heródoto a propósito del intercambio entre Solón y Creso una curiosa afirmación del sabio: el límite de la existencia humana está en los setenta años. Según otros comentaristas, el ateniense habría fijado ese límite en los ochenta años, lo que hace

pensar al lector que el aserto de Solón depende algo de la edad del cronista, copista o glosador a través del que nos llega. En todo caso, lo que me interesa es esa idea de que el ser humano debe aceptar que su existencia no solo será feliz o no en función de cómo acabe, sino que tiene un límite al que le guste o no debe someterse, y que ese límite, aunque pueda parecer una paradoja, es determinante de la posibilidad de su plenitud. Más acá de él, incluso aunque la parca nos arrebate a una edad mucho menor, la plenitud es posible; más allá, lo que nos aguarda sin remedio es la ruina de nuestro empeño existencial.

La idea resulta peligrosa en estos tiempos en los que en alguna unidad de cuidados intensivos sobresaturada se ha llegado a descartar preventivamente a personas de menos de setenta años, ha habido gobernantes que han planteado limitar los derechos civiles de los mayores de esa edad y sigue habiendo quien piensa y se atreve a decir que incluso si la epidemia va remitiendo habrá que mantener confinados a los ancianos hasta que se encuentre vacuna o remedio.

Sin embargo, todo texto debe leerse a la luz de la época en la que se escribió y desde aquella en la que se interpreta, so pena de despachar sobre los antiguos etiquetas que no merecen, a tenor de las circunstancias que imperaban en sus días. Quizá donde Solón dice setenta —u ochenta, según sus transmisores más provectos, o generosos— ahora debemos entender noventa o cien, con las excepciones —raras— de quienes tienen una naturaleza superior que les permite navegar airosamente incluso más allá de ese umbral cronológico. Lo importante es que tenemos un límite y conviene que sepamos convivir con él como individuos. Tratar de ir más allá a todo trance nos aboca al absurdo y al desastre.

Y ese límite que tenemos como individuos, aunque nos hemos empeñado en olvidarlo, convive con otro límite que tenemos como especie, y que también nos obstinamos en ignorar. Leo hoy en *El Confidencial* una entrevista de Juan Soto Ivars a Fernando Valladares, un científico que estudia los ecosistemas y que dice que teníamos una vacuna estupenda contra el virus que nos hemos cargado: la propia naturaleza, que propicia el equilibrio entre especies; un equilibrio que hemos roto provocando que un virus que, como los demás, formaba parte del ecosistema y estaba

controlado, escape a ese control y salte a nosotros.

Según razona, de forma admirablemente pedagógica, si presionamos sobre los ecosistemas de manera que retrocedan las especies que pueden frenar la infección, porque en ellas el virus se contiene, y en cambio damos más cancha o nos aproximamos a las más infectivas, el indeseable salto está servido. Y eso es lo que hemos provocado, no solo con nuestra alteración de los hábitats naturales de muchas especies, acercando a unas a la extinción y propiciando que otras proliferen sin medida, sino con la invasión humana de tantos territorios antes vírgenes, agravada por la movilidad global de las personas, que facilita que cualquier infección se disemine rápidamente a escala planetaria.

En definitiva: la especie humana ha roto sus límites, en busca de su satisfacción, su felicidad, su riqueza, o simplemente el halago de su soberbia: y la paradoja es que ha desatado sobre sí la enfermedad, la desgracia, la pobreza y la humillación de vivir en confinamiento. Nos guste o no, para escapar a esos cuatro jinetes de nuestro apocalipsis autoinfligido tendremos que recobrar la conciencia de nuestros límites y resignarnos a vivir dentro de ellos. Casa mal con la naturaleza y la ambición de la criatura humana, pero más vale que entendamos cuanto antes que a nuestra ilimitada imaginación —territorio único de nuestra verdadera libertad— no le corresponde una realidad física y biológica igualmente ilimitada.

A efectos de nombrar esa nueva forma de ser y estar en el mundo que nos va a tocar asumir, al menos a corto plazo, para salir del lamentable agujero en el que estamos, el presidente Sánchez, que hoy ha anunciado cómo serán las fases de la desescalada del confinamiento —la fraseología epidémica alumbra los sintagmas más atroces—, ha propuesto un oxímoron de dudoso acierto que en seguida ha hecho fortuna como pasto para chistes en las redes sociales: «nueva normalidad».

El itinerario hacia esa situación, que comenzará el 4 de mayo, lo ha dividido en cuatro fases, de la o a la 3, y hasta que no se haya completado en todas las provincias —unidad territorial escogida como referencia, para furia de los representantes de naciones irredentas— no será posible moverse de una a otra. Respecto de la duración de cada fase no ha dado una referencia cerrada, dependerá de cómo evolucionen los contagios y curaciones, pero parece difícil

que en las comunidades más afectadas —como Madrid, donde estoy empadronado, y Castilla-La Mancha, donde llevo confinado desde principios de marzo— se supere la fase 3 antes de finales de junio. Veo pues mi horizonte reducido para los próximos dos meses a la provincia toledana. No es tan malo: es bastante extensa, y si en algún momento puedo acercarme a su magnífica capital, que tengo a veinte minutos de casa, para pasear junto al Tajo o visitar alguna librería, será un hermoso desahogo. La cruz es que voy a tardar en poder ver a aquellos de los míos que siguen confinados dentro de los límites de la Comunidad de Madrid.

Esta circunstancia, y tomar conciencia de que las salidas van a seguir tasadas y condicionadas, me descubre que la «desescalada del confinamiento hacia la nueva normalidad» no es sino una perífrasis para designar la prolongación de la cuarentena durante dos meses más, que quizá es lo que hay que hacer, pero no lo que se quiere decir. Me imagino que nuestros gobernantes tratan de favorecer con ello un cierto cambio de paradigma mental en la población, porque mantener durante demasiado tiempo el mismo no es saludable para ningún cerebro. Y aunque soy consciente de las intenciones de esa maniobra, incluidas las que tienen que ver con la propaganda gubernamental a favor de su gestión de la crisis, he decidido esta tarde aplicarme la receta por voluntad propia y con un sentido estrictamente personal.

La idea me ha venido mientras paseaba con mi hija por un camino rural, a la derecha un campo de cereal y a la izquierda otro cuajado de flores silvestres. El cielo era de un azul intenso en los huecos que dejaban las nubes, el aire transparente, y soplaba un viento fresco y constante que despejaba la mente y acariciaba la piel. A Núria le ha encantado ese paisaje que nunca antes había hollado, y eso que está a apenas quinientos metros de nuestra casa. Más de una vez habíamos pasado junto a esos campos, pero nunca habíamos tenido la curiosidad de internarnos por el camino en cuestión. Por cierto que dudo si podremos hacerlo cuando entremos en la fase de aplicación del límite provincial: los dos campos que flanquean el camino, el cultivado y el silvestre, forman parte del término de Casarrubuelos y por tanto de la Comunidad de Madrid. No sé si el hecho de que sean una zona completamente despoblada nos permite la licencia.

El caso es que ha sido ahí, viendo a mi hija disfrutar de su nueva libertad —así sea tasada en una hora— y del espacio abierto que se le ha estado negando todo este tiempo, cuando he decidido que el próximo 4 de mayo, aunque siga como mis conciudadanos con mis derechos civiles ambulatorios severamente restringidos, voy a declararme en una «nueva anormalidad», distinta de la que para entonces llevaré ya cincuenta días viviendo. Voy a empezar a abrir las ventanas de mi vida y de mi imaginación, dentro de los límites que me impone mi condición de individuo humano, por un lado, y por otro la de miembro de una especie sacudida por una epidemia todavía no controlada como consecuencia de sus muchos desatinos.

Por tanto, y aunque formalmente sigamos en la prórroga del estado de alarma vigente hasta el 9 de mayo, decretaré para mí el fin de la alarma vital que motivó este diario y el paso a una nueva, con otros afanes y otras posibilidades. La primera consecuencia es que clausuraré estas páginas, que registrarán su última anotación el 3 de mayo. Ya es el diario más largo que jamás he escrito: nunca, en ninguna de las tentativas anteriores, aguanté ni de lejos los 46 días sin faltar uno solo que hoy se cumplen. Y no hay que dejar que las cosas se extiendan más allá de lo justo, lo razonable y lo debido: ni nuestros días en esta vida, ni el espacio que ocupamos como

especie, ni cualquier relato, de la índole que sea.

El cuerpo y el alma me piden otras cosas: empezar a dejar atrás este cerrojazo, aunque sigamos encerrados; dejar de levantar acta diaria de esta tragedia, aunque la tragedia siga, el olvido no sea una opción para los seres conscientes y su narración haya de seguir por otros medios y otros cauces, en los años venideros; y poner manos a otras obras que se proyecten hacia el futuro. Yo tenía ya en mente una novela, y en ella me enfrascaré a partir del próximo lunes. No será sobre esto, aún, porque aún no ha acabado y aún no lo he digerido. Pero también esa llegará, si se me conceden el tiempo y las fuerzas. La inspiración no va a faltar.

Así que comienza la cuenta atrás. Este diario ya ha empezado a morir. O lo que es lo mismo, a acercarse —como todo— a su límite, que no debe aspirar a trasponer.

29 de abril
Trucos para negociar (y acabar pactando algo)

Hoy ha habido sesión de control al Gobierno en el Congreso de los Diputados. Ha sido muy edificante. El líder de la oposición ha tildado de ridículo el desempeño del Ejecutivo, el presidente de este le ha recordado una vez más el desmantelamiento de los servicios públicos achacable al partido de su interlocutor, los portavoces de la oposición montaraz han llamado corruptos y comunistas a los que nos gobiernan y en defensa del gabinete el vicepresidente ha lanzado una lluvia de venablos que ha redondeado calificando de parásitos e inmundicia a quienes le interpelaban. Como guinda del pastel, el portavoz de la versión catalana del separatismo constructivo —ese concepto— ha amenazado con retirar su magnánima abstención y empezar a sabotearlo todo si no se tienen en cuenta las implicaciones virológicas de su hecho diferencial para pasar a la fase de desescalada. En cuanto a la versión vasca del estar y no estar en el empeño común, también ha asomado los dientes. Que eso de gestionar algo por provincias es de un centralismo maloliente.

El único que ha mantenido una cierta compostura es el ministro filósofo de Sanidad: para algo debía servirle su formación. Ha declinado entrar al trapo de los vituperios con los que lo ha cubierto la portavoz de la derecha más radical, que no se ha privado de poner en duda su honradez, y le ha respondido con contenida y prudente indignación.

Todo va bien, sin duda. Vamos a afrontar la delicadísima maniobra de desconfinar bajo los mejores auspicios. De momento, parece que las presiones autonómicas van a obligar al pobre

ministro Illa a renunciar a gestionar por provincias las fases del desconfinamiento. Leo en la prensa que un catedrático de Epidemiología de Harvard, español, entiende que es la mejor referencia, por su tamaño y porque resulta clara para la población: todo el mundo sabe cuándo cambia de provincia, nadie tiene ni idea de los límites de las áreas de gestión sanitaria, que es lo que proponen varios Gobiernos autonómicos. Qué más da. Como en tantas otras cosas, se hará lo que más convenga a la necesidad de cada cacique de hacerse notar.

De todos modos, lo que hay en juego es mucho más que cómo salimos de nuestro arresto domiciliario. Si se logra completar esa maniobra sin gran estropicio sanitario todavía queda lo peor: volver a hacer funcionar un país empobrecido y con su primera industria aniquilada quién sabe por cuánto tiempo. Las peticiones de ayuda a Cáritas —básicamente, comida— se han multiplicado por tres. La mitad de la gente que se acerca a pedirla no había ido nunca. El PIB del primer trimestre ha caído un cinco por ciento —y eso que se pudo funcionar durante dos meses—. Esto es un naufragio de proporciones todavía desconocidas.

Como me dijo el otro día mi buen amigo José, va a ser como salir de una guerra, con la sola ventaja de no tener que reconstruir las infraestructuras que en una guerra suelen bombardearte y dejarte destrozadas. Y el hambre y la necesidad van a empezar a generar problemas: ya está repuntando la delincuencia, con atracos a farmacias, los únicos comercios que en estos días tienen recaudación. Y esperan una oleada de robos en las segundas residencias a las que sus propietarios no podrán acercarse hasta junio.

La necesidad imperiosa de un pacto para la reconstrucción resulta evidente. Los mimbres, sin embargo, no pueden ser peores. Dada la situación, rescato del fondo de mi memoria los trucos que me sirvieron a mí cuando era parte esencial de mi trabajo como abogado tratar de llegar a acuerdos entre partes con intereses contrapuestos, incluso muy contrapuestos. No son muchos, ni muy complicados.

Primer truco: sal de la madriguera de tu propia posición. Es cómodo, es lo que la inercia y el cuerpo le piden a uno, pero si te

quedas ahí, no negociarás ni pactarás nunca nada. Tienes que aceptar que el pacto sucede ahí fuera, a la intemperie y en la incertidumbre, no en el cálido reducto de tu comodidad y tu interés.

Segundo truco: haz un análisis de hasta dónde puedes renunciar a tus intereses sin comprometerlos de manera inasumible. Para negociar tienes que ofrecer, y antes de ofrecer nada tienes que hacer el inventario de las plumas que te puedes dejar en la negociación sin que aquellos cuyos intereses representas —tú mismo si eres el concernido por la negociación— te acusen de haberlos vendido. Sin embargo, es muy posible que este análisis, por sí solo, no sea suficiente para hacer viable un acuerdo. En ese caso te toca sopesar si puedes vivir sin acuerdo —esto es, en el pleito— o si la necesidad o las circunstancias te empujan a pesar de todo a forzar la máquina para encontrar una solución pactada al conflicto de intereses. Si no puedes afrontar el litigio, tendrás que hacer algo más. Y aplicar el siguiente truco.

Tercer truco: ponte en el lugar del otro y desde ahí intenta hacer el mismo análisis que has hecho antes para ti mismo. Es decir: hasta dónde puede renunciar sin que las posiciones que representa se vean traicionadas o comprometidas de manera insoportable. En la mayoría de los casos, hallarás que esa renuncia máxima posible no llega hasta el punto al que llega la tuya. El territorio que existe entre ambas es la franja en la que se sitúa el único acuerdo verosímil; un acuerdo que será incómodo para ambos, pero asumible porque lo que cede uno lo equilibra lo que cede el otro. Idealmente, el acuerdo estará en su punto medio, pero no siempre es así: depende de cuánto necesita el acuerdo o teme el litigio cada una de las partes, o de si alguna ocupa una situación de ventaja relativa respecto de la otra.

No hay otra manera. Quien no está dispuesto a hacer este penoso ejercicio no está dispuesto a negociar y, por tanto, tampoco a pactar nada. En la situación actual, si el Gobierno quiere de veras ese pacto que admite que es necesario, tendrá que tomar la iniciativa de buscar un punto de acuerdo creíble en la zona de nadie: es legítimo que de entrada lo plantee más cerca de su punto de renuncia máxima que del de la oposición; pero lo que no puede es situarlo en el dominio de sus intereses. En cuanto a la oposición responsable, si la hubiere, no tiene por qué dar el paso, pero nada le

impide tomar la iniciativa de análoga manera, con lo que comprometería al Gobierno y de paso ganaría el plus de credibilidad del que ahora mismo anda desprovista.

Mientras cada uno siga increpando al otro desde su torre, sin mayor diligencia ni actividad, que nadie se engañe: nos están tomando el pelo.

Vuelvo a pasear hoy con Núria por el campo que hay cerca de casa. En cierto momento me quedo mirando la imagen de un olivar más allá del cultivo de cereal. Pan y aceite: es el sustento de la gente lo que está en juego. Si no encuentran la manera de dejar de insultarse por sus querellas viejas, de la era anterior a este nuevo mundo al que nos ha transportado un virus —«malas noticias envueltas en proteínas», según la definición de Jean y Peter Medawar—, no vamos a tener forma de perdonárselo. A ninguno, hagan lo que hagan para culparse entre sí.

En el paseo nos tropezamos con un par de conejos y un par de perdices. Núria nunca había visto una perdiz. Se monda de risa al ver lo rápido que corren. También le llaman mucho la atención las madrigueras que los conejos han excavado en un talud, y por donde desaparecen los dos que avistamos. El aire sigue siendo limpio, el cielo azul, y mientras la veo brincar y reírse pienso, a propósito de las madrigueras y de los conejos que se esconden en ellas, en lo mucho que nos estamos jugando y las malas manos en que estamos. Para no deprimirme, prefiero evocar las lecturas que hemos estado haciendo juntos estos días.

Continúa leyendo con Noemí *La historia interminable* y le ha escrito una preciosa carta de agradecimiento a Michael Ende, que es una pena que ya no podamos enviarle. Le habría reconfortado leerla. Hemos terminado los cuentos que incluye *Corazón*, de Edmondo de Amicis. Como era de esperar, el que la ha tenido poco menos que embrujada es «De los Apeninos a los Andes». Al ser el más largo, pactamos leerlo en varios días, pero al final me tocó quedarme sin saliva juntando las tres últimas entregas. No podía esperar para saber si Marco acababa encontrando a su madre al pie de la inmensa cordillera americana. También le impresionó el último, «Naufragio», en el que un chaval siciliano —conoce Sicilia, donde estuvimos el verano pasado, y le llamó por eso la atención— acepta sacrificarse y ahogarse para que una chica ocupe el último

lugar que queda en un bote salvavidas.

Nadie espera que quienes nos dirigen atraviesen a pie una llanura inmensa, como Marco, y menos aún que se sacrifiquen por nosotros, como el heroico muchacho siciliano. Ya sabemos que algo así sobrepasa su condición y sus aptitudes. Bastaría con que supieran sentarse a una mesa para hablar como personas adultas de asuntos graves que requieren una solución y antepusieran la búsqueda sincera del acuerdo al cálculo de sus probabilidades de desbancarse los unos a los otros.

Cuánto nos habrán bajado el listón, que ni eso nos atrevemos ya a esperar.

30 de abril
Teletimados

Este año el Día del Trabajo se va a celebrar —es un decir— con más de cuatro millones de trabajadores sumidos en un ERTE —muchos de ellos temiendo que al final se acabe transformando en ERE, es decir, pasar de la suspensión a la pérdida de su empleo—, más de tres en el paro y más de un millón de autónomos en cese de actividad. El resto, o está en un tajo de carácter esencial —o asimilado— o teletrabajando. No cabe ninguna duda de que el último grupo, al que pertenezco, el de los teletrabajadores, es el más afortunado en tiempos de coronavirus.

La posibilidad de teletrabajar protege a la vez del contagio y del despido, y no se sabe qué es peor: me temo que muchos se arriesgarían a contagiarse con tal de no perder el empleo. De hecho, son muchos los sanitarios que se han enrolado en las pasadas semanas en el sistema de salud madrileño para combatir el virus en primera línea, llegando a venir para ello de otras comunidades autónomas. Por cierto que leo en la prensa que ahora la Comunidad los despide sin darles siquiera una palmadita enguantada en la espalda. Pronto se acaba el buen rollo, los aplausos, los elogios a los héroes y las lágrimas enlutadas y volvemos a los viejos usos del hombre lobo para el hombre y las aguas heladas del cálculo egoísta.

Dicho lo anterior, el teletrabajo dista de ser el chollo que alguno pensaba y tantas veces se dice. Lo sé porque llevo teletrabajando para mucha gente —a veces para mucha gente a la vez— desde hace ya casi veinte años, y conozco bien y por eso no me ha pillado por sorpresa la dinámica de laborar en tu propia casa. Un invento que conduce a una confusión constante del espacio personal y profesional, aun en el caso de que uno disponga de dos casas, como

es mi caso, y destine una de forma preferente a acoger sus horas productivas. Al final acabas trabajando a todas horas y en los dos sitios, y en circunstancias como la de esta cuarentena —que vengo pasando desde antes de que se decretara con mi familia en la casa donde tengo mi despacho, más aislada y espaciosa— sin poder deslindar en absoluto.

Leo un estudio que revela que la práctica del teletrabajo confinado ha redundado en que los trabajadores acogidos a esa fórmula acaben destinando, en promedio, dos horas más al día al trabajo. La música me suena. Al final, estar en tu casa mientras trabajas conlleva una serie de ineficiencias, por lo que exige más tiempo para producir lo mismo. Sufres interrupciones que en una oficina no suelen darse o se procuran evitar. Careces de facilidades y recursos que la oficina te proporciona, y con las que tu casa, salvo que la hayas preparado bien, mal puede competir. Si el teletrabajo es improvisado y la vivienda limitada, acabas trabajando en la mesa de la cocina o la del salón, incómodo y con la concentración disminuida. Si hay niños, además de lo que ocuparse de ellos te pueda interrumpir, están las energías que te detraen, y que en una oficina se destinan por entero al trabajo. Y a todo lo anterior, añádanse los fallos de las tecnologías de comunicación e información, que hay que resolver por uno mismo, y no todo el mundo es igual de ducho a la hora de averiguar por qué se cuelga el ordenador o el maldito programa de videoconferencia no accede al micrófono, o a la cámara, o no le permite a uno ver u oír adecuadamente a las personas con las que trata de interactuar.

Esto último puede llegar a ser desesperante: hasta aquí, y dada la índole de mi labor, había teletrabajado siempre por teléfono y correo electrónico. Cuando necesitaba reunirme con alguien, me desplazaba y ya está. Ahora que también hay que teletrabajar las reuniones, he podido comprobar lo que las alarga que a alguien no le vaya bien el wifi de casa, o no se le oiga o no se le vea por cualquier otra razón. Quien mejore, simplifique y haga más fiable esta tecnología se va a forrar.

En resumen, que es perfectamente comprensible que el teletrabajo resulte más ineficiente y por tanto alargue las jornadas de casi todo el mundo. A mí me pasa desde hace dos décadas, y por eso ya sabía que es un timo, pero puedo consolarme pensando que

soy mi propio empleador y que por tanto me timo a mí mismo y a la vez soy el beneficiario del engaño, así sea en términos económicos —otra cosa es plantearlo en términos personales y familiares—. Para el teletrabajador por cuenta ajena, en cambio, es difícil evitar la sensación de que se le está timando, para ganancia de otro, su tiempo personal, del que ya no andaba sobrado antes.

Puede buscar alivio a esta sensación acordándose de quienes en medio de esta situación excepcional no pueden teletrabajar y se hallan entre la espada del virus y la pared de quedarse en la calle. También en la posibilidad de conciliar, así sea de manera destartalada o penosa, su trabajo y sus responsabilidades familiares, en un contexto en el que parece que los niños tardarán en volver al colegio. Puede ahorrarse así el problema que eso plantea y va a plantear a tantas familias, en este momento y cuando se vaya avanzando en el desconfinamiento. Sin embargo, y pensando en un futuro en el que la actividad laboral desde el hogar puede ir a más, se abre aquí un frente interesante para la reivindicación sindical. Que uno termine trabajando más horas y se haga cargo por añadidura de la luz, la calefacción y el alquiler de la oficina, tal vez debería redundar en alguna clase de revisión de sus condiciones laborales. De lo contrario, el auge del teletrabajo solo conducirá a un enriquecimiento empresarial —vía ahorro de costes— y un empobrecimiento de los trabajadores. Quizá alguien diga que las empresas necesitan ahora este balón de oxígeno para sobrevivir. Seamos en todo caso conscientes de quién lo soporta.

La comidilla del día son las instrucciones del Gobierno para el desconfinamiento, y en particular las franjas horarias por edades y las restricciones por términos municipales para las distintas actividades de paseo, deporte y esparcimiento que pasan a estar permitidas, siempre de manera excepcional y con el recordatorio de que la regla sigue siendo estar confinados y separados, por lo que las salidas y la interacción con otros deben mantenerse en el mínimo indispensable. Deduzco que con la bicicleta puedo moverme por todo el término municipal de Illescas, que es bastante amplio, pero no puedo meterme por el camino que está a doscientos metros de mi casa y que ya es parte del término de Casarrubuelos —y de la Comunidad de Madrid—. Parece que para el paseo que puedo dar con mi hija Núria eso no está de momento formalmente

prohibido, mientras no me aleje más de un kilómetro de donde vivimos.

Lo que deduzco, también, es que no puedo pasear con Noemí y la niña —eso sigue estando vedado por la regla que han impuesto a los paseos con niños y que han dado en llamar 1+1+1+1, un kilómetro, una hora, un adulto y una vez al día—, aunque sí con Noemí o con Judith, mayor de catorce, siempre que solo vaya con una de ellas. No termina de quedarme muy clara la lógica del asunto: no sé por qué sería más nocivo que los dos progenitores pudieran ir con una menor de catorce años o que la mayor de catorce pudiera acompañar a un progenitor y a su hermana pequeña, si los dos progenitores pueden salir solos y un progenitor puede salir con tres niños.

En fin, a pesar de todo, no me voy a ensañar con esos chistes crueles que veo que hacen con el ministro y el presidente y sus dificultades para explicar toda la casuística y responder a todas las objeciones que les plantean en las ruedas de prensa por videoconferencia —más de un periodista pensando, se les nota, en su caso particular—. Desconfinar un país asediado por un virus que puede resultar mortal es un marrón de tres mil pares de narices, y seguramente no hay manera de hacerlo sin agraviar a alguien y sin que se rían de ti. Bastante tienen con lo que tienen. Les obedeceremos y confiaremos en que acierten. No siempre me gusta lo que me dicen ni lo comparto, pero son el Gobierno legal y legítimo y tienen el BOE y el Estado de derecho de su lado. Veo más peligroso dejar de hacer lo que ellos decretan para dejarse guiar por la ciencia epidemiológica de algunos tertulianos.

Durante nuestro paseo de hoy, mientras admirábamos el campo de trigo —verde y deslumbrante— y luego el de cebada —de un tono suavemente dorado—, Núria me ha dicho que tengo suerte de que le guste tanto pasear. Que así puedo salir todos los días y disfrutar de la naturaleza. Tiene razón: si no fuera por ella, todavía no se me permitiría esta expansión, que cada día disfruto más. Sobre todo en la parte de recuperar la visión del horizonte. El campo de trigo tiene una perspectiva en la que es inmenso, y se abre a un horizonte casi infinito, apenas alterado por la larga línea azul de la factoría de la aeronáutica Airbus. Quien la levantó tuvo el buen gusto de optar por una construcción de no demasiada altura,

recta y extendida en superficie que se inserta sin apenas estridencia en el paisaje.

Mi anotación de ayer ha suscitado alguna reacción en la parte que pondera la contención con que el ministro Illa respondió a los insultos que le dirigieron en el Parlamento. No es una loa a su gestión como ministro, que ya he cuestionado más de una vez aquí mismo, pero parece que algunos no se van a contentar con menos que descuartizarlo cuando esto acabe. Mientras contemplo la extensión verde bajo el cielo azul, que invita al futuro y la esperanza, me atrevo a desear que seamos capaces de dejar de volcar tanta ira y tanto encono hacia quienes identificamos como nuestros adversarios. No creo haber tenido los mejores gestores para esta crisis: ni en el Gobierno de mi país ni en el de la comunidad autónoma en la que nací y estoy empadronado, que es Madrid. Unos y otros responden a distintos colores políticos. No necesito que fusilen al amanecer a unos ni a otros, entre otros motivos porque lo que enfrentaban era y sigue siendo incierto. Me gustaría que se pudieran establecer con racionalidad sus respectivas responsabilidades y que ambos las afrontaran, por propia voluntad antes que por exigencia ajena.

Siento terminar como ayer, pero no espero que suceda ninguna de las dos cosas.

1 de mayo
Fauda (caos)

En este confinamiento cada cual ha ido abriéndose las ventanas que ha podido. En mi caso la principal, como siempre, han sido los libros. A lo largo del diario he ido dejando constancia de algunos. También he recurrido al cine, y de alguna película he incluido aquí alguna nota también. De algunas otras no: he revisado *Taxi Driver* y *Doce hombres sin piedad*, sin que ninguna de las dos me entusiasmara, aun apreciando lo que tienen de icónicas y de hitos en la historia del cine. Por último, y para el final del día —y los días en los que a esa hora la mente ya daba menos de sí—, he reservado la distracción contemporánea por excelencia, las series de televisión.

Descartando alguna experiencia fallida —y rápidamente abortada, no está la vida como para andar perdiendo el tiempo, por mucha fama de la que venga precedida la serie en cuestión—, el balance no es del todo malo. Ya he anotado aquí mis impresiones de *The Crown* y *La línea invisible*, y antes de que este diario acabe, aunque aún me queda algún capítulo de la tercera temporada, pongo en limpio mis impresiones sobre la tercera, la israelí *Fauda*, que por lo que leo en estos días se ha convertido, sorprendentemente, en una de las favoritas del catálogo de Netflix para los españoles confinados. Y digo sorprendentemente porque es una serie dura sobre un asunto desagradable y desolador: el eterno conflicto de Oriente Medio.

Fauda significa caos en árabe, y bajo ese nombre la serie cuenta, entre otras, las peripecias de los integrantes de una unidad *Mista'arvim* de operaciones especiales de las

IDF
, el ejército israelí. Se trata de unidades antiterroristas formadas por agentes capaces de mimetizarse como árabes —vestimenta, aspecto, idioma— y que se ocupan de realizar operaciones encubiertas, consistentes en infiltrarse en los territorios palestinos para neutralizar a elementos de Hamás y otras organizaciones de resistencia armada contra la ocupación —o terroristas, que es como las consideran las leyes israelíes—. Neutralizar significa todo lo que esa palabra puede comprender: desde la detención o secuestro hasta el asesinato selectivo. Por lo que cuenta y muestra crudamente la serie, a veces el adjetivo puede quitarse y el asesinato es de todo lo que se mueve y estorba en torno a la operación para que los agentes puedan cumplir la misión asignada, escapar a las iras de la población y ponerse a salvo en territorio israelí.

Mista'arvim significa sombra: el mayor activo de estos soldados es su capacidad para colarse tras las líneas enemigas sin ser vistos ni detectados como lo que son. Pero una vez que actúan, es decir, abren fuego o se apoderan de la persona a la que buscan, se descubren y como están en inferioridad numérica les toca recurrir a su habilidad para zafarse de un entorno hostil. Cuando esa maniobra fracasa por cualquier razón y se ven rodeados por un enemigo ansioso de lincharlos, es cuando se desata lo que en clave llaman en árabe *fauda*, es decir, una situación caótica que les obliga a pedir socorro, lo que desencadena la intervención de otras fuerzas del ejército en términos contundentes y con resultados por lo común devastadores.

La serie está escrita por Lior Raz y Avi Issacharoff, ambos veteranos de las
IDF
y de una de estas unidades, la unidad *Duvdevan* —«cereza» en hebreo, en alusión a su carácter escogido— que opera en la zona de Cisjordania. Es justamente en este territorio donde se desarrollan la primera y la segunda de las temporadas; en la tercera, la acción se traslada también a Gaza. El protagonista principal es Doron Kabilio, un agente operativo de la
Mista'arvim
interpretado con comprensible credibilidad por el propio Lior Raz. En las tres temporadas el argumento es similar: siempre se trata de

acabar con un jefe militar de Hamás especialmente hiperactivo. En la segunda, además, con un retornado de Siria que trae la marca Dáesh para competir con la franquicia yihadista local, lo que desencadena un interesante conflicto publicitario, político y militar entre los enemigos de Doron.

En la producción se nota el buen asesoramiento, la disponibilidad de medios y la destreza en la realización de las secuencias de acción, trepidantes y a menudo angustiosas. La ambientación es poco menos que perfecta, con una fotografía que alterna el pie de calle con las imágenes de drones de manera eficaz y consistente; no al modo de esas series y películas donde el operador del dron se convierte en el filmador de otra película alternativa, postiza e incoherente con la principal. La mezcla constante de árabe y hebreo —los protagonistas hablan también entre sí en la lengua del enemigo, y no solo cuando están infiltrados en su territorio— le da un sabor especial y por momentos perturbador: esa promiscuidad cultural, idiomática y hasta fisonómica entre dos pueblos que se odian a muerte y sin remedio es una de las bazas que permiten a *Fauda* transmitir una emoción peculiar y única.

No todo brilla a la misma altura, claro está. Las tramas personales pecan a veces de esquemáticas y arbitrarias y hay algún personaje que navega sin rumbo en manos de los guionistas y de su intérprete —véase Nurit, la única mujer de la unidad—. El propio Doron, una especie de Chuck Norris calvo y regordete —quizá sean sus diferencias con ese referente lo más interesante— que siempre seduce a la mujer atractiva de turno —ya sea árabe o israelí—, es un personaje algo limitado en términos dramáticos y narrativos. Sabemos que siempre lo va a pasar mal, pero que al final prevalecerá y logrará su objetivo. Cuando ves por primera vez la cara de su archienemigo árabe de turno ya imaginas el momento en que él o los suyos lo despenarán de alguna forma inapelable, por lo común un disparo en la cabeza seguido de los que sean necesarios para asegurar que no va a volver a levantarse.

Dejando al margen esta limitación, en la que se vislumbra un peso excesivo del creador-intérprete —un defecto que comparte con alguna otra serie, como la meritoria 7992, creada y protagonizada por Stefano Accorsi, que la acaba ahogando—, en *Fauda*, al margen

de los aspectos técnicos, hay hallazgos narrativos de primer nivel. Confieso mi debilidad absoluta por el personaje del capitán Gabi Ayub, el especialista en la obtención de información que a través de técnicas de inteligencia —espionaje, análisis, interrogatorios persuasivos, manipulación de terroristas, confidentes y hasta del responsable de seguridad de la Autoridad Palestina— provee a Doron y su escuadrón de *terminators* de todo lo que necesitan saber para localizar a sus objetivos y llegado el caso acabar con ellos.

El actor que lo interpreta, Itzik Cohen, es soberbio. La mirada, las inflexiones de la voz, el porte, todo le ayuda a componer un personaje memorable, al que también los guionistas miman con las líneas más sabrosas. Mientras anda en sus trajines antiterroristas, Ayub tiene que ocuparse a menudo de controlar por teléfono, cuando le toca, a alguno de los cinco hijos que ha tenido con las dos mujeres de las que está divorciado. Esas conversaciones sin interlocutor visible ni audible son tan ingeniosas como hilarantes. Pero también es brillante cuando interroga, cuando muestra al enemigo su lado humano para ganárselo o cuando tiene que convencer a alguien de algo que no quiere hacer. Estremecedor es el momento en el que le hace sentir a la viuda de un activista de Hamás que si no le da una información que necesita para salvar a Doron, secuestrado por el supervillano de turno, le hará abortar al hijo que lleva en las entrañas. Solo se lo dice una vez, pero la viuda que hasta entonces ha estado resistiéndose a hablar comprende, como comprendería cualquiera, que le toca asumir el ingrato papel de traidora a los suyos.

Tampoco es nada malo el personaje de Eli, el jefe de la unidad de Doron en la segunda y la tercera temporadas, interpretado por Yaakov Zara Daniel: un hombre sensato, sensible y atormentado, que no puede apenas dormir por los traumas que arrastra y que encauza como puede los excesos testosterónicos de su subordinado.

Sin embargo, lo que termina de redondear el valor de *Fauda* como narración es su capacidad de acercarse a las dos partes del conflicto en términos dramáticamente equivalentes. Son tan interesantes y poderosos los personajes israelíes como los palestinos, aunque el sesgo de la serie bascule, como no puede ser de otro modo, hacia el lado hebreo. Digamos que las maldades de los israelíes siempre se nos presentan justificadas por la necesidad,

mientras que las de los palestinos, aun concediéndoles de entrada algún fundamento moral porque luchan por su tierra y reaccionan a la dureza con que se los trata, evolucionan con más facilidad hacia la crueldad y el sadismo gratuitos. Ello no impide que algunos de ellos, y en especial los personajes femeninos, esas mujeres casi condenadas a vivir y morir enlutadas por sus maridos que tarde o temprano se convertirán en *shahids* —o mártires—, lleguen a ser tan sólidos y memorables como los compañeros de Doron.

Y alguno, incluso más. Pienso en Nasrin Hamed, la mujer y al final viuda del Pantera, el legendario terrorista fantasma al que en la primera temporada se enfrentan Doron y los suyos, interpretada por la actriz Hanan Hillo. Es un personaje redondo, mimado con celo en el guion y encarnado por una actriz sobresaliente. Su intensidad, sus diálogos con Ayub, que finalmente la convence para que operen a su hija en un hospital israelí, son de lo más convincente de la serie. Y protagoniza la que tal vez sea su mejor secuencia, donde se contiene como en una perla primorosamente cultivada el meollo de todo lo que cuenta.

Sucede cuando Nasrin va en el taxi con su hija recién operada, después de que le den el alta. La niña lleva un gigantesco oso rosa de peluche que le han regalado en el hospital. Nasrin le pide al taxista que se pare. Cuando el coche se detiene, la madre agarra el oso, se baja y lo planta en el banco de una parada de autobús entre dos viajeros que allí esperan, vestidos de uniforme. Al ver a una árabe que deja ese aparatoso muñeco entre ellos y se mete de nuevo en el coche, los dos se miran, miran el oso y acaban levantándose y apartándose a toda prisa de él, temiendo que contenga una bomba. Cuando regresa al taxi, Nasrin enfrenta el enfado de su hija. Le dice que no quiere ni ella tampoco puede querer nada de los judíos, en lo que se adivina una alusión a que el oso podría contener algún dispositivo de escucha y espionaje. La niña le dice que qué más da, que el oso le encantaba. La madre se ratifica en su decisión. Y la niña zanja la conversación diciéndole: «Te odio».

Es un alarde que una serie en la que predomina la violencia y la tragedia acierte a ofrecer, en clave cómica, una lectura tan nítida y profunda del conflicto absurdo que aboca al rencor y al dolor a dos grupos humanos tan similares, confinados en un estrecho pedazo de tierra y sin otra perspectiva que coexistir sobre él.

Y es esta mirada que ahonda en los dos bandos la que coloca en ventaja al relato de *Fauda* frente a la narrativa audiovisual realizada entre nosotros sobre el conflicto vasco, que sistemáticamente reduce y esquematiza el trazo sobre unos —quienes combatieron el terrorismo— para desarrollarlo y adensarlo sobre otros —los que lo sostenían—, como hace por ejemplo *La línea invisible*. El día que se supere esta descompensación, podremos tener algo que pueda competir en otra liga, a partir de una mirada compleja y completa, como hace *Fauda* pese a estar contada desde un lado y con recursos típicos —y aun tópicos— del más puro cine de acción.

En cualquier caso, la serie nos ha proporcionado a Noemí y a mí varias noches de entretenimiento y reflexión, además de la oportunidad de contemplar ese áspero y a la vez magnético paisaje de Palestina, la Tierra Prometida de los hebreos que se ha convertido en promesa interminable de conflicto y dolor.

Ha sido también una manera de desconectar del ambiente enrarecido que en estos últimos días ha provocado entre nosotros la epidemia. Hoy se ha cerrado, ojalá que para siempre, el hospital improvisado de Ifema. Por cierto que he intentado enterarme sin éxito de qué han hecho con la biblioteca a la que pude donar algunos libros. No porque me preocupe el destino de esos ejemplares —solo espero que acaben en manos de quien pueda sacar de ellos algún placer o consuelo—, sino por tener completa la historia de una bella y reparadora iniciativa. Lo que sí se ha contado hasta la saciedad es el exceso celebratorio de la presidenta Ayuso, con congas, bocatas de calamares, selfis y fotos de grupo multitudinarias y apretadas. Leo que la Delegación del Gobierno le va a abrir un expediente. Si acabamos con la presidenta autonómica multada por el delegado del Gobierno central por vulnerar el estado de alarma —no entro si justificadamente o no— será un final de traca para el sainete en el que hemos convertido un desastre que se ha llevado por delante a miles de nuestros conciudadanos. Añádase que el propio delegado del Gobierno está investigado en una causa penal por permitir la manifestación multitudinaria del 8
M
y otros actos de masas. Cerrando el círculo, que se dice.

Se alzan voces contra la prórroga del estado de alarma. Parece

que al
PNV
no le conviene —quiere hacer elecciones de lo suyo en julio—, lo que abre una vía de agua en la mayoría parlamentaria que invistió al presidente. También se alzan voces contra el mantenimiento tan prolongado de poderes extraordinarios para el Ejecutivo y contra la dureza y el autoritarismo del confinamiento español, frente a otras reacciones más laxas y más eficaces como la alemana. No acabo de estar seguro de que los alemanes hayan sido más eficaces por ser más laxos: me temo que han sido más eficaces porque son alemanes, y tienen medios y reglas de disciplina social espontánea de los que aquí andamos desprovistos.

Como a cualquiera, me gusta poco que no me dejen salir, o que cuando me suelten, como va a ocurrir a partir de este sábado, me acoten desde arriba la hora de recreo y me amenacen con multa si me la salto. Sin embargo, y aun creyendo que quienes nos mandan están fallando estrepitosamente en la búsqueda de consensos que van a necesitar para gestionar el paisaje después de la batalla, después de incurrir más de una vez en el despotismo ilustrado —y alguna que otra en el despotismo aturdido—, no termino de ver claro que el 9 de mayo, cuando acabe la prórroga actual, se pueda regresar como si tal cosa a la gestión descoordinada de la crisis. Aunque nos haya parecido oneroso y totalitario, el cerrojazo ha funcionado, para domar una fiera que andaba rampante entre nosotros. Y la fiera puede volver.

Los hombres de Doron, cuando se infiltran en Cisjordania, saben que están jugando con fuego, y que si actúan con astucia y precisión la operación puede ser limpia, pero si algo se descontrola evolucionará en seguida a la *fauda*, al caos, en el que hay muchas probabilidades de que no vuelvan todos, o no lo haga ninguno. En esta pandemia ya hemos vivido nuestra *fauda* en los peores días de marzo y abril: esos hospitales desbordados y sin medios suficientes para dar un tratamiento a la avalancha de enfermos graves y esas residencias con los ancianos agonizando por cientos y sin ninguna posibilidad de atenderlos. No la queremos otra vez.

Para evitarla, a lo mejor hay que pasarse de cautos. Y me gustaría creer que mis conciudadanos y sus gobernantes, municipales y autonómicos, lo serían sin necesidad de un estado de

alarma, esto es, excepcional. Creo que muchos lo serían, pero no estoy seguro de que todos lo fueran. Me pongo en la situación de tener que administrar esa duda desde un puesto de responsabilidad. Y no la envidio.

Mientras repaso esta anotación, me tropiezo con una maravillosa fotografía del inacabado templo dórico de Segesta, en Sicilia. Su orden, su equilibrio, su limpieza de líneas, me cautivan como las dos veces que lo he visto al natural. Aunque a lo mejor sea una incoherencia, decido buscar una de las fotos que yo mismo le hice la última vez para ilustrar esta entrada. Es mi conjuro contra la *fauda*. Ojalá funcione.

2 de mayo
La analogía del 11

M

Hoy se cumplen 212 años de aquel motín de los madrileños contra Napoleón. Se celebra de nuevo con el paisanaje de la Villa y Corte en la calle, pero esta vez no para expulsar al invasor sino para volver a olerla después de siete semanas de encierro. Como hacer deporte permite irse más lejos, según las normas que ha dictado el Gobierno para este primer paso del desconfinamiento, la vía pública, según me cuentan mis informadores en Madrid, se llena de gente en mallas y zapatillas deportivas, que pasea rápido poniendo cara de esfuerzo y que en muchos casos da la impresión de no haberse visto en esa circunstancia jamás. En las redes se los ridiculiza y hasta se discute el derecho a hacer deporte de aquellos cuyo índice de masa corporal no está en los parámetros aceptables para el censor de turno. No seré yo quien me adhiera a su reproche. Hacer ejercicio es sano y en cualquier momento puede uno adquirir y ejercitar un hábito saludable.

Cuestión distinta es que en muchos lugares de Madrid se ven aglomeraciones de personas jadeantes que no guardan, por falta de sitio, la distancia recomendada. La decisión consistorial de mantener cerrados parques y espacios verdes, en muchos barrios el único desahogo accesible a los vecinos, plantea alguna duda razonable a la vista de este espectáculo. Algunos parques, como el del Retiro, son más difíciles de controlar que la calle, y eso se entiende, pero tal vez el remedio sea peor que la enfermedad. Las imágenes de los alrededores del Retiro y de Madrid Río, donde se registran las mayores concentraciones de deportistas, pseudodeportistas y neodeportistas, hacen pensar que abrirlos

podría haber sido menos perjudicial.

Tiene ahí otra ocasión el alcalde Almeida, tan elogiado durante esta crisis, para volver a probar por la vía de la rectificación ese estilo que se le atribuye. Hoy ya ha pedido disculpas por el espectáculo poco edificante que él y la presidenta dieron ayer en el cierre del hospital de Ifema. Le honra haberlas pedido sin más, y sin recurrir a la coartada de la «emoción» esgrimida por su compañera de partido. No recuerdo haber estudiado, cuando di Derecho penal y sancionador en la carrera, que la emoción fuera atenuante ni eximente para una conducta indebida. Si no lo es para los ciudadanos, menos puede serlo para quienes ejercen un cargo público.

Veo imágenes de la celebración del 2 de mayo, y recuerdo la de hace unos años, cuando se me hizo el honor de concederme la Gran Cruz de la Orden de ese mismo nombre. Algo que siempre le he agradecido a mi tierra, Madrid, es que haya sido tan generosa conmigo, sin exigirme alcanzar la senectud, como es costumbre para esta clase de distinciones, aunque cada año me vaya acercando más a ese territorio vital. Y algo que me reconforta especialmente es que para esto muestre la unanimidad que tanto nos cuesta alcanzar para otras cosas. La cruz acordó concedérmela un Gobierno del
PP
, del que nunca he sido ni simpatizante, y ese día recibí la felicitación calurosa de todos los representantes de la oposición.

En la fiesta de los madrileños, me viene a la mente el que era, hasta la llegada del COVID-19, el golpe más duro sufrido por esta comunidad en el presente siglo: el 11
M
. Y si me acuerdo de él es porque en estos días he oído más de una vez citar una frase que se pronunció con motivo de aquel trágico episodio, o más bien con motivo de la reacción que tuvo el Gobierno del momento, presidido por José María Aznar. La pronunció un hombre al que tuve oportunidad de conocer, y también de admirar por su inteligencia y sentido de Estado, al margen de las críticas a las que por otros motivos pudiera hacerse acreedor. Ese hombre era Alfredo Pérez Rubalcaba y la frase, muy citada: «Los españoles se merecen un Gobierno que no les mienta». Gracias a ella, el

P
SOE se alzó con la victoria en unas elecciones que tenía perdidas.

O eso es lo que alguno parece pensar: que la pérdida del Gobierno por parte del
PP
fue consecuencia de esa frase y de una astuta maniobra de Rubalcaba, que con motivo del coronavirus y la terrible mortandad que ha producido entre nosotros hay quien desea reproducir, en este caso para desalojar de la Moncloa al Gobierno que encabezan Sánchez e Iglesias.

Los presupuestos parecen similares: una grave crisis, con pérdida insoportable de vidas humanas —mucho más insoportable la que ahora vivimos—, en la que pueden señalarse errores de imprevisión por parte del Gobierno y que da lugar a una reacción en la que los portavoces del Ejecutivo no se atienen escrupulosamente a la verdad. Aznar jugó a hacer creer que el atentado era obra de ETA, a quien nunca se pudo relacionar con él. Sánchez y los suyos no han sido escrupulosamente transparentes en relación con el número de muertos, de contagios y de test realizados. Las cifras han ido y han venido, se han cambiado los criterios y hay muertos que se tiene la conciencia de que se deben a la enfermedad y que sin embargo no se computan en las estadísticas oficiales. Lo mismo hacen otros países, pero también los hay que recogen todos los fallecidos.

La analogía, interesada por supuesto, pero no construida del todo en el aire, resulta interesante por lo que revela de nuestra sociedad, y también de las fracturas que en ella existen, previas a la epidemia —y al 11
M
—, y que los acontecimientos de índole trágica y catastrófica no nos ayudan a reparar, sino que una y otra vez se convierten en excusa para ahondarlas y convertirlas en factores potencialmente disolventes de nuestro sentido de comunidad. Pero para aquilatar el fenómeno, quizá sea oportuno señalar las diferencias entre uno y otro cataclismo.

La primera y acaso más obvia es que las muertes son cien veces más en la presente pandemia, pero no lo es menos que esta se debe a una amenaza que proviene de la naturaleza —o de la interacción de nuestra especie con ella— y el anterior fue un mal enteramente

debido a la mano humana. También son distintos los errores previos de uno y otro Gobierno: aquel había embarcado al país en un conflicto bélico que tenía la oposición de una proporción enorme de la ciudadanía —y de parte del propio Gobierno— y apenas había tomado medidas ni puesto medios para la prevención frente a un terrorismo cuya amenaza se incrementaba como consecuencia de esa decisión, aunque la célula que organizó el atentado ya tuviera a España en el punto de mira desde antes de la foto de las Azores.

A este Gobierno de ahora puede imputársele haber reaccionado tarde y haber permitido por su sesgo ideológico concentraciones humanas excesivas en fechas desaconsejables, pero ese reproche alcanza a multitud de Gobiernos de nuestro entorno —los de Francia o Reino Unido reaccionaron aún con más tardanza— y no es lo mismo la amenaza yihadista, sobradamente conocida en 2004, que la de un virus que acaba de aparecer.

También hay alguna diferencia en la insinceridad posterior: Aznar eligió ignorar con contumacia las informaciones que desde el propio 11
M
tenían las fuerzas de seguridad españolas y que hacían dudar seriamente de la autoría etarra. Como se cuenta en *Sangre, sudor y paz*, el libro que coescribí con Gonzalo Araluce y Manuel Sánchez sobre la lucha de la Guardia Civil contra ETA, el jefe del aparato logístico de ETA estaba monitorizado por la Benemérita y los servicios de seguridad franceses, que grabaron sus conversaciones de aquel día. De ahí el estupor con el que el Gobierno francés, bien informado, asistió a los esfuerzos de Aznar, y de todo el servicio exterior español, espoleado por el presidente, para hacer prevalecer la tesis de que ETA había volado los trenes, hasta el momento en el que esto se volvió por completo insostenible. Y quiso la mala suerte que ese momento llegara antes de la fecha de las elecciones, una circunstancia que Rubalcaba, buen estratega y fino usuario del idioma, se limitó a aprovechar. El tiro de gracia ya se lo había pegado el propio Aznar: Rubalcaba se limitó a levantar acta de su inmolación con una frase sintética, pegadiza y manifiestamente memorable. Tanto que emerge ahora, dieciséis años después y en circunstancias diversas.

Los regates que Sánchez y sus ministros le han hecho a la

verdad, sin ser en ningún caso admirables, son de bastante menor cuantía. No es lo mismo jugar con el desglose o la presentación de unas cifras, sin que eso impida conocer lo que hay debajo —de lo que todos somos conscientes y no van a tener más remedio que responder—, que empeñarse en hacer creer a toda la ciudadanía, a todo trance y en vísperas de elecciones, algo que no es, se teme que no es y se demuestra que no es.

Dicho todo lo anterior, que vuelve cuando menos peliaguda esa analogía implícita o explícita entre ambos acontecimientos, los dos son graves y nos ponen a prueba y en el límite a todos; a los primeros, los gobernantes que han de rendir cuentas y convencer a la ciudadanía de que sus imprevisiones, errores e inexactitudes a la hora de reconocer lo sucedido son disculpables y no justifican su reemplazo.

Imposible lo tuvo el
PP
de Aznar, y fácil no lo tienen Sánchez e Iglesias. En todo caso, hay algo que podría y me atrevo a decir que debería estar claro, para no caer en la fea tentación de sostener otra cosa: más allá de sus negligencias respectivas y de la recriminación que una y otra merezcan, a las víctimas del 11
M
las mataron quienes pusieron las bombas y a las del coronavirus el patógeno en cuestión. Cargar a Aznar o a Sánchez con el estigma de ser autores de esas muertes, siquiera imprudentes, es una maniobra moral viciada y que ignora el cúmulo de circunstancias ajenas a su control que intervinieron en el resultado.

Y me gustaría ir más allá: lo de menos es que entonces se echara al
PP
del Gobierno o si ahora esto va a servir para echar al
P
SOE y a Podemos. Lo principal es que la reacción que tuvimos como sociedad al 11
M
nos dejó tocados y con una buena ración de plomo en las alas, y que la conmoción del coronavirus, cuya envergadura es mucho mayor —no solo por las muertes, sino por la debacle económica que

viene—, amenaza con ponernos sobre los hombros una carga insoportable. Aquella fractura no se intentó soldar, más bien se intentó lo contrario, por parte de todos, y fue a más. Lo dice en cierto pasaje de una novela recién publicada, *Y te irás de aquí*, su protagonista, Rosa:

> Ese día murió algo en mí, en esta ciudad, en este país. Algo que no se ha podido recobrar, porque no se ha entendido y así nada puede repararse. Había más afán de capitalizar la desgracia. Por eso se cobra su tributo. Desde aquel día, vamos como vamos. Algo se ha roto que no conseguimos recomponer. En el país, en la ciudad, en mí.

No estoy necesariamente de acuerdo con todo lo que Rosa dice, pero con esto sí. Y me permito llamar la atención sobre el tamaño posible del roto posterior a esto que ahora nos está pasando, infinitamente más profundo y devastador.

Ahora que estoy llegando al final de este diario, del que esta será la penúltima anotación, pienso que no reproducir aquel error, a escala gigantesca, es quizá el primer empeño que tenemos como sociedad. Tanto los madrileños —golpeados de lleno por el 11
M
y como nadie por el virus— como el conjunto de los españoles. La liza política legitima la crítica, y el afán de desalojar del Gobierno a quienes lo ocupan. Pero con razón o sin ella, el límite debería ser la erosión irreparable de la convivencia. Si esta es necesaria para la normalidad, lo es mucho más para una reconstrucción y una reinvención tan duras y exigentes como las que ahora nos incumben.

No tengo mucha esperanza de que ciertas personas, a ambos lados de la trinchera política, escuchen todas estas razones que aquí doy y recojo. Lo hago por si hay alguna que las comparta y que en algún momento pueda decidir algo, para encauzar las fuerzas hacia la sanación de esta herida y no hacia la reyerta estéril.

En casa el día 49 transcurre más o menos como los anteriores. Como todavía nos prohíben salir en familia —por culpa de nuestras edades puedo salir yo con Núria, o Núria con Noemí, o Noemí conmigo o con Judith, o Judith conmigo, pero no todos juntos—, Noemí y Judith prefieren no salir. Hablando con ellas percibo algo

de lo que quizá, abrumados por la responsabilidad y enfrascados en el consejo de los expertos, no se dan cuenta quienes deciden: el confinamiento altera de manera radical nuestra percepción de la existencia como seres libres y autónomos, y el desconfinamiento tasado y reglamentado no la mejora. Al revés: nos hace ver con más claridad nuestra sujeción. Van a tener que esmerarse, no solo para que en el Congreso les prorroguen el estado de alarma —no hay plan
B
, ha dicho hoy el presidente, ofreciéndole a la oposición un plato de lentejas lleno hasta los bordes—, sino para explicarle a la gente que hay motivos para legislarle la vida con tan inflexible meticulosidad. No digo que no los haya: solo que tendrán que dar cuenta de ellos de una manera algo más razonada y un poco más empática.

Núria no perdona su salida. Esta vez sacamos la bicicleta y la acompaño a pie porque no me queda claro, leyendo la orden ministerial que ahora es la norma suprema de nuestras vidas, que en caso de sacar la mía no se considere que hago deporte fuera de la hora estipulada y por tanto estoy infringiendo. Nos cruzamos con una docena de personas, en varios grupos. Uno, por cierto, claramente infractor: los dos niños pequeños y los dos progenitores, en flagrante contravención de la normativa vigente —que solo permite, sigo sin entenderlo, que los dos padres vayan solos sin niños o los niños solo con uno de sus padres—. Una novedad alentadora que ha traído esta situación, por no señalar solo los nubarrones, es que ahora, cuando nos cruzamos en la calle, todos nos saludamos. Algo es algo.

Núria me pide que le haga un ramillete de flores silvestres amarillas y moradas a su madre. Las recojo de una rotonda donde los tallos son largos y regulares y me permiten hacer un arreglo floral más o menos apañado. También le ha hecho un dibujo y le ha envuelto ella sola dos de los libros que vamos a regalarle. Mañana es el Día de la Madre, y este año le ha venido mejor a Amazon que a su inventor, que según siempre nos recuerda mi padre es El Corte Inglés. No deja de ser una pena. El Corte Inglés paga impuestos en España, y en los meses venideros las arcas públicas van a necesitar ingresos. Amazon no los paga en país alguno, y no confío mucho en que la ministra del ramo vaya a conseguir que eso cambie.

3 de mayo
Hasta aquí

Según el diccionario, alarma, término de origen militar, tiene el significado usual de «inquietud, susto, sobresalto causado por algún riesgo o mal que repentinamente amenace». No parece que la inquietud o el susto hayan pasado, tampoco que haya cesado la amenaza, y en términos legales la alarma sigue aún decretada y está el Gobierno tratando de prorrogarla hasta el mes de julio. Sin embargo, ya no se puede decir que el mal sea repentino, sino que más bien se ha convertido en un bajo continuo que está ahí, de fondo, y que seguirá acompañándonos durante un tiempo. Eso, junto a la dificultad para permanecer alarmado durante muchos días —a partir de cierto número de ellos el susto se convierte en hábito y el sobresalto en preocupación, abatimiento, hartazgo, desesperación o indiferencia—, me lleva a no intentar prolongar más allá de esta fecha el diario. A partir del lunes comienza una nueva fase, la salida del confinamiento, y cincuenta días son suficientes para un ejercicio de escritura al que nunca me sentí demasiado inclinado y que tenía para mí su única justificación en la situación desacostumbrada y excepcional.

También quienes nos gobiernan, que hasta ahora han contado con el respaldo que necesitaban para la imposición de un mando único en la gestión de la crisis y un régimen de suspensión de derechos y libertades, se asoman a los límites de ese relato. Por razones distintas, incluso opuestas, al Gobierno le van abandonando tanto los que quieren recuperar las competencias autonómicas como los que quieren dejar al aire su precariedad para desalojarlo más pronto que tarde. No va a dar tiempo en estas páginas a anotar qué sucede finalmente, pero al margen de la herramienta legal o

institucional con la que se gestione lo que ahora viene, lo que importa, por encima de todo, es lo que toca afrontar y se necesita conseguir.

Lo más acuciante es la propia crisis sanitaria: la enfermedad no está vencida, y su rebrote provocaría una grave desmoralización. Además de ir soltando la cuerda a la ciudadanía es insoslayable desplegar una red de control epidemiológico que no parece que esté asegurada, y menos con su fragmentación en diecisiete espacios de gestión, cada uno organizado, supervisado y dotado como cada autonomía tenga a bien entender. Pero quizá lo más grave sea reparar el agujero económico debido al confinamiento, y que leo hoy, en una fuente habitualmente solvente, que en tasa anualizada podría alcanzar el veinte por ciento de caída del PIB. Algo así no solo genera más paro sino también bolsas de pobreza y hambre, que el Estado debe ocuparse de atender, so pena de convulsión social. Sin ignorar que la salud es lo primero, va a haber que fajarse para mantener la dignidad de las condiciones de vida de la gente.

La división y crispación que hay entre nuestros políticos no permite encarar ese doble desafío bajo los mejores auspicios. No voy a reproducir la reflexión que ya hice al respecto ayer; prefiero, recuperando la analogía con el 11
M
, fijarme en los aspectos esperanzadores que pueden extraerse de aquella experiencia. Es cierto que la fractura política que causó fue lamentable y persistente, pero frente a la amenaza que provocó aquella tragedia la sociedad española demostró tener capacidad para responder con éxito: se incrementaron de forma sustancial los medios dedicados a combatir el terrorismo yihadista y se logró que en los quince años siguientes solo hubiera un atentado, mientras los lobos solitarios —y no tan solitarios— de Al Qaeda y luego Dáesh no dejaban de golpear en otros países de Europa, en teoría más poderosos y con más recursos de todo tipo.

Por eso me atrevo a no desesperar de que los españoles, gracias a los profesionales que trabajan en el sistema sanitario y en los sectores económicos e industriales interpelados por esta crisis, puedan reaccionar con solvencia frente al destrozo que hemos sufrido. Si los políticos, aunque sigan despellejándose entre sí, acertaran a proveerlos de los medios indispensables, podríamos

contar para la próxima ola o la próxima pandemia con mejores instrumentos de prevención y de respuesta, y adaptarnos de una manera razonable a esa rara y nueva normalidad que nos aguarda mientras no haya vacuna o remedio eficaz contra el virus.

Pienso mucho en estos días, también es el aspecto en el que una y otra vez insisten los expertos, en la primera línea de vigilancia: el sistema de atención primaria y salud pública, el gran castigado por los recortes de gasto público tras la anterior crisis económica. Y pienso en ellos por dos experiencias que he vivido a través de personas cercanas. Una de ellas recibió el año pasado un diagnóstico erróneo de un profesional de atención primaria que siempre había respondido con pulcritud. Poco después, el profesional en cuestión se tomó una baja por agotamiento y estrés. Le habían aumentado de tal manera la carga asistencial que no solo leyó mal la radiografía de un paciente, sino que acabó al límite de sus fuerzas.

La otra experiencia es más cercana, de enero. Alguien de mi círculo que tenía una tos persistente fue al médico de cabecera. Tras examinar el caso, el médico le dijo que probablemente fuera un resfriado que se resistía, pero que si notaba dificultad para respirar volviera en seguida. En enero. Solo es una sospecha, pero ese médico en primera línea, como quizá muchos otros, estaba viendo ya más neumonías de lo habitual en otras campañas de gripe. ¿Estaba esa información puntual y exhaustivamente recogida, analizada y tratada por un sistema de salud pública lo bastante potente, capaz de extraer conclusiones y disponer precauciones con la antelación necesaria, cuando ya era conocido que China, un país con el que tenemos intercambios de personas —entre otros, muchos estudiantes de esa nacionalidad matriculados en la universidad que hay en mi ciudad—, registraba una epidemia por un nuevo virus que causaba problemas respiratorios?

Me temo que no. Y eso no puede volver a ocurrir. Confío en que esta tarea quede al margen de la controversia partidista e identitaria. Igual da si la gestión es única o por autonomías: esto tiene que estar engrasado la próxima vez. No se puede tener a los médicos de atención primaria desbordados. Lo que vean y reporten tiene que recogerse y sistematizarse. Y lo que eso cueste habrá que quitarlo de otras cosas, o financiarlo con los tributos necesarios, y

no al revés, que es lo que se ha estado haciendo en años anteriores: recortar en sanidad o dejar de cobrar tal o cual impuesto para poder contentar a la cofradía ideológica del gerifalte de turno.

En estos cincuenta días, y ya desde antes de la cuarentena, uno de los deportes nacionales ha sido arremeter contra el doctor Simón, el responsable del Centro de Coordinación de Emergencias y Alertas Sanitarias. Leo hoy en la prensa un perfil que lo retrata en su juventud, jugándosela en Burundi frente a la pobreza extrema y los tiros de algún uniformado irascible, para atender a la gente con poco más, a veces, que las manos desnudas. Entiendo que haya desarrollado esa flema que se gasta, y aunque el valor y la entrega no son sinónimos de acierto, quizá también debamos tener en cuenta qué información le fuimos poniendo en las manos. No solo la recibía en diecisiete cachitos, no siempre homogéneos: tampoco tenía lo que se dice la mejor red de sensores para tomarle el pulso a lo que sucedía. Quizá con unos datos menos pobres habría tomado mejores decisiones. Ya no lo sabremos, pero no deberíamos olvidar que hablamos de asuntos complejos en un escenario complejo, antes de poner a quien no nos cae en gracia ante el paredón.

Al final, también al final de estas páginas, pienso una y otra vez en los treinta mil muertos, en números redondos, que nos va a dejar —ojalá no sean más— esta pandemia, con la tasa más alta del mundo —por ahora— por millón de habitantes. Tengo la amarga sensación de que se han dedicado muchos esfuerzos a sostener que son víctimas de *alguien*; y cada cual ha apuntado al alguien que por lo que sea le cae peor, entre quienes han ejercido responsabilidades en la gestión de la crisis. Tal vez alguno de los que murieron podría haberse salvado de haber sido otras las decisiones tomadas por tal o cual persona, y si hay denuncias y sumarios ya dirán los jueces en qué casos lo decidido pudo suponer una negligencia criminal.

Pero quizá sería más útil, al margen de esos casos particulares, que con carácter general aceptáramos que los muertos son víctimas de *algo*: una amalgama formada por un mal que viene de la naturaleza, nuestra torpe relación con ella, nuestra falta de previsión y conciencia de lo que deberían ser los cimientos del edificio social, nuestra poca exigencia a quienes nos dirigen para que se ocupen de ello —en lugar de distraernos con majaderías— y algunos actos individuales que ya recibirán su sanción, política o

jurídica según proceda, pero a cuyos autores no nos servirá de nada convertir en chivos expiatorios. No a efectos de no repetir los errores.

Esta crisis nos ha mostrado nuestras debilidades: mentes no del todo despejadas al mando, engranajes oxidados, ciudadanos incívicos e irresponsables. Pero también ha sacado nuestras fortalezas: hay quien ha sujetado el timón con decoro, piezas vitales del sistema que han estado ahí y no han fallado, ciudadanos que se han comportado con civismo y con disciplina de chinos sin estar bajo el autoritarismo que sustenta la obediencia en la dictadura asiática. Por eso, al margen de sus fallos y de sus carencias, ha estado hoy bien el ministro Illa al contestarle a un arrogante periodista holandés, que trataba de desprestigiar la respuesta de España a la crisis y poner por encima a su país, que no aceptaba lecciones para los españoles. No se trata de apuntalar el orgullo nacional, y menos ante quienes tienen tantas cuentas que rendir a sus socios por sus procedimientos poco elegantes de atracción de capitales, sino de poner el acento en lo que nos permitirá superar esto.

Aunque el símil bélico ha sido cuestionado, toda tropa necesita que la arenguen. Como cuentan Tucídides o Procopio, más de una vez citados en estas páginas, lo hacían los generales más competentes, ya fueran atenienses, espartanos, sicilianos, bárbaros o bizantinos. Lo hacían cuando su ejército partía con ventaja en la batalla, cuando la ventaja era del enemigo e incluso cuando la situación era desesperada y terminal. Sobre todo en este último caso. Y en todos ellos la apelación servía para algo: cuando menos, para no tener perdida ya de entrada la compostura.

Esto ha supuesto una dura lección para todos. Para los mayores de nosotros, que ya traían duras lecciones aprendidas, ha sido la peor. Los que han muerto solos o se han visto asediados por una enfermedad cruel son los primeros que tienen que estar en nuestro recuerdo, nuestra piedad y nuestra gratitud: por todo lo que antes de nosotros padecieron, por todo lo que nos enseñaron y nos enseñarán, antes, durante y después de esta epidemia. No soy partidario de sobreactuar el luto, pero tampoco de esa insensibilidad que los reduce a una cifra o trata de enterrar su tragedia y su ejemplo bajo un alud de gracietas, memes y chorradas.

Bueno es que nos riamos de vez en cuando, también eso nos lo enseñaron ellos, pero no hasta el extremo de entontecernos y convertirnos en unos inconscientes. No hasta el punto de olvidar que sobre todo les hemos fallado a ellos, que no nos fallaron a nosotros.

Para los más jóvenes, también ha sido una lección apabullante, si la queremos escuchar. Releyendo estos días *La marcha de Radetzky*, me he encontrado con un pasaje que me ha hecho pensar en la gente de mi generación y posteriores, nacidos en un mundo en paz y en el seno de una sociedad que se desarrollaba y enriquecía. Es el momento en el que se habla de las generaciones de oficiales del ejército austrohúngaro que solo habían conocido la vida de guarnición, no habían tenido que combatir y estaban abocados, aunque aún no lo sabían, a verse arrollados por la inminente Gran Guerra que, de paso, iba a acabar con aquel imperio:

> *Im Frieden waren sie geboren und in friedlichen Manövern und Exerzierübungen Offiziere geworden. Damals wußten sie noch nicht, daß jeder von ihnen, ohne Ausnahme, ein paar Jahre später mit dem Tod Zusammentreffen sollte. Damals war keiner unter ihnen scharfhörig genug, das große Räderwerk der verborgenen großen Mühlen zu vernehmen, die schon den großen Krieg zu mahlen begannen. Winterlicher weißer Friede herrschte in der kleinen Garnison. Und schwarz und rot flatterte über ihnen der Tod im Dämmer des Hinterstübchens.*

O lo que es lo mismo (en la traducción más aproximada que he logrado):

> Nacieron en la paz y se hicieron oficiales en apacibles ejercicios de instrucción y maniobras. En aquel entonces aún no sospechaban que todos ellos, sin excepción, debían encontrarse con la muerte pocos años después. Ninguno tenía el oído tan fino como para percibir el rumor del engranaje de la enorme muela trituradora, la gran guerra que pronto iba a empezar. La blanca paz del invierno reinaba en la pequeña guarnición. Negra y roja revoloteaba la muerte en la penumbra de la trastienda.

No ha sido esta una tragedia comparable a la Gran Guerra. No ha sido una guerra, para empezar, con sus miles de muertes

siniestras a manos de los hombres, que en aquel caso vinieron además seguidas de una peste: la gripe de 1918, favorecida por la propia contienda. Esa gripe a la que nos tocó darle nombre a los españoles, por ser neutrales en aquel conflicto y revelar los primeros los efectos del mal que en las potencias beligerantes silenciaba la censura militar. Sin embargo, lo que sí ha sido esto es una especie de muela trituradora con la que nadie contaba, y que ha estado ahí, girando de forma imperceptible para una humanidad dura de oído, mucho antes de manifestarse: cuando íbamos dando todos los pasos, desde el progreso a costa del medioambiente hasta la globalización febril, pasando por los recortes en servicios públicos y el debilitamiento de la conciencia de comunidad, que le han allanado el camino al virus y le han permitido hacernos este roto gigantesco.

Ahora que la muela nos ha pillado, despertamos a un mundo nuevo. En parte arrasado, por lo que habrá que reconstruirlo. Quienes vivieron la hecatombe de hace cien años necesitaron una segunda, peor todavía, para hallar el camino hacia la reconstrucción. La necesitaron porque en la angustia subsiguiente se dejaron seducir por obtusos y abyectos flautistas de Hamelin que envueltos en rojo o en negro les propusieron atajos rápidos para salir de la postración. Me gustaría pensar que el hombre y la mujer del siglo XXI no pueden ser tan cándidos ni tan estúpidos. Que algo hemos aprendido de lo que nos contaron nuestros abuelos.

Ya lo iremos viendo.

Lo cierto es que despertamos a un nuevo mundo con rebajas. En ciertos aspectos es sin duda negativo, y no vamos a trivializarlo. En otros, quizá no sea del todo malo haber tenido la oportunidad de descubrir, en el confinamiento y en las limitaciones de toda clase, que en realidad necesitamos mucho menos de lo que nos habían movido a creer que debíamos obtener. Pienso, en la tarde de domingo en la que decido pasar a otra fase y abandonar este ejercicio de escritura, en cómo puedo ayudar a los míos a asimilar esta enseñanza. A los adolescentes y los jóvenes de mi familia: la que ha compartido mi cuarentena, Judith, y los dos a quienes hace semanas que no veo, Laura y Pablo. A Núria, la pequeña, que ya va a nacer a la vida adulta en esta realidad nueva, y que hoy ha salido con Noemí, para enseñarle el camino, la granja con caballos y los

campos de cereal que descubrimos juntos. A mi hermano Manuel y su familia, en su isla que no hemos dejado de tener presente. A mis padres, Juan y Francisca, que tanto me han enseñado, hasta hoy mismo.

Con todos ellos comparto y trato de entender la lección que nos ha dado un virus insignificante. Para todos ellos son mis pensamientos y también mis ilusiones, que quienes participamos de la condición humana no podemos sino proyectar al futuro que se nos ofrece, por incierto que se nos aparezca y por severos que sean los reveses que nos toque sufrir. Los reveses hacen de todos los que sobreviven a ellos seguidores voluntarios o involuntarios de esa escuela filosófica que como tantas otras nos legaron los griegos, el estoicismo, cuyo legado sirve más y mejor que los manuales de autoayuda, muchos de ellos mal copiados de sus textos.

Me permitirá el lector que lo haya sido o lo sea de este intrascendente diario, al que expreso en estas líneas finales mi gratitud por su indulgencia, que me despida con palabras de uno de esos estoicos, no para invitar a la resignación sino a la alegría y la conciencia de existir, cualesquiera que sean las circunstancias y aunque estas no sean las mejores de las que nos ha rodeado o nos podría rodear la fortuna.

Se llamaba Epicteto, fue esclavo, lo dejaron cojo, lo desterraron. No escribió una línea, pero un tal Arriano apuntaba lo que decía. Y, entre otras cosas, dijo esto:

> Cuando el cuervo grazne, que no te arrebate. Distingue en tu interior y dite: «Esto no significa nada para mí. Para mí todo lo que indica es de buen augurio si yo quiero. Pues está en mi mano obtener beneficio de ello, sea lo que sea lo que resulte».

Ha graznado el cuervo. En lo que a cada uno le quepa y se le conceda, que nos sirva para encontrar una forma mejor de vivir con lo que tenemos y somos, que, como dijo el propio Epicteto, no es nuestra hacienda, ni la posición que alcanzamos ni el cuerpo que hemos de devolver a la tierra, sino la libertad de nuestro espíritu.

Illescas, 14 de marzo - 3 de mayo de 2020

Apéndice
Revelo un secreto, regalo un libro[2]

Patricia Kal soy yo. Hasta hoy, era un secreto solo conocido por unas pocas personas. Patricia Kal es también la autora de una novela, *Y te irás de aquí*, cuyo manuscrito lleva unos meses circulando por las mesas de las editoriales. Algunas lo han analizado, considerado y descartado para su catálogo. Es un resultado frecuente, que no tiene que ver, necesariamente, con la calidad del manuscrito o del editor: un lector editorial tan agudo y exquisito como André Gide rechazó, con informe muy negativo, un manuscrito de Marcel Proust, *Por el camino de Swann*, la primera novela de una serie que se acabaría convirtiendo en la obra central de la literatura francesa del siglo XX.

Sucede, simplemente. Hay que tomarlo con deportividad. También, por cierto, había algunos otros editores que estaban examinando la novela de Patricia Kal para su posible publicación y aún no la habían desestimado.

¿Por qué un autor que tiene acceso cómodo y casi privilegiado al circuito editorial decide firmar una novela en la que ha invertido años de trabajo y meses de escritura con el nombre de una desconocida para exponerla a la suerte que suele correr la obra de un autor novel? Digamos que era un experimento, y también una necesidad. La de confrontar a los editores primero, y a los lectores después, con una novela que fuera solo el texto, sin ninguna indicación acerca de la persona que lo escribió, más allá de su lugar de nacimiento. Quería despojar a la historia de la losa de la autoría, que en mi caso es una marca ya consolidada y por tanto fuente de todo tipo de prejuicios, tanto positivos como negativos.

Estaba dispuesto a pagar el precio correspondiente. Aceptaba por ello de antemano el rechazo unánime, que ya sufrí hace veinticinco años con *La flaqueza del bolchevique* o *El lejano país de los estanques* —dos novelas que luego han tenido largo éxito—. También me resignaba a la publicación sin excesivo entusiasmo y a cambio de un anticipo irrisorio, o de ninguno. Aunque tengo familia y cuatro hijos que dependen de mí, llevo una vida modesta que me permite renunciar a la retribución que podía esperar si firmaba el libro con mi nombre.

En definitiva, estaba llevando a la práctica algo que leí en mi adolescencia, sin imaginar que pudiera llegar el día en que me resultara aplicable. Lo escribió Rainer María Rilke en *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, y dice así:

> *Bitte keinen daß er von dir spräche, nicht einmal verächtlich. Und wenn die Zeit geht und du merkst, wie dein Name herumkommt unter den Leuten, nimm ihn nicht ernster als alles, was du in ihrem Munde findest. Denk: er ist schlecht geworden, und tu ihn ab. Nimm ein andern an, irgendeinen, damit Gott dich rufen kann in der Nacht. Und verbirg ihn vor allen.*

O lo que es lo mismo (en traducción de Francisco Ayala):

> No pidas a nadie que hable de ti ni siquiera con desdén. Y si pasa el tiempo y echas de ver que tu nombre circula entre los hombres, no hagas de ello más caso que de todo lo que encuentres en sus bocas. Piensa que se ha vuelto malo, y arrójalo. Toma otro, cualquiera, para que Dios pueda llamarte en plena noche. Y guárdalo en secreto para todos.

Eso era lo que trataba de hacer. Con una salvedad: el nombre elegido no es un nombre cualquiera, sino el que mi madre querría haberme puesto si hubiera sido una niña, y el apellido, la primera sílaba del segundo suyo. Honrarás a tu padre y a tu madre, dice el mandamiento, y estoy muy de acuerdo. Más en estos días.

¿Por qué revelo el secreto, renuncio al experimento, deshago el plan?

Ha sucedido algo que lo cambia todo en nuestras vidas. Cuánto, aún no somos del todo conscientes, pero seguro que mucho. De pronto mi experimento personal me pareció muy poca cosa, incluso

algo ligeramente fuera de lugar. Veo a mucha gente que da lo que tiene, con una generosidad tan abrumadora que compensa de sobra las mezquindades de quienes no están a la altura. Me gustaría haberme formado como neumólogo o intensivista, pero por desgracia no lo hice. Me gustaría tener un camión para llevar lo que haga falta a quien haga falta, pero no lo tengo. Todo lo que sé es escribir historias, y todo lo que tengo es el fruto de ese trabajo. Resulta que gracias al experimento que estaba haciendo tengo una novela entera, inédita, que no he contratado con editor alguno. Resulta, por tanto, que tengo algo que regalar a mis conciudadanos, y eso vale más que mi tentativa de desaparición.

Revelo el secreto porque sé que una novela firmada por mí puede valer para algunos lectores más que una novela firmada por una desconocida. Les estoy muy agradecido, ellos me sostienen, y quiero que la aprovechen. También sé que para otros lectores vale menos. No les guardo rencor, así pueden evitarla.

La novela estará disponible mientras dure la cuarentena, gratuitamente y en soporte digital, para quienes quieran leerla. Agradezco a *Zenda* y*Semanal*
XL
[3] su complicidad y su colaboración desinteresada para la producción y la distribución del libro en ese soporte. De acuerdo con lo pactado con ellos autorizo que se descargue y se copie para uso y lectura individual y sin ánimo de lucro, no su distribución por terceros ni a terceros, y me reservo todos los demás derechos.

En los últimos días se vienen oyendo voces contra iniciativas como esta, de poner a disposición de los lectores libros gratuitos. En este caso se trata de un libro que no existe siquiera en soporte físico, y nunca he creído que ningún autor —o autora—, con su nombre o con seudónimo, le quite lectores a otro —u otra—. Por si acaso, me atrevo a pedir a quien lea la novela y encuentre que la experiencia le compensa que con lo que se ha ahorrado, cuando pueda, compre un libro. A ser posible, uno de los que han aparecido en estos días y van a ver reducido su número de lectores, uno de los que publican los pequeños editores a los que esta crisis va a golpear o uno que lleve la firma de un escritor o escritora que empieza. Y que lo haga en una de esas librerías que ahora están cerradas y que merecen sobrevivir.

Esto es cuanto Lorenzo Silva va a decir de Patricia Kal. Era la explicación que pensaba dar si me descubrían, ahora la ofrezco de antemano. A partir de aquí, la autora es ella, y el libro queda solo ante los lectores, que pueden olvidarse de mí.

Notas

[1] Sobre el acontecimiento personal de este día, que por fundadas razones quedó al margen del diario, véase el apéndice de este libro. < <

[2] Texto hecho público el 31 de marzo, coincidiendo con la puesta a disposición gratuita, en formato digital, de la novela inédita a la que se refiere. Lo incluyo en este apéndice porque no forma parte del diario, pero es uno de los acontecimientos de mi personal cuarentena, sin el que su relato quedaría, tal vez, incompleto. < <

[3] La novela, editada por la página web literaria Zenda, se pudo descargar desde la web de la revista*Semanal*
XL
entre el 31 de marzo y el 21 de junio de 2020, día en el que se levantó finalmente en España el estado de alarma. < <